

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

**Profesor de Sagrada Escritura y canónigo
de la S.I. Catedral de Zamora**

BREVE ENCICLOPEDIA

**del dogma católico, la moral y el culto
fundamentada en la Biblia**

La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios... (Eclo, 1,5)

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA**

NIHIL OBSTAT
Antonio Martín Llamas
Lic. en S.E.
Zamora, 3 septiembre 1991

IMPRIMATUR
Lic. Benito Peláez
Vicario General

ISBN: 84-7693-195-6
Déposito legal: B-23.957-91
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Queridos lectores:

Aquí tenéis en este libro que titulo «Breve enciclopedia» lo que pudiéramos llamar un prontuario o compendio de toda la *Teología del Dogma Católico* (verdades reveladas que debemos creer), *de la moral* (o Mandamientos que debemos observar) y *del culto*, que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural que debemos vivir (gracia, sacramentos y oración como medios de santificación).

Por ser la Sagrada Escritura el alma de la Teología, como nos dice el Concilio Vaticano II, podréis observar que todas las cuestiones tratadas en este libro se apoyan como en cimiento perdurable, en la Escritura unida a la Tradición (DV.24).

El que se proponga ir leyendo poco a poco este libro, cuando haya terminado su lectura se habrá dado cuenta de todos los temas que abarca la Teología dogmática y moral y sabrá dar cuenta de su fe si fuere preguntado.

Hemos de notar que todas las verdades religiosas van íntimamente enlazadas entre si de tal manera que una verdad depende de otra y se une con ella, al igual que en un edificio las piedras descansan unas sobre otras, y por lo mismo no debe extrañar que los temas tratados ocupen

el orden en que los voy exponiendo (si bien el tratado vg. sobre la oración se podía haber antepuesto), pero una vez leídos, todos se darán cuenta que vienen a ser un sistema íntima y maravillosamente trabado de verdades reveladas.

Como tengo ya escritos muchos pequeños libros en los que trato parte de los temas que ahora expongo en éste, me parece oportuno advertirlo e indicar que el fin que me he propuesto es que pueda llegar a manos de todos un compendio de toda la religión y contribuir con él a una formación integral de cuantos lo lean y sea de hecho un verdadero «Manual de formación cristiana».

Dios quiera que este libro que va expuesto con una verdadera y sólida doctrina y en estilo sencillo y popular haga mucho fruto en todos mis lectores.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 17 agosto 1991

DIOS

¿Qué sabemos de Dios?

En una enciclopedia religiosa era necesario empezar por hablar de Dios por ser la primera verdad fundamental de todo orden religioso, y por haber publicado ya un libro precisamente con este título: «*Qué sabemos de Dios?*», en el que hablo de El y de todas sus perfecciones con cierta amplitud, me limitaré ahora a citar aquí solamente algunas de las ideas más principales, que tengo ya expuestas en dicho libro, al que remito a mis lectores.

1

El nombre de Dios en hebreo es «Yahvé» (otros dicen *Jehová*). Así se definió Dios a sí mismo cuando dijo a Moisés desde la zarza que ardía y no se consumía: «YO SOY el que soy» (Ex. 3,14). Y añadió: *EL QUE ES me ha enviado a vosotros*». Así dirás a los hijos de Israel. Notemos que Dios habló en primera persona a Moisés: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera persona: YAHVE = EL QUE ES. El es el ser por esencia, del que reciben su existencia todos los seres de la creación, y en su sentido histórico significa: El que está con vosotros para asistirlos, defenderlos y haceros felices.

«Yahvé», pues, significa «el que es»: profunda y exac-

ta definición de Dios: el que es y será siempre por la misma fuerza de su ser (Ved n.º 67. *Advertencia*).

2

Existencia de Dios. El filósofo Balmes dice: «¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tu mismo eres, y viendo en todas partes grandor y orden di si te atreves: El acaso es quien ha hecho el mundo; el acaso me ha hecho a mi; el edificio es admirable, pero no hay arquitecto...». ¿Es posible afirmar que las cosas se hacen por si solas sin hacedor alguno? No hay duda que el hacedor de este mundo es un ser omnipotente, y éste no es otro que Dios.

3

Dios Creador. San Agustín dice también: «Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es el mundo; y entre todos los invisibles, el mayor es Dios. Pero que hay mundo lo vemos y que haya Dios lo creemos. Por lo que toca a haber hecho Dios este mundo, a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios». Y ¿qué nos ha dicho Dios? En el libro de la revelación divina, en la Biblia El nos habla así por el profeta Isaías: «*Yo soy el Señor Hacedor de todas las cosas, el que lo ha hecho todo, el que sólo despliega los cielos y sostiene la tierra*» (44,24). «*Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?*» (Is. 40,26). «*Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios*» (Heb. 3,4).

4

«*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1).

El es el creador del mundo y del hombre. «Las obras admirables de la creación visible son huellas de nuestro Creador» (S. Greg. Magno). «La voluntad de Dios es la causa de cuanto existe... Nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama (San Agustín). «Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra» (Símbolo Apostólico) (Ved n.º 224 y 225).

5

Dios causa última y ordenador del universo. Dios es el primer motor del mundo: «Todo cuanto se mueve es necesario sea movido por otro...; (en la serie de los que se mueven) no se puede llegar hasta el infinito, porque de esta manera no habría un primer motor, y por consiguiente ni un segundo motor moviendo a otro... De modo que es necesario llegar a un primer motor, que no sea movido por otro... y este primer motor es lo que todos llamamos Dios» (Santo Tomás).

6

Si levantas la mirada al cielo y contemplas el orden que hay en él, esto te guía hacia la fe..., porque por sí mismo revela al arquitecto del mundo; si admiras la disposición de la tierra, también crece en ti la fe de un Dios (San Basilio). La Santa Iglesia sostiene y enseña que por la luz natural de la razón humana, Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por medio de las cosas creadas (Conc. Vat. I).

7

Hay un solo Dios verdadero, es espíritu e invisible

Hay un solo Dios. En la Biblia leemos: «Yahvé es ver-

dadero Dios, el Dios vivo y verdadero» (Jer. 10,10). «Si admitimos varios dioses, tendrá que haber diferencia entre ellos; porque de lo contrario hay un solo Dios y no muchos. Y si hay diferencia entre ellos, ¿dónde está su perfección omnímoda?» (S. J. Damasceno). «Si Dios ha de ser perfecto, como ha de serlo, entonces no puede haber más que un solo Dios» (Tertuliano).

La Santa Iglesia Católica Romana cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, Creador del cielo y de la tierra... «*Ignorantes, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído ¿no va a oír? El que formó el ojo ¿no va a ver? El que instruye al ignorante ¿no va a saber?*»» (Sal. 93,8-10).

8

Dios es espíritu. Jesucristo dijo a la mujer samaritana: «*Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad*» (Jn. 4,24). «*El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor está la libertad*» (2 Cor. 3,17). «Espíritu» es lo opuesto a cuerpo o materia. En la Sagrada Escritura se nos habla del ojo, de la mano, del dedo de Dios...; mas aunque son términos que se refieren al cuerpo, conviene saber que Dios habla a los hombres en lenguaje humano, para que le entendamos. «Dios es simple, no compuesto, sin forma corpórea» (S. J. Crisóstomo).

9

Dios es invisible, porque no tiene cuerpo como nosotros, y por lo mismo no podemos percibirle con nuestros sentidos (ojos, oídos, etc.). Sólo se ha dejado ver en la Persona de Jesucristo «*el cual es imagen perfecta del Dios invisible*» (Col. 1,15). Cuando la Escritura dice: *Ecce Deus:* «Aquí está Dios, no lo muestra como visible, sino

que indica que está presente en todas partes» (San Isidoro).

10

Dios es inefable, incomprensible, inescrutable y eterno

Dios es inefable para nosotros, porque no tenemos ninguna palabra que pueda expresar su esencia tal cual es, por ser infinita. Nunca podemos alabar a Dios dignamente..., es demasiado grande, demasiado elevado, admirable en poder... La Escritura dice: «*Las obras de Dios superan toda alabanza. Para darle gloria ¿qué es lo que valemos nosotros? Pues siendo todopoderoso es superior a todas sus obras... Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podáis; porque superior es a toda alabanza. Para ensalzadle recoged todas vuestras fuerzas, y no os canséis que jamás llegaréis al cabo... ¿Quién le vio y puede darle a conocer, y quién puede engrandecerle tanto como El es?*» (Eclo. 43,29ss).

11

Dios es incomprensible. «Incomprensible» significa que nuestro conocimiento de Dios es limitado, propio de la criatura, que no es capaz de abarcar la esencia de Dios por completo y agotarla; imposibilidad que no se suprimirá completamente ni siquiera con la visión inmediata de Dios. «*Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza no tiene límites*» (Sal. 145,4)

«*¿Podrás tu comprender los caminos o misterios de Dios o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección? Es más alto que los cielos. ¿Qué harás? Es más profundo que el seol. ¿Cómo has de poder conocerle? Es más extenso que la tierra, más ancho que el mar...*» (Job. 11,7-9).

12

Dios es inescrutable. Los caminos y la acción de Dios son «inescrutables». Esto quiere decir que no podemos determinarlos de antemano por más que escudriñemos, consultemos, pensemos o cavilemos. Nadie puede llegar a conocer el fondo de los secretos designios de Dios» (S. Greg. Magno). «Los secretos juicios de Dios no pueden ser penetrados ni por el sentido angélico ni por el humano. Y porque son ocultos, pero justos, es necesario venerarlos y temerlos, no discutirlos o escudriñarlos» (S. Isidoro).

13

Dios es eterno. Eterno quiere decir que siempre ha existido y existirá. El es el que no tiene principio ni fin. El es el Ser necesario y la primera de las causas de la cual dependen todas. La Escritura Santa dice de Dios: «*Tu eres siempre el mismo, tus años no tienen fin*» (Sal. 102,28). «*Tu, oh Dios, eres antes que fuesen los montes y se formara la tierra y el orbe; eres desde la eternidad a la eternidad*» (Sal. 90,2). Dios es el Ser inmortal por esencia... y que no ha sido creado por nadie, y como dice el profeta Isaías: «*Yo soy el primero y el último, y fuera de mí no hay otro Dios*» (44,6).

14

Dios es Uno y Trino... y eternamente feliz

La revelación nos dice claramente: *No hay más que un solo Dios* (Dt. 6,4; 1 Cor. 8,4). *Yo, Yahvé, el único* (Is. 45,21); mas este Dios único es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es lo que llamamos la Santísima Trinidad, es decir,

en Dios hay tres Personas distintas, pero no son tres Dioses, sino un solo Dios, porque los tres tienen una sola naturaleza divina (Ej. Un árbol con tres ramas...).

Este misterio está revelado en la Biblia: «*Id, enseñad a todas las gentes, bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt. 28,19s). El Padre es Dios (1 Cor. 8,16), El Hijo o Verbo (Palabra del Padre) es Dios (Jn. 1,1; 10,30; Mt. 11,27). El Espíritu Santo es Dios (Hech. 5,3-4; 1 Cor. 2,10-11; 3,16). Este misterio lo recordamos al santiguarnos y al decir: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. (*Véase n.º 126 y 127*).

15

Dios es nuestro Padre. Ya los profetas lo dicen así: «*Tú, oh Dios, eres nuestro Padre...*» (Is. 63,15). «*Si soy Padre, ¿dónde está mi honra?...*» (Mal. 1,6). Pero el que de verdad nos revela y descubre a Dios como Padre, es Jesucristo, al decirnos que rezáramos así: «*PADRE NUESTRO que estás en el cielo...*» (Mt. 6,9). De hecho Dios es nuestro Padre porque nos ha dado la vida divina por medio de su Hijo, y además nos ha dado la vida natural, pues El es el que «*da la vida a todos, el aliento y todas las cosas*» (Hech. 17,25).

16

Dios es infinitamente feliz. La felicidad es una dicha grande sin pesar alguno. Dios es eternamente feliz porque no necesita de nada, y si ha hecho este mundo y nos ha creado a nosotros, no es para aumentar su felicidad sino para hacernos a nosotros felices. El es «*EL BIENAVENTURADO y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores*» (1 Tim. 6,15).

Dios es inmenso, inmutable y todo lo sabe y lo ve

Dios es inmenso. «Inmenso» equivale a decir que es ser infinito, o sea, sin límites ni fin. No tiene límites de lugar, ni de poder ni de sabiduría. Dios es también «omnipresente», es decir, está presente en todos los lugares del universo, en todas las criaturas (estrellas, cielo, tierra, flores, animales, hombres, casas, corazones). Dios, pues, está en todo lugar y donde hay cosas, pues todas son suyas. Y está presente con todo su ser (siendo), con toda su ciencia (sabiendo), con todo su poder (conservando) y actividad (obrando)... «está presente como Artífice que lo domina todo» (S. Agustín).

Nadie puede huir de Dios. «¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? A dónde huir de tu presencia. Si subiere a los cielos, allí estás Tú, si bajare a los abismos, allí estás presente...» (Sal. 139).

Dice el Señor: ¿Soy Yo por ventura, Dios sólo de cerca? ¿No lo soy también de lejos? Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no lo verá Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? (Jer. 23,23-24). Dios está en todas partes... Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás).

Dios es inmutable, porque permanece eternamente el mismo sin mudarse jamás en su ser o en sus juicios.. El no envejece, no cambia ni varía, no disminuye en saber, poder, fuerza, vida, hermosura, etc. En El no hay ninguna

mudanza, no se hace mejor o peor, no quebranta su palabra (Núm. 23,19).

En la Biblia leemos: *«Desde el principio, Tú, oh Dios, fundaste la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero estos perecerán y Tú permanecerás, mientras todo envejece como un vestido. Los mudarás como se muda una vestidura, pero Tú siempre el mismo, tus días no tienen fin»* (Sal. 102,26-28).

20

Dios todo lo sabe y todo lo ve. Dios es infinitamente sabio, lo sabe todo y conoce todo, porque El es el que concibió y creó todas las cosas. El conoce lo pasado, lo presente y lo futuro, los misterios de la naturaleza, los más profundos del corazón humano y todos nuestros más secretos pensamientos. Yahvé es sapientísimo, y no se le ocultan a su vista las maldades (1 Sam. 2,3). *«El ve las cosas antes que sucedan* (Dn. 13,42). *(Antes que fueran creadas todas las cosas ya las conocía El, y lo mismo las conoce después de acabadas»* (Eclo. 23,29). *«Yo, Yahvé, penetro los corazones..., para retribuir a cada uno según sus cambios, según el fruto de sus obras»* (Jer. 17,9-10).

21

¿Por qué suceden tantas cosas adversas? Conviene que tengamos muy presente que las cosas suceden no porque Dios ve que son así, pues aunque Dios prevé lo malo, no fuerza al hombre a efectuarlo. Sucede como cuando nosotros vemos de lejos que uno se quita la vida, el cual no lo hace porque lo vemos, sino que lo vemos porque él lo hace. Como lo pasado, dice San Agustín, que está en mi memoria, no sucedió porque lo recuerdo, sino que se me acuerda porque pasó; así lo futuro que Dios prevé, no

será porque Dios lo previó, sino que lo prevé porque sucederá.

22

«Aunque todo lo que Dios ha presabido o predestinado tiene que suceder, no sucede porque haya sido predestinado, sino que ha sido predestinado porque había de suceder» (Prudencio). Aunque Dios prevé la condenación del hombre, no es autor ni responsable de su pérdida. «Dios supo de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos por su propia malicia habían de ser malos... Los que se pierden no es porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (Conc. Valentiniano. 321).

23

Muchos de los males que suceden son debidos a la libertad del hombre. La libertad es un don de Dios, que recibimos para hacer el bien y a veces la empleamos para el mal. Esto es un abuso de la libertad.

Dios también conoce lo que *sucedería* en determinadas condiciones, y por eso a veces nos envía penas o castigos para evitar mayores males que nos amenazarían en otro caso (Mt. 11,21; Sab. 4,11). (Ved 355-358).

Muchos suelen culpar a Dios de los males y desgracias que les sobrevienen, y no se dan cuenta que ellos las más de las veces son los culpables: vg- unos sufren por glotonería o por embriaguez (Eccl. 31) o por darse al deleite o placeres impuros, etc. En los Proverbios leemos: «*La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios*» (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia, cuando los verdade-

ros autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos por nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

24

Providencia, poder y grandeza de Dios

La Providencia de Dios es el cuidado que El tiene por conservar y gobernar el mundo. «*El Señor ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos*» (Sab. 6,7). Dios cuida de las aves del cielo y de los lirios del campo... ¡cuánto más de nosotros! (Mt. 6,25-30). La Providencia de Dios se extiende hasta los acontecimientos más insignificantes de nuestra vida (Mt. 10,30).

Un ejemplo admirable de la Providencia divina tenemos en José, vendido por sus hermanos y después encarcelado, humillado... y después su subida repentina para ser virrey de Egipto y ser salvador de sus hermanos y del pueblo de Israel, y una vez dado a conocer a sus hermanos, les dice: «*No por vuestra traición vine yo aquí, sino por la voluntad de Dios*» (Gén. 45,8).

25

Nada acontece en el mundo por *casualidad*... Dios permite algunos males debido a la libertad del hombre... Todo lo bueno se hace por orden de Dios, y *permite* el mal, el dolor... y esto no se opone a su Providencia. «*Dios todo lo hizo bien*» (Gén. 1,31), por tanto el origen del mal no viene del Creador. El no es el autor del pecado. «*No digas: Mi pecado viene de Dios, porque El no hace lo que detesta... Pues a nadie ha mandado ser impío, ni le ha dado permiso para pecar*» (Eccl. 15,12 y 21). Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original: «*Por un hombre entró el*

pecado en el mundo y por el pecado la muerte...» (Rom. 5,12; Gén. 3,17; Sab. 1,13).

El origen del mal y de todos los sufrimientos, son debidos al primer pecado... y a los pecados personales de los hombres. (Ved 420 y 106).

26

Dios permite muchas veces el dolor para nuestro mayor bien: para *expiar* nuestros pecados; para *probar* la fidelidad de los justos; para *convertirnos y desprendernos* de los bienes de la tierra y hacernos pensar más en el cielo, al que estamos destinados, y a veces para dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (Lc. 23,41; Gén. 42,21; 2 Mac. 6,12-16; Jn.9). Para que nuestros sufrimientos tengan méritos redentores debemos unirlos a los de Cristo y soportarlos con resignación cristiana. (Ved mi «*Catecismo sobre el dolor*»).

27

Poder y grandeza de Dios. Dios no tiene límites en su poder. El es Todopoderoso. «*Nuestro Señor está en los cielos, y puede hacer cuanto quiere*» (Sal. 115,3). El puede hacer todo lo que quiere, y esto con sólo quererlo. La creación del mundo de la nada es obra de su voluntad: «*El lo dijo y se hizo, mandó y las cosas fueron creadas*» (148,5). El Señor ha hecho cuantas cosas quiso así en el cielo como en la tierra (Sal. 135,6). Para Dios todo es posible.

28

Dios lo puede todo, pero no quiere todo lo que puede,

es decir, no quiere lo que implique pecado o contradiga a su infinita perfección, por ejemplo, la mentira, el engaño, porque El es infinitamente perfecto y santo, es decir, el pecado es opuesto a la perfección de su esencia, y toda imperfección nace de enfermedad o flaqueza, y no de suma e infinita virtud de todo, cual es lo que tiene Dios.

29

La construcción colosal del firmamento: las masas puestas en movimiento, las órbitas de los astros, el número de las estrellas, las leyes del movimiento..., se hizo por la palabra creadora de Dios. «¡Tenemos un Dios grande, dice San Agustín, Su grandeza es sin fin; sin fin ha de ser tu alabanza!».

30

¡Cuán grande es el globo de la tierra! Este tiene 40.000 kilómetros de circunferencia, 510 millones de kilómetros cuadrados de superficie. Y, sin embargo, el sol es más de un millón de veces mayor que la tierra. La luz que recorre por segundo 300.000 kilómetros, necesita millares de años para venir a nosotros desde algunas estrellas. ¿Quién no se asombra ante esa grandeza, ante ese espacio tan inconmensurable? Si tan grandiosa es la creación ¡cuán grandioso no tiene que ser su Creador, que llamó de la nada al ser estos mundos sin columnas ni apoyo y a cada uno le señala su camino! *El cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre. Grande es Yahvé, grande es su poderío, y su inteligencia es inenarrable.* (Sal. 147,4-5).

Llenos de asombro y reverencia debemos decir: A Ti, gran Dios, te alabamos; a Ti, Señor, a tu gran poder ensalzamos...

31

Dios es el Señor, el Altísimo, el lleno de gloria...

Dios es el Creador de todas las cosas, y por tanto a El le pertenecen, y El es su Señor. El tiene el dominio o derecho de soberanía sobre todas las criaturas. *«Al principio creó Dios el cielo y la tierra»* (Gén. 1,1). *«Del Señor es la tierra y cuantos la habitan»* (Sal. 24,1). Por ser todos nosotros hechura de Dios, a El pertenecemos y a El debemos servirle... *«Si vivimos... para el Señor vivimos... del Señor somos»* (Rom. 14,8).

32

«Tuyo es, ioh Yahvé!, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra...» (1 Cron. 29,11ss). *«Tu solo eres santo, tu el solo Señor. Tú el solo Altísimo»* (Mis. Gloria). *«Sólo Tú eres el Altísimo sobre toda la tierra»* (Sal. 83,19). Lo que más impresiona a un hombre en su encuentro con Dios es la alteza y la majestad del Dios eterno ante el cual el hombre es *«polvo y ceniza»* (Gén. 18,27) y *«como nada ante sus ojos»* (Sal. 39,6). Señor, *«todo el mundo es delante de Ti como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra»* (Sab. 11,23)... Si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?...

33

La Biblia alude con frecuencia a la gloria de Dios. *«Los cielos pregonan la gloria de Dios»* (Sal. 19,2). *«Dios mío, ¡qué grande eres! estás revestido de gloria y majestad, envuelto de luz como un manto...»* (Sal. 104,1-2)...

Jesucristo, nuestro Señor, nos hizo asequible esta gloria interna de Dios mediante su vida y muerte y nos la prometió como fin de toda la vida cristiana, y la recibiremos nosotros cuando, rotas las ataduras terrenales, nuestro ser se revista con la túnica de la glorificación.

«Si el alma, dice San Juan de la Cruz, tuviera un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un momento solo, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto...»

34

Dios es todo bondadoso e infinitamente justo

Dios es la suma bondad. Toda bondad tiende a comunicarse: «Nosotros existimos, porque Dios es bueno» y nos ama (S. Agustín). «*Dios es amor*» (1 Jn. 4,8). La bondad de Dios se extiende a todos, aun a los seres irracionales: «*Ni uno de los pájaros está en olvido de Dios...*» (Lc. 12,6). Dios es un ser infinitamente feliz, que no necesita de otros ni de nada... De una fuente que llena abismos infinitos puedes sacar todo el agua que quieres, no llegarás a menguar la misma fuente...» Dios nos ha creado por puro amor, y todo lo demás por amor a nosotros» (S. J. Crisóstomo).

35

El amor que Dios nos tiene no puede compararse con el amor de una madre. «*¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti..., dice el Señor*» (Is. 49,14-15). He aquí la mayor manifesta-

ción de amor de Dios a los hombres: «*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo..., para que el mundo sea salvo por El*» (Jn. 3,16-17). Jesucristo diría después: «*Nadie tiene amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos*» (Jn. 15,13).

Dios ama a todos, sin excluir a los pecadores: «*Hace salir el sol sobre malos y buenos, llueve sobre justos y pecadores*» (Mt. 5,45).

36

«El Corazón de Jesús, dice Juan Pablo II, está lleno de amor al hombre, lleno de amor a la criatura, lleno de amor al mundo. ¡Está totalmente lleno! Esa plenitud no se agota nunca» (13-7-1986).

Alguno dirá: Hay muchos males en el mundo. Es cierto, pero sepamos que Dios no crea más que lo bueno; el mal no procede de El. «Dios que es el Creador del universo, no hizo sino cosas buenas» (S. León Magno). «Dios no quiere egoísticamente los bienes que posee eternamente, sino que quiere hacernos participar del gozo y posesión de sus bienes eternos» (San Hilario). «Sólo Dios es liberal en sumo grado, porque no obra movido por su propia utilidad, sino únicamente por su bondad» (Santo Tomás).

37

Dios es infinitamente justo. «Justo es Yahvé y ama lo justo» (Sal. 11,7). «*Justo eres, oh Yahvé, y justos son tus juicios*» (Sal. 19,137). Dios dará a cada uno según sus obras... En Dios no hay acepción de personas (Rom. 2,6 y 11). No ve Dios como el hombre; el hombre se fija en las apariencias, pero Dios mira el corazón (1 Sam. 16,7).

Dios es infinitamente justo porque premia las acciones buenas y castiga toda culpa. La justicia de Dios no es

otra cosa que su bondad. Dios castiga en esta vida sólo para corregir el hombre y hacerle feliz. Dios es justo porque es bueno (Clem. de A.).

38

«Quien dice Dios, dice suprema justicia; que si Dios no fuera justicia suma, no sería Dios» (Sardá y Salvany). «Aunque tengamos que ser muy puros para comparecer ante la santidad de Dios, también sé que precisamente este Dios es infinitamente justo, y esta justicia que infunde miedo a tantas almas, es para mi objeto de alegría y de confianza. Ser justo significa no solamente usar de severidad para con el reo, sino también reconocer las rectas intenciones y premiar la virtud. Espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia» (Santa Teresa del Niño Jesús). «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos*» (Ecl. 12,7). Teme a Dios no con temor servil, sino filial de no quererle ofender jamás.

39

Dios es paciente y misericordioso

Es inconcebible que Dios tan omnipotente y eterno, tan majestuoso y superior al mundo, se preocupe tanto de nosotros, siendo tan pobres y mezquinos, tan miserables y pecadores. ¿Qué somos nosotros? ¡Qué poca cosa e insignificante es una hormiguita con relación a nosotros! Pues menos somos nosotros con relación a Dios..., y ese Dios infinitamente grande se preocupa de nosotros más que una madre respecto al hijo de sus entrañas, como dice el profeta Isaías (49,15). Señor, «*Tú tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres por esperarlos a penitencia...*» (Sab. 11,24).

40

En Dios todo es grande, todo es infinito, pero donde parece resaltar más su grandeza es en su misericordia. El salmista dice: «*Su misericordia está sobre todas sus obras*» (Sal. 145,9). «*De la misericordia del Señor está llena la tierra*» (Sal. 33,5). «*Yahvé es benigno y misericordioso, magnánimo y grande en clemencia. Yahvé es bueno con todos y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas*» (Sal. 145,8-9).

41

«Examínate a ti mismo: ¿qué es lo que mereces, pecador? Despreciador de Dios, ¿qué mereces? Mira si ves otra cosa que castigo, otra cosa más que suplicio... Dios no se deleita con condenar sino con salvar, y es tan paciente con los malos para que se vuelvan buenos... Su misericordia se nos anticipa por doquiera, para llamarnos a nosotros que no queríamos ir» (San Agustín).

Dios está siempre dispuesto a perdonar, y dice con juramento: «*Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*» (Ez. 33,11). No desesperes, pues, del perdón por la enormidad de tus culpas, porque, si te arrepientes sinceramente de ellas, la misericordia de Dios borrará grandes pecados» (S. Jerónimo).

42

Dios es paciente con los pecadores, y a muchos aprovechó esta paciencia, para convertirse y hacerse santos. Tales fueron la Magdalena, San Pablo, San Agustín y otros muchos. Dios esperó a San Agustín más de treinta años... A veces sucede que muchos pecadores no se convierten y otros se obstinan en su maldad, a pesar de la pa-

ciencia de Dios, y en muchos es debido a su presunción, porque dicen que Dios es bondadoso, pero sepan que la misericordia de Dios es paciente y al fin termina castigando como hizo con Jerusalén al no hacer caso de los avisos que le dio por sus profetas...

43

Se refiere de Santa Teresa del Niño Jesús, que una novicia la había ofendido y fue a pedirle perdón. Teresita apareció muy emocionada y dijo: «¡Si supiese usted lo que yo siento! Nunca había comprendido tan profundamente el amor con que nos acoge Jesús, como cuando después de cometer una falta le pedimos perdón. Si yo misma, su pobre y pequeña criatura, siento tanta dulzura en este momento con usted, que ha venido a pedirme perdón, ¿qué sentirá el corazón suavísimo de Dios, si nos dirigimos a El con arrepentimiento?»

44

Dios es infinitamente santo y perfecto, veraz y fiel

Dios es infinitamente santo y perfecto. En la Sagrada Escritura se nos habla así de la santidad de Dios: «*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Toda la tierra está llena de su gloria*» (Is. 6,33). «*¡Oh Dios, santos son tus caminos!*» (Sal. 77,14). «*Amas la justicia y aborreces la iniquidad*» (Sal. 45,8). «*Aborrece Yahvé el camino del impío, pero ama al que va por el de la santidad*» (Prov. 15,9). «*Sed santos, porque Yo soy santo*» (Lev. 11,44).

Decimos que Dios es santo, porque El ama solamente el bien y aborrece todo lo malo. La santidad es carencia o ausencia de toda mancha de pecado. Santo Tomás lo dice así: «La santidad consiste en estar puros de pecado y en

practicar el bien». En realidad la santidad no es otra cosa que conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, o sea, hacer lo que El quiere, que seamos cumplidores de sus santos mandamientos.

45

«Un ser es perfecto cuando está acabado y ha alcanzado su fin..., mas la perfección absoluta es el cúmulo de todos los bienes, y sólo la posee Dios. Dios posee *todas* las perfecciones que nosotros podamos concebir. Todo cuanto hay de perfección en Dios, es siempre inmutable en El sin aumento ni pérdida» (S. Greg. Niseno). El modelo de nuestra santidad es Jesucristo. Como podemos ver en el Evangelio, El nos da ejemplos de pobreza, de castidad, de obediencia, de humildad, etc. El pasó por este mundo sin pecado alguno, sin una sola mancha o imperfección. Sólo El pudo hacer este reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8,46). Y ellos mismos, como Judas, Pilato, el buen ladrón confesaron su inocencia... Todos estamos llamados a la santidad y todos sin excepción (Conc. Vat. II).

46

Dios es veraz y fiel. La Escritura dice: «Dios es veraz, y mentiroso todo hombre» (Rom. 3,4). «Dios no miente» (Tit. 1,2). «Es imposible que Dios mienta» (Heb. 6,18). «No es Dios un hombre para que mienta» (Jn. 8,26). «La verdad del Señor permanece eternamente» (Sal. 117,2). «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24,35).

Dios es veraz porque manifiesta y dice sólo la verdad, y como dice el Conc. Vaticano I: «Dios no puede engañar... ni puede equivocarse ni inducir a error». El es infi-

nito en toda perfección. No puede engañar ni engañarse porque es sapientísimo; ni puede mentir porque es infinitamente santo». Quien ha prohibido la mentira, está muy lejos de mentir» (S., Clem. Romano).

47

Dios es fiel en todas sus palabras (Sal. 145,13). Si le fuéramos infieles, El permanecería fiel, que no puede negarse a Sí mismo (2 Tim. 2,13). *«Sus obras son perfectas. Todos sus caminos son justísimos; es fidelísimo y no hay en El iniquidad; es justo, es recto»* (Dt. 32,4). Dios es infinitamente fiel porque El cumple siempre sus promesas, y sus amenazas. La fidelidad de Dios aparece en sus promesas. Recordemos cómo se cumplieron sus amenazas en el paraíso (Gén. 2,17; 3,17) y la promesa del Salvador (Gén. 3,15), y las amenazas de Cristo sobre la destrucción de Jerusalén y de su templo (Mt. 24), y así han de cumplirse todas.

48

Dios nos prueba y remunera el bien

Nadie en la tentación diga: «Soy tentado por Dios», porque Dios ni puede ser tentado al mal, ni tienta a nadie (Sant. 1,133). *«Yahvé, tu Dios, te prueba para saber si le amáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma»* (Dt. 13,3). *«Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere así probado recibirá la corona de la vida que Dios ha preparado a los que le aman»* (Sant. 1,12). Dios prueba a los elegidos como el oro en el horno (Sab. 3,6).

De diferente manera tienta Dios que el diablo. El diablo tienta para hacer caer; Dios tienta para coronar... Al

ser tentado piensa en la corona que se te prepara... Cuanto mayor sean las tribulaciones, más abundante será la coronación (San Ambrosio).

49

«Dios deja caer acá, a veces, sobre individuos y sobre pueblos, pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, a purificar personas y pueblos con las expiaciones de la vida presente y por tal camino volverlos de nuevo a Sí» (Pío XII).

Advertencia: *El sufrimiento* es inevitable; como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía» (Sobre el origen del mal y de los sufrimientos, y para que estos tengan méritos redentores, véase núm. 25 y 26).

50

Justo y veraz es nuestro Juez, que a nadie niega el galardón de sus méritos... Nadie se arrepintió de haber servido a Dios. Es sobremanera liberal en la remuneración (S. Greg. Naz.). «Si recibes el salario aquí, se te paga con bienes incorruptibles y no pasajeros. Si recibes la paga aquí, recibes plomo; si la recibes en el cielo, se te da oro de ley» (S. J. Crisóstomo).

51

La ira y la venganza de Dios

San Agustín nos dice: «Los antiguos nos enseñaron que la ira no es más que el apetito de venganza». Todos conocemos la ira o cólera que se levanta con ímpetu en el espíritu del hombre, y algunas veces en forma espantosa, la cual origina disputas, querellas, injurias, calumnias,

blasfemias, etc; mas la ira de Dios, que aparece en la Sagrada Escritura, no es así. Como dice Santo Tomás: «La ira de Dios no significa una excitación espiritual sino el efecto de la ira: el castigo eterno impuesto al pecador».

«¿Qué es la ira de Dios sino los castigos y venganzas del Dios justo? No se turba Dios con alguna conmoción, como el alma mudable cuando monta en cólera; lo que llamamos ira de Dios no es otra cosa que el castigo justo del pecado... Es costumbre de la Sagrada Escritura aplicar a las cosas divinas expresiones tomadas de las cosas humanas». Dios se acomoda a nuestra manera de hablar...

52

No es Dios quien te vuelve la espalda y después se vuelve hacia ti... Te ha vuelto la espalda, porque tu se la volviste a El...; El sigue la espalda del que huye, ilumina el rostro del que vuelve. Es tu Juez si huyes, es tu Padre si retornas... Dios odia y ama al mismo tiempo. Odia tus cosas, te ama a ti... Odia lo que tu hiciste (el pecado), ama lo que hizo El (su imagen en el hombre)... Falta de castigo: ¡qué duro castigo! Si vives mal y Dios no te castiga, es señal de que está enojado (San Agustín).

La ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres... (Rom. 1,18). Dios castiga el pecado solamente el pecado... El no se complace en el castigo, y castiga no por afán de venganza ni por celo obcecado, sino por amor, para mover al pecador a enmienda...

53

Dios por encima de todos los seres

El Concilio Vaticano I hizo esta profesión de fe: «La

Santa Iglesia Católica Romana cree y confiesa que hay un solo Dios vivo y verdadero, Creador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en entendimiento y voluntad y toda perfección. Es un ser espiritual único, simplicísimo e inmutable... *completamente distinto del mundo*, beatísimo en si mismo, e inefablemente superior a todas las cosas que existen o puedan concebirse fuera de El» (D. 1792).

54

Dios es el único ser absolutamente independiente y soberano. El único que existe por si mismo y no admite otro ser absoluto al lado de El. Algunos pueblos antiguos que no conocían la luz de la revelación cayeron en el error del panteísmo. Esta palabra «panteísmo» viene de las dos griegas: *pan* que significa *todo*, y *Theos*=Dios; por tanto, según ellos Dios es todo y todo es Dios, es decir, identifican a Dios con las cosas, con todas las criaturas. Moisés quitó el fundamento de toda doctrina errónea... con esta frase: «*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1) (S. J. Crisóstomo) Dios está en el mundo y por encima del mundo...

55

Dios es luz

La «luz» es el símbolo más hermoso de Dios. Donde hay luz, allí hay claridad, verdad, belleza, vida, calor, crecimiento, esperanza, brillo, alegría... Lo opuesto son las tinieblas... Así también en el sol eterno, en Dios, pero de una manera infinitamente más sublime. «Dios es luz»; por tanto, lo que viene de Dios, lo que a El pertenece, es luz... San Juan nos lo dice así: «*Este es el mensaje que de*

Jesucristo hemos oído, y os anunciamos que DIOS ES LUZ y que en El no hay tiniebla alguna» (1 Jn. 1,5). Y el mismo Jesucristo nos dice en su Evangelio: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn. 8,12).

56

La sabiduría de Dios «es el resplandor de la luz eterna» (Sab. 7,26). Dios es «el único inmortal, que habita una luz inaccesible, a quien ninguno vio ni pudo ver, al cual el honor y el imperio eterno. Amén» (1 Tm. 6,16). Dios es luz y el Creador de la luz: «Hágase la luz, y la luz fue hecha» (Gén. 1,3), y creó las dos grandes lumbreras, el sol y la luna (Gén. 1,14-19). «Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19).

Dios será luz eterna de los justos. «Ellos verán su rostro, y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche, ni tendrán necesidad de luz de antorcha, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinará por los siglos de los siglos» (Apoc. 22,4). Yahvé será tu eterna luz, y tu Dios será tu resplandor (Is. 60,19).

57

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Sal. 27,1). Caminemos en la luz del Señor (Is. 2,5). «Vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios» (Jn. 3,19-21).

«Fuisteis algún tiempo tinieblas (por vivir en pecado),

pero ahora sois luz en el Señor; andad, pues, como hijos de la luz» (Ef. 5,8). Todo apóstol debe ser luz: *«Vosotros sois la luz del mundo...»* (Mt. 5,14). *«Cristo es la luz de los pueblos»*, que quiere iluminarlos con la luz de su Evangelio... (LG. I).

58

Dios es nuestra vida

Dios es la vida suprema y la fuente de la vida, por tanto no hay vida que no proceda de Dios... Toda vida, también la espiritual, tiene con Dios relación de lo creado con el Creador... Así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida bienaventurada del alma es Dios. El es la vida eterna, en que entraremos nosotros cuando El nos reciba junto a sí... Tu vida eterna será el mismo Dios (San Agustín).

Dios nos ha dado la vida: la vida natural, pues El es el creador de la vida. Remóntate por tu vida hasta la fuente primera (padres, abuelos, antepasados) y llegarás a Dios, el que *«creó al hombre inmortal y lo hizo a imagen de su propia naturaleza»* (Sab. 2,23), pudiendo decir con el Salomista: *«Señor, tu formaste mis entrañas, tu me tejiste en el seno de mi madre. Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste...»* (Sal. 139,13-14).

59

Dios nos dio también la vida sobrenatural o vida de la gracia, y a esto vino Jesucristo *«para que la tuviéramos abundante»* (Jn. 10,10), y Dios es el que en el santo bautismo nos transforma en una nueva especie de hombres, nos deifica por el baño de la regeneración. Remóntate, pues, hasta la fuente (pila bautismal, Iglesia, Cristo) y te

hallarás ante Dios, el Dios de tu vida... «Lejos de Dios, todo hombre tiene muerta el alma... Sólo mediante la participación en la vida eterna de Dios es dichosa el alma» (S. Agustín).

60

«Sin padre se puede vivir; se puede vivir sin madre, mas no se puede vivir sin Dios» (Dicho ruso), y esto es lo que ha dicho Juan Pablo II: «Los pueblos no pueden vivir sin Dios...». Cuando el santo Obispo Martin de Tours oía hablar de la «otra» vida, solía corregir con ímpetu la frase: «No hay otra vida; no hay más que una sola vida verdadera».

61

Dios es nuestro modelo

Dios se nos presenta en la Sagrada Escritura como modelo al que debemos imitar, y así nos dice: «*Sed imitadores de Dios, como hijos amados*» (Ef. 5,1). «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt. 5,48). «*Sed misericordiosos como también vuestro Padre es misericordioso*» (Lc. 6,36).

Alguno tal vez se desaliente por la sublimidad del modelo; pero no debe ser así, porque si El se nos presenta como ejemplar, es porque en realidad podremos imitarle; mas hemos de reconocer que tiene que ser con su ayuda: «*No yo, decía San Pablo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Cor. 165,10). Si nos esforzamos, pues, por imitarlo, El nos ayudará.

62

Hay atributos en Dios, que por ser exclusivos suyos,

no podemos copiar en nosotros vg. la eternidad, la omniscencia, la inmensidad, etc., pero si podemos y debemos imitar aquellas propiedades que en nosotros forman el «carácter» y que en Dios sirven de modelo a nuestro esfuerzo moral, como son: su santidad, justicia, amor, bondad, suavidad, paciencia, misericordia, veracidad, etc...

En Dios hay ciertamente rasgos que no podemos imitar, pero si los podemos imitar en Dios humanado, o sea, en Jesucristo, verdadero hombre, y por eso quiso precisamente encarnarse y aparecer como hombre en medio de los hombres. Todos podemos imitarle según nuestra medida y capacidad...

63

Dios es nuestro fin

La Escritura Santa nos dice: «*Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra*» (Heb. 11,13). Todos vamos caminando por este mundo, y ¿a dónde vamos? ¿Hemos pensado en nuestro último destino? Algunos viven en la tierra como si tuvieran en ella su domicilio permanente, y sólo piensan en acaparar riquezas, comprar fincas y casas como si fueran aquí eternos, mas éste es un error y tenemos que desengañarnos, porque con la muerte tenemos que dejarlo aquí todo, y por eso debemos vivir con el corazón desprendido de cuanto poseemos, usando de las cosas como las usa el peregrino, que al entrar, según va de camino, en un hotel, usa de los utensilios: cuchara, tenedor, toalla, etc, y luego se levanta y dejando todo, sigue su viaje...

64

Tenemos que reconocer que estamos en la tierra de

paso, que *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14), y por eso interesa que nos hagamos estas preguntas: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Para que estamos en este mundo?

¿De dónde vengo? Hace 100 años que yo no existía y dentro de pocos dejaré de existir. ¿Quién me ha puesto a mí en el mundo? En la Biblia leemos: *«Al principio creó Dios el cielo y la tierra»* (Gén. 1,1) y *cuanto hay en ellos* (Sal. 24,1). Dios es el Creador del mundo y del hombre y por tanto yo soy hechura de Dios. Dios sirviéndose de mis padres me dio el cuerpo. El creó mi alma y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal *«Dios nos hizo y somos suyos»* (Sal. 100,3). Vengo, pues de Dios.

65

¿A dónde voy? El hombre es un viajero, y en este viaje por este mundo busca la felicidad..., todos soñamos en ella, pero ¿dónde está? Los que no piensan en el más allá de la muerte, ponen su felicidad en las riquezas, en los honores y placeres... Y ¿podremos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo?... No hemos nacido para los bienes de este mundo...

66

¿Para qué estoy en este mundo? ¿Cuál es mi fin? Andamos muy equivocados si creemos que estamos en este mundo para acaparar riquezas y luego dejárselas a otros con gran pena que ellos disfruten a costa de nuestros sudores... San Agustín corrió tras los placeres, y un día hastiado de ellos, arrepentido se volvió a Dios y dijo: «Nos hiciste Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón

mientras no descansa en Ti». En la Biblia leemos que Salomón poseyó toda clase de riquezas, de honores y placeres y al llegar la muerte exclamó: «*Vanidad de vanidades y todo vanidad*». Por eso Kempis, añadió: ««todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle»».

Siendo hechura de Dios, de El dependemos y a El debemos servirle y amarle. «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el todo del hombre*», es decir, ésta es la razón de ser, y para esto estamos en el mundo para cumplir bien los mandamientos de Dios. Jesucristo nos habló de otra vida eterna y nos dice: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

67

¿Qué nos dice la Sagrada Escritura? «*Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra, y le dio inteligencia, lengua, oídos y ojos para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de esas sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad*» (Eclo. 17,3ss)...

En consecuencia: Nuestra felicidad no está en la tierra, no está en este mundo, está en *Dios infinito y eterno*, porque El es el que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, y sólo El por poderlas colmar es nuestro último fin.

Advertencia

En los números precedentes hemos hablado de Dios y de sus perfecciones; mas después de haber dicho en el n.º 1 que el nombre de Dios es YAHVE, tenemos que añadir que en el A.T. además de *Yahvé* (el que es), hay otros seis nombres santos de Dios, que intentan interpretar su esencia. Estos son:

1. EL (el fuerte, el omnipotente); 2. ELOHIM (el adorable,

el temible); 3. KADOSCH (el Santo); 4. SCHADDAY (el Todopoderoso); 5. ADONAI (el Señor, el Juez, el Dueño) y 6. ELION (el Todoelevado, el Altísimo).

Pero el principal de todos, que señala mejor su esencia, es YAHVE, *el que es*, el ser por esencia, el ser independiente, el que existe por si mismo, y del cual dependemos nosotros y el mundo entero.

En el N.T. se nos revela con esta definición: DIOS ES AMOR (1 Jn. 4,8), y su amor se nos manifiesta en que siendo el Ser por esencia, que no necesita de nada ni de nadie: nos ha creado y redimido por amor.

1. *Dios Padre nos ama*, porque «Dios es amor», y porque «tanto amó Dios al mundo que envió su Hijo al mundo para que éste sea salvo por El» (Jn. 3,17).

2. *Dios Hijo nos ama*, porque nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos», y Cristo la ha dado por nosotros (Jn. 15,13).

3. *Dios Espíritu Santo nos ama*, porque «por su virtud el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones» (Rom. 5,3).

La Santísima Trinidad es un misterio de amor. ¿Qué tenemos que hacer nosotros? Corresponder a tan grande amor. «*Amemos a Dios, porque El nos amó primero*» (1 Jn. 4,19). Y ¿quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos.

LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA

68

¿Qué es la Biblia?

Nos interesa muchísimo saber que la Biblia es el libro más importante y autorizado que hay en el mundo, por ser el libro de la revelación divina, el que contiene y es «la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), «una carta de Dios omnipotente a su criatura» (S. Greg. Magno y S. Agustín). En él Dios nos habla (Heb. 1,1-2).

Además nos interesa saber que lo que llevamos dicho anteriormente de Dios está fundamentado en este libro divino, y en él seguiremos fundamentando todo el contenido de esta enciclopedia.

69

La Biblia es el libro más difundido del mundo por hallarse traducido a más de mil lenguas distintas, y más que un libro es una colección de libros sagrados, en total 73 (46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo), mas ya nos

hemos acostumbrado a llamarlos en singular *la Biblia*, por hallarlos en la actualidad en un solo volumen, por lo que ella (y más por su carácter sagrado) es el libro de los libros, el libro por excelencia.

La razón característica de estos libros es que todos ellos están inspirados por Dios (2 Tim. 3,16), y éste es el motivo principal por el que debemos leerlos con frecuencia. Conviene saber que la Biblia católica se diferencia de la protestante, en que a ésta le faltan estos siete libros: *Tobías, Judit, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y los dos de los Macabeos*. La protestante tiene 66 libros y la católica 73.

70

En 1869 el Concilio Vaticano I resumió la doctrina católica acerca de la inspiración de los Libros Sagrados en estas palabras: «Los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento, en todas sus partes, tales como están enumerados por el decreto del mismo Concilio de Trento y tales como están contenidos en la antigua edición Vulgata Latina, deben ser tenidos como sagrados y canónicos, no porque escritos por la sola ciencia humana hayan sido aprobados después por su autoridad, ni solamente porque encierran la revelación sin error, sino porque escritos por inspiración del Espíritu Santo tienen por autor a Dios».

«*Todo cuanto ha sido escrito en la Biblia, para nuestra enseñanza ha sido escrito*» (Rom. 15,4). La Biblia trata de Jesucristo. El es su figura central (Véase núms. 90-92).

71

La lectura de la Biblia es de suma importancia y nos es necesaria a todos, pues por ser «la palabra de Dios» y

ser el único libro divino, el Conc. Vaticano II nos exhorta a leerlo con frecuencia (DV. 25), porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos, y a su vez alimenta la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la mortificación, el celo... San Jerónimo dice: «Leed con frecuencia las Escrituras; aún más, no dejéis nunca de la mano su lectura... La vida de los santos es su mejor interpretación... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne». Y San Agustín: «Toda la Biblia nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, donde se halla la verdadera y suprema felicidad».

Advertencia: El que quiera tener una idea clara del valor de la Biblia, le recomiendo estos libros míos: «*Catecismo de la Biblia*». «*Los grandes interrogantes de la Religión*», y «*La Biblia explicada*».

72

LOS EVANGELIOS

Antes de hablar de Jesucristo, vamos a hablar de los Evangelios, porque éstos tratan de El. La Biblia, como es sabido, se divide en dos grandes partes: Antiguo Testamento (A.T.) y Nuevo Testamento (N.T.). El Antiguo fue escrito antes de Jesucristo y el Nuevo en el primer siglo después de Jesucristo.

Los Evangelios son los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento, Mas notemos con San Agustín que «son cuatro los libros de un solo Evangelio», o como dice Orígenes: «*El Evangelio es uno* en realidad, aun cuando venga de cuatro autores». Conviene que sepamos también que Dios ha hablado a los hombres (Heb. 1,1-2), y en el Antiguo Testamento tenemos lo que Dios nos ha dicho por medio de los profetas, y en el Nuevo, especialmente

en los Evangelios, lo que El nos ha dicho por medio de Jesucristo.

73

¿Qué es el Evangelio? El Evangelio (que significa «Buena Nueva o Buena Noticia» de la redención a los hombres) es la historia de la vida, doctrina y milagros de nuestro Señor Jesucristo, relatados por los cuatro evangelistas: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

Hoy se leen con avidez biografías de hombres célebres, y ¡cuántos de los que se dedican a sus lecturas se olvidan que la primera de todas es la de Jesucristo, y que esa biografía divina se llama *el Evangelio!* «Sea, pues, nuestro principal estudio pensar en la vida de Jesucristo» (Kempis). ¡Cuántos se llaman cristianos y no le conocen e ignoran que El es el único que ha vivido y muerto por nosotros!

74

Al Evangelio, por ser el libro de Dios, se le han tributado siempre los más grandes honores. Ya en los comienzos de la Iglesia se encerraba en el Sagrario juntamente con la Eucaristía, y aquellos primeros cristianos copiaban el Evangelio, le llevaban consigo, y al morir, se depositaba sobre sus pechos.

Es costumbre en la Iglesia católica estar de pie durante su lectura, como indicando que estamos dispuestos a oír siempre la palabra de Dios y cumplirla... Después de la lectura, el Evangelio se besa y en las Misas solemnes se incienso en señal de respeto a la palabra de Dios. No hay más que un libro que se incienso, y es éste: ¡el Evangelio!...

¿Cuál es el origen de los Evangelios?

El Evangelio fue primeramente oral. La Buena Nueva por excelencia, la doctrina de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, fue predicada al mundo, primeramente por El y luego por sus apóstoles a quienes envía a predicar. «*Jesús iba recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino*» (Mt. 4,23), y luego de instruir a sus apóstoles les dijo: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las gentes, el que lo creyere y se bautizare, se salvará*» (Mc. 16,15; Mt. 28,19). «*Id y predicad, diciendo: Que se acerca el reino de los cielos*» (Mt. 10,7). La predicación de los apóstoles fue prolongación de la predicación de Jesús.

76

El Evangelio escrito. Después de haberse predicado el Evangelio, se sintió la necesidad de fijar por escrito la enseñanza oral que se había predicado, y así algunos de los apóstoles y discípulos, inspirados por Dios, para bien de las comunidades cristianas y fieles, escribieron parte de la doctrina que predicaban, o sea, de las divinas enseñanzas de Jesucristo.

La predicación apostólica fue una instrucción a la que se le ha dado el nombre de «catequesis», formada a base de los hechos, milagros y palabras de la vida de Jesús, la cual era necesaria, ya que la fe depende de la predicación de la palabra o Evangelio de Jesús (Rom. 10,1).

77

Los autores de los Evangelios son: San Mateo, San

Marcos, San Lucas y San Juan. San Mateo y San Juan fueron apóstoles de Jesucristo. San Marcos fue discípulo de San Pedro, y San Lucas, discípulo de San Pablo. Los Evangelios fueron escritos en lengua *griega* a excepción del de San Mateo que lo fue en lengua *aramaea*. Y por lo que hace a la época en que fueron escritos, la sentencia más probable es que los tres primeros lo fueron del año 40 al 70 de nuestra era, y el de San Juan sobre el año 95.

Conviene tengamos presente que la Iglesia fundada por Jesucristo es para los católicos la verdadera Maestra y norma para juzgar por los Evangelios. Conocido es el dicho de San Agustín: «Yo no creería en los Evangelios, si no me convenciese de ellos la autoridad de la Iglesia católica».

78

¿Merecen crédito los Evangelios?

No hay duda alguna que los Evangelios tienen la máxima autoridad y merecen fe humana por ser verdaderamente *históricos*, o sea, porque son auténticos, íntegros y verídicos.

- Un libro es *auténtico* cuando ha sido escrito en la época y por el autor que le asignan.
- Un libro es *íntegro* cuando ha llegado hasta nosotros sin alteración, tal como fue compuesto por el autor.
- Un libro es *verídico* cuando el autor no puede ser sospechoso de error o de mentira.

79

El Evangelio es un libro excepcional que se halla publicado en todo el universo y se ve confirmado con milagros públicos e innegables, confesado por millones de

hombres, que han dado su vida entre los más horribles tormentos por su creencia, y vemos que es defendido, explicado y aclarado por los hombres más sabios y virtuosos de todos los siglos. Jesucristo dijo y sigue diciéndonos en su Evangelio: «*Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*» (Jn. 8,46)... El Evangelio apareció en el mundo cuando nació el cristianismo, y el cristianismo apareció en el mundo, cuando empezó a predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad más demostrada que ésta?

80

En favor de la autenticidad de los Evangelios tenemos la tradición de todos los siglos y testimonios hasta de los mismos enemigos del Evangelio.

San Clemente Romano, discípulo de San Pedro y Papa en el primer siglo (desde el año 91 al 100), y *San Ignacio de Antioquía*, martirizado por Trajano en 107, que fue discípulo de San Juan, citan los cuatro Evangelios.

San Ireneo, obispo de Lyon (años 120 al 202), discípulo de San Policarpo, quien lo fue a la vez de San Juan, invoca contra los herejes los cuatro Evangelios, y así dice: «Es tan grande la certeza de nuestros Evangelios, que los mismos herejes les rinden testimonio», y *Orígenes*, que vivió del año 185 al 254, afirma: «Hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios: el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Juan».

81

Desde el siglo III y IV abundan testimonios clarísimos sobre la autenticidad de los Evangelios, y es más, filósofos platónicos, primeros precursores del moderno racionalis-

mo como Celso, Porficio, Marción y otros, al ver que no podían negar su origen y valor histórico, lo que hicieron fue desnaturalizar su contenido o adulterar algunos relatos evangélicos en provecho de sus errores... Los protestantes en el siglo XVII y siguientes los admitieron —al igual que la Biblia, como norma única de fe y rechazaron la tradición y el Magisterio de la Iglesia... De algunos protestantes liberales y racionalistas aduciré dos testimonios:

Renán dijo: «En suma admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. A mi parecer todos se remontan al siglo I, y son poco más o menos de los autores a los cuales se atribuyen».

Juan Jacobo Rousseau, que atacó muchas veces la figura de Jesucristo, dice: «¿Diremos que la historia del Evangelio fue inventada caprichosamente? No es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor quedaría más asombroso que el héroe».

82

En favor de la verdad de los Evangelios tenemos que los hechos que narran los evangelistas eran recientes, públicos y conocidos de todos, los habían visto ellos mismos, como testigos oculares, o bien recibido de boca de los testigos dignos de fe, como dice San Lucas al comienzo de su Evangelio.

Además la crítica enemiga los ha examinado con la mayor prevención y saña, y no han podido encontrar error o falsedad alguna. Los evangelistas no hubieran podido engañar, aunque hubieran querido, porque vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio y hubieran protestado, y porque se trata de hechos conocidos y narrados por historiadores profanos. Fi-

nalmente el estilo sencillo con que refieren los hechos, el no callar sus propias faltas y el contar cosas que habían de proporcionarles persecuciones y martirios son pruebas evidentes de que narran la verdad...

83

En favor de la integridad de los Evangelios, tenemos que en el decurso de los siglos nada se ha mudado en ellos y han llegado intactos hasta nosotros, conservándose como salieron de las manos de sus autores, sin mutaciones esenciales, y si se nota alguna que otra variante es accidental y debida a errores de copistas o de traductores. Existen más de dos mil trescientas copias, hechas en pergamino, todas ellas antiquísimas, y todas concuerdan con nuestra Sagrada Escritura.

Advertencia: Esta cuestión de la historicidad de los Evangelios puede verse algo más ampliada en mis libros: *«¿Qué es el Evangelio?»*, *«Los grandes interrogantes de la Religión»*, y especialmente en el *«Manual de Escritura, Introducción especial al Nuevo Testamento = 5.º edición»*.

84

LA REVELACION DIVINA

(La fe y la razón)

Hemos hablado de Dios, y tenemos que hacernos esta pregunta: ¿Cómo podemos conocer a Dios? Lo podemos conocer por la luz natural de la razón y por la fe o luz de la revelación divina, o sea, por estos dos libros: el de la naturaleza o mundo sensible y por la Biblia.

1. *Por la naturaleza* o el mundo sensible que vemos y por toda la grandeza de la creación: la tierra con sus ma-

res y montañas, las estrellas, etc., todos nos damos cuenta que el mundo existe y sacamos la consecuencia que con mayor razón existe el Creador del mundo y todo nos habla del poder y divinidad de Dios (Rom. 1,19-20). (Ved n.º 29).

2. *Por la Biblia*, donde tenemos lo que Dios nos ha dicho por medio de los profetas y por Jesucristo, y en ella Dios se nos revela como creador de cielos y tierra y de cuantas cosas existen (Ved n.º 3 al 6).

85

Recordemos el magnífico pasaje de San Agustín del ascenso por medio de las criaturas, para encontrar al Creador: «Pregunté a la tierra, y ella dijo: “No lo soy (no soy Dios)”. Pregunté al mar... a los vientos... al cielo... hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: «¡Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de El!». Y con voz fuerte clamaron todas «El nos ha hecho».

86

Como podemos observar en el hombre hay dos clases de conocimientos: el racional que se adquiere por medio del entendimiento, y el sobrenatural, que adquirimos por medio de la fe, la cual se funda en la palabra de Dios infalible (Heb. 1,1; 11,1), y por lo mismo este conocimiento sobrenatural es más excelente que cualquier otro conocimiento humano, porque procede inmediatamente de Dios y abarca más número de verdades.

Por la razón sabemos muy poco de la naturaleza y vida de Dios; mas por la fe nos consta el misterio de la Trinidad, el de la Encarnación, elevación del hombre al estado sobrenatural...

Revelación es manifestación de algo oculto y escondido. La revelación de que aquí hablamos, es de *origen divino*, pues procede de Dios, y de ella podemos dar esta definición: *Revelación divina o sobrenatural* es una *locución* amorosa de Dios a los hombres, pues Dios, movido de amor, dice el Vaticano II, ha querido revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad por Cristo, la Palabra hecha hombre (DV. 2).

Este es un hecho histórico de gran transcendencia, pues nos consta que Dios nos habla no sólo por la naturaleza en la que nos ha dejado «un testimonio perenne de Sí mismo» (DV. 3), sino que también habló, como hemos dicho, primeramente por los profetas para que todos le reconocieran como Dios único, vivo y verdadero, y últimamente nos habló por su Hijo, Jesucristo, el Verbo o Palabra hecha hombre.

¿Qué es la Sagrada Tradición? «Tradición (de la palabra latina «trádere») significa «entrega», «transmisión» de una cosa o una verdad.

La Sagrada Tradición (que se denomina también «Tradición Apostólica») es la transmisión de la doctrina de Jesucristo ya oralmente, ya por escrito (2 Tes. 2,15). Tradición *objetiva* es el conjunto de verdades, de hechos o milagros, que constituyen el depósito de la revelación, y tradición *subjetiva* es el conjunto de personas, por cuya mediación llegaron hasta nosotros los hechos y dichos de Jesucristo.

Los transmisores de esta doctrina o cauce de las verdades reveladas por Dios, son: 1) *Los apóstoles*, los primeros en recibirla de labios de Jesucristo. 2) *Los Roma-*

nos Pontífices y obispos, como sucesores de los apóstoles, y 3) Los Santos Padres de la Iglesia, los Concilios, los escritos litúrgicos, etc...

89

El Concilio Vaticano II nos dice: «Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades...» (DV. 7). Cristo, el Verbo encarnado, es la verdadera Palabra de Dios enviada a los hombres. El es la fuente y plenitud de la revelación... De Cristo «única fuente divina», manan como formando una sola cosa la Tradición Sagrada y la Escritura Santa, pues tan unidas están entre sí como las aguas del río a su cauce, de tal modo que no puede concebirse una Escritura independiente de la Tradición, ni una tradición independiente de la Escritura (DV. 9).

Los dogmas definidos por la Iglesia están todos de algún modo incluidos en la Biblia, pues no inventa ni crea dogmas, sino que los *aclara*. La norma de nuestra fe es la Biblia interpretada por la Iglesia.

Advertencia importante

Como en los números siguientes vamos a hablar de Jesucristo, conviene sepamos la fecha de su nacimiento, desde la cual empieza nuestra cuenta del tiempo, o sea *la Era cristiana*, y además cuándo se celebra la fiesta de la *Pascua de Resurrección*.

La era cristiana

La era cristiana que empieza con el nacimiento de Cristo, se llamó también «era dionisiana», porque un monje escita, llamado Dionisio el Exiguo (que murió en el año 556), tuvo la idea feliz de poner en el centro de la historia universal la fecha del nacimiento de Cristo, porque en realidad El es el centro de todos los tiempos, pues vino *en la plenitud de ellos* (Gál. 4,4).

Según los estudios que se han hecho y teniendo en cuenta

que Jesucristo nació al final del reinado de Herodes el Grande (Mt. 2,1ss), y que este rey murió como lo atestigua Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas* XVII) el año 750 de la fundación de Rma..., parece ser que la fecha más exacta del nacimiento de Cristo es el año 748 de la fundación de Roma, y por tanto unos cuatro años o cinco antes de la era dionisiana, o sea, de nuestra era cristiana.

El tiempo anterior a Cristo se llama, de ordinario, el «Antiguo Testamento» o Antigua Alianza, y el posterior a Cristo, «Nuevo Testamento» o Nueva Alianza.

La Pascua de Resurrección

Esta fiesta debía caer en un día fijo al año, si no hubiera un año bisiesto cada cuatro años, y como la fiesta de la Pascua es la más importante del cristianismo y la mayor de las fiestas, para saber en que día de cada año se celebra conviene saber que el Domingo de Pascua es el primer domingo después de la primera luna llena posterior al 21 de marzo.

Por esto, la fecha más temprana posible para la Pascua es el 22 de marzo y la más tarde el 25 de abril. Esta fecha fue fijada desde el Concilio de Nicea el año 325.

JESUCRISTO Y SU OBRA

90

¿Quién es Jesucristo?

Para responder debidamente a esta pregunta hay que haber leído la Biblia, especialmente los Evangelios, porque la Biblia trata de Jesucristo. El es su figura central, pues en El convergen todas las profecías. Jesucristo dijo: «*Examinad las Escrituras... ellas son las que están dando testimonio de Mi*» (Jn. 5,39). «*Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos*» (Lc. 24,44-46).

También Jesucristo es figura central de la Historia universal, pues la era cristiana es el periodo histórico que empieza con el nacimiento de Jesucristo, a partir del cual se cuentan los años.

Estamos en el año 1991, y al escribir una carta o un documento cualquiera, ya recordamos (ateniéndonos al cómputo vulgar) que hace 1991 años que nació Jesucristo (Ved *Advertencia* N.º 89).

91

¿De quién se ha escrito la vida antes de nacer? De na-

die, solamente de uno, de Jesucristo. Ha habido hombres célebres, fundadores de religiones como Buda, Confucio, Lao-Tse, Mahoma y otros, pero no vemos que haya habido predicciones acerca de su venida y su mensaje; pero si las hallamos y muchas acerca de Jesucristo. *«Investigad las Escrituras...»*. En ellas podemos ver innumerables profecías. Citemos algunas:

– *En Isaías, 7,14* (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mt. 1,22-233 lo vemos cumplido: *«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel»*.

– *Miqueas 5,2* (profecía escrita 7 siglos antes) compárese con Mt. 2,3-6 y veremos que al preguntar Herodes dónde debía nacer el Mesías, los príncipes de los sacerdotes y escribas contestaron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta»*.

92

Veamos otras profecías: *Zacarías* (5 siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo triunfalmente en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: *«Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta»* (Mt. 21,4-5).

También Isaías (61,1-2) habló de la misión del Mesías y luego Jesucristo en la sinagoga de Nazaret se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc. y así terminó diciéndoles: *«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»* (Lc. 4,21).

En el Salmo 22,19, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesucristo, pues en Jn. 19,21 lee-

mos: *«Para que se cumpliera la Escritura: se han repartido mis vestidos, y echado suerte a mi túnica»*, etc. etc.

En consecuencia: son muchas las profecías y figuras del A.T. que se cumplen en Jesucristo.

93

Jesucristo es Dios y hombre a la vez. El demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías, propias de sólo un Dios. El es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo, y parece como persona histórica que nace en Belén de Judá y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato (Mt. 2,1; 1 Jn. 19,1).

Jesucristo es Hijo de Dios e Hijo de la Virgen María, es decir, Jesucristo tuvo dos nacimientos: 1) *Uno eterno*, porque El viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: *«Nacido del Padre antes de todos los siglos»*. Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también Verbo o Palabra eterna del Padre. 2) *Otro temporal*, porque *«cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer»* (Gál. 4,4). El Hijo de Dios (su Verbo o Palabra eterna) tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

94

Jesucristo, pues es el Verbo, la Palabra del Padre, y como dice el evangelista San Juan: *El Verbo era Dios... y el Verbo se encarnó (se hizo hombre) y habitó entre nosotros»* (Jn. 1,1 y 14). *La Encarnación* es el misterio de Hijo de Dios hecho hombre. En los Evangelios podemos

ver la vida de Jesucristo, y cómo después de pasar treinta años de vida oculta en Nazaret, empezó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina...

Uno que recorra ahora Tierra Santa, la antigua Palestina, el Israel de hoy, verá que aquella tierra que es la patria de Jesucristo donde El nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo, todos los pueblos que El recorrió nos hablan de su doctrina y de sus milagros. Al pasar por Caná de Galilea se nos dice que hizo allí Jesús el milagro de la conversión del agua en vino; vamos a Jericó, y allí se nos habla de los ciegos a los que dio vista y su encuentro con Zaqueo; vamos a Betania y se nos enseña el lugar donde Lázaro estuvo sepultado, y cómo Jesús después de los cuatro días que llevaba en el sepulcro, lo resucitó y si vamos a Naín se nos recuerda la resurrección del hijo de la viuda, etc... También Jerusalén está llena de escenas de Jesucristo: el Calvario donde fue crucificado y muerto, y como resucitó al tercer día... y vemos el monte de los Olivos desde el que subió al cielo...

95

En la Biblia se nos dice frecuentemente que Jesucristo es «*el Hijo de Dios*», lo que equivale a decir que El es Dios. Ante Caifás que le preguntó si era «Hijo de Dios», Jesús contestó: «*Tu lo has dicho. Yo soy*», y porque, según los judíos esta expresión equivalía a decir: «Yo soy Dios», dijeron a Pilato: «*Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios*» (Jn. 19,7).

Fijémonos en los textos siguientes en los que Jesús llama a Dios su Padre: «*El Padre está en Mi y Yo en el Padre*» (Jn. 10,38). «*El que me aborrece a Mi, aborrece también a mi Padre*» (Jn. 15,23). «*El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió*» (Jn. 5,23). «*Todo*

me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27).

¿Quién no ve en estos textos la identidad de naturaleza en el Padre y el Hijo? Si el conocimiento que tiene el Hijo del Padre es igual al que el Padre tiene del Hijo, forzosamente tenemos que concluir que en ambos *hay igualdad de sabiduría y también igualdad de naturaleza.*

En consecuencia: Jesucristo es Dios, porque el *Hijo natural de Dios* es Dios, porque participa de la misma naturaleza divina, así como *el hijo natural de un hombre* es hombre.

96

Jesús dijo también a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre...*, y conviene notar que nunca dice Jesús: «*Nuestro Padre y nuestro Dios...*». El dice: «*Mi Dios*» como nosotros podemos decir «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo no somos cosas distintas, lo mismo que mi espíritu y yo, yo y mi cuerpo, por formar una sola y misma naturaleza. La revelación de Cristo con el Padre es única, exclusiva, su naturaleza divina.

Fijémonos también en esta expresión de Jesús: «*Quien me ve a Mi, ve al Padre*» (Jn. 14,9). «*Yo y el Padre somos uno*» = una misma cosa (Jn. 10,30), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de substancia, no de Persona, pues dice claramente: «*Yo y el Padre (Personas distintas) somos una sola cosa*». Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle. Se dirá: También la Escritura dice: «*El Padre es mayor que yo*» (Jn. 14,28); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios). Notemos que

Jesucristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es mediador ante el Padre.

97

Otra frase de Jesucristo, que conviene tengamos presente, es ésta: «*Antes que Abraham fuera, YO SOY*» (Jn. 8,58). Notemos que en este texto Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, y demostró que era Dios, pues en El hay un YO, una sola persona divina y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido unos 2.000 años antes que El), y por razón de la naturaleza humana, como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

De Jesucristo podemos decir que existió antes que el mundo, y así lo dijo El: «*Padre, glorifícame... con la gloria que tuve junto a Ti antes que el mundo existiese*» (Jn. 17,5), y de hecho: «*Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho*» (Jn. 1,3).

98

Nombre de Jesucristo. Como al hablar de El lo designamos con diversos nombres conviene sepan todos que JESUCRISTO es nombre compuesto de JESUS =Salvador, y de CRISTO (palabra griega, en hebreo MESIAS =Ungido). Y por eso unas veces le llamamos JESUS, otras CRISTO, otras EL MESIAS, otras JESUCRISTO y otras EL SEÑOR (lo que equivale a llamarlo nuestro DIOS, pues a Dios se le designa en el A.T. con la palabra «Señor»). Antes de la Encarnación se llama Verbo (Palabra del Padre), y después de la Encarnación se llama Jesús =Salvador, porque vino a salvarnos.

San Pablo (Fil. 2,9-10)) nos habla del origen , la causa y la gloria o excelencia del nombre de JESUS: 1) *Su origen*: Viene del cielo: «Dios le dio un nombre...; 2) *Su causa*: La causa de su ensalzamiento fueron sus humillaciones...; 3) *Su gloria*: Aparece en las palabras: «Su nombre sobre todo nombre. Ante él doblarán toda rodilla... Todos le adorarán...

99

Testimonios acerca de Jesucristo. Lo que dicen los evangelistas de El:

– *Jamás persona alguna ha hablado como este hombre* (Jn. 7,46).

– *Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas* (Lc. 2,4).

– *Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades* (Lc. 5,15).

– Los apóstoles también dijeron de El: *¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?* (Mt. 8,27). *Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16). *Tu tienes palabras de vida eterna* (Jn. 6,68).

– *Pasó haciendo bien y curando a todos... De El dan testimonio todos los profetas* (Hech. 10,38 y 43).

100

Otros testimonios acerca de Jesucristo: De los que le persiguieron:

– *Judas dijo: He entregado la sangre inocente* (Mt. 27,4). *Pilato: Yo no hallo en éste ningún crimen* (Jn. 18,38).

– *El buen ladrón: «Nosotros justamente sufrimos por*

nuestros pecados, pero éste nada malo ha hecho» (Lc. 24,41).

– *Los mismos fariseos* decían: «Ya veis que todo el mundo se va en pos de El... ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El... (Jn. 12,19; 11,47)...

– *Todos estaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo (Lc. 7,16).*

– *El es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4,22). Jamás hemos visto cosa parecida (Mc. 2,12).*

101

¿Qué dijo Jesucristo de sí mismo? «Yo soy el Mesías» (Jn. 4,26; Mt. 26,64).

– *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14,6). Yo soy la luz del mundo (Jn. 8,2). Yo soy la Resurrección y la Vida (Jn. 11,25).*

– *Yo soy el Pan de Vida (Jn. 6,35). Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último (Apoc. 22,13). Yo y el Padre somos uno (Jn. 10,30).*

«De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreaís? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios...»

Todos debieran haber reconocido que realmente era Dios, porque El se proclamó «Hijo de Dios» y lo demostró con innumerables milagros y profecías.

102

¿Qué dice la ciencia racionalista? Los sabios raciona-

listas, que son los que prescinden de todo lo sobrenatural y hasta se empeñan en negarlo, vienen a decir de Jesucristo la frase que Napoleón dijo al general Bertrand, cuando estaba desterrado en la isla de Santa Elena: «Créame usted, yo conozco bien a los hombres; yo le digo que Jesucristo es más que un puro hombre».

– *Goethe*: «Jesucristo es el principio supremo de la moralidad».

– *Augusto Sabatier*: «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás».

– *Renán*: «Jesús ha creado el mundo de las almas puras. Nunca será superado».

– *Wernle*: «Jesucristo era más que un hombre».

– *Tyrrel*: «Jesús es el más semejante a Dios entre los hombres».

– *Straus* escribió: «El Cristo no podía tener sucesor que le aventajase... Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que El, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual».

– *Rousseau* llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son la de un Dios».

Esto es lo que los incrédulos, pero a la luz de la llamada ciencia, sienten de Jesucristo. Si fuera lógica y verdaderamente sabia la ciencia racionalista, debiera confesarle por Dios.

103

Leamos, estudiemos el Evangelio para conocer bien a Jesucristo, y veremos que El es santo, que es sabio y que es Dios. Sólo Jesucristo pudo retar a sus enemigos con estas palabras: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8,46). Todo nos habla de la santidad de Jesucristo: su doctrina, su conducta, sus milagros... «El Evangelio viene

a ser para la mente humana lo que el telescopio para el ojo... El Evangelio sirve de apoyo a la razón. La razón niega el Evangelio únicamente cuando se hace infiel a sí misma» (P. Lacordaire).

Sólo Dios conoce el porvenir de los acontecimientos futuros, y Jesucristo los anunció con toda precisión... El veía el lejano porvenir, como lo demuestran las numerosas profecías que hizo y que están diseminadas por las páginas del Evangelio. Entre otras profecías tenemos las que hizo a sus apóstoles sobre la pasión, y todas se cumplieron al pie de la letra...

104

Notable es la profecía que hizo el Señor sobre la destrucción de Jerusalén. El domingo de Ramos, cuando entraba triunfalmente en Jerusalén, desde el monte de los Olivos derramó lágrimas diciendo: *«¡Si conocieras al menos en este día lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras... y a ti a tus hijos los abatirán... y del templo no quedará piedra sobre piedra»* (Lc. 19,41-44). *«Vuestra casa (este templo) quedará desierta»* (Mt. 23,38). Y ¿qué sucedió? Que la profecía se cumplió cuando el año 70 los ejércitos romanos la arrasaron. Más de seis mil se ahogaron entre las llamas, y sacerdotes, mujeres, niños, ancianos todos murieron junto al altar como narra el historiador Flavio Josefo.

Juliano el Apóstata para desvirtuar la frase de Cristo: *«He aquí que vuestra casa va a quedar desierta»*, y tacharla de falsa públicamente, concibió el plan de reconstruir de nuevo el Templo. Los mismos judíos aplaudieron el proyecto y se dio comienzo a los trabajos, mas al poco tiempo tuvieron que renunciar a su realización. Los antiguos relatos señalan como causa una serie de sucesos ma-

ravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros, porque aparecieron ráfagas impetuosas de viento, rayos, terremotos y fuego que salían de los ciimientos. Entre los escritores que narran este hecho tenemos a Sócrates, Teodoreto, Gregorio Nazianceno, un historiador pagano llamado Amiano Marcelino y otros.

105

La Pasión de Jesucristo

Lo que más nos admira es ver como las profecías de la Pasión, hechas siglos antes, se cumplen en Jesucristo. El, el Salvador inocente, el más puro y santo que jamás ha pasado por esta tierra, el mayor bienhechor de la humanidad, pasa por ser el «varón de dolores», el oprobio de los hombres, el desecho y desprecio de la plebe... y puesto en la cruz, cuando tiene delante de El a tantos que blasfeman y se burlan de El diciéndole: *«Si eres Hijo de Dios baja de la cruz y creeremos en ti»*, aparece como modelo de paciencia infinita, y en esos momentos de dolor, que podía haber hecho que se abriera la tierra y los hubiese tragado vivos, como un día a Coré, Datán y Abirón, sólo tuvo palabras de perdón... todo lo tolera porque nos ama (Gál. 2,20) y quiere alcanzarnos del Padre mediante su pasión perdón y misericordia, pues las características de esta su pasión fue un acto expiatorio por todos los pecados de los hombres, y por eso termina perdonando, y así se vengó de sus enemigos con el perdón y el amor: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*.

106

El misterio de la redención. Este es el misterio de Jesucristo muerto sobre la cruz para rescatarnos a todos. El

quiso padecer y morir para satisfacer a la divina justicia por nuestros pecados y salvarnos.

Para entender mejor los términos de «rescate» y «redención», recordaremos que antiguamente los cristianos, que eran esclavos de los musulmanes o estaban en sus cárceles, eran rescatados o librados de ellas mediante un precio o cierta cantidad de dinero. Ahora también existen muchos hombres esclavos o atados con las cadenas del pecado, del demonio y de la muerte eterna. Y Jesucristo para librarnos de esta triple cadena y rescatarnos de nuestros enemigos, como leemos en la Biblia, nos ha rescatado «no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin defecto ni mancha» (1 Ped. 1,18-19; Ef. 1,7). El «nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apoc. 1,5). Lo admirable es saber que Cristo eligió el camino del sufrimiento para salvarnos.

107

Nuestro Señor Jesucristo padeció muchísimo durante toda su vida, y, al fin de ella, después de una cruel agonía en el huerto de los Olivos, fue preso, tratado como loco, azotado, coronado de espinas y por último clavado en una cruz, sobre la que estuvo colgado tres horas padeciendo indecibles tormentos de cuerpo y alma; al fin inclinó la cabeza y expiró diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46).

En la muerte de Jesucristo se oscureció el sol, se rasgó el velo del templo, tembló la tierra, las rocas se partieron, se abrieron los sepulcros y resucitaron muchos muertos (Mt. 27, 51-53). Estos milagros prueban que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, como lo confesaron el centurión y los que con él estaban al pie de la cruz (Mt. 27,54).

¿Cómo explicar el gran misterio de la Pasión de Cristo? ¿Cómo es posible que un Dios sufra y muera por el hombre?... Este misterio sólo se explica a la luz de la misericordia infinita de Dios. Jesucristo dijo que *«no había mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13)... y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos? En la Biblia se nos revela que *«tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea en El no perezca»* (Jn. 3,16). *«Cristo padeció por nosotros...»* (2 Ped. 2,21). *«Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros»* (Gál. 2,20).

La devoción del Corazón de Jesús. El amor de Jesucristo a los hombres es tan grande que nos está pidiendo correspondencia. Por eso se ha dicho que la devoción al Corazón de Jesús no es más que *«la devoción al amor de Jesús»*, amor no correspondido y ultrajado que reclama el amor reparador de los hombres.

El corazón, en el lenguaje de todos los pueblos, es la imagen, el símbolo del amor. Por tanto hablar del Corazón de Jesús es hablar del amor de Dios hecho hombre, o sea, del amor de Jesús a los hombres, amor que se nos revela en su Encarnación, en su Pasión, en toda su vida...

El amor de Dios se nos manifiesta en Jesús, que quiso aparecer en la tierra como la suma bondad. El *«pasó haciendo bien a todos»* (Hech. 10,38), curando enfermos, haciendo toda clase de milagros por amor a los hombres... El es el samaritano misericordioso que se acerca a nosotros, la humanidad dolorida... (Ved N.º 36).

La reparación por el pecado ¿no podría haberla hecho otro en vez de Jesucristo? La reparación por el pecado no

podía sustituirla el hombre por el sacrificio u ofrenda de animales, ni él podía satisfacer a Dios por sus pecados, porque la ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida, y crece en relación a tal dignidad. Un soldado vg. da una bofetada a otro soldado, compañero suyo, y no reviste tanta gravedad como si se la diera a un capitán o a un general. Pues bien, al ser Dios el ofendido, nuestro pecado o culpa, como ofensa hecha a Dios, es casi infinita, esto es, reviste una gravedad infinita por razón del término o persona a la que hemos ofendido, y exige, por tanto, una satisfacción o reparación infinita, y ésta sólo pudo hacerla el Hombre-Dios, o sea, Jesucristo, pues como hombre pudo padecer y como Dios darle a sus sufrimientos un valor infinito.

En consecuencia: La satisfacción de Jesucristo es de infinito valor por haberla dado una persona *divina*, y ésta es la razón porque el tesoro de los merecimientos de Jesucristo es infinito y no podrá ser agotado jamás por los hombres.

110

¿Era necesario para redimarnos, que Jesucristo padeciese tanto? No era necesario que padeciese tanto para redimarnos, porque un padecimiento cualquiera del Hombre-Dios hubiera bastado para la satisfacción más cumplida, ya que cada una de sus obras es de valor infinito, mas si quiso padecer tanto por nosotros, fue para manifestarnos toda la grandeza de su amor; para darnos a conocer la gravedad del pecado y lo digno que es de castigo, y además para que también nosotros, a ejemplo suyo, sufriésemos resignados y no reparásemos en sacrificios cuando se trata de nuestra salvación.

Reconozcamos que Jesucristo con su pasión y muerte

1) *nos redimió* del pecado, de la esclavitud del demonio y

de la condenación eterna, y 2) *nos mereció* la gracia, la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria. «*Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo*» (Rom. 5,10).

111

Alguno tal vez diga: Si Cristo nos redimió, ¿no tendremos ya nada que hacer nosotros? Es cierto que Cristo nos obtuvo la redención, pero para que nos aproveche a cada uno en persona puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación de los pecados, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc. sin lo cual los méritos y satisfacciones de Cristo no se nos aplican.

Seamos, pues agradecidos a Cristo «*en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados*» (Col. 1,14).

112

La resurrección de Jesucristo

La resurrección de Jesucristo es el dogma fundamental del cristianismo, el mayor de los milagros. Este es un hecho real e histórico, porque los Evangelios son *históricos*, es decir auténticos, íntegros y verídicos y gozan de mayor autoridad que cualquier otro libro profano. Si este dogma fuera falso, lo serían todos los demás, y como dice San Pablo: «*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, vana nuestra predicación...; mas no; Cristo ha resucitado de entre los muertos y nosotros también resucitaremos*» (1 Cor. 15,14 y 20). Los apóstoles y discípulos del Señor vieron muchas veces a Jesucristo después de su resurrección, tocándole, comiendo, hablando y tratando con El...

Cuando en el grupo de los apóstoles se quiso elegir a

un sustituto de Judas, se puso como condición que éste fuera un testigo de la resurrección de Jesús (Hech. 1,22).

113

Cristo murió y resucitó. Para demostrar que uno ha resucitado, naturalmente deben darse pruebas de que primero murió y luego se mostró vivo, y tenemos que los cuatro evangelistas nos dicen «expiró» en una cruz (Mt. 26,56)...

«No tiene importancia, dice San Agustín, creer que Jesucristo ha muerto; lo creen los mismos paganos, los judíos y los pecadores, lo creen todos... La fe de los cristianos es que Cristo resucitó. Para nosotros lo decisivo es creer en su resurrección».

Los judíos rogaron a Pilato que rompieran las piernas de Jesús y de los crucificados con El, para que terminasen de morir y quitarlos de las cruces. Fueron los soldados y a los crucificados con Jesús se las rompieron; *«pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas»* (Jn. 19,31-33). Después colocaron su cuerpo en el sepulcro, y sus enemigos pusieron guardia y lo sellaron, no siendo que resucitara como había dicho, y todo fue en vano.

114

Mientras los guardias custodiaban el sepulcro de Jesús, sobrevino un gran terremoto, un ángel bajó del cielo y removi6 la piedra del sepulcro y se sent6 sobre ella... y a las mujeres que madrugaron para embalsamar su cuerpo, al acercarse al sepulcro, el ángel les dijo: *«No temáis, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí ha resucitado, según lo había dicho»*... Los guardias temblaron ante el terremoto y la presencia del ángel, cuyo as-

pecto era como el relámpago... Entonces ellos se fueron a la ciudad para comunicar a los príncipes lo que había sucedido. Reunidos estos en consejo tomaron bastante dinero y se lo dieron a los soldados guardianes del sepulcro diciéndoles: Decid «*que viniendo los discípulos de noche, le robaron mientras nosotros dormíamos*» (Mt. 28,13).

San Agustín comenta: «¿Qué dices desdichada astucia?... Recurras a testigos dormidos. Tu duermes realmente, fracasando al inventar tales patrañas. Si dormían los guardas ¿cómo podían ver algo? Si no vieron nada, ¿cómo pueden ser testigos?»

115

Cristo resucitó, no está aquí (Mc. 16,6).

Este anuncio del ángel puede verse puesto sobre el mismo sepulcro de Cristo vacío en Jerusalén. ¡Epitafio único en el mundo!

En los demás sepulcros humanos y de los demás fundadores de religiones, se halla un ¡Aquí yace! *La tumba vacía y las apariciones* de Jesús a Pedro, a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los doce... y luego a más de 500... son hechos comprobados por la historia.

El ángel fue el primero en anunciar que si el sepulcro estaba vacío y no estaba Jesús es porque Jesús había resucitado.

Además sus muchas apariciones fueron verdaderamente *históricas y reales, no imaginativas*, las que confirman su resurrección porque fue *visto y tocado* por los apóstoles y multitud de fieles, no pudiéndose decir, como algunos han pretendido para desvirtuar el hecho, que «el entusiasmo de la fe los exaltaba», pues no se mostraron crédulos, sino después de tener innumerables pruebas y haberle visto, por lo que luego pudieron decir: «*nosotros somos testigos*» (Hech. 2,22-35).

Jesús se manifestó a los testigos que El había designado (Hech. 10,41). La fe cristiana de todos los siglos se apoya firmemente en el testimonio de la fe apostólica. Los apóstoles y los miles de mártires que les siguieron, fueron los primeros testigos de la resurrección de Cristo y los que unieron su sangre al testimonio de la palabra.

Jesucristo resucitó *por su propia virtud*, demostrando así que El es dueño de la vida y de la muerte; mas si alguna vez dice la Escritura que *«fue resucitado por Dios»* (Hech. 2,24), ésta es una afirmación que debe entenderse en razón de su naturaleza humana. Tengamos siempre presente que Jesucristo es Dios y hombre a la vez.

Cristo resucitó para nunca más morir (Rom. 6,9), y los verdaderos cristianos viven resucitados a la vida de la gracia con Cristo, y deben procurar no morir jamás a ella por el pecado. *Busquemos las cosas de arriba*, una vez resucitados con Cristo (Col. 3,1-2).

117

Ascensión y venida de Jesucristo

Los últimos días que pasó Jesucristo entre los hombres, los que mediaron entre su Resurrección y Ascensión al cielo fueron cuarenta. En la Biblia leemos: *«Durante cuarenta días se mostró Jesús vivo a sus discípulos con muchas pruebas, apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios»* (Hech. 1,3). Después les dio el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,21-23), y les dio instrucciones para que fuesen por todo el mundo a predicar el Evangelio y enseñar a todas las gentes (Mt. 28,19-29; Mc. 16,15-16) y finalmente después de prometerles el Espíritu Santo, los condujo hasta Betania, que era donde había de

desarrollarse la escena de la despedida, y estando con ellos en la parte alta del monte de los Olivos, *se elevó y una nube lo ocultó a sus ojos*.

Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El dos varones con hábitos blancos (al parecer dos ángeles), se les pusieron delante y les dijeron: «*Varones de Galilea ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que ha sido elevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como le habéis visto subir al cielo*» (Hech. 1,8-12).

118

La Ascensión de Jesús al cielo hace que las mentes y los corazones de los hombres se eleven por encima de lo terreno.

El subió al cielo donde su humanidad fue glorificada a la derecha del Padre, y como «*sacerdote eterno vive siempre para interceder por nosotros*» (Heb. 7,25). La expresión «estar sentado a la derecha de Dios Padre» no es palabra propia para expresar esta realidad, ya que el Padre no tiene derecha o izquierda, ni manos, porque es purísimo espíritu.

Así como aquí en la tierra el que tiene más poder después de rey se sienta a la derecha del rey, así de Jesucristo, por tener más poder que nadie después de Dios, se dice que está sentado a la derecha de Dios Padre, con autoridad, como en trono, y esto en cuanto hombre; porque en cuanto Dios, como es igual al Padre, y uno con el Padre (Jn. 10,30), tiene la misma autoridad y se sienta en el mismo sitio que el Padre.

Por eso dijo Jesucristo: «*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*» (Mt. 28,18). ¿Dónde está ahora Jesucristo? En cuanto Dios, está Jesucristo en todo lugar, pero en cuanto *Dios y hombre*, solo está en el cielo y en el Smo. Sacramento del altar.

Segunda venida de Jesucristo. Jesucristo, que subió al cielo por su propio poder, en presencia de sus discípulos, les reveló a estos que volvería al fin de los tiempos, y «*verán —dijo— al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad*» (Mt. 24,30). Los católicos afirmamos diariamente este dogma, y así en el Credo de la Misa, decimos: «Y de nuevo vendrá con gloria..., subió al cielo y desde allí ha de venir y juzgará a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos». En la Biblia leemos que al fin del mundo «*el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo... Entonces todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad*» (Mt. 24,29-30).

120

Sobre la resurrección de los muertos, Jesucristo dice: «*Llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio*» (Jn. 5,28-29). (Ved n.º 588).

No sabemos cuando será el fin del mundo y vendrá para juzgarnos a todos. «*El día y la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre*» (Mt. 24,26). Mas de estas palabras no debe deducirse que Jesucristo ignorase el día y el instante del juicio universal. Jesucristo sin duda lo conocía, mas no lo sabía para manifestarlo. Y que de hecho lo conociera nos lo revelan estas palabras: «*Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo*» (Mt. 1,27).

Jesucristo no nos reveló el fin del mundo, porque quiso que todos estemos preparados porque vendrá de improviso, en la hora en que menos lo pensemos, y por eso nos dice: «*Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora*» (Mt. 25,13).

121

EL ESPIRITU SANTO

Su venida

San Pablo preguntó un día a sus discípulos de Efeso si habían recibido el Espíritu Santo, y le contestaron: «*Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*» (Hech. 19,2). Si a muchos católicos de nuestros días hiciéramos la misma pregunta, ¿no obtendríamos la misma respuesta? El Espíritu Santo es poco conocido, y sin embargo, como dice San Agustín, «El es el alma de la Iglesia, pues lo que es el alma con relación al cuerpo, al que le da vida, así el Espíritu Santo vivifica a la Iglesia de Dios».

La acción visible de Jesús sobre la tierra terminó con su Ascensión al cielo, y ahora continúa su ministerio o misión salvadora en el mundo por medio de su Iglesia (el Pueblo de Dios), a la que anima y vivifica con la acción invisible del Espíritu Santo.

122

Jesús había enseñado a sus apóstoles durante los tres años de vida pública muchas cosas, pero aún no tenían conocimiento perfecto de todas ellas y por eso al final de su vida, les prometió que no los abandonaría, sino que les enviaría el Espíritu Santo, y como Espíritu de Verdad les enseñaría todo (Jn. 14,16-17; 16,13). Así lo hizo confor-

me a estas otras palabras que les dirigió poco antes de subir al cielo:

«Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra» (Hech. 1,8). Y esta venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que estaban reunidos en el Cenáculo con la Santísima Virgen, tuvo lugar en la fiesta de Pentecostés, a los diez días después de haber subido al cielo (Hech. 2).

123

¿Quién es el Espíritu Santo? El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y es Dios, como lo es el Padre y el Hijo, y por ser Dios como ellos, *es digno de igual adoración y gloria*. He aquí lo que tenemos que saber de El:

1.º *El Espíritu Santo es Dios*: 1) Porque se le aplican indistintamente los nombres de «Espíritu Santo» y de «Dios», pues *«mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios»* (Hech. 5,3-4). 2) Porque a El se le atribuyen atributos y propiedades divinas: *«El Espíritu de Dios penetra todas las cosas, aún las más íntimas de Dios»* (1 Cor. 2,10). Además El posee la plenitud del *saber*, pues es Maestro de toda verdad, predice las cosas futuras (Jn. 16,13), y El es el que inspiró a los profetas del A.T. (2 Ped. 1,21; Hech. 1,16), y *todas las cosas hechas por Dios, lo fueron por el Espíritu de su boca* (Sal. 33,6). *El Espíritu del Señor llena toda la tierra* (Sab. 1,7)...

124

2.º *El Espíritu Santo es una Persona* (no un soplo o viento o energía, como dice una secta), y esto lo sabemos: 1) Por la fórmula trinitaria del bautismo (Mt. 28,19) don-

de el Espíritu Santo es equiparado al Padre y al Hijo, que realmente son Dios. 2) Porque se le atribuyen las propiedades de *enseñar* (Jn. 14,26), *hablar* (Jn. 16,13), *dar testimonio* (Jn. 15,26) y *predecir acontecimientos futuros* (Jn. 16,16; Hech. 21,11). Ahora bien, éstas son propiedades personales. Luego el Espíritu Santo es una Persona. 3) Por el nombre de *Paráclito* (Consolador, Abogado) que no pueden referirse sino a una Persona, y además es una Persona *distinta* del Padre y del Hijo, porque éstos son los que lo envían, y dice Jesucristo expresamente: «Yo rogaré al Padre y os dará *otro* Abogado...» (Jn. 14,16). El Espíritu Santo es el enviado.

125

3.º *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo*, y como de un solo y único principio, pues como dijo Jesucristo: «*Todo lo que tiene el Padre es mío*» (Jn. 16,17). La Escritura santa dice que el Espíritu Santo es «*el Espíritu del Padre*» (Mt. 10,20; Jn. 15,26) y es también «*el Espíritu del Hijo*» (Gál. 4,6; Hech. 16,7; Rom. 8,9), expresiones que indican relaciones distintas entre sí, las cuales se identifican con la esencia divina.

El mismo Jesucristo expresa que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pues dice una vez que el Padre lo enviará (Jn. 14,26), y otra que lo enviará él mismo (Jn. 16,7)... Como dice Santo Tomás «el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como el calor procede del sol y de su luz». Y la Iglesia nos lo enseña en el Credo: «Que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos recibe la misma adoración y gloria».

126

La Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres Per-

sonas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este misterio nos lo enseñó Jesucristo y es el más grande del cristianismo; pero, aunque no lo comprendamos (ya que lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento) es una doctrina clara en la Biblia, y que debemos creer porque Dios nos lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña. Mas conviene notar que como las tres divinas Personas tienen la misma naturaleza o esencia o perfección, no se distinguen entre si por esta su esencia, sino que se distinguen por su *orden o procedencia*. En ellas acontece algo semejante a lo que vemos en un árbol: vg. de la *raíz* de éste nace el *tronco*, y de ambos sale el *fruto* (*tronco, raíz y fruto* se distinguen, aunque forman un solo árbol).

El Hijo procede eternamente del Padre (véase n.º 93), y Espíritu Santo eternamente del Padre y del Hijo, es decir, este proceder no es temporal sino eterno; pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser «inmutable» y no sería Dios (Ved n.º 14).

127

Las tres divinas Personas son iguales en perfección y no hay inferioridad de una respecto a la otra, porque es una misma la naturaleza divina que tienen las tres, y las tres son eternas, porque en la procedencia de una Persona de otra, se excluye la sucesión del tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre y existe desde que existe el Padre. El ejemplo siguiente nos da una idea: «El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor». Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es com el brillo de la luz eterna (Sab. 7,26), el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia (Heb. 1,3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Igualmente el Espíritu Santo, aunque procede del Padre y del Hijo, no es posterior a ellos, sino también es eterno, pudiendo decir con Tertuliano: «El Espíritu Santo es Dios de Dios, como la luz se enciende de la luz».

128

Manifestaciones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo *se ha mostrado* en forma de paloma en el bautismo de Jesús (Mt. 3,16). También en *lenguas de fuego* el día de Pentecostés (Hech. 2,3). Estos son símbolos o figuras para manifestar los efectos que produce. El Espíritu Santo, dice San Gregorio Magno, vino en figura de *paloma* sobre Cristo por su gran mansedumbre con los pecadores y porque hace puros sus corazones; y apareció en figura de *fuego*, porque como el fuego, limpia la herrumbre de los pecados, arroja del alma las tinieblas de la ignorancia, derriba la helada corteza de los corazones, y enciende a los hombres en el amor de Dios y del prójimo.

129

Los efectos del Espíritu Santo aparecen manifiestos en los apóstoles. Estos antes de su venida eran orgullosos, ambiciosos, duros de corazón... Luego les vemos humildes, mansos, pacientes y ansiosos de sufrir por su divino Maestro. El Espíritu Santo iluminó sus inteligencias y los hizo predicadores elocuentes, llenos de ciencia, conocedores de los profundísimos misterios de la fe... y a los que le impiden predicar a Jesucristo, les dirán: «*Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres*».

La venida del Espíritu Santo no terminó el día de Pentecostés. Jesucristo que nos mereció este gran don para todos los hombres, sigue enviándolo a cuantos se hacen cristianos. Por eso San Pablo dirá a los bautizados:

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?...» (1 Cor. 3,16). Mientras vivimos en gracia somos templos de Dios, y el Espíritu Santo habita en nosotros. No lo arrojemos por el pecado mortal.

130

Los 7 dones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos infunde con la gracia sus 7 dones, disposiciones permanentes que El pone en nosotros para seguir sus inspiraciones y adelantar en el camino de la santidad.

1) *El don de sabiduría* es, según San Bernardo, el disgusto de las cosas del mundo y el gusto de las cosas de Dios. Cosa hermosa es gustar de las cosas divinas y humanas iluminadas por razones eternas.

2) *El don de entendimiento o inteligencia (intelligere =intus légere)* es una luz sobrenatural con que el Espíritu Santo enriquece al alma para hacerla conocer mejor a Dios, en sus perfecciones inefables, en su palabra contenida en las Santas Escrituras, en su Providencia...

3) *El don de consejo* es en el orden sobrenatural lo que la prudencia en el orden natural. Nos enseña lo que no debemos y lo que debemos hacer, lo que hemos de decir o de callar según las personas, lugar y tiempo... Con este don todos los problemas hallan solución rápida y segura.

131

4) *El don de fortaleza* es una energía sobrenatural que nos arma contra la pusilanimidad o cobardía en el servicio de Dios, contra los obstáculos, tentaciones, dificultades..., que hallaríamos en el cumplimiento de nuestros deberes.

5) *El don de ciencia* nos enseña a conocer las criaturas, es decir, todas las cosas creadas en su verdadero aspecto, o sea, el valor de las riquezas, honores y placeres y de todo en orden a Dios.

6) *El don de la piedad* nos enseña a amar a Dios como Padre y a los hombres como hijos suyos.

7) *El don de temor de Dios* hace que sintamos por el solo hecho de amar a Dios, el temor filial de ofenderle, o de hacer algo que pueda desagradarle en pensamientos, palabras y obras.

Nota: Estos dones se enumeran en el profeta Isaías (11,2). En el texto hebreo se enumeran sólo *seis* y en los LXX los *siete*, y a este número nos atenemos, porque la palabra *temor* tiene dos sentidos *piedad* y *temor*.

132

Lo que más necesita la Iglesia. Lo diremos con palabras del Papa Pablo VI. Después de decir él que «de todas nuestras devociones, la del Espíritu Santo debería ser la primera», dice: «La Iglesia tiene necesidad de su Pentecostés permanente; tiene necesidad de fuego en el corazón, de palabras en los labios, de profecía en la mirada. La Iglesia tiene necesidad de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior.

Hombres vivos, vosotros jóvenes, y vosotras almas consagradas, vosotros hermanos en el sacerdocio, ¿nos escucháis? De esto tiene necesidad la Iglesia. Tiene necesidad del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia». (Véase mi libro: «¿Quién es el Espíritu Santo?»).

LA VIRGEN MARIA

¿Quién es la Virgen María?

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35), «*la bendita*» o más alabada entre todas las mujeres, la «*llena de gracia*» (Lc. 1,28 y 42), la que «*todas las generaciones llamarán bienaventurada*» (Lc. 1,48).

El Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54). Si alguno preguntase el porqué de este encumbramiento o exaltación de la Virgen, tendríamos que responder: porque es MADRE DE DIOS, y por sola esta prerrogativa Ella aventaja a todas las criaturas del cielo y de la tierra.

134

La Virgen María es la Madre de Dios. En la Sagrada Escritura leemos: «*Cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas), envió Dios a su Hijo nacido de una mujer*» (Gál. 4,4). «*María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*» (Mt. 1,16). En estos textos vemos claramente que María es Madre de Jesús, ahora bien como Jesús es Dios, bien podemos decir que la Virgen es la Madre de Dios, pues quien nació de ella en naturaleza humana es una Persona divina, y por lo mismo «no decimos que sea Madre de la divinidad», sino de una Persona que es Dios y hombre a la vez.

En consecuencia: La Virgen María es Madre de Dios porque de Ella nació Jesucristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Y por ser la destinada a Madre de Dios, por eso fue la «llena de gracia», la concebida sin pecado original, etc...

135

La anunciación del ángel a la Virgen María. San Lucas en el primer capítulo de su Evangelio nos habla del hecho de la Encarnación del Hijo de Dios, y nos refiere las palabras de saludo que el arcángel San Gabriel dirigió de parte de Dios a la Virgen cuando estaba en Nazaret: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo...» (Lc. 1,26ss), y después de decirle que iba a ser Madre del Altísimo, la Virgen le pidió explicación de cómo podía ser Madre, si «no conocía varón» (lo que parece indicar que tenía hecho voto de virginidad); mas una vez que el ángel le dijo que concebiría milagrosamente por obra del Espíritu Santo, Ella exclamó: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*», y en aquel instante «*el Verbo* (la Palabra del Padre, el Hijo de Dios) *se encarnó* (=se hizo hombre)» (Jn. 1,14).

136

¿Qué es la Encarnación? La Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Jesucristo quiso venir a la tierra por medio de la Virgen María, y conforme lo habían anunciado los profetas: El profeta *Isaías* (7,14) ocho siglos antes dijo que el Mesías nacería de una Virgen, y *Miqueas* (5,2) siete siglos antes anunció que nacería en Belén de Judá... y así se cumplió. (Mt. 1,22-23; 2,5-6).

De lo dicho ya podemos ver que Jesucristo fue conce-

bido y nació de Madre Virgen obrando Dios sobrenatural y milagrosamente, porque fue de un modo totalmente virginal, sin intervención de varón (Mt. 1,18-25; Lc. 1,26ss).

137

¿Cómo se realizó el misterio de la Encarnación? Se realizó así: 1.º El Espíritu Santo formó en las entrañas de la Virgen María un cuerpo perfectísimo. 2.º Luego creó un alma humana perfecta y la unió a aquel cuerpo. 3.º En el mismo instante, a este cuerpo y alma se unió la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Y así sin dejar de ser Dios, el Hijo eterno quedó hecho hombre perfecto, con dos naturalezas, una divina en cuanto Dios, y otra humana en cuanto hombre.

Notemos que en Jesucristo hay sólo una Persona divina; mas alguno pudiera decir: Si el Hijo de Dios tomó un cuerpo y un alma, al constar una persona de cuerpo y alma ¿por qué en Jesucristo no hay dos personas?

Respondemos: No hay dos personas, porque el cuerpo y el alma que tomó formaron una naturaleza humana completa y no una persona, y la razón es porque *ese cuerpo y esa alma* no existieron ni un momento en sí y por sí mismas, o sea, separadas del Verbo o Hijo de Dios con derechos personales. Por esta razón en Jesucristo sólo hay una persona divina con dos naturalezas completas, la divina y la humana, como quedó definido en el concilio de Efeso.

138

María es Inmaculada, concebida sin pecado. Es un dogma de fe definido por el Magisterio de la Iglesia. Quedó definido por el Papa Pío XII el 8 de diciembre de

1854, por la Bula *Ineffabilis Deus*. En ella se afirma que la Virgen había sido concebida sin mancha de pecado original, en atención a los futuros méritos de su Hijo. Y la misma Virgen, cuatro años más tarde, el 25 de marzo de 1858, lo confirmó al decir en la aparición a Santa Bernardita en Lourdes: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

La Iglesia nos invita en su Liturgia a cantar en honor suyo: «Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha original». Conviene notar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él. Este dogma se fundamenta en la Escritura (Gé. 3,15; Lc. 1,28) y en el dogma de la Maternidad divina.

139

María permaneció siempre virgen, esto es, fue Madre sin dejar de ser Virgen; concibió virginalmente a su Hijo, por obra y gracia del Espíritu Santo. Jesús nació en Belén de Judá, según el anuncio del profeta Miqueas, y la Virgen lo dio a luz sin detrimento de su virginidad, así como salió glorioso del sepulcro sin romper ni levantar la losa que lo cubría. Y después del parto fue virgen perpetuamente, sin que tuviera otros hijos. Los «hermanos de Jesús» que leemos en el Evangelio, no son hijos de María, pues relacionado con Ella sólo hay un Hijo, Jesús (Lc. 2,41ss; Jn. 19,25), y los citados «hermanos» no son más que «parientes», pues los que se citan (Santiago, José, Simón y Judas) eran todos primos suyos, ya que está demostrado que todos ellos eran hijos de María de Cleofás (Véase este tema con detalle en mi libro: «*La Virgen María a la luz de la Biblia*»).

Para nosotros baste saber que la Iglesia nos habla de la virginidad perpetua de María. En el Concilio de Letrán del año 649 se definió que María permaneció perpetua-

mente Virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

140

La Virgen María es Reina. Es reina y la más grande y gloriosa, pues Ella —como dice el Vaticano II— «fue enaltecida por el Señor como Reina del universo». De hecho la Virgen es Reina porque es Madre de Cristo-Rey, y «si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina» (S. Atanasio). Pío XII dijo: «Igual que Jesucristo es Rey de reyes y Señor de los señores... así su augusta Madre es honrada por todos los fieles como Reina del mundo».

María es corredentora. La cooperación de María a la Redención objetiva es indirecta y mediata, porque Ella puso voluntariamente toda su vida en servicio del Redentor, primero consintiendo ser Madre suya en la Encarnación, y luego padeciendo e inmolándose con El al pie de la cruz.

141

María es Madre de la Iglesia. Pablo VI el 21 de Noviembre de 1965 proclamó a la Santísima Virgen *Madre de la Iglesia, Madre de todo el Pueblo de Dios* así de los fieles como de los pastores, y la llamamos *Madre amantísima*.

La Virgen es Madre de la Iglesia y *también Madre nuestra*, porque si todos los fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que El es la Cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima Virgen Madre de Cristo, Cabeza del Cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo. Como

dice el Concilio Vaticano II, María es Madre nuestra «en el orden de la gracia» (LG. 61), por haber cooperado con Jesús en la «restauración de la vida sobrenatural de las almas».

142

La Virgen fue asunta al cielo en cuerpo y alma. Este dogma fue definido por Pío XII el 1.º de noviembre de 1950 por la Bula *Munificentissimus*, y el Concilio Vaticano II lo dice también así: «Terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial» (LG. 59).

La Virgen está ahora en el cielo y desde allí ejerce su oficio salvador y continua alcanzándonos por su intercesión gracias de eterna salvación. Ella es *Mediadora nuestra* ante el Mediador Jesús... y es invocada también con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, etc., siendo venerada en la Iglesia con un culto especial, por ser la Madre de Dios.

Advertencia: De la Vida de la Virgen conviene sepamos que según la tradición más fundamentada, nació y murió en Jerusalén y sus padres fueron San Joaquín y Santa Ana. Después de la Resurrección y Ascensión de Jesús al cielo, vivió al parecer varios años en Efeso con el apóstol San Juan...

Entre los ejercicios de piedad recomendados hacia Ella por la Iglesia tenemos el rezo del Santo Rosario y el Angelus...

La devoción a la Virgen es señal de predestinación. «Es imposible moralmente hablando, dice San Alfonso M^a de Liguorio, que el verdadero devoto de María se condene».

143

SAN JOSE

San José es un santo excepcional, que merece le nom-

breemos como el primero entre todos los santos por ser el padre virginal de Jesús y esposo virginal de María. San Francisco de Sales exclamó un día: «¡Oh que santo tan grande es San José! Le fue dado poseer a Jesús y a María. Con estos dos tesoros pudo inspirar envidia a los mismos ángeles y desafiar el cielo por tener a su disposición la mayor riqueza de la gloria». Después de la Virgen no hay santo que a José pueda ser superior.

A San José se le ha llamado el «santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, y porque en ellos aparecen muy pocos datos referentes a su vida, mas aunque estos sean escasos, nos revelan la grandeza de su personalidad. Las breves frases: «varón justo», «esposo de María» y «padre de Jesús» ensalzan ya de tal manera a San José que lo colocan sobre todos los santos.

144

San José al igual que la Virgen María, según la Biblia, procedían de la casa y familia de David, y se conocerían sin duda en Nazaret donde se casaron.

Algunos preguntan, ¿fue verdadero el matrimonio de María y José por estar ligados con el voto de virginidad? A esto contestamos: Fue verdadero matrimonio, porque el voto de virginidad no se opone a la realidad y verdad de su unión matrimonial, y la razón es ésta: porque lo que constituye la esencia del matrimonio, no es la unión de los cuerpos, sino la unión de los espíritus o con otras palabras: la unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.

Unos que se van a casar, después que se han dado palabra de matrimonio, o sea, dado el *sí* matrimonial son verdaderos esposos, usen luego o no del acto matrimonial. Sin duda la Virgen manifestó a San José su voluntad

de permanecer virgen, y José se comprometió a respetarla y ser custodio de su virginidad.

145

Santo Tomás de Villanueva hablando de María dice que era de tal manera virgen, que hacía vírgenes a cuantos la contemplaban. San Jerónimo es del parecer que San José permaneció siempre virgen, debido a la compañía de su virginal esposa; y así apostrofando al hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, argumenta de esta manera: «Tu dices que María no permaneció siempre Virgen; yo digo que San José conservó la virginidad por la Virgen María».

146

En sentir de Gersón y de Suárez y otros teólogos, tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron a San José:

1) Ser santificado desde el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista.

2) El de haber sido asimismo confirmado en gracia.

3) El de estar exento de los apetitos de la concupiscencia; de cuyo privilegio suele San José, por los méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librándolos de los movimientos de la carne».

147

Santa Teresa de Jesús, la gran doctora española, nos estimula a ser muy devotos de San José con estas palabras: «No me acuerdo hasta ahora, haberle suplicado cosa alguna a San José que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho

Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas». (Véase mi libro: «*Vida de San José*»)

148

LA IGLESIA DE JESUCRISTO

¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia es la comunidad de los fieles cristianos de todo el mundo que profesan la misma fe y obedecen a una sola cabeza común que es el Papa.

Pío XII dijo que lo más excelente, egregio y divino que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo». Y esta es la doctrina de San Pablo, quien nos dice que la Iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el Cuerpo de Cristo. Cristo es la Cabeza y nosotros somos los miembros. «Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos, constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo» (1 Cor. 12,1-11), es decir, los miembros de la Iglesia, llamados fieles, están unidos entre sí a semejanza de los miembros del cuerpo humano.

149

Jesucristo llama a la Iglesia su *reino*, y por el Evangelio, documento histórico, sabemos que El empezó a anunciar el establecimiento de este su reino que llamó «reino de Dios» y «reino de los cielos». La palabra «reino» equivale a «reinado, gobierno o imperio». El reino de Dios es su reinado sobre el mundo.

El mismo Jesucristo dijo: «El reino de Dios está cerca-no», y viene a nosotros cuando se dirige a los hombres *la palabra de Dios* que, al ser recibida, crece como la semilla depositada en tierra buena (Mt. 13,3ss). El reino que se incoa en la tierra y tiene su término en el cielo es propiamente la Iglesia, y así lo dice el Vaticano II: «La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino» (LG. 5).

150

Fundación de la Iglesia. Este es uno de los temas más fundamentales. Jesucristo comenzó la fundación de su Iglesia con sus discípulos, de entre los que eligió a doce, que llamó *apóstoles* (Lc. 6,12-13) y a los que hizo sus lugartenientes en la tierra, confiándoles sus propios poderes, para la salvación de los hombres: «*Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros*» (Jn. 20,21), y luego los envió a predicar su doctrina diciéndoles: «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará*» (Mc. 16,15). Así los que iban creyendo en el Evangelio y se bautizaban, se incorporaban a la Iglesia.

151

El Concilio Vaticano II nos dice: «La Iglesia se nos presenta como 'una comunidad' que vive y se desarrolla en el tiempo, esto es, como Pueblo de Dios, constituido por el bautismo, en camino a través de la historia, destinado a reunir a todos los hombres, los que Dios quiere salvar no individualmente o aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo que le conozca en la verdad y le sirva santamente» (LG. 9).

Y el mismo Concilio resume lo dicho con estas palabras: «Para establecer esta su santa Iglesia en todo el mundo hasta el fin de los siglos, Cristo confió al colegio de los doce apóstoles el oficio de enseñar, gobernar y santificar. Entre ellos eligió a Pedro, sobre el cual después de la confesión de fe, decretó edificar su Iglesia; a él le prometió las llaves del reino de los cielos» (UR. 2). Jesucristo, pues, fundó la Iglesia con la elección o institución de los apóstoles, y, por ser El también Dios, la Iglesia es una obra divina.

«La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso» (GS. 42). Por medio de ella Dios quiere salvar a todos los hombres.

152

Fundamento de la Iglesia. Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro al que le prometió el primado autoridad suprema, al decirle:

«Y Yo te digo que tu eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra, será atado en el cielo» (Mt. 16,17-19).

Jesús, por estas palabras, hace una promesa a Pedro, la de fundar una Iglesia o nueva comunidad religiosa, de la que él será el Primado.

Fijémonos en estas tres metáforas:

1.^a *Pedro es piedra.* (Este significado tiene el nombre de Pedro, en arameo *Kefa*). Y ya antes le había dado este nombre: «Tu te llamarás Cefas (Jn. 1,42). Y sobre esta piedra, dijo Jesús edificaré mi Iglesia. Notemos que dice en singular «Mi Iglesia». No hay más que una Iglesia verdadera, la fundada por Jesús. Y sobre Pedro descansa y

fundamenta esta Iglesia de Cristo, pues Pedro con su autoridad da unidad, estabilidad y firmeza a toda ella.

153

2.^a *Pedro es depositario de las llaves* del reino de los cielos, siendo respecto de la Iglesia lo que un dueño respecto de su casa. *Las llaves* entre los antiguos, eran símbolo del poder. A quien se le entregaran las llaves de una ciudad, se le daba el poder de gobernarla.

3.^a *Atar y desatar*. Esta metáfora equivale al poder de las «llaves» (*cerrar y abrir*), esto es, en el cielo el mismo Dios ratifica las decisiones tomadas por Pedro en la tierra en nombre y por virtud de Cristo.

En consecuencia, Pedro, y por tanto el Romano Pontífice, como sucesor suyo, tiene el poder legislativo, judicial y punitivo.

Las puertas del infierno, es decir, los poderes o fuerzas hostiles a la causa de Dios, así como las herejías y persecuciones no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo.

154

El Primado de Pedro pasa a sus sucesores. La razón es clara, porque, según las palabra de Jesucristo, la autoridad de Pedro es el *fundamento de la Iglesia*; y el fundamento de un edificio debe durar tanto como el edificio mismo y cuenta con la promesa de Jesucristo: «*Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,20).

Los sucesores de Pedro son los Papas, y desde San Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción. (Véase la lista de todo los Papas en mi «*Historia de la Iglesia*», y también en el libro: «*Pedro, primer Papa. De Pedro a Juan Pablo II*»). Lo mismo podemos decir de los Obispos sucesores de los apóstoles. Estos ordenaron a

obispos que les sucedieron y éstos a otros hasta la época actual.

155

La figura de Pedro. Conviene digamos algo de él por ser el primer Papa de la Iglesia. Fue hombre entusiasta, resuelto en el hablar y obrar, y otras veces aparece débil y cobarde cuando llevado del respeto humano y debido a su presunción e imprudencia, y también por faltar a la oración (pues se durmió cuando debía orar), llegó a negar por tres veces a su Maestro (eso que le tenía prevenido de que le negaría tres veces antes de que el gallo cantara)... Y tendríamos que decirle: ¡Con que no lo conoces y le seguiste como apóstol, dejando las redes cuando te llamó..., fuiste su discípulo predilecto, viste su gloria en el Tabor y hasta le dijiste: *¿A quién iremos si tu tienes palabras de vida eterna?* y te prometió el Primado... y ¿no lo conoces?... ¡Oh, como nos ciega la pasión!... *«No conozco a este hombre!»* 1... ¡Qué palabra!... y sin embargo, ¡cuantas veces la hemos repetido nosotros pecando!...

La dignidad a que había sido elevado este apóstol, no le impidió ciertamente el dar una tal caída negando a su Maestro; pero la prontitud y amargura de su arrepentimiento, el valor de que se vio animado después de haber recibido el Espíritu Santo, y la constancia de su martirio, repararon completamente esta falta.

156

El cambio de Pedro. Pedro lavó bien su culpa con sus lágrimas y su arrepentimiento, y Dios lo transformó con su gracia, y con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, vino a ser el hombre fuerte, valiente y decidido que se enfrenta a las multitudes y les dice: *Varones*

israelitas, escuchad estas palabra: Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre vosotros con grandes milagros y prodigios... al que hicisteis morir, crucificándolo... (Hech. 2,27)... Vosotros preferisteis a un homicida, y matasteis al autor de la vida, al que Dios ha resucitado de entre los muertos, de lo que nosotros somos testigos... Arrepentíos y convertíos de vuestros pecados... (Hech. 3).

Al oír esto se compungieron de corazón y decían a Pedro y a los apóstoles qué debían hacer. Y como les dijese que se arrepintiesen y se bautizasen... aquel día se convirtieron 3.000 y se incorporaron a la Iglesia..., y luego en otro sermón 5.000... Y siguió haciendo milagros: Curó primero aquel tullido de nacimiento, que estaba pidiendo limosna a la puerta del templo con solo decirle: «*Yo no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo, en nombre de Jesús Nazareno, anda*», y se puso en pie y con ellos entró en el templo alabando a Dios (Hech. 3,6). Luego en Lid-da sanó con una palabra a un hombre llamado Eneas, que llevaba ocho años paralítico, y en Jope resucitó a una mujer cristiana, llamada Tabita (Hech. 9,33ss)... Y de las ciudades vecinas le traían enfermos y todos eran curados (Hech. 5,15-16).

157

De Pedro a Juan Pablo II. Juan Pablo II es sucesor de Pedro. Murió Pedro, mas no el Papa, porque el Papa es cimiento de un edificio que ha de existir hasta el fin del mundo. El Papado quedó ligado íntimamente a la Sede Romana, porque como nos dice la Historia, Pedro murió siendo obispo de Roma, y por lo mismo el Papa es reconocido como obispo de Roma y pastor universal de la Iglesia. Son innumerables los testimonios que nos presenta la tradición diciendo que San Pedro murió en Roma. Entre ellos tenemos el de San Clemente Romano, Papa, su-

cesor de Pedro, quien dice que conoció a éste y que fue martirizado con San Pablo en Roma y una innumerable muchedumbre de escogidos. El protestante Basnage dijo: «El martirio de Pedro y Pablo en Roma bajo el imperio de Nerón es un hecho incontestable». El mismo Calvino dijo que la unanimidad de los historiadores no le permite atreverse a negarla. También el racionalista Harnack, afirma que «no merece el nombre de historiador quien se atreve a ponerlo en duda» (Chronologie I, 344, nota 2).

158

La figura de Pablo. Con San Pedro vemos asociado a Pablo como cofundador dada su estancia en Roma. Se llamaba antes Sáulo, convertido en Pablo: ¡el cruel perseguidor convertido en el apóstol más insigne de la Iglesia! El nos dice quién fue: «*Fui antes blasfemo, perseguidor de la Iglesia y opresor, pero alcancé misericordia de Dios por haber procedido con ignorancia, careciendo del don de la fe... Verdad cierta y digna de todo acatamiento que Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo...*» (Fil. 3,5; 1 Tim. 1,13-15). El por perseguir a los discípulos del Señor respirando amenazas y muerte contra ellos y hasta por haberse alegrado de la muerte de San Esteban, dijo que no merecía el nombre de apóstol y se consideraba como un abortivo del infierno...

Pero convertido en el camino de Damasco (Hech. 9), pasó de perseguidor a ser el gran apóstol de las gentes, varón admirable de santidad, obrador de portentosos milagros, recorrió toda el Asia Menor predicando a todos que Jesucristo es el Hijo de Dios; escribió catorce cartas maravillosas, las cuales respiran grande amor, llegando a decir: «*El que no ame a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema*» (1 Cor. 16,22). San Juan Crisóstomo dijo de estas

cartas «Son minas y fuentes espirituales, que nos proporcionan riquezas más preciosas que el oro»... Pablo lo mismo que el apóstol Pedro sufrieron el martirio en Roma el año 67.

159

¿Qué hicieron los apóstoles después de Pentecostés?
Después que el Espíritu Santo hubo descendido sobre los apóstoles, éstos se repartieron por el mundo para predicar y bautizar según se lo había mandado el Señor, y para reunir en torno suyo a cuantos creían y se bautizaban. Para las comunidades cristianas que iban formando, consagraban obispos y ordenaban sacerdotes para jefes y pastores de aquellas comunidades. Así vemos que San Pablo consagró a Timoteo, como obispo de Efeso (2 Tim. 1,6 y 2,2) y a Tito, obispo de Creta (Tit. 1,5).

Según reza la tradición, los apóstoles se dispersaron por el mundo en esta forma: Santiago el Mayor predicó en España; San Andrés en Rusia, Grecia..., Felipe en Frigia, región central del Asia Menor; Bartolomé en la India, Mesopotamia, Armenia...; Mateo en Etiopía...; Santo Tomás en la India; Santiago el Menor permaneció en Jerusalén, donde fue obispo; Judas Tadeo en Egipto y Libia; Simón el cananeo o el Zelotes en Persia; Matías en Jerusalén; Bernabé en Antioquia; San Juan Evangelista, en el Asia Menor, sobre todo en Efeso... Todos los apóstoles fueron mártires y sellaron así con su sangre la doctrina de Jesucristo que predicaban.

160

Tiempo histórico de la Iglesia

El tiempo histórico de la Iglesia empieza con Jesucris-

to, su Fundador. Este tiempo lo podemos llamar con San Pablo: «Tiempo de salvación»: «*Este es el tiempo favorable, el día de la salvación* (2 Cor. 6,2), el hoy de Dios, durante el cual es invitado cada hombre a la conversión» (Heb. 3,4-7,11).

La Iglesia, fundada por Jesucristo, comenzó con San Pedro, los apóstoles y fieles que se iban incorporando a El por el bautismo (Hech. 2,41).

Desarrollo de la vida de la Iglesia. «Desde su comienzo la vida de la Iglesia se fue desarrollando por medio del Espíritu Santo que vivifica y unifica los miembros del Cuerpo de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo» (LG. 7). Y por el *testimonio* que iba dando aquella primera comunidad cristiana, que no era otro que el de la vida misma de Cristo.

161

Los seguidores de Cristo. Estos eran todos los creyentes en su Evangelio y que se bautizaban para ir perteneciendo a su reino, según las palabras que había dicho a sus apóstoles: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y se bautizare, se salvará*» (Mc. 16,15-16).

Muchos cristianos llevaban una vida santa y de hecho eran santos en cuanto en cada uno de ellos se encarnaba realmente aquello que Jesús había vivido primero: vida de oración, de mortificación, de castidad, de obediencia, etc.

La santidad es patrimonio de la Iglesia, porque Cristo la constituyó santa.

Podíamos recordar entre otros santos, algunos a partir de la Edad Media, como *San Francisco de Asís* (1181-1224), fundador de la Orden Franciscana, que predica y vive la pobreza, la humildad, la caridad...; *Santo*

Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, etc. etc.

162

Vida de los primeros cristianos. Los primeros cristianos solían tener frecuentes reuniones y llevar una vida en común. Todos los fieles gozaban de gran estima, y no había entre ellos indigentes, pues se vendían haciendas y tierras, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, para que se repartiera entre todos según la necesidad (Hech. 4,32-35).

Los paganos comentaban el amor que se tenían los cristianos y decían: «Ved como se aman».

Los primeros cristianos también tenían *reuniones eucarísticas*, que trasladaron del *sábado* (que era el día solemne para los judíos) al día siguiente o *domingo* en recuerdo de la resurrección del Señor, por haber tenido lugar ésta en domingo, y así se llamó este día: *dia del Señor* (Hech. 20,7).

163

Pruebas y persecuciones. La Iglesia naciente pronto empezó a tener pruebas y persecuciones como Cristo lo tenía anunciado: «*No es el siervo mayor que su Señor. Si me persiguieron a Mi también a vosotros os perseguirán*» (Jn. 15,20). Y por el apóstol nos dice: «*Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones*» (2 Tim. 3,12). La suerte de la Iglesia nos la presenta así el Concilio Vaticano II:

«Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres» (LG. 8).

Las persecuciones de los emperadores romanos. A medida que se iba extendido el cristianismo, los emperadores lo veían con malos ojos y persiguieron a muerte a los cristianos, porque al ser adoradores de un solo Dios, rechazaban los dioses del imperio romano y su culto. También los judíos no miraban bien al cristianismo y lo mismo sucedía con la masa popular por las calumnias que se levantaban contra ellos.

Las principales persecuciones que se enumeran son diez, que empezaron con Nerón el año 64 y culminaron en Diocleciano y Juliano el Apóstata, durando hasta poco antes del Edicto de Milán de 313. Los diez emperadores bajo los cuales persiguieron cruelmente a los cristianos fueron: Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano.

Principales víctimas fueron San Pedro y San Pablo que sufrieron el martirio bajo Nerón, y bajo los demás emperadores: San Clemente Romano, San Ignacio de Antioquía, San Policarpo, San Justino, etc. y por decirlo en una palabra con el historiador Tácito, «una multitud enorme de cristianos fue entregada al sacrificio», lista de millares y millares de mártires por mantenerse firmes en la fe de Cristo.

A partir de la conversión del emperador romano Constantino el Grande (a. 306-337) y con el edicto de Milán del 313, la Iglesia fue reconocida oficialmente junto al paganismo, y con Teodosio I (a. 379-395) la religión católica llegó a ser la religión del Estado, y ésta se fue extendiendo conforme al mandato de Cristo de «*Id, predi-*

cad el Evangelio a toda criatura...» y ya en el siglo IV se ven florecer comunidades cristianas, llegando a tener cada una de ellas su obispo propio.

«Hasta el fin del mundo, entre las persecuciones de la tierra y los consuelos de Dios, irá peregrinando la Iglesia... La Iglesia no será vencida, ni destruida, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos; y después de esta vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza» (S. Agustín. LG. 8).

166

La Iglesia perseguida. En una audiencia dada a un Colegio romano preguntó el Papa San Pío X a un seminarista: «¿Cuántas notas tiene la Iglesia verdadera de Cristo?». «Cuatro, Padre Santo. Es una, santa, católica y apostólica». «¿No tiene más que estas cuatro?». «Romana», añadió el seminarista. «Justo; pero ¿cuál es la nota más evidente?». Todos callaron. «Pues bien voy a decíroslo: *Perseguida*. Se lee en el Evangelio: *Me persiguieron a Mi y os perseguirán también a vosotros*. La persecución es para nosotros los católicos el pan nuestro de cada día; ésta es la señal de que somos discípulos verdaderos de Jesucristo».

Teresa del Niño Jesús, después de haber oído referir a la Madre Priora las persecuciones habidas en Francia contra la religión, dijo a una novicia: «Vivimos en una época de mártires. Seguramente correrá sangre. ¡Qué dicha si fuera la nuestra!». El que desea ser mártir es el que está dispuesto a dar su vida por Cristo y por su Iglesia. El premio que Dios reserva a los mártires es muy grande: «*Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan*

contra vosotros todo género de mal por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa» (Mt. 5,10-12) (véanse mis libros: «Las persecuciones. La herencia de Jesucristo», y «Florilegio de mártires»).

167

Constitución jerárquica de la Iglesia

¿Qué es la jerarquía? Jerarquía (=autoridad sagrada) es el conjunto de dignidades o autoridades ordenadas según su grado (el Papa, los obispos, presbíteros y diáconos). La Iglesia es, pues, un pueblo jerarquizado... Jesucristo fue el que instituyó en su Iglesia diversos *ministerios jerárquicos*, ordenados al servicio de todo el cuerpo de la Iglesia. El instituyó a los apóstoles «a modo de colegio», y ahora los obispos presididos por el Papa forman un grupo estable parecido al «colegio apostólico» al que sucede con los mismos poderes.

El colegio de los obispos no tiene autoridad si no se considera incluido el Romano Pontífice, sucesor de Pedro como cabeza del mismo (LG. 22).

168

El Jefe supremo de la Iglesia es el Papa o Romano Pontífice. El es el obispo de Roma, el Vicario de Cristo en la tierra, el que hace sus veces en el gobierno de la Iglesia y estamos todos obligados a obedecer. El sucesor de Pedro es el Papa, y los sucesores de los apóstoles son los obispos. Ellos forman la Iglesia docente, a la que debemos obedecer; así lo dijo Jesucristo: «*El que a vosotros oye, a Mi me oye, y el que os desprecia a Mi me desprecia*» (Lc. 10,16).

Jesucristo prometió su ayuda eficaz y una asistencia especial a su Iglesia, al decir: «*Yo estaré en vosotros hasta el fin de los siglos*» (Mt. 28,20) «El Primado de Pedro y el Episcopado es lo único incommovible e invariable en el gobierno de la Iglesia de Dios. Puede variar el número de obispos y de diócesis; pero jamás en la Iglesia, fundada por Cristo, puede desaparecer ni el Papado ni el Episcopado; a uno y a otro prometió Cristo la perpetuidad y la indefectibilidad» (Card. Pla y Deniel).

169

Las notas características de la verdadera Iglesia. Estas son: Unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. 1) *La Iglesia es una y única.* El designio eterno de Dios fue reunir a todos en una sola Iglesia y quiso que fuese una porque Cristo fundó una sola Iglesia y al fundarla habló en singular: «*Sobre esta piedra edificaré MI IGLESIA* (Mt. 16,18) y rogó por todos los creyentes para que todos sean uno... como nosotros uno (Jn. 17,21-22), y quiso que fuese una en la fe, en el régimen y en los sacramentos. La Iglesia tiene un mismo «Credo» y un mismo Jefe, el Romano Pontífice, y los cristianos constituyen *un solo Cuerpo sociedad visible* vivificada por el mismo Espíritu y nutrida por el mismo Pan (1 Cor. 10,17).

170

2) *La Iglesia es santa.* Creemos que la iglesia es indefectiblemente santa (LG. 39), porque Cristo su Fundador es santo y El quiere que sean santos sus miembros, y El la amó de tal manera que «*se entregó por ella para santificarla*» (Ef. 5,25s). Además santa es *su doctrina* y sus consejos evangélicos, que practicados conducen a la santidad, y *sus sacramentos* confieren la gracia y hacen santos... y

está animada por el Espíritu Santo (1 Cor. 12,12s). Si a veces se dice que la Iglesia necesita «reforma» y «purificación» es atendiendo a sus miembros pecadores.

171

3) *La Iglesia es católica*. Porque Cristo quiso que fuese *universal* y abarcara al mundo entero, o sea, a todos los pueblos de la tierra en orden a su salvación (Mt. 28,19). Es «universal de hecho» en cuanto puede conocerse en cualquier parte de la tierra, y también de «derecho», porque Cristo la fundó para que continúe propagándose: *Id por todo el mundo... enseñad a todas las gentes...* (Mt. 28,19; 24,14; Mc. 16,15).

«La santa Iglesia se llama 'católica' porque está extendida por todo el orbe. Las iglesias de los herejes se ven confinadas a ciertas partes del mundo; ella empero se extiende por doquier» (San Isidoro). «Ella es la Iglesia católica... porque está difundida por la redondez de la tierra. A nadie le es lícito ignorarla; de ahí que conforme a las palabras de nuestro Señor Jesucristo, ella no pueda esconderse» (San Agustín).

172

4) *La Iglesia es apostólica*. Porque trae origen de los apóstoles. Solamente es apostólica aquella Iglesia, cuyos poderes, conferidos por Cristo, se remontan en sucesión ininterrumpida a los apóstoles, y mediante éstos a Cristo. Cada uno de sus obispos ha de poder mostrar su árbol genealógico llegando hasta uno de los apóstoles; de uno de los doce ha de derivar su poder (J. 20,21; Mt. 18,18; 28,19). A los apóstoles les entregó Cristo su misión, y a Pedro se la entregó para que la apacentara como Pastor supremo (Jn. 21,17). Además tenemos que el Papa y los

obispos son los legítimos sucesores suyos y sobre ellos la fundó Cristo (Ef. 2,20), y a ellos les encargó que fueran testigos suyos en todo el mundo.

Desde mediados del siglo III, la Iglesia romana poseía una lista de sus obispos, y así podía remontarse hasta San Pedro. Ireneo en un escrito contra los herejes, reproduce la lista de los Obispos romanos, y nombra los siguientes sucesores de Pedro: 1.º Lino; 2.º Anacleto; 3.º Clemente; 4.º Evaristo; 5.º Alejandro; 6.º Sixto; 7.º Telesforo; 8.º Higinio; 9.º Pío; 10.º Aniceto; 11.º Eleuterio... Y todo esto nos demuestra como fue conservada la misma fe en la Iglesia desde los apóstoles hasta nosotros y nos fue transmitida con fidelidad.

173

¿Cómo se distingue la Iglesia católica de las demás? Se distingue por notas expuestas, pues sólo convienen a ella. Las demás iglesias no tienen estas «notas», sobre todo no son apostólicas, porque surgieron mucho tiempo después de los apóstoles.

– El protestantismo aparece en el siglo XVI, y tiene su origen en Lutero, Enrique VIII, Calvino, etc. Lutero fundó su iglesia en 1517.

– La Iglesia anglicana fue fundada por Enrique VIII en 1534.

– La secta de los Mormones, por José Smith en 1830.

– Los adventistas por Guillermo Miller en 1831... Luego divididos en 1844 y surgieron los «Adventistas del 7.º día»...

– Los testigos de Jehová, fundada por Carlos Taze Russell en 1870, modificada por su discípulo Rutherford en 1918, son una secta distinta de todas las protestantes, y no son iglesia alguna. No puede llamarse cristiana, tiene un Credo totalmente opuesto al de la iglesia católica. No

admite ninguno de sus dogmas. Niega la divinidad de Jesucristo, el misterio de la Trinidad, el infierno, la inmortalidad del alma, etc. (Véase mi libro: *«Los testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores»*, en el que manifiesto que tienen una Biblia falseada).

174

Las diversas sectas comuniones no católicas, no están unidas al sucesor de Pedro, no tienen la misma cabeza, ni una misma fe, ni la pueden tener ya que el principio del «libre examen» que profesan admiten la interpretación personal de la Biblia, y no reconocen el Magisterio Supremo de la Iglesia, y por esta causa hay más de 300 sectas protestantes, y por eso Balmes dijo: «Si se consideran juntas, *no tienen unidad*, y si separadamente, *no tienen catolicidad*», y sabido es que tienen diversos «credos».

– *Los orientales separados* (o la llamada *Iglesia cismática*, separada de la Iglesia Católica algunos siglos antes de la protestante), descenden de los apóstoles y tienen sacramentos válidos, mas no tienen unidad con el Papa ni catolicidad.

175

¿Es posible el ecumenismo o unión de los cristianos?
El Concilio Vaticano II se propuso como fin promover la reintegración de la unidad entre todos los cristianos, pues Cristo fundó una sola y única Iglesia (LG. 8), y El oró para que todos fuéramos uno (Jn. 17,21) y manifestó su deseo de que se llegara a realizar la unidad de todos, y ésta sin duda llegará por caminos providenciales que aún ignoramos, pues todos debemos formar un solo rebaño bajo un solo pastor. La Iglesia *una* exige unidad de fe, de régimen y de sacramentos.

Para llegar a entenderse y hermanarse los hombres es necesario entablar diálogo con deseo de investigar *la verdad* (pues es la que puede unirnos, no basta el amor). La verdad doctrinal revelada por Jesucristo es una y no la podemos traicionar.

El ecumenismo es «posible» especialmente con los protestantes y ortodoxos o los orientales separados, partiendo de las verdades que profesamos en común, como es el amor a las Sagradas Escrituras (en las que todos debemos profundizar), la divinidad de Jesucristo, la Santísima Trinidad, el bautismo, etc. Además del estudio necesitamos oración, caridad, humildad...

Con los «testigos de Jehová» no es posible el diálogo ni el ecumenismo, y ellos no lo quieren (ved n.º 173 qué doctrina profesan).

– Los «no cristianos» como los judíos y musulmanes, que no están bautizados, sólo profesan con nosotros la creencia en el único Dios verdadero, y a estos les debemos respeto y amor.

176

La Iglesia es visible, infalible e indefectible

Estas son tres propiedades esenciales de la Iglesia católica:

1) *La Iglesia es visible*. La Iglesia católica es «visible» y a su vez «invisible». Es «visible» porque es una sociedad externa y puede ser conocida y diferenciada de las demás iglesias por hechos externos, como son: Por sus jefes (el Papa, los obispos) y miembros que obedecen, y por la predicación y profesión de la misma doctrina y administración de sacramentos...

– *La Iglesia es invisible o espiritual* a la vez por la «vida interior de la gracia» que con las dichas partes visibles

guardan la misma relación que el alma con el cuerpo; por lo que también se llama *el alma* de la Iglesia. Jesucristo estableció su Iglesia santa, dice el Vaticano II, como una comunidad de fe, de esperanza y de caridad.

177

2) *La Iglesia es infalible.* La «infalibilidad» es una propiedad de la Iglesia católica, y consiste en que no puede errar en sus enseñanzas sobre la fe y la moral. Y es infalible, porque Cristo es Maestro infalible de la verdad, pues su doctrina es de Dios (Jn. 7,16) y lo prueba con obras y milagros (Jn. 10,37; 14,11-12), y El es el que impone a los hombres, y ahora por su Iglesia, bajo pena de excomunión el creer en su doctrina: «*Quién no creyere se condenará*» (Mc. 16,16). Esta imposición es propia de solo Dios y exige que esté exenta de error... Luego los apóstoles y por tanto la iglesia docente no puede errar, y por eso exige fe absoluta en ella, para que el que crea en El no perezca (Jn. 3,15 y 36; 5,24; 6,30).

Además Cristo, como veremos, instituyó un magisterio infalible para los hombres a los que prometió una ayuda especial, y El como «Espíritu de verdad» permanecería siempre con ellos (Mt. 28,20; Jn. 14,16), y a San Pedro le dijo que «*las puertas del infierno* (los errores, las herejías,... la muerte) *no prevalecerían contra ella*» (Mt. 16,18), y San Pablo llama a la Iglesia «*columna y fundamento de la verdad*» (1 Tim. 3,15).

178

3) *La Iglesia es indefectible, siempre perdurable.* Porque según la promesa de Cristo permanecerá hasta el fin de los siglos (Mt. 16,18s; 28,20; Dn. 2,44; Is. 9,7). La Iglesia perdura aún hoy, después de veinte siglos! ¡cuántas

generaciones!... y seguirá perdurando a través de todos los siglos... Como dice San Agustín: «Mientras duren los siglos, permanecerá la Iglesia de Dios, es decir, el Cuerpo de Cristo, en la tierra... Hasta el fin del mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, irá peregrinando la Iglesia... La Iglesia no será vencida, ni destruida, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos; y después de esa vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza». «Sólo la Iglesia, columna de la verdad, permanece firme y entera en medio del general naufragio. Quizá esté próximo el día en que el mismo exceso del mal vuelva a traer a los hombres a su seno» (Menéndez y Pelayo).

179

Condiciones para pertenecer a la Iglesia, y ser buen católico, se necesitan estas tres condiciones:

1.^a *Creer en Jesucristo y en su doctrina*, contenida en la Biblia, y ésta interpretada por el magisterio de la Iglesia (Mc. 16,15-16).

2.^a *Estar bautizado*. El bautismo nos incorpora a la Iglesia de Cristo (Hech. 2,41).

3.^a *Obedecer al Papa* o autoridad eclesiástica competente y tratar seriamente de salvarse y salvar a otros (Mt. 16,18-19; Lc. 10,16).

Cismáticos son aquellos que niegan la obediencia al Romano Pontífice, por eso la obediencia al Papa es condición sumamente necesaria para pertenecer a la Iglesia, porque «donde está Pedro, allí está la Iglesia».

Dios espera la respuesta de cada uno de los que formamos el Pueblo de Dios; desea que seamos fieles a nuestra vocación de cristianos y a las enseñanzas de su Iglesia, que son las de Cristo.

Infalibilidad del Papa. Decir que el Papa es infalible es afirmar que no puede errar en la cosas de fe y de moral. La razón de esta infalibilidad es porque Cristo hizo a San Pedro fundamento de toda la Iglesia para darle unidad y solidez, y prometió además a su Iglesia una duración imperecedera (Mt. 16,18-19; 28,10). Ahora bien, esta unidad y solidez no es posible si no se conserva la fe. Luego San Pedro y sus sucesores han de ser supremos maestros de la fe en toda la Iglesia e infalibles.

El Magisterio supremo de la Iglesia

El Magisterio supremo de la Iglesia es el poder que la Iglesia ha recibido de Jesucristo para enseñar a todos con plena autoridad las verdades reveladas y las que tengan conexión con ellas.

El Magisterio de la Iglesia reside en el Papa con los obispos del orbe católico, y por eso decimos que ellos con sus delegados forman la Iglesia *docente*, y los demás fieles forman la Iglesia *discente*.

Pruebas a favor del Magisterio de la Iglesia: 1.^a Porque Jesucristo fundó su Iglesia al frente de la cual puso a San Pedro y a sus apóstoles y sucesores, y ellos recibieron de El «la potestad de enseñar su doctrina por todo el mundo» y les fue prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 16,18-19; 28,19-20; Mc. 16,16).

2.^a Porque a los apóstoles les da el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas y por tanto también el don

de entender y de interpretar las Escrituras (Jn. 14,26; Lc. 24,45).

3.^a Porque de hecho los apóstoles nos interpretan las Escrituras y nos dicen el verdadero sentido (Hech. 1,15-22; 2,14-18; Heb. 4,1-10, etc).

183

El Magisterio de la Iglesia es infalible, y esta infalibilidad reside, como hemos dicho, en el Papa con los obispos, dispersos o reunidos en Concilio, y en el Papa por separado cuando enseña *ex-cátedra*, es decir, como pastor y maestro de todos los fieles, declara una doctrina de fe o de moral para la Iglesia entera.

Cristo dio a sus apóstoles su misma misión (Jn. 20,21), e hizo a San Pedro la promesa de que no desfallecería su fe, y le dio el encargo de confirmar a sus hermanos en la fe (Lc. 22,32). También prometió a los apóstoles el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas (Jn. 14,26; Lc. 24,45).

184

De lo anteriormente expuesto nos consta que la asistencia del Espíritu Santo fue prometida a su Iglesia *docente*: «*Id, enseñad...*», y no nos consta por texto alguno de la Biblia que fuera prometida a cada uno en particular.

No creemos, pues, que sea cierto, como dicen algunos protestantes, que el Espíritu Santo habla en particular a cada uno de los lectores de la Biblia (por regla general), pues si así fuera, al ser El «*el que guía la verdad completa*» (Jn. 17,12), y ser «*Espíritu de Verdad*», ¿por qué hay entre ellos más de 300 sectas y no tienen la misma doctrina contradiciéndose en los mismos puntos? Luego es necesario reconocer el Magisterio de la Iglesia.

Necesidad del Magisterio de la Iglesia. El Magisterio de la Iglesia es sumamente necesario por la razón dicha, a fin de permanecer todos unidos en la verdad, y porque la Sagrada Escritura perdería su valor a nuestros ojos, si la Iglesia con su magisterio o predicación viva no nos certificara *cuántos y cuáles son los libros de origen divino*. San Agustín dijo: «Yo no creería al Evangelio si no me moviera la autoridad de la Iglesia».

El Concilio Vaticano II, nos dice: «La Iglesia conoce por Tradición el canon o número de los libros inspirados de la Escritura», pues no lo sabemos por la misma Escritura, y de ahí la necesidad del Magisterio de la Iglesia depositaria de ellos.

La Iglesia misionera. La Iglesia peregrina en la tierra es misionera por su misma naturaleza (AG. 2). Su misión arranca de la misión de Cristo y de su mandato a los apóstoles: «*Como me envió mi Padre, así os envío Yo a vosotros*» (Jn. 20,21). «*Id, enseñad a todas las gentes... predicad el Evangelio a toda criatura...*» (Mt. 28,19; Mc. 16,15). La misión de la Iglesia es, pues, la misma misión de Cristo, la de anunciar la verdad salvadora a todos los pueblos para hacerles discípulos suyos.

Notemos que Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,5). Por nosotros y por nuestra salvación bajo del cielo, y el mismo Jesucristo nos dice: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc. 19,10). Las causas y necesidades de la actividad misionera son: la voluntad salvífica de Dios; la redención universal de Jesucristo; la necesidad de pertenecer a la Iglesia de Cristo (1 Tim. 2,4-5; Mc. 16,16).

«El Concilio enseña apoyándose en la Sagrada Escritura y Tradición, que esta Iglesia peregrina (o militante) es necesaria para la salvación... y no podrán salvarse quienes *sabiendo* que la Iglesia católica fue instituida por Jesucristo como necesaria, desdeñaran entrar o no quisiera permanecer en ella» (LG. 14).

187

La Iglesia, sociedad perfecta

La Iglesia es una sociedad perfecta, porque posee en sí misma y por sí misma todo lo necesario para existir y para obrar, a saber: *fin distinto e independiente* del de la sociedad civil, cual es la santificación y la salvación de las almas, y *medios necesarios* para la consecución de ese fin. De aquí que sea una sociedad con ejercicio independiente de todo poder temporal.

Notemos bien que la Iglesia es una sociedad *perfecta, suprema e independiente*, y lo es también el Estado o sociedad civil, pues cada una tiene su misión: la una *espiritual o sobrenatural* de salvación, y la otra *temporal*, de procurar el bien de los ciudadanos. Ambas deben colaborar en asuntos de interés mutuo, sin intromisiones en el terreno propio de cada una. Jesucristo dijo: «*Dad al César lo que es del Cesar, a Dios lo que es de Dios*» (Mt. 22,21).

188

Doctrina de los Papas y del Vaticano II. «Las mayores desgracias vendrían sobre la religión y sobre las naciones, si se cumplieran los deseos de quienes pretenden la separación de la Iglesia y del Estado, y que se rompiera la concordia entre el sacerdocio y el poder civil...» (Gregorio XVI).

«Separar el Estado de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa y sumamente nociva» (San Pío X).

Todos los Papas desde León XIII repiten la misma idea, y abogan, como dijo Pío XII, por la estrecha unión de las dos autoridades establecidas por Dios: la Iglesia y el Estado, por ser extraordinariamente útil para la tranquilidad del orden público. El Concilio Vaticano II expone así esta idea:

«La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas, habida cuenta de las circunstancias de lugar y de tiempo» (GS. 76). Hay que reconocer que la Iglesia y el Estado se dirigen al mismo hombre y no es posible «dividir» al hombre, al ciudadano, en dos partes...

189

Mi reino no es de este mundo. ¿Cómo entender esta frase? Jesucristo quiso decir que su reino o Iglesia viene del cielo y «no es de la tierra», pero no dijo que no debiera estar en la tierra, pues sobre ella vino a fundarla. No es, pues, de este mundo, en el sentido de que no es de la forma de los reinos terrenos, pues no es político, ni se limita a un país pueblo como ellos, ni se extiende o defiende con el poder de las armas; pero no por eso deja de estar la Iglesia en este mundo y necesitar recursos temporales y medios de gobernar a sus súbditos, hombres ligados a la materia.

«La Iglesia es el Pueblo de Dios, esparcido por toda la tierra» (San Agustín), y se la llama «reino de los cielos» porque su fin es educar a los hombres para el cielo.

Las relaciones Iglesia-Estado. El principio de libertad religiosa, proclamado por el Concilio Vaticano I, sobre el que se deben regir las relaciones Iglesia-Estado, significa fundamentalmente dos cosas: 1) Que a ningún ciudadano se le moleste por sus creencias, ni sea discriminado ante la ley en virtud de ellas. Se trata de la justa *libertad de las conciencias*, según la cual tampoco se impedirá la práctica privada y pública de la propia religión, siempre que no implique perjuicio para el bien común: problemas, por ejemplo, de orden público, o lesiones a la moral natural social. 2) Que a ningún Estado compete declarar cuál es la religión verdadera. Si determinada confesión es objeto de particular consideración (el Vaticano II no excluye esta posible «confesionalidad»), ello no será a título dogmático, sino sociológico: a la vista del peso social de dicha religión.

La libertad religiosa de ninguna manera significa que cualquier religión sea verdadera, o que todas sean iguales, en el sentido de que cada persona pueda moralmente optar por la que prefiera, sin tener en cuenta su obligación —en conciencia— de buscar la verdadera y, una vez hallada, de abrazarla. Esto sería un pernicioso «indiferentismo» que algunos, equivocadamente, llaman *libertad de conciencia* y que, por supuesto, no es un derecho que tengan los hombres. Deber del Estado es fomentar la formación y práctica religiosa de los ciudadanos, como parte importante que es del bien común...

Iglesia docente y discente. Conviene notar que «por

razón de la autoridad», la Iglesia se divide en docente y discente. *Docente* (de *docere*=enseñar) es la que enseña, y la componen el Papa, los obispos y los sacerdotes, sus delegados. Y la *discente*, la forman los que tienen la obligación de aprender, o sea, los simples fieles. Algunos dicen: «Soy Iglesia», y es cierto, es un miembro de la misma, que puede ser docente o simple aprendiz.

193

La Iglesia es un pueblo sacerdotal. La Iglesia es llamada «pueblo sacerdotal», porque los fieles que la forman, participan del sacerdocio de Cristo por el carácter que les imprime el bautismo... Hay dos clases de sacerdocio: *el común* o de los fieles, y el *ministerial o jerárquico*. Se diferencian en que el sacerdocio *común* es el que reciben *todos* los fieles *por medio del sacramento del bautismo* que los incorpora a Cristo y a su Iglesia, mientras que el *ministerial jerárquico* lo reciben solamente *algunos* de entre los mismos fieles *por medio del sacramento del Orden*.

Los que reciben este sacramento poseen una *potestad sagrada*: la de *consagrar* (esto es, no sólo de *ofrecer*, como el simple fiel, sino de *efectuar* el sacrificio), la de *perdonar los pecados y predicar oficialmente* el Evangelio a todas las gentes. De esta potestad carece el simple fiel. El sacerdocio *común* y el *ministerial* se diferencian entre sí no sólo por el grado, sino esencialmente.

194

La Iglesia y los laicos. Los laicos o seglares son «todos los fieles cristianos» (que no son clérigos ni religiosos), los cuales se incorporan a Cristo mediante el bautismo y por él quedan constituidos en Pueblo de Dios y hechos partí-

cipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Cristo (LG. 331). Los consagrados a Dios por el bautismo quedan obligados al culto o práctica de los sacramentos, a la predicación y al testimonio de vida (LG. 11). (Véase mi libro «Breve Teología»).

195

La acción católica. Pío XI dijo que la «acción católica es *participación* de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia». Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI usan con más frecuencia la palabra «colaboración» y también con el Vaticano II la de «cooperación», y así dice éste: «Los laicos pueden también ser llamados de diversos modos a una cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía».

196

La Iglesia y los religiosos. Los «religiosos» son cristianos que consagran su vida a Dios y a su vez al servicio del prójimo con su oración, sus sacrificios, sus obras de caridad...; enseñanza, estudio, atención de enfermos, etc.

El Conc. Vaticano II nos advierte cómo los religiosos, en general, se unen y se entregan más de lleno al servicio de Dios con la práctica de los tres votos llamados tradicionalmente «consejos evangélicos»: castidad, pobreza y obediencia. Con ellos gozan de mayor estabilidad en su modo de vida.

197

1) *Por el voto de castidad*, voluntariamente se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y consa-

grarse sólo a El con corazón no dividido... «por amor al reino de los cielos»...

2) *Por el voto de pobreza*, renuncian al apego de los bienes terrenos para seguir a Cristo con mayor perfección...

3) *Por el voto de obediencia*, renuncian a hacer su propia voluntad, viendo en el superior al representante de Dios...

La práctica de los consejos evangélicos constituye la esencia del estado religioso. *La regla suprema de la vida religiosa* es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio.

198

Finalidad de los consejos evangélicos. La finalidad de estos consejos es hacer a quienes los viven más semejantes a Cristo casto, humilde, pobre y obediente; es «el reino de los cielos», o sea, una mayor entrega al servicio de Dios, y esto es lo que pone de relieve la sobrenaturalidad de este servicio, que no es por este mundo que pasa, sino por el reino de los cielos que permanece. Por estos votos, el religioso se desliga más del mundo y se une más a Dios.

199

Fundamento bíblico de los consejos evangélicos. 1) El de la virginidad está en este texto: «*No todos entienden este don, sino aquellos a quienes ha sido dado de lo alto, pues hay eunucos (=inhábiles o impotentes para el matrimonio), que se hicieron a sí mismos por el Reino de los cielos*» (Mt. 19,12).

Según esta doctrina hay en la Iglesia quienes voluntariamente se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios, pues por la castidad se consagran sólo a Dios con

corazón indiviso. Esta es una castidad voluntaria, no impuesta.

2) *El fundamento bíblico de la pobreza* está en las palabras dirigidas al joven del Evangelio: «*Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme*» (Mt. 19,21).

3) *El de obediencia* es una consecuencia de los dos anteriores, pues al reunirse los ascetas para llevar una vida común, *se impone una autoridad* por ser elemento esencial de toda sociedad, y a tal autoridad en nombre de Dios le corresponde una obediencia de los súbditos, ya que toda autoridad viene de Dios (Rom. 13,1-3). La obediencia de Cristo se nos presenta como programa de abnegación.

La clave de la obediencia: el amor al Padre (Hech. 10,1-10; Fil. 2,5-9)...

200

La Iglesia y la santidad. La Iglesia es santa «y goza de indefectible santidad», porque su Fundador, Cristo, el Hijo de Dios, es santo (El con el Padre y el Espíritu Santo es «el solo santo», santo por excelencia), y El es nuestro Maestro y Modelo de santidad, y por tener la vida en sí, El distribuye la santidad.

Todos en la Iglesia, dice el Concilio Vaticano II, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a la grey, son llamados a la santidad, pues «*ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*» (1 Tes. 4,3; Ef. 1,4) y a todos se nos dice: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt. 5,48). Como vuestro Padre, es decir, en la medida que nos es posible.

La santidad consiste en *conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios*, y ésta se nos manifiesta en sus mandamientos y en sus consejos...

Todos somos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios, pues la santidad es ante todo don de Dios; mas interesa que esta santidad radical o vida nueva que se recibe en el bautismo a modo de germen, sepamos conservarla y perfeccionarla. Y ¿cómo podremos desarrollarla y perfeccionarla en nosotros? Mediante la oración y la gracia de Dios y a su vez con nuestro esfuerzo personal, según el consejo del apóstol (Ef. 5,3; Col. 3,12); mas este esfuerzo por buscar la santidad consiste *en seguir e imitar a Cristo* pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, conformarse con su imagen (Rom. 8,29), y en un obsequio a la voluntad del Padre, obedeciendo en todos sus mandatos.

202

¿Cómo hemos de santificarnos? Pues cada uno en su propio estado:

1) *Los pastores del rebaño de Cristo:* Obispos, presbíteros y diáconos se santificarán cumpliendo su deber ministerial santamente y con entusiasmo, con humildad y fortaleza, según la imagen del Sumo y eterno Sacerdote..., creciendo en el amor a Dios y al prójimo por el ejercicio cotidiano de su deber y pastoral caridad con la oración, el sacrificio y la predicación, dando a todos un testimonio vivo de Dios... «reconociendo lo que hacen e imitando lo que tratan»...

2) *Los cónyuges y padres cristianos* se santificarán a través del estado matrimonial, ayudándose mutuamente en la gracia, con la fidelidad de su amor a lo largo de su vida, recibiendo con alegría los hijos que Dios les dé y educándolos en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas.

3) *Los que viven entregados a un trabajo arduo, los que sufren* y cada uno en su profesión pueden santificarse en ese mismo trabajo humano y en sus sufrimientos y ocupaciones, uniendo esos sus trabajos y dolores a los de Cristo por la salvación del mundo. Todos debemos hacernos santos, como dice el Vaticano II «en cualquier estado de vida, de oficio o de circunstancias y precisamente por medio de todo ello» (LG. 41).

203

La Iglesia peregrinante, purgante y celeste. El Conc. Vaticano II nos dice:

«*Hasta que el Señor venga revestido de majestad...*» (Mt. 25,31); algunos de sus discípulos «peregrinan en la tierra»; otros ya difuntos «se purificarán», mientras otros son «glorificados» contemplando «*claramente al mismo Dios Uno y Trino, tal cual es*» (Conc. Florencia), formando todos una sola Iglesia (Ef. 4,16).

– Los que estamos aún en la tierra formamos la *Iglesia peregrinante* o militante, compuesta por los fieles que viven en la tierra y deben luchar todavía contra nuestros enemigos: el mundo (o sea, las incitaciones de los hombres malos), el demonio (o sea, sus tentaciones) y la carne (o las concupiscencias de la sensualidad).

– Las almas del Purgatorio forman la *Iglesia purgante* o paciente, porque tienen aún que sufrir su pena, antes de entrar en el cielo.

– Los santos, que están ya en el cielo, forman la *Iglesia celeste* porque han alcanzado ya la palma de la victoria.

Como la Iglesia es *una* y está constituida por todos *los que son de Cristo*, es evidente que comprende los hombres justos de la tierra, del purgatorio y del Cielo, pues todos formamos en Cristo un solo cuerpo (Rom. 12,4-5).

La comunión de los Santos. Por «comunión de los santos» entendemos la comunicación o unión íntima (mística o espiritual) entre los fieles que están en la tierra, las almas del Purgatorio y los santos del cielo.

Todos forman una santa comunión; todos (mientras no lo estorbe el pecado mortal) están unidos con Cristo, su Cabeza, y todos entre sí, formando una comunión de vida sobrenatural; todos santificados por el Espíritu Santo y por El están unidos mutuamente (1 Cor. 12,13).

Esta unión espiritual consiste en que siendo todos como miembros de un solo cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, los unos tenemos parte en las buenas obras —oraciones y sacrificios— de los otros.

Los miembros de esta unión se llaman «santos» por estar santificados por el bautismo (1 Cor. 6,11) y estar todos llamados a la santidad o serlo de hecho (1 Tes. 4,3).

205

Unión o comunicación de las tres Iglesias. Los Concilios universales : II de Lyon, el de Florencia y el de Trento nos dicen que existe el Purgatorio y que los fieles vivos pueden ayudar a las almas del mismo por medio de sus intercesiones, oraciones y sufragios. La Iglesia en la Santa Misa ruega por los constituidos en autoridad y por todos los fieles, y después recuerda a los santos del cielo e implora su protección y auxilio, y finalmente ruega por los difuntos. Es sentencia común que los fieles de la tierra pueden alcanzarse mutuamente gracias de Dios mediante la oración de intercesión.

Pío XII en la encíclica *Mystici corporis* dice: «La salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de

Jesucristo dirigidas con este fin», e insiste a los fieles que oren con este fin.

206

Los mandamientos de la Iglesia: son cinco:

1.º Oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.

2.º Confesar los pecados mortales al menos una vez al año, en peligro de muerte y si se ha de comulgar.

3.º Comulgar por Pascua de Resurrección.

4.º Ayunar y abstenerse de comer carne cuando lo manda la Santa Madre Iglesia.

5.º Ayudar a la Iglesia en sus necesidades.

Hemos de observarlos bajo obligación grave, porque la Iglesia ha recibido del mismo Jesucristo, su Fundador, el poder de gobernar y dirigir a los fieles en su nombre. Por tanto, despreciar los mandamientos de la Iglesia, sería despreciar al mismo Jesucristo que la fundó: «*El que a vosotros desprecia, a Mi me desprecia*» (Lc. 10,16).

207

Notemos que los «Mandamientos de la Ley de Dios» obligan *a todos los hombres*, porque están fundados en la misma naturaleza; mientras que los «Mandamientos de la Iglesia» obligan solamente *a los cristianos*, porque sólo ellos son súbditos de ella. Y conviene tengamos muy presente que la Iglesia nos da sus mandamientos para que cumplamos mejor los de la Ley de Dios, pues Ella no hace otra cosa que *aclarar y precisar o determinar el modo* cómo hemos de observarlos mejor. *Ejemplo*: Dios manda en el tercero «santificar las fiestas», y la Iglesia dice «cómo se deben santificar» y concreta diciendo que

«oyendo el santo sacrificio de la Misa», por ser éste el culto más santo y saludable, por cuanto en él se renueva y mejor dicho se actualiza sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicársenos los méritos de la redención y en El se honra a Dios de la manera más digna.

208

Están obligados a oír la santa Misa todos los fieles que hayan cumplido los siete años, y que, habitualmente, tengan uso de razón y no se hallen legítimamente impedidos... También el mandamiento de comulgar obliga a todos los cristianos que tienen uso de razón... La ley del ayuno obliga igualmente a todos los cristianos desde los 18 años hasta los 59; y la abstinencia a los que han cumplido 14 años.

La Iglesia, para indicar la obligación grave de observar estos preceptos dijo en el Concilio de Trento: «Quien dijere que el hombre justificado... no está obligado a guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia... sea anatema».

El general *Drouet* dijo un día: «Yo observo los preceptos de la Iglesia, porque ésta recibió el poder de mandar a los fieles como yo he recibido del emperador el poder de mandar a mis artilleros».

209

Dios constituyó a su Iglesia depositaria y maestra de todas las verdades religiosas y morales; por tanto, obedezcan los fieles y rindan su inteligencia y voluntad a la Iglesia, si quieren que su entendimiento se vea inmune del error y libres de corrupción sus costumbres...» (Pío XI Casti con.).

Las principales necesidades de la Iglesia son: el soste-

nimiento del culto y de sus ministros, el Seminario, las Misiones y obras católicas.

Seamos católicos prácticos, no de solo nombre... El ministro *Modderman*, de la Haya, era protestante, mas tenía profundo respeto a la Iglesia católica. Un día le visitó un joven abogado y le pidió un empleo en el servicio del Estado. El ministro le preguntó entre otras cosas de qué religión era. «Soy católico, contestó el interrogado, mas esto no es cosa importante para mí». «¿Cómo?», exclamó *Modderman* levantándose muy agitado, ¿no sabe Vd. apreciar lo que significa haber nacido y haber sido educado en la Iglesia católica? No tengo para Vd. ningún empleo. El que no sabe servir con fidelidad a su Dios, tampoco será fiel a su rey».

210

SANTOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

¿Quiénes son los Padres de la Iglesia? En sentido general se consideran como Padres de la Iglesia al Papa y a los obispos.

En sentido *propio* son los Doctores de la Iglesia que vivieron en los primeros siglos del cristianismo, y que reúnen estas condiciones:

1.^a Excelencia de doctrina; 2.^a santidad de vida; 3.^a antigüedad, y 4.^a reconocimiento oficial por parte de la Iglesia.

Aquellos a quienes faltan estas condiciones se llaman «escritores eclesiásticos», y tales son entre otros: *Orígenes*, director de la escuela catequística de Alejandría (m. 254); *Tertuliano*, presbítero de Cartago (m. 240); *Eusebio de Cesarea* en Palestina, obispo e historiador (m. 340)...

Padres apostólicos

Estos son los que vivieron en tiempo de los apóstoles y en contacto con ellos, tales como:

- *San Clemente Romano*, tercer sucesor de San Pedro (m. 99).
- *San Ignacio de Antioquía* (m. 107).
- *San Policarpo*, obispo de Esmirna (m. 155).
- *Papías*, obispo de Hierápolis de Frigia (a. 130).

También se consideran como escritos apostólicos: *La Didajé* o doctrina de los apóstoles; *El Pastor de Hermas*, y *Carta de Bernabé*.

Padres y Doctores de siglos siguientes

Aunque son muchos citaré los principales griegos y latinos:

- *Los griegos o de la Iglesia de Oriente:*

San Atanasio, obispo de Alejandría (m. 373); *San Basilio*, obispo de Cesarea de Capadocia (m. 378); *San Gregorio Nacianceno* (m. 389), y *San Juan Crisóstomo*.

- *Los latinos o de la Iglesia de Occidente:*

San Ambrosio, obispo de Milán (m. 398); *San Agustín*, obispo de Hipona (m. 430).

San Jerónimo, traductor de la Biblia (m. 420), y *San Gregorio Magno*, Papa (m. 604).

LISTA DE LOS TREINTA Y DOS DOCTORES DE LA IGLESIA

En esta lista que ponemos a continuación se enumeran los 32 que han sido declarados DOCTORES por la Iglesia, perteneciendo algunos de ellos a la época de los Santos Padres, es decir que son a la vez PADRES Y DOCTORES.

La época de los Santos Padres de la Iglesia de Occidente se cierra con San Isidoro de Sevilla, muerto en el 636, y la de los griegos o Padres de la Iglesia de Oriente termina con San Juan Damasceno, muerto en el 749. A partir, por tanto, de éstos o de la época patrística, todos los demás son solamente los considerados como Doctores de la Iglesia. La fecha que figura al final de cada nombre es la de su muerte.

- San Hilario, 367.
- San Atanasio, 373.
- San Efrén, 379.
- San Basilio, 379.
- San Cirilo de Jerusalén, 386.
- San Gregorio Nacianceno, 390.
- San Ambrosio, 397.
- San Juan Crisóstomo, 407.
- San Jerónimo, 420.
- San Agustín, 430.
- San Cirilo de Alejandría, 444.
- San Pedro Crisólogo, 450.
- San León Magno, 461.
- San Isidoro de Sevilla, 636.
- San Beda, el Venerable, 735.
- San Juan Damasceno, 749.
- San Pedro Damián, 1072.
- San Anselmo, 1109.

- San Bernardo, 1152.
- San Antonio de Padua, 1231.
- San Buenaventura, 1274.
- Santo Tomás de Aquino, 1274.
- San Alberto Magno, 1280.
- Santa Catalina de Siena, 1380.
- Santa Teresa de Jesús, 1582.
- San Juan de la Cruz, 1591.
- San Pedro Canisio, 1597.
- San Roberto Belarmino, 1621.
- San Lorenzo de Brindis, 1621.
- San Francisco de Sales, 1622.
- San Alfonso M.^a de Ligorio, 1787.

213

CONCILIOS UNIVERSALES CELEBRADOS POR LA IGLESIA

Aquí entendemos por «concilio» la reunión de los obispos para tratar asuntos de la Iglesia. Y se llama «ecuménico» cuando es universal de todos los obispos de la tierra, los cuales tienen autoridad en él cuando están presididos por el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, porque él tiene potestad plena, suprema y universal sobre toda la Iglesia.

El primer Concilio de la Iglesia fue el de los apóstoles en Jerusalén. Después de éste los concilios «ecuménicos» o universales, que se han celebrado en la Iglesia, son veintiuno. El primero fue el de Nicea (año 325), y el último, el Vaticano II (1962-1965).

325	Nicea I	1215	Letrán IV
381	Constantinopla I	1245	Lyon I
431	Efeso	1274	Lyon II
451	Calcedonia	1312	Vienne (Francia)
553	Constantinopla II	1414-1418	Constanza
680	Constantinopla III	1438-1445	Florencia
787	Nicea II	1512-1517	Letrán V
870	Constantinopla IV	1545-1563	Trento
1123	Letrán I	1870	Vaticano I
1139	Letrán II	1962-1965	Vaticano II
1179	Letrán III	(Véase mi « <i>Historia de la Iglesia</i> » en la que expongo los temas tratados en todos los Concilios).	

En los Concilios se nos expone la doctrina oficial de la Iglesia en torno a las verdades reveladas por Dios, y aunque no hayan sido definidas todas ellas expresamente como verdades de fe, señalan a todos los fieles un camino seguro y firme con el que no cabe error y del que no es lícito apartarse.

214

LA FE CRISTIANA

Planteamiento del problema de la fe

Este planteamiento es de suma transcendencia para comprender qué entendemos por fe, cuán grande es su necesidad y por qué hemos de creer cosas que no hemos visto y se nos proponen como verdades reveladas por Dios.

En el Evangelio se nos plantea el problema de la fe, en las palabras que dijeron los apóstoles, una vez que Jesús

calmó la tempestad del mar de Tiberíades: «¿Quién es Este que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc. 4,37ss) ¿Quién es este hombre? ¿Quién es Jesucristo para que creamos en El? ¿Qué doctrina es la suya? Aquí tenemos, pues, la pregunta más interesante: «¿QUIEN ES JESUCRISTO?» (Véanse núms, 90 y sigues.).

215

¿Qué es la fe? Fe es creer lo que no vimos, por un testimonio ajeno. Hay dos clases de fe: *Fe humana* es la que se funda en la palabra o testimonio de otros hombres, y *Fe cristiana divina* (de la que aquí hablamos) es la que se funda en la palabra de Dios.

Notemos que *fe cristiana* no es creer en algo, sino en alguien, es decir, antes de creer en una cosa o verdad, tenemos que creer en el autor de esa verdad, conocer bien su autoridad, y por eso decimos que *fe cristiana* es ante todo creer en la persona de Jesucristo, que es Dios y *por su autoridad* creer en cuanto nos ha dicho. En consecuencia: *Fe cristiana* es creer en Jesucristo, aceptar su doctrina; es dar una respuesta favorable a la Palabra de Dios; es creer o tener por cierto lo que no hemos visto porque Dios nos lo ha revelado.

216

El fundamento de nuestra fe se apoya en la autoridad de Dios... y sabiendo ya quién es Dios y quién es Jesucristo, forzosamente hemos de creer en El, y como Dios nos ha hablado muchas veces por los profetas y por medio de Jesucristo, y sus palabras las tenemos en la Biblia, por eso también decimos que *la norma de nuestra fe* es la Biblia o Palabra de Dios interpretada por la Iglesia. *La norma de fe de los protestantes* es la Biblia interpretada por cada

uno en particular y por eso entre ellos hay tantas sectas.

La fe en Cristo y en su doctrina llega a nosotros por el oído, es decir, por haber oído hablar de El (Rom. 10,14-17), y si muchos no han leído el Evangelio, si no conocen a Cristo y su doctrina, ¿quién tiene la culpa de tanta ignorancia religiosa y de la perdición de tantas almas? Por eso el mismo Jesucristo manda predicar el Evangelio a todas las gentes: *«Id por el mundo eterno, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y se bautizare, se salvará...»* (Mc. 16,15-16). La fe es necesaria para salvarnos.

217

Sobre qué cosas versa la fe cristiana

La fe cristiana, que es creencia en la palabra de Dios, versa sobre cosas que no podemos percibir con los sentidos o no podemos comprender con nuestro entendimiento, como son los llamados «misterios de la fe»...

¿Qué es un misterio? Un misterio es una verdad que debemos creer porque Dios nos la ha revelado, pero que no podemos comprender perfectamente con nuestro limitado entendimiento.

Entre los misterios principales de nuestra fe tenemos, vg. estos tres:

- Misterio de la Santísima Trinidad (Ved núms. 14, 126 y 127).

- Misterio de la Encarnación (Núms. 136 ss).

- Misterio de la Redención (Núms. 106 ss).

Estos misterios están revelados claramente en el Evangelio, y por eso los creemos. Y hemos de reconocer que las más de las verdades de la religión son suprasensibles, esto es, no caen bajo el dominio de los sentidos, tales son vg. Dios, el alma inmortal, los ángeles, el cielo, etc. Mu-

chas son incomprensibles como los misterios dichos, el Santísimo Sacramento, etc.

218

Cristo en la última Cena, dijo: «*Esto es mi cuerpo*», «*esta es mi sangre*» y nosotros ahora, hecha la consagración en la Misa, creemos firmemente en la presencia real de Jesucristo bajo los accidentes de pan y del vino, aunque los sentidos no lo vean, ni el entendimiento lo comprenda; pero lo creemos porque El, que es Dios, lo ha dicho y sus palabras son verdaderas.

San Pablo lo reconoce así al decir: «*Quien come de este pan (consagrado) indignamente, se traga y bebe su condenación y es reo del cuerpo y de la sangre del Señor*» (1 Cor. 11,27-29; 10,14-16).

La fe es un tributo y obsequio que ofrecemos a Dios; pero desde el momento que vemos una cosa con los ojos o la comprendemos bien con el entendimiento, la fe sería tan superflua como falta de merecimiento.

219

¿Cómo es posible creer en tantas cosas suprasensibles?
Es muy razonable creer en ellas, porque sabiendo que Dios nos ha hablado y que nos están reveladas en la Sagrada Escritura, ¿por qué no confiar en la veracidad de Dios? Algunos dicen: «Yo no creo, sino lo que veo», y como no ven a Dios ni le comprenden, para ellos no existe. ¿No es esto un absurdo? Porque tu no hayas visto a Dios, creador de este mundo ¿te atreves a decir que no existe? Porque tu no hayas visto quien ha hecho el reloj que usas, ni a los que han hecho tantas obras de arte, ¿podrías negar que no existió el relojero o los artistas de tales obras? ¿Podrías demostrar que el mundo se ha hecho solo?

Si yo te digo que tengo dolor de cabeza o que estoy pensando en tal cosa, ¿te atreverías a negar el dolor o el pensamiento porque tu no los ves? ¡Cuántas cosas no hemos visto y las creemos! ¿Por qué sabes tu que has nacido de tal padre y de tal madre? Te darás cuenta que tu lo sabes solamente por el testimonio de los que te lo han afirmado...

220

Motivos de credibilidad: milagros y profecías. ¿Qué es un milagro? *Milagro* (de la palabra latina *miráculum*, cosa admirable o maravillosa) es un hecho extraordinario y sensible, capaz de ser visto o percibido por los sentidos, que sólo puede hacerse por una intervención especial de Dios, como la resurrección de un muerto, la curación de un ciego de nacimiento.

¿Qué es una profecía? *Profecía* es una predicción cierta de un suceso futuro, que ninguna criatura puede saber, sino sólo Dios.

Nosotros creemos la doctrina predicada por Jesucristo, porque El es Dios y porque con su resurrección y otros muchos milagros y profecías confirmó la verdad de sus palabras, y porque así nos lo enseña la Iglesia fundada por el mismo Jesucristo, a la que tiene prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 28,20).

221

Los milagros y las profecías son los motivos que nos inducen a creer en las verdades reveladas por Dios, porque son como su sello y su firma y con ellos se nos confirma que Dios nos ha hablado y que su doctrina y religión que profesamos es la verdadera. El mismo Jesucristo, para confirmación de la verdad de sus palabras, se remite

a los milagros, y así dice: «*Si no me creéis a Mi* (a mis palabras), *creed en mis obras*» (Jn. 10,28). Los milagros que El obró prueban que El es el Hijo de Dios (Jn. 20,30-31). El predijo su pasión (Mt. 20,18-19), la negación de Pedro (Mt. 26,24), la traición de Judas (Mt. 26,21 y 25)...

Sólo Dios sabe el porvenir (Is. 41,23). El todo lo tiene presente. Existen muchísimas profecías, unas acerca de El y verificadas en su persona (Ved núms. 91 y 92) y también multitud de milagros tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Leed los Evangelios y veréis a los paralíticos que ha curado, a los ciegos que ha dado la vista, a los muertos resucitados, etc. etc... Todos ellos nos mueven a dar crédito a Jesucristo y a su doctrina.

222

Propiedades de la fe. Nuestra fe ha de ser *viva*, una fe que implica aceptación personal de Jesús y de toda su doctrina revelada. Una fe actualizada por la caridad y que produzca buenas obras. «La fe sin obras está muerta». La fe sin obras se parece a un árbol sin fruto, a una lámpara sin aceite.

La fe viva ve las cosas no como en pintura, sino como si fueran realidad, como si viéramos con nuestros propios ojos lo que nos dice Dios. La fe debe ser *firme*, porque el fundamento de nuestra creencia es la veracidad de Dios, y no debe admitir vacilación o duda, como lo fue la de Abraham (Rom. 4,18-19).

También debe ser *constante* la voluntad resuelta de no abandonarla... y debe ser además *entera y universal*, que acepta todas las verdades reveladas por Dios sin excluir ninguna (Mr. 16,16; Mt. 28,20), no olvidando que Jesús de Nazaret es la primera y gran verdad que todos debemos aceptar. El es la fuente y plenitud de la revelación.

El dogma católico es el conjunto de verdades que Dios nos ha revelado y que la Iglesia nos propone para que las creamos. Las verdades principales que todo cristiano debe saber y creer son que *hay un solo Dios*, premiador de buenos y castigador de malos, que *en Dios hay tres Personas*: Padre, Hijo y Espíritu Santo (misterio de la Stma. Trinidad), y que la *segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre para salvarnos* y El (el Dios hecho hombre: Jesucristo) nos redimió (es el misterio de la Encarnación).

Estas verdades las debe saber y creer el cristiano para salvarse.

224

Las verdades que el verdadero católico debe creer firmemente son las que Jesucristo nos a revelado y las tenemos resumidas en el «Credo» o llamado «Símbolo de los Apóstoles», y es éste (que debemos recitar con frecuencia):

- Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra;
- y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor;
- que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María;
- padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado;
- descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos;
- subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso;
- desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

- Creo en el Espíritu Santo
- la Santa Iglesia católica,
- la comunión de los santos;
- el perdón de los pecados;
- la resurrección de la carne,
- y la vida perdurable. Amén.

225

CREACION DE LOS HOMBRES Y DE LOS ANGELES

Creación de los primeros hombres

La Biblia empieza diciéndonos: «*Al principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gén. 1,1). Dios, pues es el Creador de este mundo y de cuanto existe. Lo sacó de la nada por sola su voluntad: «*El lo dijo y se hizo, mandó y las cosas fueron creadas*» (Sal. 148,5). Y como Dios «no necesita nada fuera de sí, porque es infinitamente rico y feliz, creó este mundo no para adquirir o aumentar su felicidad, sino para manifestar y comunicar su infinita bondad» (Vat. I), esto es, para hacernos a nosotros felices. Dios no obra en provecho suyo, sino únicamente por su bondad, y por eso, porque es bueno, nosotros existimos.

Dios, después de haber creado el universo con los astros, plantas y animales, creó al hombre «*a su imagen y semejanza*» (Gén. 1,26-27). El primer hombre y la primera mujer que Dios creó, se llamaron *Adán y Eva*; ellos fueron los padres del género humano (Hech. 17,26).

226

Dios creó al primer hombre (=Adán) formando a su

cuerpo de la *tierra*, y luego *inspiró* en él un soplo de vida, o sea, un alma (Gén. 2,7). La mujer fue formada, como dice el Génesis, de una costilla de Adán, sobre el que el Señor mandó un sueño profundo (Gén. 2,21s). Dios creó a los primeros hombres: Adán de la tierra, y la mujer del hombre, y su alma por creación directa.

El hombre, pues, según la Biblia procede de Dios y en su formación El interviene de un modo *directo e inmediato*.

227

¿Hay «poligenismo» en la Biblia? Por este texto: «No había hombre que cultivase la tierra» (Gén. 2,5) y por Gén. 3,20 y Hech. 17,26, se deduce que no hay «poligenismo» en la Biblia. Hoy esta hipótesis carece de pruebas. Por tanto todos procedemos de Adán y Eva, y no de Adán y Eva y otras parejas.

El célebre biblista Dr. Diez-Macho dice: «No hay poligenismo. Los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo... Todos los hombres han pecado en Adán como dice San Pablo (Rom. 5,12) y enseña la Iglesia». Y Pío XII en la «*Humani generis*» dijo que no era compatible con la verdad revelada sobre el pecado original...

Y no se diga que «Adán» hay que tomarlo en sentido «colectivo» como si significara pluralidad de primeros padres o parejas, pues en contra están las genealogías bíblicas: (1 Crónicas 1,1 y Lc. 3,38): «*Adán, Set, Henós, etc...*» Si Set es una persona determinada, ¿por qué no va a serlo Adán?

228

¿Qué decir del evolucionismo o transformismo? La Biblia nos dice que Dios después de haber creado toda clase

de animales, creó al hombre y a la mujer y los formó como nos dice el texto sagrado, y no que fuera formado o proviniese del mono u otro animal (los que ya supone anteriormente formados); pero los que admiten la teoría evolucionista no nos dan pruebas y entre el animal irracional y el hombre se da un abismo infinito.

En contra del evolucionismo tenemos varios testimonios: el del *Dr. Jordi Cervós Navarro*, catedrático y director del Instituto de Neuropatología en la Universidad Libre de Berlín, en octubre de 1982 dijo: «La teoría evolucionista ha quedado sin demostrar y casi ningún hombre de ciencia la sostiene ya».

Y *Pierre-P. Grassé*, profesor durante treinta y tres años en la Cátedra de Evolución de Sorbona, en su libro «*L'Évolution du Vivant*» declara fracasadas las teorías explicativas del evolucionismo» (París 1973). Hasta ahora la ciencia no ha demostrado la evolución de una especie en otra. La Iglesia no coarta a nadie la libertad de investigación, pero aduzcan pruebas.

229

El hombre es un ser compuesto de alma y cuerpo, creado por Dios a su imagen y semejanza. El alma la recibimos de Dios, que la ha creado de la nada para unirla al cuerpo, y el cuerpo lo recibimos también de Dios por medio de nuestros padres. El hombre ha sido creado «*para alabar el nombre santo de Dios y pregonar la grandeza de sus obras... y le ha dicho: Guardaos de toda iniquidad*» (Eclo. 17,3-11).

Nuestra alma es espiritual e inmortal, dotada de entendimiento y voluntad. El cuerpo sin el alma es un cadáver. La filosofía, la misma razón humana nos dice que el alma *es espiritual* porque no está ligada a las leyes de la materia ni en su ser ni en sus operaciones específicas,

como son el *amar, entender*, etc. Tiene *inteligencia y libre voluntad*, y por estas facultades es capaz de *conocer* lo bello y lo bueno, y de *amarlo* y dominar el mundo... Luego si el alma tiene operaciones espirituales, es porque ella es espiritual, de lo contrario las operaciones (efecto) serían superior a ella (o sea, a la causa de las mismas).

Además nuestra alma *es inmortal*, porque es espiritual, y porque de hecho, Dios nos promete una vida futura con premios y castigos eternos. «*Los malos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna*» (Mt. 25-46). Luego el alma vivirá eternamente. Además Jesucristo nos dice: «*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno*» (Mt. 10,28). «*Dios creó al hombre para la inmortalidad*» (Sab. 2,23).

230

LOS ANGELES

¿Qué sabemos de los ángeles? ¿Qué son?

Por la revelación divina sabemos que existen y tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se nos habla de sus muchas apariciones y acciones. Recordemos algunas:

En el Antiguo Testamento:

- 1) En el paraíso terrenal aparece uno custodiándolo (Gen. 3,24).
- 2) En el sacrificio de Isaac (Gén. 22,11).
- 3) La escala de Jacob (Gén. 28,12).
- 4) La historia de Tobías (12,15).
- 5) El ángel que mató a los asirios (Is. 37).

En el Nuevo Testamento:

- 1) La aparición a Zacarías (Lc. 1,11).
- 2) A la Virgen María (Lc. 1,26).
- 3) A San José (Mt. 1,20).
- 4) A los pastores y sobre el portal de Belén (Lc. 2,9).
- 5) En el Huerto de los Olivos, etc., etc.

¿Qué son los ángeles?

Los ángeles son «mensajeros de Dios», seres llenos de poder, que tienen inteligencia y libre voluntad y son sustancias *espirituales*, o sea, *espíritus* que carecen de cuerpo y son bienaventurados por estar gozando de Dios en el cielo.

¿Qué podemos decir de los ángeles?

De los ángeles podemos decir muchas cosas:

En primer lugar que la palabra «ángel» (del griego «anguelos») es lo mismo que *mensajero o enviado*, y por tanto no significa la naturaleza del ángel, sino su oficio. Los Santos Padres de la Iglesia lo dicen así: «Angel es el nombre de su oficio y no de su naturaleza; porque siempre son espíritus, mas al ser enviados se llaman ángeles» (San Isidoro).

Y San Agustín se expresa así: «Angel es el nombre del oficio, no de la naturaleza. ¿Quieres saber el nombre de su naturaleza? es espíritu; ¿quieres saber el oficio? es ángel. Según su ser es espíritu; según su obrar es ángel».

Los ángeles son *espíritus* (Dan. 3,86; Lc. 10,20; 11,24 y 26; Heb. 1,14...) aunque a veces toman figura visible o aparente como el ángel Rafael cuando acompañó a Tobías (5,18), y en el sepulcro de Cristo en figura de jóvenes

(Mc. 16,5), y en la Ascensión en forma de dos varones (Hech. 1,10), etc.

San Gregorio Nacianceno dice: Todos los ángeles son espíritus o «seres incorpóreos». Y San Gregorio Magno: «Ellos tienen sólo espíritu, los hombres espíritu y cuerpo juntamente». El cuerpo de los ángeles es sólo *aparente*...

231

La creación de los ángeles

Es doctrina de fe que «Dios, al principio del tiempo, creó de la nada unas sustancias espirituales, que son llamadas ángeles».

En primer lugar tenemos el testimonio de la Sagrada Escritura que nos habla claramente de su creación por la «Palabra del Padre», o sea por Jesucristo: «En El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por El y para El. El es antes que todo...» (Col. 1,16).

Y por las palabras del Exodo (20,11): «En seis días hizo Dios los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene», los intérpretes sagrados convienen en que los ángeles no fueron creados sucesivamente, como las almas, sino todo en el primer día de la creación y en un mismo momento.

Los concilios IV de Letrán y del Vaticano I declaran: Dios es el único principio de todas las cosas... y este Dios único y verdadero por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su propia dicha, ni para conseguirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que otorga a la criaturas, creó desde el principio de los tiempos por decisión libérrima, las dos clases de criaturas, la espiritual y la corporal, es a saber, el reino de los

espíritus angélicos y el mundo visible, y después al hombre, compuesto de espíritu y cuerpo».

232

Los ángeles son espirituales e inmortales

Ya hemos dicho que son *puros espíritus*, y de hecho Jesucristo lo afirma al decir que los ángeles «no se casan», y de la pura espiritualidad de la naturaleza angélica se deriva su inmortalidad natural, pues «los juzgados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos, ni tomarán mujeres ni maridos, porque ya no pueden morir y son semejantes a los ángeles» (Lc. 20,35-36).

La felicidad celestial de los ángeles buenos y la reprobación de los malos es de duración eterna, según el testimonio de la revelación: «*Apartaos de Mi, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles*» (Mt. 18,10).

233

Número y categorías de los ángeles

El número de los ángeles, ateniéndonos a lo que dice la Sagrada Escritura, es inmensamente grande. El profeta Daniel describiendo el trono de Dios, dice: «*Le servían millares de millares y le asitían millones de millones*» (7,19), y en el Apocalipsis leemos: «*Vi y oí la voz de muchos ángeles enrededor del trono..., y era su número de miriadas y miriadas y de millares de millares*» (5,11).

También la Escritura nos habla con frecuencia de los ejércitos celestiales (Lc. 2,13; 1 Rey. 22,19). Jesucristo dijo en el huerto de los Olivos, que su Padre le enviaría si

se las pidiese, doce legiones de ángeles en su ayuda (cada legión contaba con seis mil soldados) (Mt. 26,53).

Santo Tomás dice que el número de los ángeles supera el de todas las cosas corporales, por tanto el número de los hombres que vivieron y vivirán; y mayor que el número de las estrellas del cielo y de las arenas del mar y de las hojas de los árboles (S. Dion. Areop).

234

Categorías de los ángeles. No todos los ángeles son iguales, pues la Escritura enumera hasta nueve coros u órdenes: Principados, potestades, virtudes, dominaciones (Ef. 1,21); tronos, dominaciones, principados, potestades (Col. 16); serafines (Is. 6,2); querubines (Is. 37,16); arcángeles (1 Tes. 4,16). Entre los ángeles, pues, existe una jerarquía, y según los estudios de San Agustín, San Gregorio Magno y otros teólogos suelen enumerar nueve coros u órdenes angélicos, y cada tres coros de ángeles constituyen una jerarquía, a saber:

1.^a *jerarquía*: Serafines, Querubines y Tronos.

2.^a *jerarquía*: Dominaciones, Virtudes y Potestades.

3.^a *jerarquía*: Principados, Arcángeles y Angeles.

Estos últimos son lo encargados de guardar a los hombres, y por eso se llaman *ángeles custodios o de la Guarda*.

235

El Arcángel San Miguel

Sólo de tres ángeles sabemos su nombre, porque se nos revela en la Sagrada Escritura, y estos son: Miguel, Rafael y Gabriel.

Miguel (Mi-ka-él = ¿Quién como Dios?), aparece en el

libro de Daniel como «uno de los príncipes supremos», «vuestro príncipe» y «el gran príncipe», y como protector del pueblo judío: «Nadie me ayuda contra ellos (persas y griegos) si no es Miguel, vuestro príncipe» (Dn. 10,13-21: 12,1).

Luego reaparece en la carta de San Judas, en la que refiriéndose a los herejes e incrédulos, dice: «El arcángel San Miguel, cuando altercaba con el diablo, contendiendo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir un juicio de blasfemia, sino que dijo: Que el Señor te reprenda» (Jud. 9).

Finalmente el Apocalipsis nos presenta a Miguel como jefe de los ángeles: «Hubo una lucha en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles y no pudieron triunfar» (12,7s).

A estos datos bíblicos podemos añadir la referencia indirecta del libro de Tobías, en donde San Rafael dice ser uno de los siete que están ante el trono del Señor (Tob. 12,15), y los tres que conocemos de estos siete son los arcángeles: Gabriel, Rafael y Miguel...

San Miguel, pues, es considerado como jefe de los ángeles, como el que explica los misteriosos juicios de Dios y el que arroja a Satanás y a los suyos al infierno...

San Miguel aparece desde muy antiguo en la Liturgia, y ya en tiempo de Constantino existió una iglesia dedicada a San Miguel en Constantinopla. De allí pasó su culto al Occidente. El templo más antiguo fue el de Roma en la Via Salaria y cuya dedicación sigue conmemorándose...

Una tradición popular nos habla de tres apariciones pertenecientes a la antigüedad: la habida en el castillo de Sant'Angelo al papa Gregorio Magno; la del pastor Gárgano, que dio origen a un templo famoso en Nápoles, y la de un obispo francés... y debido a un santuario célebre llegó a ser considerado Patrono de Francia.

Caída de los ángeles... Los demonios...

Todos los ángeles fueron creados en estado de gracia o amistad divina, y antes de gozar de la visión beatífica fueron sometidos a una prueba moral para merecerla.

Los que hicieron buen uso de los dones concedidos por Dios y salieron airosos de la prueba recibieron como recompensa la eterna felicidad del cielo (Mt. 18,10; Tob. 12,15; Heb. 12,22; Apoc. 5,11; etc.).

Los ángeles caídos, llamados demonios o malos espíritus, los que se rebelaron contra Dios, fueron lanzados al infierno «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron...» (2 Ped. 2,4; Judas 6; Mt. 25,45).

La prueba a que Dios los sometió, fue al parecer en que debían adorar todos al Verbo encarnado: «*Adórenle todos sus ángeles*» (Heb. 1,6); mas creyéndole como hombre inferior a ellos, le negaron la adoración...

En esta prueba cayeron muchos de su estado de gracia. Jesucristo dice que «no permanecieron en la verdad» (Jn. 8,44). Quisieron ser iguales a Dios. El profeta Isaías se burla de su soberbia, diciendo: «¿Cómo caíste del cielo, estrella de la mañana? Tú que decías en tu corazón: ¡Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas de Dios... Seré semejante al Altísimo! ¡Mas ahora has bajado al infierno! (Is. 14,12).

Un gran combate se trabó en el cielo. Miguel y sus ángeles peleaban contra el demonio y los suyos. Y el demonio fue arrojado de allí con sus ángeles, y no halló más su lugar en el cielo» (Apoc. 12,7-9)...

Cuando los ángeles buenos peleaban contra los malos exclamó Miguel: ¿Quién como Dios? (En hebreo: Mi-ka-él).

Los ángeles malos o demonios «fueron creados buenos

por Dios, pero se hicieron malos por su propia culpa» (Conc. IV de Letrán). El jefe de los ángeles caídos o demonios es Satán, Lucifer (el que lleva la luz), porque a lo que parece era uno de los ángeles más encumbrados, y lo da a entender esta frase de Jesucristo: «¡Id... al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles!» (Mt. 25,11).

237

El Arcángel San Gabriel

Gabriel significa «Varón de Dios», «Fortaleza de Dios» o bien «Dios fuerte». El fue el escogido por Dios para llevar un mensaje a la Virgen María, o sea, el de anunciarle el misterio de la Encarnación.

San Gregorio Magno pregunta por qué este ángel fue preferido a otros ángeles para anunciar este gran misterio, y contesta: «Es que la Encarnación del Hijo de Dios es un misterio tan sublime y tan difícil que Dios ha intervenido con todo su poder».

El arcángel San Gabriel, tomando forma humana, se acercó con profunda humildad y reverencia ante la Virgen que se hallaba en su casita de Nazaret, sin duda en altísima contemplación, y le dijo: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo».

Ella, al oír tal salutación, se turbó y discurría qué podría significar aquella salutación. Entonces le dijo el ángel: «No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo»... (Lc. 1,26-31).

Al contestarle María que cómo podrá ser madre sin perder su virginidad, y oírle ésta la explicación de que concebirá por obra del Espíritu Santo, Ella le dio su con-

formidad, y al decir: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*, el ángel se retiró.

En el libro de Daniel se dice explícitamente que el ángel Gabriel es el que explicó al profeta algunas visiones (Dn. 8,16 s: 9,21). El arcángel San Gabriel está asociado a los últimos tiempos (Dn. 8,17-17) y también vemos en el Evangelio de San Lucas que se apareció al sacerdote Zacarías para anunciarle la próxima venida de San Juan Bautista (Lc. 1,11 y 19).

A este arcángel se le menciona en diversos textos litúrgicos antiguos. En el siglo IX apareció su fiesta unida a la de la Anunciación. Su fiesta la extendió Benedicto XV a toda la Iglesia. En la reforma del calendario hecha por Pablo VI en 1969, se trasladó su fiesta al 29 de septiembre, uniéndola a la de San Miguel y San Rafael.

238

El Arcángel San Rafael

Rafael, cuyo nombre en hebreo significa «medicina de Dios» es uno de los siete ángeles que están en la presencia de Dios (Tob. 12,15; Apoc. 21,9). En el libro de Tobías, uno de los más instructivos y bellos del Antiguo Testamento aparece el ángel Rafael. Su historia puede verse en este libro.

Tobías era ya anciano y se había quedado ciego, y queriendo arreglar antes de su muerte los negocios de familia, dijo a su hijo, llamado también Tobías: «Cuando tu aún eras niño presté diez talentos de plata a Gabelo en Ragués, ciudad de los medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Debes procurar el modo de ir allá y cobrarle dicha suma de dinero, devolviéndole el recibo».

Salió, pues, el joven Tobías y encontró no lejos de su

casa a un esbelto joven, como quien está a punto de emprender viaje. Tobías no sospechaba que era un ángel puesto a su disposición por la Providencia. «¿Sabrías tú, le dijo, el camino para ir a la ciudad de Ragués? Sí, yo lo sé y conozco a Gabelo», respondió el ángel. Luego entraron ambos en casa del anciano Tobías, y el ángel le animó diciendo que tuviera buen ánimo y que pronto será curado por Dios, y que él acompañaría a su hijo...

El anciano Tobías fue un hombre observador fiel de los mandamientos de Dios y practicaba con todas las obras de misericordia... Dios estaba con él, y lo estuvo con su hijo, cuyo viaje emprendido fue feliz. Por medio del ángel cobró la deuda, y le elige a Sara, mujer bella y discreta, por esposa, siendo única heredera (Tob. 6,9 ss)... y al regresar a su casa le da la vista a su anciano padre... Y al tratar de la recompensa que habían de darle, padre e hijo acordaron darle la mitad de sus bienes al santo varón que le había acompañado en el viaje, y éste les dijo: «Benedicid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes...», y se les reveló diciendo: «Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor» (12,6-15). «No temáis. Por disposición de Dios estaba entre vosotros. Benedicidle y cantad sus alabanzas».

239

Conocimiento y poder de los ángeles

Los ángeles son más notables que los hombres, pues, como dice San Agustín, sobrepujan en perfección a todos los demás seres creados por Dios.

Al decir Jesucristo que *«ni aún los ángeles conocen el día y la hora del último juicio»* (Mt. 24,36), da a entender que los ángeles saben más que los hombres.

También los ángeles son superiores a los hombres en

poder y fuerza (2 Ped. 2,11), y por eso con frecuencia se les llama «potestades y virtudes» (1 Ped. 3,22). Un solo ángel bastó para quitar la vida a todos los primogénitos de Egipto (Ex. 12,29). También un sólo ángel quitó en una noche la vida a 185.000 asirios del ejército del rey Senaquerib (Is. 37,36). Además tienen especial poder sobre los elementos, pues Dios suele obrar sobre las fuerzas inferiores por medio de las superiores.

Ejemplos: Tienen, pues, poder sobre el fuego (un ángel libró de él a los tres jóvenes en el horno de Babilonia (Dn. 3,49); sobre el agua (un ángel movía el agua de la piscina probática y hacía que recobrara la salud el primer enfermo que entraba en ella después del movimiento (Jn. 5,4); sobre el aire (un ángel llevó por el aire al profeta Habacuc para dar de comer a Daniel en el lago de los leones (Dn. 14,35); y algo semejante sucedió con el apóstol San Felipe, después del bautismo del eunuco de Cannedes (Hech. 8,39); sobre la tierra, y así ésta tembló cuando el ángel descendió sobre el sepulcro de Cristo resucitado (Mt. 28,2).

Los ángeles son también de gran hermosura y majestad, como se ve en la descripción que hace San Juan en el Apocalipsis, de la aparición que tuvo varias veces de un ángel que llegó a creer por dos veces que era el mismo Dios (19,10; 20,8). También tenemos el ejemplo de Daniel (4,8).

También Dios concede y permite al demonio especial poder sobre ciertos hombres virtuosos para que se purifiquen de sus imperfecciones y se humillen como conviene.

240

Los malos espíritus o demonios

Los espíritus o ángeles malos que se convirtieron en

demonios, por pecar contra Dios, son nuestros enemigos. Muchos santos afirman, que los hombres hemos de ocupar las sillas dejadas vacías en el cielo por los malos ángeles, esto es, obtener su felicidad; de ahí nace su envidia y el querernos arrastrar al mal.

Santo Tomás dice que la envidia de que una criatura formada de la tierra haya de ocupar su puesto en el cielo, atormenta al demonio más que el fuego del infierno. Y San Basilio dijo que «como el demonio nada puede contra Dios, por eso dirige su rabia contra el hombre, imagen de Dios».

Una mirada que echemos sobre la historia de los pueblos, nos muestra que Satanás pretende quitarnos todos los bienes: la religión, la libertad, la instrucción, el bienestar, la paz y todo bien. El probó vg. de seducir a Cristo, y pervirtió, con efecto, a los primeros padres en el paraíso y a Judas (Jn. 13,27).

El demonio puede, con permiso de Dios *dañarnos* también en los bienes temporales, como daño a Job en su hacienda y salud, y dañaba a los endemoniados en tiempos de Cristo. También se esfuerza, sobre todo, en destruir la Iglesia (Mt. 16,18)). Ya dijo Jesucristo a sus apóstoles: «Satanás ha pedido licencia para cribarnos como el trigo» (Lc. 22,31).

El demonio es como un león rugiente que anda dando vueltas, buscando a quien devorar (1 Ped. 5,8); más no podrá dañar realmente al que guarda los mandamientos de Dios y no quiere pecar. Como dice San Agustín: «El perro atado a una cadena, no puede morder al que no se le acerca, por más que le ladre».

Los malos pensamientos que nos sugiere el demonio se han de rechazar con energía. Por eso dice el apóstol Santiago: «Resistid al demonio y huirá de vosotros» (Sant. 4). Cristo lo depidió con pocas palabras, diciéndole: «Retírate de mí, Satanás» (Mt. 4,10). Hay que despre-

ciar, dice San Juan Crisóstomo, la tentación y al tentador, aplicando enseguida el ánimo a otra cosa, sin dejarse estorbar ni turbar.

241

Misión de los ángeles buenos

La misión primaria de los ángeles buenos es la glorificación y servicio de Dios. La Sagrada Escritura invita a los ángeles a que alaben a Dios, y testifica que, por medio de la alabanza de estos espíritus, Dios es glorificado: «Benedicid al Señor, todos vosotros, ángeles suyos...» (Sal. 103,20) (Sal. 149,2; Dn. 3,58; Heb. 1,6; etc.).

El servicio de Dios redundaba en alabanza del mismo. Como mensajeros de Dios, los ángeles son los encargados de transmitir a los hombres revelaciones y encargos de la divinidad (Lc. 1,11 y 26 s; Mt. 2,13; Hech. 5,19; etc.).

La misión secundaria de los ángeles buenos es proteger a los hombres y velar por su salvación. Todos los ángeles, dice la Escritura, se hallan al servicio de los hombres: «¿No son todos ellos espíritus servidores, enviados para servicio de los que han de heredar la salvación?» (Heb. 1,14).

Según Orígenes, «es parte esencial de las enseñanzas de la Iglesia que existen ángeles de Dios y poderes buenos que le sirven a El para consumar la salvación de los hombres».

Dios creó a los ángeles para que eternamente le alaben y bendigan y para que cumplan sus mandamientos y guarden a los hombres.

De los ángeles buenos tenemos que decir que ellos ven eternamente el rostro de Dios y le alaban en la bienaventuranza. Así nos dice Jesucristo de los ángeles custodios de los niños: «Yo os digo que sus ángeles en el cielo, ven

siempre la faz de mi Padre, que está en el cielo» (Mt. 18,19). Y como los ángeles ven claramente la Majestad de Dios, prorrumphen en su alabanza y entusiasmo, en himnos de alabanza. Recuérdese el triple «Santo, Santo, Santo es el Señor...» de los serafines (Is. 6,3) y los cantos de los ángeles en los campos de Belén, la noche de Navidad...

Los santos ángeles son de una «hermosura extraordinaria». «Si un ángel, dice San Anselmo, se hiciera visible en el firmamento, entre tantos soles cuantas son las estrella, los oscurecería a todos, a la manera que oscurece a las estrellas el sol».

242

El ángel de la Guarda

Es doctrina católica, sostenida por los teólogos en general, que no sólo cada creyente, sino cada hombre (también los infieles) tienen desde el día de su nacimiento un ángel de la guarda particular.

Tal creencia tiene su fundamento bíblico en las palabras del Señor al referirse a los niños, pues habla de «*sus ángeles*» (Mt. 18,10): «Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre que está en los cielos».

En Heb. 1,14, leemos que los ángeles «son enviados por Dios para servicio de los que han de heredar la salvación», y como todos estamos destinados a ser tales herederos, parece ser que todos tenemos un ángel que nos sirve y nos guarda.

También es creencia de los Santos Padres, que no sólo los individuos en particular tienen su ángel de la guarda,

sino también cada nación, cada ciudad e Iglesia tiene el suyo.

– *Tertuliano* escribe: «Nosotros creemos que los ángeles son los cutodios de los hombres». - Y *Orígenes* añade: «Sí, siempre está a nuestro lado un ángel que nos dirige, nos gobierna y corrige, él es el que presenta al Señor nuestras oraciones y buenas obras».

– *San Basilio* también afirma: «Cada uno de los fieles tiene a su lado un ángel como educador y pastor que dirige su vida».

– *San Jerónimo* comentando la palabras de Jesucristo en Mt. 18,10, dice: «¡Cuán grande es la dignidad de las almas, que cada una de ellas, desde el día de su nacimiento tiene asignado un ángel para que la proteja!».

Seamos devotos de nuestro ángel custodio, no olvidando que está a nuestro lado, y a este fin le recemos con toda devoción:

Angel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor, con amorosa piedad, a mí que soy vuestro encomendado, alumbradme hoy, guardadme, regidme y gobernadme. Amén.

243

Dos relatos bíblicos

El sacrificio de Isaac. *Dijo Dios a Abraham: «Anda, toma a tu único hijo Isaac, al que tanto amas, y ve a la tierra de Moriah, a ofrecérmelo allí en holocausto...».* Al día siguiente se levantó Abraham muy temprano, aparejó su asno, y cogiendo consigo a su hijo Isaac, se marchó con él al lugar que Dios le había dicho. Cuando iban cerca, dijo Isaac a su padre: «Llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está la res para el holocausto?». Abraham contestó: «Dios proveerá, hijo mío».

Cuando llegaron al lugar, ató Abraham a su hijo, le puso la leña y cogiendo el cuchillo levantó el brazo para degollarlo. Pero en aquel momento, le gritó el ángel de Yahvé, diciéndole: «Abraham, no extiendas tu brazo contra el niño, ni le hagas daño, porque ahora has demostrado que temes a Dios, pues por El no has perdonado la vida de tu único hijo» (Gén. 22).

244

Balaam es detenido por un ángel. «Se levantó Balaam muy temprano, aparejó su asna y se fue con los príncipes de Moab. Pero a Dios no le gustó que fuese, y el ángel de Yahvé se puso delante de él en el camino para cortarle el paso... El asna al ver al ángel con la espada en mano en medio del camino, se salió dando un rodeo por medio del campo; pero Balaam, que no veía al ángel, se enfadó con su asna y se puso a fustigarla para obligarla a entrar en el camino. Por tres veces detuvo el ángel el asna de Balaam, y por tres veces éste la castigó enfadado. Por fin Dios abrió la boca del asna y dijo a Balaam: «¿Por qué me pegas ya por tercera vez?...». Entonces Dios abrió los ojos a Balaam y viendo al ángel de Yahvé, se postró echándose sobre su rostro... (Núm. 22,21-36).

DOCTRINA DE LA GRACIA

245

Reconciliación de los hombres con Dios

Jesucristo, con su pasión y muerte nos redimió del pecado y nos reconcilió con Dios, mereciéndonos la gracia y la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria. Así nos lo dice San Pablo:

Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo (Rom. 5,10). El es el que quita los pecados del mundo (Jn.1,29).

La reconciliación con Dios proporciona gracia y paz al alma, pues rehace la amistad con Dios perdida por el pecado. La verdadera reconciliación trae ruptura con el pecado, que es la causa de enemistad entre Dios y los hombres.

Cuando San Pablo dejó de ser blasfemo y perseguidor de la Iglesia, dijo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy...* (1 Cor. 15,10).

246

¿Qué entendemos por gracia? En primer lugar diremos

que la palabra *gracia* significa algo que se da gratuitamente. Y «gracia de Dios» es cualquier don o beneficio recibido de la liberalidad de Dios, vg. la creación, la salud, la educación cristiana, etc. son favores o gracias que Dios nos da, y que están pidiendo nuestro más profundo reconocimiento.

Mas aquí por «gracia» queremos significar un *don sobrenatural, una ayuda* que Dios nos concede para que podamos santificarnos y alcanzar la vida eterna.

Las fuerzas naturales del hombre no son suficientes para obtener la eterna felicidad, lo cual nos declaran las siguientes comparaciones:

– En el huerto hay un árbol alto. El niño levanta sus manos para coger las frutas, pero no llega a ellas. Entonces viene el padre, toma al niño en sus brazos y lo levanta hasta que las alcanza. Lo propio acontece al hombre: por medio de sus fuerzas naturales no puede alcanzar la felicidad sobrenatural; es necesario que el Espíritu Santo le preste su gracia.

– Como nuestros ojos no pueden divisar objetos muy lejanos sin el auxilio del telescopio, así mis débiles fuerzas naturales, mi inteligencia y mi voluntad, necesitan un auxilio sobrenatural para alcanzar la bienaventuranza. Este auxilio es la gracia del Espíritu Santo, la cual es para el alma, lo que el telescopio para el ojo (F. Spirago).

El Espíritu Santo reparte las gracias que Cristo nos mereció por el sacrificio de la cruz (Rom. 5,5) y sin su auxilio no podemos hacer obra alguna meritoria para la vida eterna.

247

¿Podemos realizar todas obras buenas? Todos las podemos realizar, y es más, el hombre *en pecado mortal* o sin gracia santificante, puede realizar algunas obras mo-

ralmente buenas, o sea, conformes con la razón y la naturaleza humana como tal. Esto lo niegan los protestantes. Según ellos, la naturaleza humana fue de tal manera corrompida por el pecado original, que cuanto haga el hombre en el orden moral es siempre y necesariamente pecado, ya que dimana de una raíz mala y viciosa.

Mas contra esta doctrina hablan los siguientes textos: 1) Dios exhorta a los pecadores a que oren: Eclo. 21,1; 2) les recomienda que hagan penitencia y den limosna: Ez. 18,20; Dan. 4,24; 3) una vez hechas las obras, las alaba, vg. la oración de Manasés, rey impío (2 Cr. 33,11-13), y la oración del publicano (Lc. 18,13,ss). En estos textos podemos ver que Dios exhorta a los pecadores a obrar bien y alaba las obras una vez hechas. Luego el pecador puede hacer algunas obras buenas, y si él coopera a las inspiraciones de Dios puede lograr la gracia necesaria de salvación.

Notemos que la gracia de Dios no podemos propiamente merecerla con nuestras obras, porque entonces ya dejaría de ser gracia (Rom. 11,6); pero las obras buenas son necesarias para que se nos conceda, porque, como dice San Agustín: «Dios que te creó sin ti, no te salvará a ti».

248

Gracia actual

La gracia divina es, como podemos observar, un beneficio o don sobrenatural, gratuitamente concedido por Dios a la criatura racional en orden a la consecución de la vida eterna, en consideración a los méritos de Jesucristo, para que cooperando con él, consigamos la salvación.

Hay diversas clases de gracia. La división más común

es en gracia *actual y habitual*. Empecemos por dar la explicación de la gracia actual.

Gracia actual es un don o auxilio sobrenatural, *transitorio*, por el cual Dios ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para evitar el mal y obrar el bien. Este don o auxilio pasajero puede llegarnos a través de una charla, un sermón, predicación del Evangelio, una buena lectura, una muerte repentina, etc. de las que Dios puede valerse para incitarnos o movernos a obrar el bien.

249

Unos ejemplos: San Antonio Abad (m. 356) oyó predicar el Evangelio, movido por las palabras de Cristo: «*Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme*», distribuyó sus riquezas entre los pobres y se retiró al desierto, llevando vida pobre y sacrificada, llegando a ser gran santo.

– *San Francisco de Borja* (m. 1572) ante el cadáver de la emperatriz Isabel, una vez descubierta la caja donde iba su cuerpo, al verlo tan feo, desfigurado y maloliente, una luz divina cambió su corazón y dijo: «Nunca más servir a señor que se pueda morir», y poco después abrazó el estado religioso, entrando en la Compañía de Jesús.

Otros, debido a enfermedades y diversos padecimientos, a lectura de buenos libros, cambiaron de vida y llegaron a ser santos como *San Francisco de Asís*, *San Ignacio de Loyola*, *Santa Teresa de Jesús*, etc.

250

La gracia actual, dice San Agustín, es una luz que ilumina y conmueve al pecador. No hay que dejarla pasar. Los ciegos de Jericó clamaron a Jesús que pasaba junto a ellos, si lo hubieran dejado irse sin pedirle auxilio, allí

hubieran permanecido ciegos. La gracia puede ser *externa* e *interna*. La *externa* es todo beneficio que no entra por los sentidos e influye moralmente en nosotros. La *gracia interna* es la que influye intrínsecamente en nosotros y obra físicamente o de modo inmediato en las potencias del alma. Sin la gracia interna no podemos hacer actos meritorios para la vida eterna. (La gracia externa se ordena a la interna como a su fin).

251

Necesidad de la gracia actual. La gracia actual *interna* nos es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna obra buena, como el pájaro no puede volar sin alas, así nosotros no podemos hacer actos sobrenaturales ni hacer nada en orden a nuestra salvación sin el auxilio de la gracia actual interna.

La iluminación *mediata* del entendimiento que se realiza naturalmente por *medios externos*, cuales son: la doctrina revelada, las lecturas, sermones, etc., no basta para hacer actos saludables o buenos y meritorios de vida eterna, sino que es necesaria una *iluminación inmediata e intrínseca* del entendimiento y también fortalecimiento o impulso de la voluntad, pues, como dice el Concilio II de Orange: «el hombre, por la fuerza de la naturaleza, sin iluminación o moción del Espíritu Santo, no puede pensar como conviene algo bueno que se refiera a la eterna salvación, ni puede escogerlo ni asentir a la predicción del Evangelio. Los textos siguientes comprueban lo dicho:

«No es que nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros, sino que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor. 3,5).

«Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar» (Fil. 2,13).

Jesucristo dice: «*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... Sin MI NADA podéis hacer*» (Jn. 15,5). En este texto se nos dice claramente que aun el justo para realizar actos saludables necesita el auxilio interno de la gracia actual. Bajo la imagen de «la vid y de los sarmientos» se nos enseña que sin Cristo nada podemos hacer en orden a la salvación. Aquí se establece comparación entre la vida y los sarmientos, entre Cristo y los hombres.

Ahora bien, los sarmientos sin la vid no pueden físicamente tener actividad alguna, y esto mismo hemos de decir del hombre que no esté unido a Cristo, que es Vid en orden de salvación, pues de El parte el influjo sobrenatural de la gracia, sin la cual no es posible «llevar o hacer fruto», o sea, hacer actos meritorios ni saludables, pues «*sin Mi nada podéis hacer*».

En consecuencia: se necesita la gracia interna de Dios. Los elementos externos nada aprovechan al sarmiento, si éste no está unido con la vid. Así nada aprovecha al hombre si éste no permanece internamente unido a Cristo.

Sin el auxilio de la divina gracia no podemos creer, ni esperar, ni amar, ni orar, ni arrepentirnos, ni hacer la menor obra buena (1 Cor. 12,3: Conc. Trento).

Voluntad salvífica de Dios y la predestinación

El Espíritu Santo distribuye gratuitamente la gracia actual. El Conc. II de Orange enseña que no hay méritos que precedan a la gracia. San Agustín, defendiendo el carácter gratuito de la gracia contra los pelagianos, dice: «¿Por qué (es llamada) gracia? Porque se concede gratuitamente, porque no precedieron tus méritos». La iniciati-

va en la obra salvadora parte de Dios. La gracia «preveniente» es una primera gracia que nadie puede merecer. Es puro don de Dios (Rom. 3,24).

Dios da la gracia actual a todos los hombres: ya herejes, ya gentiles o incrédulos y a los grandes pecadores, porque, como dice San Pablo: *Dios quiere que todos los hombres se salven...* (1 Tim. 2,4). También la Escritura nos dice: «*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*» (Ez. 23,11) y quiere que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3,9), Luego él le da la gracia suficiente y necesaria para que puedan ser salvos.

254

El hombre puede con la gracia del Espíritu Santo *cooperar o resistir* a ella. Saulo se convirtió en el apóstol Pablo, cooperando con la gracia (Hech. 9,1; 1 Cor. 15,10); el joven rico la resistió (Lc. 18)... Una auténtica conversión no se verifica sin la libre cooperación del hombre (Mt. 7,21; 19,17). Por eso la Escritura nos amonesta: «*Hoy, si oís la voz de Dios* (que os llama a penitencia, a un cambio de vida), *no endurezcáis vuestros corazones en la maldad*» (Sal. 95,8).

El que coopera con la gracia, alcanza otras gracias mayores; mas el que la resiste, pierde otras gracias y queda sujeto a severo juicio.

Conviene también advertir que el Espíritu Santo no nos violenta, sino que nos deja entera nuestra libertad, es decir, «el hombre es libre bajo la acción de la gracia». «*Ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal, y se le dará lo que quiera*» (Eccl. 15,17-18). «Dios mueve e incita para que el hombre quiera libremente arrepentirse, amar y hacer el bien» (S. Agustín). «Dios respeta mucho la libertad humana, y no la destruye aun cuando el hombre la emplee en el crimen» (Ketteler).

¿Por qué unos se salvan y otros se condenan? Esta cuestión que ofrece sus dificultades, se suele tratar bajo el nombre de «predestinación y de reprobación»; mas es necesario tener muy en cuenta que todo hombre ha recibido de Dios el don de la libertad y la ha recibido para obrar el bien. Dios ve el bien y el mal y por ellos premia o castiga.

¿Qué es predestinación? San Agustín dice que «es una presciencia con la que Dios ha previsto lo que haría». Preguntemos ahora:

¿Puede Dios de antemano ordenar a unos a la vida eterna y a otros a la condenación eterna?

Respondemos. En la Biblia vemos que en Dios hay una predestinación de los justos: «*Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*» (Mt. 25,34).

También vemos que Dios rechaza a algunos hombres de la gloria eterna: «*Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus mensajeros*» (Mt. 25,41); pero tenemos que añadir que Dios no rechaza a nadie de antemano al infierno, sino después de preveer sus culpas.

256

Para mayor inteligencia tengamos presentes estos principios:

1.º *Dios quiere que todos los hombres se salven* (1 Tim. 2,4) y El murió por todos (2 Cor. 5,15).

2.º Dios no nos da el cielo *gratis* (2 Ped. 1,10). Hay que trabajar con temor y temblor por nuestra salvación y guardar los mandamientos para alcanzarlo (Fil. 2,12; Mt. 19,17).

3.º El cielo (preparado desde la eternidad) Dios lo da

por la práctica de las obras de misericordia (Mt. 25,34).

4.º Dios reprende por no corresponder a su gracias (Is. 5,4; O. 13,9; Mt. 11,20-21)...

257

Conforme a estos principios decimos:

1) Si Dios quiere que todos se salven y, por lo mismo, da las gracia suficientes para que se salven (y de hecho *reprende* a los que no corresponden a ellas), es porque a nadie quiere condenar positivamente antes de la previsión de sus culpas.

2) Dios, como dueño de todas las gracias, puede dar más a unos que a otros, pero a nadie condena sin su culpa. «Bueno es Dios, dice San Agustín, justo es Dios; puede salvar a algunos sin méritos porque es bueno; pero no puede condenar a nadie sin su culpa, porque es justo».

3) «Dios supo absolutamente de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos habían de ser malos por su propia malicia... Los que se pierden no es porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (Conc. Valent. 321).

4) ¿Es que Dios ya lo ve y lo sabe todo? Esto es cierto, pero no porque lo sabe o lo ve suceden las cosas, sino porque las cosas suceden, Dios las ve... (Véanse núms. 21 y 22). En Dios no hay futuro, sino que todo es presente, El no prevé como nosotros, sino que lo ve..., mas la visión de Dios no presiona la voluntad del hombre.

258

Alguno dirá: Si Dios sabe que algunas personas se condenan, ¿por qué las creó? Dios ha creado un mundo

del cual se derivan males, pero también muchos bienes, y mejor es existir o ser que no ser. Nos hizo un bien al crearnos, y si nos condenamos es por el mal uso de la libertad que nos fue dada para hacer buenas obras y merecer.

Preguntaron una vez a un niño de escuela: «¿Quién creó los demonios?». Y él contestó rectamente: «Dios los hizo ángeles, pero ellos se hicieron demonios». Esto sucede exactamente con el hombre que se condena.

259

LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE

Importancia de este tema

El tema de la «gracia» y su valor es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra *para que las almas tuvieran vida* (Jn. 10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Esta vida se opone al «pecado mortal», el cual se llama así porque acarrea males innumerables, y el mayor es *dar muerte al alma*.

Por el bautismo se nos quita el pecado original (véase n.º 403 y 421) y los que uno tuviera al bautizarse, y quitado todo pecado, el alma queda embellecida con la gracia santificante. Por esta gracia queda unida a Cristo como el sarmiento a la vid. De este modo podrá circular por el que la recibe la savia divina, la gracia santificante que nos hace hijos de Dios y vivir en amistad con El. La gracia santificante es, pues, una *savia divina* que viene de Jesucristo a través de los sacramentos. La primera gracia nos viene por el bautismo.

Nombres de la gracia habitual. La gracia «habitual» es aquella por la que el hombre se «santifica» y se «justifica»; de ahí que reciba estos nombres:

1) *Habitual* porque permanece en el alma como un «hábito».

2) *Justificante*, porque borra los pecados que nos hacían enemigos de Dios, y

3) *Santificante*, porque nos comunica una nueva vida sobrenatural y nos hace santos y gratos a Dios.

261

El gran sabio P. Astete define la gracia santificante en su Catecismo de esta manera: «La gracia es *un ser divino* que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo». Dice que es «un ser divino», no porque sea parte de la divinidad (cosa imposible), sino porque es un ser tan excelente, que nada hay en todo lo creado que se asemeje más a la divinidad, ni participe más de ella... La gracia es un «ser» divino, que viene a nosotros, algo que viene de Dios, «es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza» (Conc. Trento).

Entonces Dios viene a vivir en nosotros, pues nos convierte en templo suyo, y nos transforma, nos cambia, como cuando viene la corriente eléctrica a la bombilla que la deja cambiada, brillante y resplandeciente.

(Vamos ahora a fijarnos en los términos de otra definición la que nos da M.M. Arami en su libro: «*Vive tu vida*», porque nos ofrece gran claridad para acabar de comprenderla algo mejor).

262

¿Qué es la gracia santificante? Es un don sobrenatu-

ral, –interior– permanente, –que Dios nos concede–, por mediación de Jesucristo, –para nuestra salvación.

1) *Es un don sobrenatural*. La gracia santificante es un «don de Dios», es la vida sobrenatural del alma. Un día dijo Jesús a la mujer samaritana: «Si conocieras el *don* de Dios, y quien es el que te pide de beber, tu misma le hubieras pedido a El, y El te hubiera dado agua *viva*»... «Quien bebe de esta agua (del pozo de Jacob) volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le diere no tendrá jamás sed. El agua que yo le de se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna» (Jn. 4,4-15). «Si alguno tiene sed venga a Mi y beba» (Jn. 7,37)...

El agua viva es un don *sobrenatural*, y *sobre-natural* quiere decir que está por encima de la naturaleza humana, que excede las exigencias y méritos de la misma.

«*Un cuerpo y un alma*: he ahí al hombre en el orden natural; *un cuerpo y un alma*, y además la *gracia santificante*: he ahí al hombre en el orden sobrenatural».

263

El cristiano que viven en gracia, posee no sólo la vida vegetativa, sensitiva e intelectual, sino la vida sobrenatural. Esta vida «sobrenatural» es algo añadido a la vida natural». El siguiente ejemplo nos lo aclara:

La borriquilla de Balaam habló (Núm 22; 2 Ped. 2,16). Lo natural es que sintiese los palos del profeta, porque la sensibilidad le es propia. Pero, ¡que un animal empiece a hablar! y responda al profeta diciendo: «¿Por qué me pegas?... Esto no es natural del animal. El lenguaje en él es algo añadido a su naturaleza, un algo *sobre-natural*. Así también la gracia santificante es algo añadido a nuestra naturaleza, algo *sobre-natural* que comunica al alma una vida divina.

Este don de la gracia nos hace ángeles y nos asemeja a

Dios. Ella aventaja a todos los bienes naturales de hermosura, riquezas y placeres (Sab. 7,8).

264

2) *La gracia es un don interior e invisible.* No es tu modo de vestir lo que me dice que estás en gracia, ni tu posición social, fortuna, carácter, modales distinguidos... Un hombre puede estar vestido de harapos y tener un alma bella, y al contrario, otro que viste elegantemente tener un alma negra por el pecado.

3) *La gracia santificante es un don permanente* (1 Jn. 3,9). Reside en el alma mientras no se cometa un pecado mortal. Al morir desaparece la hermosura corporal, las dignidades, los honores, mas lo que tiene valor permanente ante Dios es el alma en gracia, y por ésta se salvará y será premiada.

Margarita de Cortona en sus mocedades, al no encontrar a su seductor, observa que la perrita que le acompañaba por todas partes se le acerca insistentemente. Dando unos aullidos lastimeros, el animalito se le agarra al vestido de Margarita, y la obliga a seguirle. Al llegar junto a un montón de hojas, que separa con las patas, la perrita ladra.

Se acercó entonces Margarita y... ¿qué es lo que ve? El cadáver del que buscaba, ya en descomposición. Corren abundantes sus lágrimas, mas luego se convierten en llanto de arrepentimiento, y se dice: «¡Insensata! ¡Aquí tienes lo que preferías a Dios!». Desde aquel día convertida en penitente, se dio cuenta que los bienes naturales pasan, mientras la gracia santificante permanece; recupera el estado de gracia, y concluye por ser una santa.

265

4) *La gracia santificante nos es dada por mediación*

de Jesucristo. El para enriquecernos de ella, se encarnó y nació en un pesebre y pasó su vida oculta en Nazaret, y predicó el Evangelio, y padeció pasión ignominiosa aceptando el suplicio cruel de la cruz. ¡Cuánto sufrió!..., y todo por mí, porque viviese en estado de gracia o amistad divina, porque tuviese vida sobrenatural.

Preguntemos ahora: ¿Cuánto vale mi alma en estado de gracia? ¡Los sufrimientos, la sangre, la vida del Hijo de Dios!... «*Jesucristo ha lavado nuestros pecados con su sangre*» (Apoc. 1,5).

5) *La gracia santificante nos es otorgada para conseguir nuestra salvación.*

Esta gracia difiere de los carismas; don de milagros, de profecía y de lenguas, concedidos para realizar la salvación del prójimo.

La gracia, que se nos da para nuestra propia salvación, supera a todos estos dones, por cuanto estos pueden subsistir con el pecado mortal, y la gracia es incompatible con él.

266

La gracia vida del alma. En nosotros hay dos vidas: una natural y otra sobrenatural.

El principio interno de la vida natural es el alma, es decir, el alma anima al cuerpo, y éste sin el alma es un cadáver.

El principio de la vida sobrenatural es *la gracia*, esto es, la gracia es el alma de nuestra alma.

Por tanto, la gracia habitual es la propia vida del alma, y sin ella ésta sería un cadáver. Hay, pues, quien vive y en realidad está muerto, es como un cadáver ambulante (Apoc. 3,1).

EFFECTOS DE LA GRACIA SANTIFICANTE

Como no sabemos decir en qué consiste la gracia santificante, al igual que no sabemos en qué consiste la luz eléctrica, y lo que sabemos de ésta es por sus efectos, esto mismo tenemos que decir de la gracia, o sea, darla a conocer por sus efectos, que son los siguientes:

1.º *La gracia nos justifica.* En el momento en que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada*, esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

Por «justificación» entendemos el paso o traslado del estado de pecado al estado de gracia, lo que equivale a verdadera remisión de los pecados.

La Biblia concibe esta remisión de los pecados como verdadera y completa supresión de los mismos, y emplea las expresiones de *borrar, lavar, quitar de en medio, purificar*, etc. (Sal. 51,3-4; Hech. 3,19; 22,16; Miq. 7,18; Jn. 20,23).

Por la gracia santificante quedan, pues, borrados, suprimidos y aniquilados todos los pecados mortales, el original y los actuales, sean crímenes horribles o delitos de la clase que sean.

Dios no vuelve a acordarse de nuestros pecados (Ez. 18,22): «*Nada habrá digno de condenación en el pecado*» (Rom. 8,1). La gracia y el pecado mortal son incompatibles en el alma.

La Biblia presenta además la justificación como *un nuevo nacimiento de Dios* y una regeneración o nueva vida sobrenatural (Jn. 3,5; Tit. 3,5), como nueva creación y santificación, etc.

Concepto de la justificación en el protestantismo. El punto de partida de la doctrina de Lutero sobre la justificación es la persuasión de que la naturaleza humana quedó completamente corrompida por el pecado de Adán y de que el pecado original consiste formalmente en la concupiscencia.

La justificación la concibe Lutero como un acto judicial o forense por el cual Dios declara justo al pecador, aun cuando éste siga siendo en su interior injusto y pecador. La justificación según su faceta negativa, no es una verdadera remisión de los pecados, sino una simple no-imputación o encubrimiento de los mismos.

Según su faceta positiva, no es una renovación o santificación internas, sino una mera imputación externa de la justicia de Cristo.

La condición subjetiva de la justificación es la *fe fiducial*, es decir, la confianza del hombre, que va unida con la certidumbre de su salvación, en que Dios misericordioso le perdona los pecados por amor a Cristo (L. OTT. *Manual de Teología*).

Esta doctrina sobre el mero cubrimiento o no imputación de los pecados y de la imputación externa de la justicia de Cristo, fue condenada como herética en el Concilio de Trento.

Concepto de justificación en el catolicismo. La «justificación» según la doctrina católica, como hemos dicho, es el paso o traslado del estado de pecado en que nacen los hijos de Adán al estado de gracia y de adopción entre los hijos de Dios por medio de Jesucristo, salvador nuestro (Dz. 796).

– Es traslación de muerte a vida (1 Jn. 3,13), del estado de tinieblas al estado de luz (Col. 1,3; Ef. 5,8). –Es, como dice el Concilio de Trento, una «santificación o renovación del hombre interior», y por ella el hombre se convierte «de injusto en justo, y de enemigo en amigo de Dios».

– Es, pues, una renovación interior del alma mediante la infusión de la gracia santificante, la cual nos purifica y nos santifica (1 Cor. 6,11). Con ella se verifica en nosotros una regeneración, una renovación (Ef. 4,23), un nuevo nacimiento (Jn. 3,3).

270

Necesitamos cooperar. No basta que confiemos en que el Señor lo hará todo, pues «*no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial*» (Mt. 7,21). Y ¿cuál es la voluntad de Dios? Jesucristo nos lo dice: «*si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

Reconozcamos que la redención es obra de Dios y que el llamamiento que nos hace a la fe, parte primeramente de Dios, pues es un don suyo. Por tanto entendamos bien estos textos de la Escritura santa. Cuando nos dice: «*Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros*» (Zac. 1,3); *pedid y recibiréis* (Mt. 7,7); *cree en el Señor Jesús y serás salvo* (Hech. 16,31); *despierta y Cristo te iluminará* (Ef. 5,14)..., es una previa conversión que Dios pide al hombre y al pedírsela ya se encuentra éste bajo el influjo de la gracia actual. Y por lo mismo las exhortaciones, que dirige a los pecadores (Ez. 33,11), para que se conviertan, presuponen, como es natural, la posibilidad de convertire con la ayuda de la gracia divina. Por consiguiente, si el hombre coopera o corresponde a ese llamamiento divino (pues es

libre bajo el influjo de la gracia), se le darán ulteriores gracias.

271

¿Cómo nos justificamos? Hemos de reconocer que todos nacemos en pecado y para justificarnos o salir del estado de pecado tenemos el «sacramento del bautismo», pues él es la causa instrumental de la primera justificación.

Los niños reciben la gracia de la justificación o gracia santificante en el bautismo sin cooperación alguna personal; mas los adultos para obtenerla deben: 1) *Cooperar con la gracia actual* o primer llamamiento de la conversión, la que Dios da a todos *ordinariamente* por la predicación del Evangelio.

Esta siempre nos previene y se nos da gratuitamente, sin mérito de nuestra parte. 2) *Disponerse* a hacer lo que Dios quiere, o sea, *recibir el bautismo* (o el de la penitencia si ya estuviera bautizado). 3) *Conocer a Jesucristo* y tener fe en El y en su doctrina.

Y por eso el Conc. de Trento dice que «la fe es fundamento y raíz de la justificación», y esta fe es la llamada *fe dogmática o teológica*, que consiste en aceptar y creer la persona de Jesucristo, y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela.

No basta la *fe fiducial*, como dicen los protestantes, en el sentido de tener confianza en la misericordia de Dios, que ya satisfizo por todos; mas los textos que aducen no excluyen la fe dogmática, que es indispensable para salvarse (Mc. 16,16; Rom. 10,17).

La confianza en la misericordia divina es consecuencia necesaria de la fe en la verdad del Evangelio o revelación divina.

Tenemos que saber que la gracia borra el pecado, nos purifica de toda mancha grave, pero aunque la gracia de Dios sane el espíritu del hombre, no por eso sana su carne en la que queda el estímulo del pecado, o sea, la concupiscencia. Por eso, aun en los grandes santos queda la inclinación a lo malo contra la cual hay que luchar hasta la muerte.

La concupiscencia, como dice San Agustín, puede disminuirse en esta vida, pero no aniquilarse. Esta se nos deja, para que conozcamos cuán pernicioso es el pecado, y para que tengamos ocasión de ganar nuevos méritos para el cielo en la lucha contra nuestra naturaleza corrompida.

2.º *La gracia nos hace partícipes de la divina naturaleza.* Por la gracia santificante nos hacemos «*partícipes de la divina naturaleza*» (2 Ped. 1,4) o del ser divino en la forma explicada (n.º 261), entrando así en una inefable comunicación con El, comunicación misteriosa, pero cierta y real.

Por la gracia se comunica a nuestra alma una vida sobrenatural, la vida divina, quedando *como divinizados*, según la expresión de Santo Tomás.

Cuando el Espíritu Santo se infunde en nosotros, nos unimos íntimamente con Dios como el hierro que enteramente está penetrado por el fuego. El que tiene el Espíritu Santo, está tan unido con Cristo, como el sarmiento con la vid (Jn. 15,5). Nosotros, pues, podemos decir que somos semejantes a Dios, según cierta analogía, o sea, en cuanto que Dios es el ser por esencia, las criaturas lo son por participación.

3.º *La gracia nos comunica luz y belleza.* Por dicha participación o unión íntima con Dios, el alma se hace más bella y resplandeciente. Como dice el Conc. de Trento, la gracia santificante es como una luz cuyo replandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza. Si se deja que el fuego obre libremente sobre el hierro penetra en él y le comunica cualidades del fuego; lo hace replandeciente y encendido y lo pone como un oro. Así en nuestra alma cuando penetra el Espíritu Santo en ella por la gracia, pues se vuelve más hermosa con cierta luz y resplandor.

San Juan Crisóstomo se expresa así: «El que recibe la gracia se cambia espiritualmente, como si un hombre estropeado y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobrara el aspecto de su juventud y hermosura, y quedara adornado con la púrpura real y el cetro».

275

4.º *La gracia nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.* Todos los que son movidos por el Espíritu divino son hijos de Dios. Ser contados entre los *hijos de Dios* es el más alto honor. No hemos recibido el espíritu de servidumbre, sino el de hijos, con que clamamos: ¡*Abba!* (¡Padre!) (Rom. 8,14-15). Mas si somos hijos de Dios, también sus herederos: *herederos* de Dios y *coherederos* de Cristo (Rom. 8,17).

Los hijos tienen derecho a pretender la herencia de su padre. Sabemos que «*cuando se disuelva esta habitación terrena* (de nuestro cuerpo) *tenemos otro edificio de Dios, una casa no hecha por mano de hombre y que está en el cielo*». (2 Cor. 5,1). «*Ved cuán grande es el amor que Dios*

nos tiene, pues que ha querido no sólo que seamos llamados hijos, sino que lo seamos» (1 Jn. 3,1).

276

Nosotros somos hijos de Dios *por adopción*, pues Dios tiene sólo un Hijo *por naturaleza*: la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo nuestra filiación divina, mediante la gracia santificante, es superior a la *adopción humana o legal*.

Cuando un hombre adopta a un hijo, le da su nombre, sus títulos, su herencia; mas no puede infundirle su sangre. Dios no se limita a darnos un título y ciertos derechos a una herencia, sino que nos hace partícipes de su propia naturaleza y de su vida propia. La gracia santificante nos hace nacer, «*no de sangre humana, ni de voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios*» (Jn. 1,18).

Por la gracia recibida en el bautismo nos hacemos *hijos adoptivos*... y así con toda razón podemos llamar a Dios: «*Padre nuestro*»... La gracia es semilla de vida eterna. «La gracia y la gloria, dice Santo Tomás, son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros... y la gracia que nosotros poseemos aquí abajo contiene un germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene lo que es necesario para que llegue a ser árbol perfecto».

277

5.º *La gracia nos hace amigos y hermanos de Cristo.* Entre Cristo y nuestra alma en gracia se establece una amistad sobrenatural e íntima, no pasajera, sino permanente mientras detestemos el pecado y éste no anide en

nuestras almas: «*Vosotros, dice el Señor, sois mis amigos si hacéis lo que os mando* (y lo que nos manda es que guardemos sus mandamientos para vivir en gracia)... *Ya no os llamaré siervos, sino amigos*» (Jn. 15,14-15).

Por la justificación dice el Conc. de Trento, «el hombre se convierte de enemigo en amigo de Dios» (Dz. 899). El mismo Jesucristo también nos llama «Hermanos suyos», y así dice San Pablo: «*A los que son santificados, Jesucristo no desdeñó llamarlos hermanos*» (Heb. 11,11) y a la Magdalena dijo: «*Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre*» (Jn. 20,17). El es el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8,29). De lo dicho se deduce que Jesucristo es nuestro hermano mayor y nosotros sus hermanos menores, que compartimos con El la herencia paterna...

278

6.º *Por la gracia somos templos de Dios.* «El Espíritu Santo mora, en primer lugar, en el alma del justo y le da la verdadera vida; mas como el alma está en el cuerpo, también el se hace habitación del Espíritu Santo» (S. Agustín). El Espíritu Santo habita en toda alma en estado de gracia y en ella permanece mientras no se expulse por el pecado mortal, y así dice el apóstol: «*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?*» (1 Cor. 3,16).

La Iglesia nos dice que El es el «dulce huésped de nuestra alma». La Escritura nos exhorta a que *no apaguemos* el Espíritu (1 Tes. 4,19) por el pecado mortal, y que *no le entristezcamos* por el pecado venial.

También podemos decir que somos templo de la Santísima Trinidad, porque San Juan nos dice: «*Si alguien me ama* (esto es si cumple mis mandamientos y está en gracia), *vendremos a El* (¿quiénes?, las tres divinas Perso-

nas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que sólo hacen un Dios), *y estableceremos nuestra morada dentro de él*» (Jn. 14,23). *¡Nunca estamos solos!* ¡Bello pensamiento para nosotros en las horas de tentación, de abandono, de soledad!

En el Padrenuestro decimos: «Que estés en los cielos: los cielos son en la tierra los justos, (dice San Agustín), porque Dios mora en ellos».

279

Propiedades del estado de gracia. Estas son: 1) Incertidumbre, 2) desigualdad y 3) posibilidad de perderla.

1) *Incertidumbre.* El justo no posee certidumbre del estado de gracia sin una revelación particular de Dios. La Escritura nos dice: «*Trabajad por vuestra salvación con temor y temblor*» (Fil. 2,12). Dios quiere esta incertidumbre para mantenernos en la humildad y hacernos trabajar con empeño en nuestra salvación. Sin embargo, podemos tener la *seguridad moral* de poseer la gracia, si nuestra conciencia no nos reprocha nada, si amamos a Dios, a la Santa Iglesia, al prójimo, y si observamos fielmente los mandamientos.

2) *Desigualdad.* En la Biblia leemos: «*A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo*» (Ef. 4,7). *Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere*» (1 Cor. 12,1), y en el Conc. de Trento se nos dice claramente que la gracia de la justificación es distinta en todos los justos y Dios la da según la disposición y cooperación de cada uno (Dz. 799).

3) *Posibilidad de perderla.* Contra la doctrina protestante que niega las tres propiedades dichas, y que la justicia sólo se pierde por el pecado de incredulidad o cese de la fe fiducial, decimos con el Conc. de Trento que el esta-

do de gracia no se pierde tan sólo por el pecado de incredulidad, sino también por todo pecado grave (Dz. 808). El pecado venial no aminora el estado de gracia... La Escritura nos enseña con palabras y ejemplos (los ángeles caídos, el pecado de Adán y Eva, el de Judas, el de Pedro...), que es posible perder la gracia de la justificación. Jesucristo dice: «*Vigilad y orad para no caer en la tentación*» (Mt. 26,41). Basta saber que el hombre *es libre* y por tanto puede pecar...

280

¿Cómo se adquiere, cómo se pierde y se recupera la gracia? –La gracia santificante *se adquiere por primera vez* mediante el bautismo, o por la caridad perfecta con el deseo de recibirlo.

– Se *aumenta* por la oración, la recepción de los sacramentos y las buenas obras.

– Se *conserva* por la fiel observancia de la ley de Dios.

– Se *pierde* por el pecado mortal, pues por él se aparta el alma totalmente de Dios, ya que causa la muerte al alma.

– Se *recobra la gracia santificante* mediante una buena confesión o por un acto de contrición perfecta con el deseo de confesarse.

281

Doctrina acerca del mérito

Es doctrina de la Iglesia que todo hombre con la gracia de Dios puede adquirir méritos para el cielo, y por lo mismo todos los justos pueden merecer ante Dios. Jesucristo dice a los que saben sufrir por la justicia, o sea por lo que es justo y santo, por los intereses de Dios y de su

religión: «Alegraos y regocijaos, porque grande es en los cielos vuestra recompensa» (Mt. 5,12).

Toda recompensa supone mérito. Hay el llamado «mérito de justicia» que se funda en una promesa de Dios, vg. cuando Jesucristo dice: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17), tenemos en estas sus palabras una promesa, y es la de darnos la vida eterna, o sea, el cielo si cumplimos sus mandamientos. Entre el valor moral de la obra (cumplimiento de la ley de Dios) y el premio prometido hay igualdad. De aquí que digamos: todo obrero tiene derecho a su salario.

Hay otro mérito, llamado de *convivencia*, y es el caso en que se debe el premio por la liberalidad del que premia, y no por justicia. Es el caso del pobre que por su súplica dispone al rico a darle una limosna. Así el justo puede disponer favorablemente a la bondad de Dios para que le conceda sus gracias.

282

Condiciones del mérito. 1) *Por parte de la persona que merece*, que esté, como es natural, en esta vida (porque después de la muerte no se puede merecer) y que haga la obras *en gracia*, pues ninguna recompensa puede esperar de Dios el que es enemigo suyo por el pecado (Jn. 15,5; 1 Cor. 13,2-3).

2) *Por parte de las obras*, que éstas sean moralmente buenas, sino, no serían dignas de premio; que sean hechas *libremente*, si no, no seríamos responsables de nuestros actos, y también *sobrenaturalmente* impulsadas y acompañadas de la gracia actual y nacidas de un motivo sobrenatural.

3) *Por parte de Dios que las premia*, se requiere su promesa, porque de otro modo nuestras acciones no tie-

nen razón de mérito. La promesa de Dios es la que nos confiere un verdadero derecho a la vida eterna (Sant. 1,12).

283

¿Puede merecer algo el hombre pecador? El hombre pecador, ayudado por la gracia, puede merecer para sí con mérito de *conveniencia* a título de misericordia, las gracias actuales que le diponen a la justificación, y también ésta si detesta el pecado, si ora y se convierte a Dios (Sal. 51,19; Lc. 18,9-14).

Los méritos se pierden por el pecado mortal, y *reviven* por la penitencia al recuperar la gracia santificante (Ez. 18,21; 33, 13,16).

284

¿Pueden ser pecaminosas las obras del justo? Los protestantes consideran injusta la doctrina católica sobre el merecimiento como un menosprecio de la gracia y de los méritos de Cristo, que satisfizo por nosotros, y por eso dicen que las obras del justo son pecaminosas porque el pecado sigue habitando en su interior, y no poseen valor meritorio. Mas en contra están estos textos:

1) Jesús promete a los afrentados y perseguidores por causa de El una rica recompensa en el cielo (Mt. 5,12).

2) La sentencia que da sobre los justos en el día del último juicio la funda en las obras buenas hechas por ellos (Mt. 25,34-35).

3) El motivo de la recompensa aparece en las palabras de Jesús: Mt. 19,29; 25,21; Lc. 6,38).

4) San Pablo recalca el valor meritorio de las buenas obras (Rom. 2,6; 1 Cor. 3,8).

5) En la Biblia se nos propone la vida eterna como re-

compensa y corona (Sab. 5,15; 2 Tim. 4,8; Sant. 1,12).

La gracia de la perseverancia final se puede alcanzar con mérito de *conveniencia* por la oración y fidelidad a la gracia recibida.

Para el mérito de *justicia* hay que estar en gracia, como tenemos dicho, pues Jesucristo nos dice: «*Como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en Mi*» (Jn. 15,4-5).

285

¿*Se puede merecer por otro?* Sólo Jesucristo ha podido merecer en *justicia* por otros, y cada uno de nosotros, en virtud de la «Comunión de lo Santos» podemos merecer con mérito de «conveniencia» gracias de conversión por los pecadores e infieles. Así sabemos que San Agustín fue convertido por las oraciones de su madre, y San Pablo por las de San Esteban... Todos, pues, podemos merecer en esta forma gracias *actuales* necesarias para evitar el pecado y adelantar en la virtud.

LA RELIGION

286

¿Cuál es la que debo profesar?

Lo primero y principal que debemos saber es para qué estamos en este mundo. Hemos hablado ya de Dios (núms. 1, 2 y sigtes), quien movido por su infinita bondad creó los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres y todo cuanto de bueno existe en el mundo.

La Biblia nos dice: *«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre toda la tierra... Diole inteligencia, lengua, ojos... para que viera la grandeza de sus obras, PARA QUE ALABARA SU SANTO NOMBRE...»* (Eclo. 17,3 ss). El hombre, pues, está en esta vida para alabar y glorificar a Dios, su Creador, a cuyo conocimiento llegamos por la razón y por la fe de las verdades que El nos ha revelado (Ved núms. 84 y s.).

La revelación nos dice que no estamos en la tierra sólo para acumular terrenales tesoros, para alcanzar honores, para comer y beber, o gozar placeres de los sentidos, los cuales no pueden saciar nuestra alma y han de dejarnos en la muerte, ya que al morir nada podemos lle-

varnos de este mundo (1 Tim. 6,7), sino que, como peregrinos que somos, nuestro fin es el cielo, la bienaventuranza eterna, y para lograrla Jesucristo nos dice: «*Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17), y brevemente podemos decir: la bienaventuranza o vida eterna se alcanza por medio de *la Religión*, la cual se nos manifiesta principalmente en la observancia de los divinos preceptos.

287

¿Qué es la religión? La Religión es la relación del hombre con Dios por ser su Creador y su Padre. Dios es el Creador del mundo y del hombre. El hombre, por ser hechura de Dios, depende de El y a El debe adorarle y amarle.

Los dos polos necesarios a la esencia de la religión son el hombre y el mundo transcendente o divino, o sea, Dios y el hombre. Considerando unilateralmente uno de los polos, como relegando al otro a segundo plano, resultan concepciones erróneas y falsas de la religión.

288

La religión, considerada en cuanto al *objeto* o contenido de la misma, es el conjunto de verdades y deberes que relacionan al hombre con Dios, nuestro Ser Supremo, Creador y Bienhechor. (Esta relación es como el lazo que une al hombre con Dios).

La religión, considerada en cuanto al *sujeto* que la practica, es una virtud moral que le inclina a dar a Dios el verdadero culto.

Las verdades y deberes que tenemos para con Dios, o sea, los elementos de la religión son tres:

1.º *El dogma* o verdades que hemos de creer.

- 2.º *La moral* o mandamientos que debemos observar.
- 3.º *El culto* que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural (gracia, sacramentos y oración, como medios de santificación).

289

Clases de religión. La religión se divide en natural y sobrenatural.

1) *La natural* se da cuando conocemos las verdades y deberes que tenemos para con Dios con solas las luces de la razón humana.

2) *La sobrenatural*, cuando las conocemos con las luces de nuestra razón, ayudada con la luz de la revelación divina. Por esto también recibe el nombre de *religión revelada*, que, como veremos, es la que nos viene de Dios.

290

Necesidad de la religión. Es necsaria porque nos consta por el hecho de la revelación que Dios ha hablado a los hombres y ha expresado su voluntad de que el hombre practique la religión, y además por la naturaleza de Dios y del hombre. ¿Quién es Dios y quién es el hombre?

– Dios es el Creador, luego el hombre, hechura suya, debe adorarle.

– Dios es el Señor, luego el hombre debe servirle.

– Dios es el Legislador, luego el hombre debe observar sus leyes o mandatos.

– Dios es el Bienhechor, luego el hombre debe darle gracias.

– Dios es Padre, luego el hombre debe amarle y comportarse como hijo.

Todos estos deberes del hombre para con Dios son *necesarios y obligatorios*, y el conjunto de todos ellos

constituyen la religión. Luego ésta es necesaria. Finalmente, la necesidad de la religión se funda también en las aspiraciones del hombre o tendencia innata de la felicidad, la cual sin Dios y sin religión no es posible alcanzar.

Nota: Para tener ideas claras plantearemos estas dos cuestiones: 1.^a Fenomenología del hecho religioso, y 2.^a Religiones existentes en el mundo. Luego terminaremos diciendo cuál es la verdadera religión.

291

Fenomenología del hecho religioso

La religión, en su sentido más amplio, es un fenómeno propio del conjunto de la humanidad. Y es un *hecho universal* porque abarca a todos los pueblos y a todos los tiempos, pues no hay pueblo ni tribu sin cultura que no haya admitido la existencia de un poder o ser trascendente, Ser Supremo, al que llamamos Dios, y con el cual debe el hombre vivir en estrecha relación para obrar rectamente.

En el siglo XIX, época del nacimiento de la «ciencia de las religiones», se trató de investigar cuál era el origen de la religión, y por el estudio de la etnología, la paleontología, la arqueología, el arte, etc., sacaron sus autores la consecuencia de que las creencias religiosas aparecieron juntamente con el hombre, y que en el estadio primero de la humanidad existía la creencia en un solo Dios.

Sólo los defensores de la teoría marxista, llevados por los prejuicios propios, sin duda de su ateísmo, y sin aducir prueba alguna, dijeron que la religión había aparecido en una época más tardía.

Damos por supuesto que la religión existe, porque existe Dios creador y existe el hombre hechura suya, y por tanto éste es un ser dependiente de Dios.

El hecho religioso es universal. Entre otros muchos testimonios que lo comprueban tenemos los siguientes:

1) *Cicerón*, gran orador romano y político (106-43 antes de Cristo), dijo: «No hay pueblo tan salvaje, ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste» (Pro Flav.).

2) *Plutarco*, escritor griego (46-120 d.C.), dijo: «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades sin murallas, sin literatura, sin leyes, sin riquezas..., pero no hallarás ninguna sin templos, sin dioses, sin oraciones...»

3) *Séneca*, filósofo y escritor romano, que vivió en el siglo I d.C.: «Todo hombre tiene conocimiento de Dios y jamás ha habido un pueblo fuera de toda ley y moralidad que no crea en El» (Epit. 117).

4) *Los misioneros*, al hablar de tribus y pueblos incultos: australianos, los yamanas (estrecho de Magallanes), bosquimanos (sur de Africa), etc., dicen que, aunque han caído en grandes supersticiones y torpes fetichismos, reconocen al Dios, Ser Supremo, Creador de los cielos y del mundo.

No cabe duda que la religión es un hecho universal, y la Historia de las religiones nos demuestra irrefutablemente que no ha existido ningún pueblo sin religión... Además la creación entera nos habla de Dios, y por eso San Pablo llama a los paganos «inexcusables» por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios (Rom. 1,21).

Conceptos materialistas sobre la religión

El doctor Koning, Cardenal Arzobispo de Viena, en

su libro: «Cristo y las religiones de la tierra», nos ofrece unas ideas claras sobre la concepción materialista del mundo y las tendencias que incrementaron el deseo de este materialismo, y así hemos de precisar más el valor absoluto de la religión católica. He aquí su pensamiento:

«Efecto del ateísmo materialista ha sido, curiosa paradoja, el que la preocupación de la ciencia por la religión en los últimos cien años no haya decrecido, sino aumentado considerablemente. Junto a la teología, y contra la teología tradicional, comenzó «la ciencia de las religiones» a introducirse en las universidades como una disciplina nueva, y se ocupó de la forma más intensiva de las religiones y de la aparición de los religiosos en la vida espiritual del hombre.

La lógica de la nueva concepción materialista del mundo exigía concebir el fenómeno de lo religioso —no sólo dentro de la religión cristiana, sino especialmente en todas las formas no cristianas— de una forma tal, que pudiera ser incluido sin contradicciones dentro de una tal concepción del mundo.

Dos tendencias incrementaron el deseo del materialismo en este aspecto: el racionalismo y el evolucionismo.

294

1) *El racionalismo* niega el mundo de lo suprasensible y de lo divino, y como principio filosófico rechaza la pretensión del cristianismo de poseer las fuentes de una revelación directa de carácter divino sobrenatural en el Antiguo y Nuevo Testamento, y dice que estos libros sagrados deben ser interpretados y valorados con los mismos criterios de los libros sagrados de otras religiones.

También la filosofía de la religión, contribuyó, a su manera, a una desvalorización de lo religioso. Era el in-

flujo de Kant, para quien la religión tenía sólo el valor de un postulado de la razón práctica.

En consecuencia, el racionalismo quería sostener que no existía comunicación revelada de Dios fuera del conocimiento de la razón.

295

2) *El evolucionismo* vino a decir que las religiones habrían llegado a ser, nacido y crecido de la misma forma que los demás seres y organismos vivos, es decir, que así como en la naturaleza todo evoluciona de la imperfección a la perfección, así también todas las formas religiosas menores y más sencillas deben ser situadas en el principio, y las más elevadas, consideradas como producto de una más larga evolución.

Desde un estadio arreligioso, la religión «se desarrolló» paulatinamente, alcanzando, tras de pasar por diversos grados, la máxima perfección y pureza.

El primero en utilizar en nuestro campo la idea de la evolución fue H. Spencer, y luego el etnólogo E.B. Tylor, y también J. Lubboch, inglés, cercano en sus ideas al marxismo y otros siguieron la teoría evolucionista, y con ella intentaban demostrar cómo la religión se había ido desarrollando paulatinamente..., y que la historia de esta evolución muestra la inexistencia de un ser divino transcendente, porque la causa de la religión no está en otro, sino en este mundo, es decir, exclusivamente en el hombre mismo.

El materialismo y el evolucionismo se unieron para buscar el origen de la religión no en el más allá, sino en el más acá, en la peculiaridad del hombre...

296

De aquí surgieron pensadores como *Feuerbach*, que

vino a decir que la religión no tiene su fundamento en una realidad del más allá, sino que es creada por los hombres, y así dice: «No fue Dios el que creó al hombre a su imagen, como dice la Biblia, sino que el hombre creó a Dios a su imagen». (De esta doctrina participaría luego Marx).

– *E. Durkheim*, el padre de la sociología científica, pretende concebir la religión como una función de la sociedad humana. Para éste como para otros la religión era una ficción y no tenía un valor de verdad sino de utilidad.

– *Nietzsche, Wundt, Darwin, Freud, A. Adler* y otros buscan también las raíces de la religión en el hombre, y *Hume* y *Straus* dirán que en la impotencia del hombre.

297

Una reacción contra estas teorías. Esta forma de pensar racionalista y materialista halló una fuerte reacción por *Rudolf Otto, M. Scheler* y otros, pero aunque conocen el profundo arraigo y la vocación transcendente de lo religioso en el ser todo del hombre, por otro lado destaca tan fuertemente lo irracional, que el contenido objetivo de la religión corre el riesgo de disolverse en lo subjetivo y en lo immanente.

Además su postura abierta a todas las formas de aparición de lo religioso experimenta una peligrosa restricción por su negación de la *ortodoxia*, es decir, de la posibilidad de una revelación sobrenatural como la conciben no sólo los católicos, sino también los protestantes.

En conclusión: El análisis racionalista y evolucionista del cristianismo no han logrado refutar que el origen del cristianismo sea sobrenatural.

También *H. Gunkel, Bultmann* y otros han fracasado en su origen «sincretista» o mezcla de religiones...

La fenomenología de la religión, tal como muchos la

presentan, parte del mismo presupuesto que la «historia comparada de las religiones»: que entre las distintas religiones no pueden existir ninguna diferencia esencial.

298

La comparación de las religiones

He aquí las palabras del citado doctor Koning, que nos vienen a resumir todo lo dicho de las dos tendencias filosóficas que han pretendido desvirtuar el cristianismo afirmando que todas las religiones son iguales.

«Como consecuencia de estas dos tendencias (racionalista y evolucionista) nació en el siglo XIX la historia comparada de las religiones, a la que movía la secreta intención de demostrar que el cristianismo era una magnitud relativa y no absoluta, nacida y crecida como todas las demás religiones y cuyo origen no era más ni menos divino que el de las otras.

Y, en consecuencia, que no había diferencia entre religiones verdaderas y religiones falsas. Así, pues, no fue el contacto entablado con las religiones alienígenas, sino la situación espiritual del siglo XIX, lo que hizo que de ese contacto naciera la moderna ciencia de las religiones con sus distintas disciplinas (filosofía de la religión, historia de las religiones, psicología de la religión, fenomenología y sociología de la religión) con la intención de valerse de ella como arma contra el cristianismo.

En esta confrontación comparativa del cristianismo con las religiones no cristianas lo que importaba no era demostrar, como en la época primitiva de la cristiandad, la superioridad del cristianismo y su valor absoluto, sino el presentar el cristianismo como una magnitud relativa, el caracterizarlo como una forma de religión que, aunque resalta con mayor pureza y elevación que las otras los va-

lores religiosos, no se diferencia de ellas más que en grado y no en esencia».

299

El cristianismo es una religión incomparable

La persona de Jesús y el prestigio de su Evangelio superan a los fundadores de otras religiones. (N.º 323).

Se hablará de ciertas semejanzas entre cristianismo y otras religiones, pero «una analogía no es una igualdad».

El cristianismo debe su origen a una intervención directa de Dios en la historia humana. Y es de lamentar que esto apenas se estudie, ni siquiera como posibilidad, ni se intente una discusión de este problema, como nota ya el doctor Koning, y ¿por qué?, porque dados los puntos de vista racionalista y precientífico de que se parte, no puede ser tomada en consideración, pero nosotros hemos de subrayar que esa afirmación es una idea esencial al cristianismo.

La pretensión cristiana de validez absoluta no es una afirmación hecha por los prosélitos del cristianismo, sino algo contenido en la esencia del mensaje cristiano, el cual debe ser estudiado a fondo.

Al terminar el estudio de las diversas religiones existentes debemos reconocer que la verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que El nos ha revelado y que podemos conocer por señales ciertas e infalibles: los milagros y las profecías.

Esta religión es la cristiana, la fundada por Jesucristo, la única verdadera, la que debemos profesar para salvarnos.

Sólo la Iglesia católica tiene la verdadera fe o doctrina enseñada por Jesucristo, porque sólo ella la recibió de El

y de sus apóstoles, y la ha conservado sin alteraciones hasta nuestros días.

No puede haber más que una religión verdadera, porque no hay más que un solo Dios y una manera de honrarle.

300

TIPOLOGIA DE LAS DISTINTAS RELIGIONES

Historia de las religiones

Este es un tema muy amplio que necesitaría una obra extensa (el Dr. Koning le dedica tres tomos, ya conocidos, editados por la BAC, que recomiendo a los estudiosos). Por mi parte me voy a limitar a compendiar y dar una idea de las diversas clases de religiones existentes, enumerando las más importantes y conocidas, dando un breve juicio para que todos puedan tener una idea clara sobre las mismas.

RELIGIONES EXISTENTES EN EL MUNDO

Las grandes religiones modernas las podemos reducir a cuatro:

– EL HINDUISMO y BUDISMO (*politeístas*, que adoran a muchos dioses).

– EL MAHOMETISMO, CRISTIANISMO y JUDAISMO (*monoteístas*, que adoran a un solo y único Dios verdadero).

Otros reducen las religiones a estos tres grupos:

1) El *Paganismo*, conjunto de religiones politeístas,

que no dejan de tener algunas doctrinas piadosas y hasta morales, pero desfiguradas, como (el Confucionismo), hinduismo, budismo, etc.

2) El *Judaísmo* y *Mahometismo* o *Islamismo*, que son monoteístas y tienen sus puntos de contacto con la Biblia.

3) El *Cristianismo*, monoteísta, con bautismo y fe en Cristo.

Vamos a hablar de todas estas religiones de las que haremos un breve resumen, para darlas a conocer, mas antes diré unas palabras del *Confucionismo* (que otros prefieren decir *Confucianismo*), religión antigua, atendiendo a su influjo, hoy decadente.

301

RELIGIONES NO CRISTIANAS

«La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres.

»Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo que es *el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa...» (NA. 2).

El Confucionismo

El Confucionismo no es una religión, sino más bien un sistema filosófico o una moral fundada en el amor y en el respeto mutuo atribuido a *Confucio*, filósofo y gobernante chino (551-478 a. C.), el cual gozó de gran veneración hasta el punto de llegar a ser adorado en templos

propios como santo nacional. Su doctrina religiosa ha sido profesada principalmente por chinos y japoneses.

El Confucionismo reconoce al «Dios del cielo» y al «Soberano de la tierra» (son las dos principales divinidades antiguas con sus sacrificios y ritos).

El representante del Dios del cielo en la tierra es el Emperador. La segunda divinidad tenía a sus órdenes otra serie de dioses regionales y locales.

En el siglo anterior a nuestra era, fue elevado el Confucionismo a religión del Estado (y tuvo que luchar con el *Laoísmo*, otra religión llena de supersticiones, creada por *Lao-Tse*, contemporáneo de Confucio), y persistió como religión oficial hasta 1912, en que tuvo lugar el cambio de régimen político en China, y su enseñanza dejó de ser obligatoria en las escuelas.

Con estas religiones se mezcló, durante el primer siglo de nuestra era, la religión budista, procedente de la India, la que se extendió rápidamente por todo el país.

302

El hinduismo

El *hinduismo* es hoy la religión oficial de la India, país eminentemente religioso, como lo prueban sus muchas y grandes pagodas o templos, y porque no conciben la literatura, el arte o la poesía sin que sean religiosos.

Sus libros sagrados. Los más antiguos eran los *Vedas* (*Veda* significa «ciencia», «conocimiento», «doctrina sagrada»). Estas escrituras sagradas constituyen la base de su religión, que procede del *brahmanismo* con incorporaciones de elementos extraños, y por eso hoy algunos lo llaman *neobrahmanismo*, que se reduce a un sistema oficial y religioso y se remonta a la religión de los Vedas.

Se funda en el culto a Brahma y en el sistema jerár-

quico, hoy abolido, de las castas hereditarias: *brahmanes* (sacerdotes), *chatrias* (guerreros), *sudras* (artesanos), etc.

El libro más antiguo y sagrado es el *Rig-Veda*, que contiene más de un millar de grandiosos himnos a las múltiples divinidades... Este libro con el *Sama-Veda* y otros más fueron redactados el año 1500 a. C., pero su doctrina ya existía más de mil años antes y es admirable saber que se conservó en la memoria de generación en generación.

303

Libros modernos del hinduismo

Además de los antiguos, tienen otros más modernos: La gran epopeya llamada *Mahabharata*, que consta de más de cien mil estrofas, reunidas en 18 libros.

Este libro es de elaboración brahmánica y pertenece al siglo IV a. C. Le sigue el *Ramayana*, poema épico con 24.000 estrofas; las *Puranas*, obra didáctica; las *Agamas* (tradiciones), según las cuales los Vedas fueron dictados por Brahma.

304

Divinidad del hinduismo

El catálogo de los antiguos dioses indios es inmenso; pero el panteón hindú moderno lo constituye la trinidad india o Trimurti: *Brahma*, *Siva* y *Vishnú*.

– *Brahma* es el creador del mundo, la personificación del *Uno*, del Absoluto. Por su carácter abstracto no es una divinidad popular, pues sólo dos templos le están dedicados con algunos santuarios más en la India meridional.

– *Siva*, por el contrario, es el destructor del mundo. Su figura es horrible. Se presenta con cuatro brazos y adornado con serpientes.

– *Vishnú*. Su figura también es grotesca y en postura ridícula. Lo más notable de este dios son sus encarnaciones: en pez, en tortuga, en león..., en Buda.

En la religión india se admiten también diosas, y son innumerables, tantas como dioses, pues son sus esposas..., y se cuentan entre las principales: *Parvati*, *Saki* y *Kali*... Además de las diosas y de la trinidad india, hay que añadir otras innumerables divinidades, completando el cuadro espíritus, demonios y fetiches de todas clases. Son adorados los animales, las piedras y los ríos, especialmente el *Ganges*, en el que se bañan y hacen su abluciones para purificarse de sus pecados. Para ellos, la *vaca* es un animal sagrado e intangible.

305

¿Qué juicio hemos de dar del hinduismo?

Hemos de distinguir el pueblo y la religión en sí.

– *Por lo que hace al pueblo indio* podemos decir que es sin duda el más religioso de la tierra, rayando en el fanatismo por sus grandes sacrificios de fakires y de sus sectas.

– *Por lo que hace a la religión en sí misma*, repugna su *politeísmo* multiforme, pues son millones de dioses los existentes entre ellos..., y es que buscan al verdadero Dios, porque tantos no les satisfacen..., y repugna también la degradación e impureza de las divinidades mismas.

Los hombres de letras se preocupan del porvenir de su religión, y al parecer son ya varios los sectores que se preocupan por el Evangelio y por el conocimiento de Cristo que cada día los va atrayendo más.

Gandhi, el padre de la independencia del pueblo hindú admiró y ensalzó a Cristo y su moral, y el gran poeta Tagore dijo: «¡Oh, Cristo!, ¿por qué no has nacido entre nosotros? Los hindúes te hubiéramos recibido mejor».

306

El budismo

El *budismo* es la religión fundada por un príncipe indio llamado *Siddharta Gautama* y que a los treinta y seis años recibió el nombre de *Buda* (=el iluminado), por una *iluminación* que dijo había tenido.

Buda nació en la India sobre el año 560 antes de Cristo. Se casó a lo dieciséis años y tuvo varias mujeres, y de la última tuvo un hijo; mas a los veintinueve años, hastiado de la vida disoluta y de placeres sensuales, convencido de la insuficiencia de todo lo terreno para la felicidad perfecta a que aspiraba, impulsado por los dioses, dejó a su mujer y a su hijo y se fue por el mundo como un mendigo.

Después de seis años de maceraciones halló alguna luz y entró en la India como predicador.

Y por defender la igualdad entre los hombres y combatir la diferencia de castas, encontró allí muchos partidarios.

Buda modificó grandemente las doctrinas del brahmanismo, rechazó las Vedas y las castas y fundó órdenes monásticas, o más bien, como otros defienden, las fundaron sus seguidores.

La comunidad de monjes o bonzos son los verdaderos observantes de las enseñanzas de Buda, especialmente de su pobreza, castidad y meditación de su moral. Murió a los ochenta años, y más tarde se le divinizó.

Doctrina de Buda

Se reduce a esto: Toda la vida del hombre, desde su nacimiento hasta la muerte, está sujeta al dolor. La causa del dolor son las pasiones o deseos insaciables de los sentidos que son los que corrompen el cuerpo y la ignorancia entenebrecedora del entendimiento.

¿Cómo librarse del dolor? Mediante la mortificación de las pasiones, y por eso son necesarias las maceraciones del cuerpo y seguir el camino de la moral recta: obrar el bien, creer, hablar y pensar bien, abstenerse de bebidas alcohólicas, practicar la continencia.

Todo esto conduce a librarse de la transmigración del alma o de reencarnaciones humanas inferiores (Samsara), y, en definitiva, a alcanzar el *nirvana*.

308

¿Qué es el nirvana?

El nirvana viene a significar «quietud y bienandanza absoluta», y equivale a la negación del «yo» o liberación de la existencia, pues el autor último de la existencia soy yo mismo. «Yo» me apegó a la existencia, «yo» tengo sed de placer y ambiciona la vida... La liberación del yo es el nirvana.

Pero, ¿cómo se consigue el nirvana? El nirvana puede ser doble: *terreno* y *ultraterreno*. Si el nirvana es *terreno*, como éste viene a ser un estado de perfección, descanso, y de quietud, se consigue con la extinción de todas las pasiones y apetitos desordenados.

Esta es la aspiración de todo buen budista y especialmente de los bonzos, y por eso dejan todo en el mundo y

se retiran al cenobio y llevan vida de austerísima pobreza, de castidad y meditación, mas a pesar de esta vida de austeridad son pocos los que pueden conseguir tal quietud y paz anhelada.

Si el nirvana es *ultraterreno* y eterno, la final bienaventuranza se obtiene por la absorción o disolución de nuestro «yo» en el «yo» universal. Esto es como una emanación del gran ser, que dura poco tiempo y luego desaparece en el gran todo.

309

¿Opinan hoy así los budistas?

No, pues hay quienes no se resignan a ese aniquilamiento personal absoluto, y para ellos no se debe considerar el «nirvana» como la «nada», y si bien la palabra «nirvana» etimológicamente tiene el significado de «expirar, exhalar, extinguirse», en la última etapa, la conciencia *exhala* del mundo de la contingencia para unirse con el Brahmán.

Con el «nirvana» cesa el sufrimiento, y tal «nirvana» constituye para muchos de ellos una suerte de felicidad en un lugar remoto e invisible, adonde emigra el santo envuelto en una aureola de llamas, como en magnífica apoteosis.

310

Código moral de Buda

Este código tiene algunas máximas dignas de la religión cristiana, como es ésta: «Destruid el mal, fomentad el bien, purificad vuestro corazón».

Buda prohibió el homicidio, el hurto, la lujuria, la

mentira, las bebidas alcohólicas, y mandó el amor al prójimo y la libertad y no dañar a los animales.

Entre los muchos pensamientos buenos, tiene la nota triste de que todo viene a «acabar con la muerte» y el hombre se resuelve en la nada.

311

Extensión del budismo

Por espacio de quince siglos estuvo muy extendido en la India, pero luego cayó allí en el abandono y hasta se ha borrado de su memoria. Hoy pertenecen a él, en su mayoría, Tibet, China, Japón y también Indochina, Corea, Ceilán, Birmania..., pudiendo decir que el budismo tiene el mayor número de adeptos, exceptuando el cristianismo. En conjunto tendrá 500 millones o más.

La antigua religión del Japón se llamó *Shintoismo* o *Shinto* (camino de los dioses), a la que se le añadió en el siglo VI después de Cristo, por el influjo de los chinos, el *butsudo*, camino de Buda.

En la actualidad conviven allí ambas religiones con sus propios cultos y templos.

312

Juicio sobre el budismo

No hay que dudar que en el budismo hay cosas buenas y excelentes como son las normas morales dichas, y según dice el Vaticano II: «la Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas

reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NA. 2).

Aunque la moral budista cause admiración y merezca encomio, sin embargo, hemos de reconocer que es una religión sin dogmas, sin los más esenciales, como son Dios y el alma inmortal.

La doctrina de Buda se queda en un plano muy natural y meramente filantrópico, y en ella no se halla siquiera una palabra que lleve a los hombres a Dios, y para algunos aparece como si fuera ateo, y aunque su doctrina tiene algunos aspectos acertados en la diagnosis del sufrimiento y en su terapia psicológica, como pone en duda la existencia de Dios y de la vida futura, no puede procurar al hombre ninguna verdadera satisfacción.

De aquí que algunos budistas no se resignan, como dijimos, a la desaparición del hombre, del «yo», viéndose movidos por una fuerza interior de la conciencia que los lleva, sin conocerlo, al verdadero Dios, y es como la aspiración de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en Ti».

313

El judaísmo o religión mosaica

Esta religión es el conjunto de los dogmas y mandamientos revelados al pueblo hebreo por ministerio de Moisés.

La *religión judaica* es la misma religión *primitiva* perfeccionada. La revelación primitiva fue la dada por Dios a los patriarcas.

1) *El dogma* o principales verdades reveladas son: la existencia de un solo Dios, su Providencia, su infinita perfección, la creación del mundo, la formación del hombre a imagen de Dios; su destino sobrenatural; la caída

del primer hombre y el pecado original; la promesa de un Redentor.

2) *La moral* de esta religión primitiva comprendía la ley natural, formulada más tarde en el Decálogo, y se veía a reducir a los diez mandamientos.

Tenían preceptos *positivos* tales como: los sacrificios ofrecidos como figura de la Redención; la santificación del día séptimo.

3) *El culto* de la religión primitiva consistía en la *oración* y en el *sacrificio*.

La religión mosaica hace resaltar de un modo especial la «unidad de Dios» y la «expectación de un Mesías», como puede verse anunciada por los profetas.

La historia del pueblo judío o pueblo de Israel, que empieza con Abraham, su establecimiento en Palestina..., la historia de su hijo Isaac y de Jacob y de José..., su establecimiento en Egipto, su liberación por Moisés, la promulgación del Decálogo, etc., puede verse en mi libro: «*La historia sagrada*» (Compendio elemental de la Biblia).

314

El islamismo

La religión musulmana recibe los nombres de *Mahometismo* por su fundador, llamado *Mahoma*, y de *Islamismo* (=sometido, entregado a Dios), lo que equivale a monoteísmo.

De *Mahoma*, autor de esta religión, diremos brevemente que nació en la Meca, hacia el año 510 de la era cristiana, pasó su juventud en el comercio, se hizo luego reformador religioso, y se dio por inspirado y profeta del único Dios verdadero.

La *era* de Mahoma comienza el año 622 de la nuestra, o sea, de la era cristiana, en que huyó de la Meca a Medi-

na (la égira o huida) para formar la unidad árabe por medio de la religión.

Prometió a los pueblos rudos, entre quienes vivía un cielo de deleites carnales, le permitió la poligamia y los llevó a la guerra, para extender a la vez su religión y el poderío. Profesó el *fatalismo*, o sea, la creencia en un destino inevitable, y puso el centro de su religión en la Meca, adonde instituyó peregrinaciones.

Murió el año 632.

315

La doctrina de Mahoma

Esta se recopiló en el *Korán*, el libro sagrado del Islamismo.

Consta de 114 suras o capítulos, redactado después de su muerte y es un conjunto de cosas dispares, mezcla del cristianismo y del judaísmo, y puede reducirse su doctrina a estos puntos:

1) Unicidad de Dios: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta»; 2) la oración, que se practica cinco veces al día, vueltos de cara a la Meca; 3) el ayuno o abstinencia de comer, beber y hasta el fumar durante las horas de sol de un mes al año (el Ramadán); 4) peregrinación, por lo menos una vez en la vida, a la Meca; 5) *zakaat* o diezmo, con que todo musulmán ha de contribuir para la guerra santa; también mantuvo antiguas prácticas, como la prohibición de comer carne de cerdo, bebidas alcohólicas y juegos de azar y el mantenimiento de la poligamia.

El Islamismo admite a Moisés, a los profetas, y a Jesucristo superior a ellos, pero por encima de todos, a una altura inasequible, está Mahoma.

Extensión del islamismo

Mahoma, a pesar de ser llamado por muchos pérfido y avaro, profeta sin profecías y haber hecho crueles matanzas de judíos, y además de su índole y carácter sensuales, su sed de venganza y carencia absoluta de prodigios sobrenaturales, supo entusiasmar y unir las pobres y dispersas tribus árabes con la promesa de goces sensuales y le vieron como a un enviado de Dios, y al desaparecer de este mundo, lo supusieron como ascendido al cielo, al igual que Jesucristo.

Los árabes, hoy en las guerras, se muestran fanáticos y crueles, por su idea del destino y por la opinión de que la fe se ha de extender con la espada y el fuego.

Los sucesores de Mahoma se llamaron califas, y emprendieron grandes conquistas, extendiéndose rápidamente por Asia, Africa y Europa. Invadieron muy pronto España y llegaron hasta Francia, donde los detuvo Carlos Martel.

Juicio sobre el islamismo

No se puede negar que Mahoma fue una gran personalidad por el solo hecho de haber podido sacar del ostracismo y de la más profunda abyección a unas tribus míseras, ignorantes e incultas y de haber constituido con ellas un imperio.

Su idea obsesionante fue el culto al único Dios verdadero, y el Korán tiene altos conceptos y alabanzas a la divinidad. Mahoma aparece como genio religioso, pero fue en realidad *un iluso* por tomar por verdaderas visiones y

revelaciones lo que habían sido sólo meras imaginaciones, y así las juzgaban sus contemporáneos, y su voluptuosidad y crueldad no están a la altura de la dignidad de un profeta y enviado de Dios.

No tenemos pruebas para demostrar que su religión sea sobrenatural y revelada.

318

EL CRISTIANISMO

El *Cristianismo* fue fundado por Jesús de Nazaret el Cristo Mesías, llamado también Jesucristo.

Nació en Belén de Judá, de la Virgen María y conforme a las profecías, hacia el año 750 de la fundación de Roma, durante el imperio de César Augusto, y siendo Cirino gobernador de Siria.

Fue contemporáneo de Séneca, de Lucano, de Filón y de Flavio Josefo. Este no habla de El en su libro *Antigüedades Judaicas*.

Jesucristo vivió durante su juventud y hasta los treinta años en Nazaret, y luego dedicó tres a predicar su doctrina, demostrando con sus profecías y milagros, especialmente el de su resurrección, que era no solamente un hombre, sino Dios a la vez.

En los Evangelios podemos ver su nacimiento milagroso y su doctrina en compendio, su vida, su pasión, muerte y resurrección. También puede verse la fundación de su Iglesia con el fin de agrupar a todas las naciones y salvarlas. El, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre, el Redentor y Salvador del mundo.

La doctrina de Jesucristo es la que nos da solución a todos los problemas que el hombre hoy se plantea sobre su origen y su destino..., y esta doctrina que es la de la «re-

ligión católica» se halla en el libro sagrado de la *Biblia*, cuya interpretación auténtica corresponde al Magisterio Supremo de la Iglesia por El fundada. (Véase «*¿Quién es Jesucristo?*», n.º 90 ss).

319

No hay más que una sola religión verdadera

Algunos dicen: «Todas las religiones son buenas»; pero esto no es cierto. La razón por la cual no puede haber más que una religión buena y verdadera es porque no hay más que un solo Dios y una sola manera de honrarle.

La religión verdadera tiene unos mismos dogmas, una misma moral y un mismo culto establecido por Dios, y si El ha establecido una manera de servirle, no se le puede servir de manera diferente.

Como nota A. Hillaire: «Si dos religiones son igualmente verdaderas, tienen el mismo dogma, la misma moral, el mismo culto; entonces ya no son distintas».

Si son distintas, no pueden serlo sino por enseñar doctrinas diferentes acerca de una de estas materias y, en este caso, ya no son igualmente verdaderas. Por ejemplo, a esta pregunta: ¿Jesucristo es Dios? Sí, dice el católico; puede ser, dice un protestante racionalista; no, contesta un judío y lo mismo afirma el testigo de Jehová; es profeta como Mahoma, añade un musulmán... Estos hombres no pueden tener razón a la vez; evidentemente, uno sólo dice la verdad.

Luego las religiones que admiten aunque sólo sea «una sola la verdad dogmática diferente» no pueden ser igualmente verdaderas. Y lo que decimos del dogma, hay que decirlo de la moral y aún del culto en sus prácticas esenciales.

Cuando los protestantes dicen: Nosotros servimos al *mismo Dios* que los católicos, luego nuestra religión es tan buena como la suya —contestamos: Indudablemente, vosotros servís al mismo Dios, puesto que no hay más que uno para todos, pero no le servís de la *misma manera*, no le servís *en la forma con que El quiere ser servido*. Ahí está la diferencia... Dios es el Señor, y el hombre debe someterse a su voluntad.

No se diga: «Todas las religiones son buenas». ¿Acaso lo son todas las monedas? ¿No hay que distinguir entre las verdaderas y las falsas? Lo mismo sucede con la religión, y las falsas suponen la verdadera.

Decir que todas las religiones son buenas es tomar a Dios por un ser *indiferente* para la verdad y para el error. Se supone que Dios puede amar con igual amor al cristiano que adora a Jesucristo, que al mahometano que le insulta, o que bendice al católico que adora a Jesucristo presente en la Eucaristía, y sonrío a los que se burlan de este misterio...

Una religión para ser buena debe agradar a Dios, y como Dios es la Verdad, una religión falsa no podría agradarle. Es evidente que dos cosas contradictorias no pueden ser verdaderas, porque la verdad es una, como lo es Dios, y El no se contradice.

Si la Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de interpretar la Biblia y de explicárnosla debidamente, no queda a la voluntad de cada uno el interpretarla a su manera.

También algunos dicen: Un hombre honrado no debe cambiar de religión y debe seguir la de sus padres. A esto diremos: cada uno puede y debe seguir la religión de sus padres, si esta religión es la verdadera; pero si es falsa, debe abandonarla. Si el padre de uno es ignorante, ¿será

necesario permanecer en la ignorancia como él? Lo propio es investigar en caso de duda cuál sea la verdadera.

321

¿CUAL ES LA RELIGION VERDADERA?

Palabras del Concilio Vaticano II:

«Creemos que la única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres» (DH. 1).

«La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales los hombres se exponen mutuamente la verdad que han encontrado o juzgan haber encontrado para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse a ella con el asentimiento personal» (DH. 3).

322

La verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que Dios mismo nos ha revelado.

A este propósito dice el Conc. Vaticano I: «Puesto que el hombre depende todo entero de Dios, su Creador y Señor, y que la razón creada está completamente sujeta a la Verdad increada, *cuando Dios revela estamos obligados* a someterle plenamente nuestra inteligencia y nuestra voluntad por la fe».

He aquí las prueba en favor de la divinidad de la religión católica:

1) *El cumplimiento de las profecías y los milagros*

obrados por Jesucristo, son señales ciertas e infalible y sello de su divinidad (Véanse en los Evangelios).

2) *Los millares y millares de mártires* que ofrendaron su vida para dar testimonio de la religión católica y de las verdades de la Fe.

3) *La propagación de la misma religión*, pues siendo anunciada al mundo con medios muy pobres, por unos pocos hombres de condición humilde... y habiéndose *conservado y perseverado* a pesar de tantos obstáculos, herejía y persecuciones crueles y sangrientas, y habiéndose extendido *predicando austeridad y vencimiento de pasiones*, la Iglesia católica y apostólica es la única verdadera.

4) *La persona de Jesús*, supera a todo los demás fundadores de religiones.

323

Jesús y los fundadores de religiones

Algunos han querido considerar a Jesús como un fundador más, junto a Buda, Confucio, Mahoma, etc.; pero es necesario reconocer que entre El y los demás fundadores de religiones existe una diferencia esencial, pues es enteramente distinto:

1.º Por el prestigio del Evangelio y porque su religión es universal que abarca todos los continentes, mientras que las demás religiones fundadas se extienden solamente por zonas limitadas.

2.º Por la Persona misma de Jesús, porque Sólo El es Dios y hombre a la vez. ¿Quién ha obrado como Jesús los milagros tan extraordinarios para demostrar que es Dios y que su misión era divina? ¿Quién ha muerto y ha resucitado como El demostrando ser dueño de la vida y de la muerte?

Uno que recite el Credo católico, el símbolo de la fe de los apóstoles, o sea, en los comienzos del mismo cristianismo, no podrá menos de ver que la persona de Jesús es distinta totalmente de la de los fundadores de otras religiones.

«Creo... en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María..., crucificado, muerto y sepultado. Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos..., y desde allí ha de venir a juzgar a lo vivos y a los muertos».

Ningún otro fundador de religiones se le puede equiparar: sólo El procede del Padre y es uno con El (Jn. 10,30)... El reivindicó el título de Mesías prometido en el A. T. al decir: «*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc. 4,17-18). Hasta los demonios reconocen su poder...

La religión de Jesús toma su origen allá arriba, pues El bajó del cielo: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo*» (Jn. 6,51); todas las demás religiones lo tiene de aquí abajo... (Véase: «*El cristianismo y las religiones de la tierra*» del Card. König).

LA MORAL CATOLICA

324

Los mandamientos divinos

Dios nos ha hablado (Heb. 1,1-2) y hemos de reconocer que a la manera que El ha puesto al sol, a la luna y demás cuerpos celestes «firmes leyes que no traspasarán» (Sal. 148,6), así también ha dado a los hombres leyes o mandamientos con el fin de hacerlos temporal y eternamente felices.

La moral católica no es otra cosa que un conjunto de normas o reglas que dirigen nuestras acciones o actos humanos en orden al bien, y estas normas o reglas de moralidad que conducen al hombre hacia el bien y hacia la perfección, son la Ley de Dios y la conciencia.

Nos interesa, pues, saber qué entendemos por ley de Dios, que es la conciencia y qué es la libertad, para saber cómo hemos de obrar...

325

La Ley de Dios son los mandamientos divinos, verdaderas leyes morales y normas de nuestras acciones, por-

que determinan claramente lo que es bueno y lo que es malo. Si uno vg. *mente*, se dará cuenta enseguida de que ha obrado mal, porque en la Biblia, que es «la palabra de Dios escrita» y en la conciencia existe un mandamiento de Dios, que dice: «*No mentirás*»..., y si uno desobedece a sus padres, o roba, o mata, o comete acto impuros..., en seguida notará que hay mandamientos que gritan: «Obedece a tus padres, no mates, no robes, no cometas acciones impuras, etc.»

Para ser felices y amar a Dios, hemos de hacer siempre lo que El quiere. Y ¿dónde se manifiesta la voluntad de Dios?

Se nos manifiesta a través de sus mandamientos, es decir, por la Biblia, interpretada por el Magisterio de la Iglesia unánime con la Sagrada Tradición.

326

La conciencia es una voz interior que nos manda hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal. La conciencia nos acusa o desaprueba nuestras obras si son malas, y nos las aprueba o aplaude si son buenas. Dios es el que nos habla por medio de nuestra conciencia.

Todo hombre descubre impresa en su corazón una ley que le indica el camino del bien (Véase Rom. 2,14-15). Entre otros muchos ejemplos que pudiéramos citar, tenemos el de Caín, el cual sintió los remordimientos de su conciencia cuando mató a su hermano Abel... (Gén. 4,13 ss).

Nuestra conciencia la debemos formar mediante la educación en el amor a la verdad y al bien y con una instrucción profundamente religiosa. La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios por medio de la Escritura Santa y por su Magisterio. Es un deber seguir la conciencia bien formada.

La libertad es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras. Todo hombre goza de libertad porque Dios lo ha creado libre (Eclo. 15,14-15; Mt. 19,17). La libertad es un don de Dios, que El nos ha dado para servicio de la verdad y del bien, y no para hacer lo malo.

La libertad no significa hacer lo que a uno le plazca o todo aquello que produzca placer o satisfaga los instintos o pasiones. Esto no es libertad, sino libertinaje o abuso de la libertad. Cuando el hombre quiere el mal es *una señal* de que tiene libertad, pero no está en esto la verdadera libertad. Un hombre vg. puede matar a otro, pero hay un mandamiento que clama: «*No matarás*», y puede robar, pero oirá la voz de Dios que dice: «*No hurtarás*», que no es cosa tuya... Por consiguiente, ir contra lo mandado por Dios es salirse del cauce del bien que El nos señala, y por lo mismo la verdadera libertad está en hacer lo que es del agrado de Dios según lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

La libertad de los hijos de Dios es la verdadera libertad, porque es la que libera del pecado y de la esclavitud de Satanás, según la enseñanza de Jesucristo, quien nos dijo cómo hemos de ser libres: «*La verdad os hará libres... el pecado os hará esclavos*» (Jn. 8,31-34). El que está libre de todo pecado y de las ataduras de las pasiones es verdaderamente libre y puede volar a las alturas. «Servir a Dios es reinar».

El apóstol San Pablo nos dice cómo Cristo nos ha hecho libres enseñándonos a huir del libertinaje y de la esclavitud de las pasiones (Gál. 6,1-13).

Los hijos de Dios, por vivir en gracia, viven alejados del pecado, que es el que puede esclavizarlos.

La libertad es un derecho humano, que todos debemos respetar. De aquí que no podamos obligar por la fuerza a hacer una cosa contraria a la voluntad de nadie, a no ser que su libertad quebrante los derechos de otras personas o perturbe el orden público (DH. 2). La libertad humana hace a todo hombre responsable de sus actos. Los peligros contra la libertad son principalmente la ignorancia y la carencia de formación de buena voluntad.

329

¿Pone trabas la ley a la libertad? La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad de los hombres, sino que los orienta y les señala un camino que los dirige hacia el bien a fin de que consigan la perfección.

La ley está dada para bien de todos. Las leyes de la circulación ¿qué son sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarlas todos los días mueren en algún accidente.

Los mandamientos, cauce de la libertad humana, son la expresión de la voluntad *amorosa* de Dios. Y sólo cuando el hombre vive en gracia, sin apegar su corazón al pecado o cosas de la tierra: dinero o placer terreno, entonces es cuando vuela a las alturas más elevadas y es verdadera y plenamente libre. Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo. Si te apartas de él, no llegarás. «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

330

Los mandamientos de la Ley de Dios

El texto de los diez mandamientos encierra la afirma-

ción de la existencia de un Dios único y exclusivo y son llamados «*Decálogo*» (de la palabra griega *deka*=diez, y *logos*=tratado o sentencia, y lo tenemos en el Exodo (20,1-17) y en el Deuteronomio (5,6-21). En compendio son estos:

El 1.º. Amarás a Dios sobre todas las cosas.

2.º No tomarás el nombre de Dios en vano.

3.º Santificarás las fiestas.

4.º Honrarás a tu padre y a tu madre.

5.º No matarás.

6.º No cometerás actos impuros.

7.º No robarás.

8.º No dirás falsos testimonios ni mentirás.

9.º No consentirás pensamientos ni deseos impuros.

10.º No codiciarás los bienes ajenos.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Dios, como dueño y Señor nuestro, tiene derecho de imponer su Ley para nuestro bien, y para orientarnos por el camino de la salvación.

331

El autor de los mandamientos es el mismo Dios, pues de El traen origen:

1) *Dios los imprimió* en la conciencia de todo hombre al hacerlo inteligente y libre (ley natural). (Véase Rom. 2,14-15).

2) *Los promulgó* en el monte Sinaí (Ex. 20).

3) *Jesucristo los confirmó y los perfeccionó* (Mt. 5,17).

Los mandamientos, pues, de la Ley de Dios son los mismos que Dios reveló a Moisés y que le entregó en las tablas de piedra, los que vemos perfeccionados por Jesucristo en el Nuevo Testamento. Estos mandamientos son

leyes tan antiguas como el hombre, pero no anticuados. Son de suma actualidad, pues son la palabra de Dios eterna, siempre actual.

A todos interesa conocer bien estas leyes divinas, pues si se conocieran y practicasen, el mundo sería un paraíso, no se necesitarían ejércitos, ni guardia civil ni fuerza alguna pública para que hubiese orden y paz.

332

Como podemos observar, el panorama del mundo actual se nos presenta triste por lo que estamos presenciando y por lo que nos transmiten todos los días los medios de comunicación social: prensa, radio, televisión, etc., pues ¿qué nos ofrecen a diario?: robos, muertes, secuestros, guerras, obscenidades y toda clase de luchas y de crímenes. Y ¿sería posible convertir una sociedad como ésta en un paraíso? No hay duda que lo conseguiríamos si todos desde hoy tomásemos en serio el cumplimiento del Decálogo.

Si los gobiernos de las naciones se dieran cuenta del valor del Decálogo y procuraran implantarlo en todos los hogares y que todos ya desde niños lo aprendieran bien y lo practicasen, verían desterradas las lacras que presentamos del terrorismo y de las drogas.

333

Los mandamientos de Dios obligan a todos los hombres y son valederos para todos los tiempos. El Papa Pío XI lo dijo así: «Nuestro Dios es el Dios personal... rey y último fin de la historia del mundo... Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempos y de espacio, de región y de raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre

todo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones».

Y el Concilio de Trento dice: «Si alguno dijere... que los diez mandamientos no están en vigor para los cristianos, sea anatema» (Ses. 6 c.19).

Todos, pues, y cada uno de los mandamientos del Decálogo deben cumplirse, porque quien quebranta un solo mandamiento «viene a ser reo de todos los demás» (Sant. 2,10).

334

La Biblia y los diez mandamientos. De los mandamientos de Dios que se reducen a dos: amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos, Jesucristo dijo: «*De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas...*» (Mt. 22,40), y a ellos en su esencia se reduce el contenido de toda la Biblia. (En mi libro: «*Los diez Mandamientos, ¿qué valor tienen hoy?*», pueden verse citados textos de todos los Libros Sagrados en los que aparece la inculcación de los mismos, y cómo de ellos depende la felicidad temporal y eterna de todos los individuos y de todas las naciones).

Dios dijo por medio de Moisés: «*¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos para ser felices ellos y sus hijos*» (Dt. 5,29)... *Si cumplís mis mandamientos sembraréis poco y recogeréis mucho, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo... y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite abundante..., pero si no los cumplís, sembraréis mucho y recogeréis poco, y todo os irá mal...* (Dt. 11,13-18; 28; Lev. 26).

También por el camino de los mandamientos se llega a la salvación eterna: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

El primer mandamiento de la Ley de Dios

¿Cuál es el mandamiento más grande de la ley? Esta fue la pregunta que un doctor hizo un día a Jesucristo, y Este le respondió: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y principal mandamiento*» (Mt. 22,37). Toda la doctrina de Jesucristo se reduce a «amar a Dios sobre todas las cosas, y amar al prójimo como a nosotros mismos».

El mandamiento de Jesucristo es este: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn. 15,12).

Ya en el A.T. vemos que lo primero que Dios dijo al entregar a su pueblo los mandamientos, fue lo mismo con estas palabras: «*No tendrás otro Dios que a Mí. No te harás imágenes talladas..., no te postrarás ante ellas y no las servirás, porque Yo soy Yahvé, tu Dios...*» (Ex. 20,3-5). *No te vayas tras otros dioses... Amarás a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón...*» (Dt. 6,5-14). *No hay otro Dios fuera de Mí...* (Is. 44,6).

Dios tiene derecho a todo nuestro amor y a El debemos amarle sobre todas las cosas.

336

¿Por qué debemos amar a Dios sobre todas las cosas? Le debemos amar sobre todas las cosas, o sea, con un amor total, porque de El hemos recibido la vida y cuanto tenemos, pues El es nuestro Creador, el supremo Bien y Dios único y por ser hechura suya, de El dependemos, y por lo mismo El tiene un dominio universal sobre toda la creación.

La expresión «amarle sobre todas las cosas» quiere decir que debemos estar dispuestos a perder el dinero, la salud e incluso la vida antes que ofender a Dios. Por eso está escrito: «*Adorarás al Señor tu Dios, y a El sólo servirás*» (Dt. 6,13). Mas para comprender mejor, porque debemos amarle así, es preciso reconocer que «*Dios es amor y El nos amó primero*» (1 Jn. 4,16-19), pues El nos ha creado y redimido por amor. Dios es «*el que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas... y en El nos movemos y existimos*» (Hech. 17,25-28). «*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna*» (Jn. 3,16).

¿Cómo debemos corresponder ahora nosotros a tan grande amor? Dios mismo nos lo dice: «*Con todo el corazón, con todas vuestras fuerzas...*». «*Si me amáis, guardad mis mandamientos*» (Jn. 4,23).

337

¿*Qué necesitamos para amar a Dios sobre todas las cosas?* Necesitamos tener y practicar estas virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, o sea:

1.º *Creer en Dios*, pues si no creyésemos en El ¿cómo podríamos amarle? La fe es sumamente necesaria: «*Sin la fe es imposible agradar a Dios...*» (Heb. 11,6). Fe es creer en la palabra de Dios, es someter nuestro entendimiento y nuestra voluntad a lo que El nos dice, es dar una respuesta favorable a sus mandamientos... Y como la palabra de Dios se halla contenida en la Biblia, y se nos transmite por la Iglesia (que es la que nos la explica e interpreta), hemos de creer cuanto ésta nos enseña (Mc. 16,16).

2.º *Esperar en Dios*, porque El nos ha prometido la salvación o vida eterna, si vivimos en su gracia: «*Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna*» (1 Jn. 2,25).

3.º *Amar a Dios* y tributarle culto por ser, como he-

mos dicho, el sumo Bien, nuestro Creador y Redentor. Y a El debemos amarle *internamente* por estos actos de fe, esperanza y caridad, y también *externamente*, porque tanto el cuerpo como el alma es obra de Dios, y por tanto, uno y otra deben significar a Dios su rendimiento.

338

Pecados opuestos al primer mandamiento

Para conocer bien los pecados contra el primer mandamiento es necesario tener presente que Dios nos ha revelado que el primer deber que tenemos para con El es éste: *Adorarás al Señor, tu Dios...*» (Mt. 4,19; Dt. 6,13), y lo opuesto a esta adoración son: la idolatría, la superstición, el sacrilegio, la simonía...

– *La idolatría* es adorar a ídolos o falsos dioses, o sea, dar a las criaturas una adoración que sólo a Dios es debida. Dar culto a una criatura y venerarla como si fuera Dios es un gravísimo pecado. Ejemplos de idolatría: la adoración del becerro de oro (Ex. 32); la estatua de Nabucodonosor (Dn. 3).

Santo Tomás dice que la idolatría es el más grave de todos los pecados. En la Sagrada Escritura leemos: «*Los ídólatras, impuros, borrachos, avaros, etc. no poseerán el reino de los cielos*» (1 Cor. 6,10).

339

– *La superstición* es atribuir a las cosas criadas un poder o virtud oculta que ni la naturaleza, ni la Iglesia, ni Dios les ha comunicado. Superstición es creer vg. que ciertas cedulaas o cadenas de oraciones que se mandan repetir hasta nueve o más veces, han de hacerse para tener suerte y que si no se hacen vendrán castigos... El que las reciba

lo que debe hacer es romperlas en el acto. Hay diversas clases de supersticiones:

1) *La adivinación*, o sea, querer conocer o averiguar cosas futuras u ocultas por medios supersticiosos: como interpretando sueños, echar las cartas o la suerte por las rayas de las manos, como suelen hacer las gitanas, etc. Son medios reprobables y hay que salir al paso en bien de gentes ignorantes.

2) *El espiritismo* es una especie de hechicería que tiene como fin invocar al espíritu de un muerto para conocer cosas ocultas. Esto es cosa abominable y «evocar las almas de los muertos para recibir respuestas está totalmente prohibido y es ilícito y malo el hacerlo» (Ved Dt. 18,11-12).

3) *La magia* es también invocación de los espíritus para hacer cosas prodigiosas... y a veces con ayuda del demonio... Algunos preguntan si se pueden tener por magos a los «prestidigitadores», y hemos de decir que no, porque lo que hacen estos con sus juegos de magia, son ciertos trucos, que admiran al vulgo.

340

– *Sacrilegio* es toda profanación o maltratamiento de las personas, cosas o lugares consagrados al servicio de Dios.

– *Simonía* es el afán de comprar o vender una cosa puramente espiritual o una cosa profana unida a una cosa espiritual por dinero o valores materiales, como lo quiso hacer Simón Mago (Hech. 8,18 ss). La Iglesia la reprueba como un gran crimen y la castiga con severidad.

Advertencia: No hay que creer en la «reencarnación», o sea, en la falsa creencia de que al morir una persona, su espíritu pasa a otro ser viviente, porque como dice el Vaticano II: «*Vivimos una sola vez*» (LG. 48), y porque «*después de la muerte, viene el juicio de Dios*» (Heb.

7,27), y *El dará a cada uno según sus obras* (Rom. 2,6)...

No hay que creer en «amuletos», en el mal de ojos, el «número 13» o el martes (como si fuera mal día), pues todos son buenos como hechos por Dios...

341

Pecados contra la fe

El hombre moderno, el llamado «incrédulo», no es un ateo empedernido o ateo de veras; tan sólo le falta tiempo para consagrar diez minutos a su Dios y Señor. Si cada día dedicaran, los que se dicen incrédulos, a leer sólo cinco o diez minutos el Evangelio... y se aficionaran a leer una página de la Biblia, esto bastaría para que muchos se convirtieran en creyentes católicos. Lo que existe es mucha ignorancia religiosa, y ésta es la causa de todos los males existentes. Enumeremos brevemente los pecados contra la fe:

- *La infidelidad* o carencia total de fe en los no bautizados.
- *La herejía* o negación de una o varias verdades reveladas por quien está bautizado.
- *La apostasía* o negación de todas las verdades reveladas. A estos pecados hay que añadir otros modernos contra la fe.

342

– *El marxismo* o comunismo materialista, doctrina atea e impía, revestida de una falsa mística humanitaria, que niega la existencia de Dios y de la otra vida. (Véanse mis libros: «Errores modernos» y «¿Qué es un comunista?»...).

– *La indiferencia*, en la que viven muchos de los que di-

cen que todas las religiones son buenas y en realidad no practican ninguna.

– *La pérdida de la fe*, que puede tener lugar por un error culpable. Se puede recobrar por el arrepentimiento del pecado cometido contra ella. El adulto para revivir su fe, precisa prepararse con una «vida recta y honrada», acompañada de humildad de corazón y de súplicas al Señor, y *que se instruye en la fe mediante la lectura de la Biblia y las enseñanzas de la Iglesia.*

343

Culto a la Santísima Virgen y a los Santos

Nosotros damos a la Virgen María un culto especial por ser Madre de Dios, es decir, de Jesucristo, el cual es verdadero Dios y verdadero hombre. A Ella la *veneramos* u honramos, no la adoramos, porque solamente Dios es digno de adoración. El fundamento del culto que tributamos a la Virgen lo tenemos en la Biblia, en estas expresiones con la que es ensalzada:

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc. 1,28-42), y además por la frase profética: «*Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*». A la Virgen, pues, por ser Madre de Dios, la veneramos más que los otros santos.

344

Santos llamamos a los que murieron en gracia de Dios y están en el cielo; y, de un modo especial, a los que la Iglesia ha canonizado. El culto a los santos pertenece también a la adoración de Dios, pues sólo por reverencia a Dios honramos a los santos, en los que se refleja su santidad.

Dios y sólo El «es admirable en sus santos». Por eso no dijo la Madre de Dios: ¡Porque he hecho yo cosas grandes!; sino «porque ha hecho *en mi* cosas grandes el Poderoso» (Lc. 1,48). Tanto el culto de la Virgen como el de los santos «es justo y saludable» y el honor que tributamos a sus imágenes va dirigido a los santos que ellas representan» (Conc. Trento). *Venerar* es lo mismo que rendir honor, reconocerles amigos de Dios y glorificados por El en el cielo.

La Biblia no prohíbe hacer imágenes (Ex. 20,4-5). Lo que prohíbe es hacerlas para *adorarlas* como si fueran dioses. Dios quería evitar la idolatría como la adoración del becerro de oro.

345

La Virgen y los santos son nuestros intercesores ante Dios, y por eso rezamos todos los días: «*Ruega por nosotros pecadores...*»

El fundamento bíblico del culto a los santos aparece en la Biblia. Los justos que viven en la tierra interceden eficazmente por otro (Gén. 20,6-7.17). Moisés intercede por Israel (Núm. 14,20). San Pablo pide oraciones a los fieles (Rom. 15,30)... Y es *lícito honrar las reliquias de los santos*, porque ellos fueron templos del Espíritu Santo y Dios los honra obrando milagros por ellos (2 Rey. 3,20-21) (los huesos de Eliseo resucitaron a un muerto); Hech. 19,11-12 (objetos que había usado San Pablo, sanan a los enfermos a quienes se aplican)...

346

2.º Mandamiento: No tomarás el nombre de Dios en vano

En este mandamiento se nos manda no tomar en vano

el nombre del Señor, y los que lo toman en vano son los que blasfeman o lo usan sin el debido respeto y reverencia.

El salmista nos invita a alabar el nombre del Señor, y así nos dice: *«Desde donde sale el sol hasta que se pone, sea alabado el nombre del Señor»* (Sal. 113,3). Notemos que alabar el nombre del Señor es alabar a Dios mismo, porque El se identifica con su nombre. El nombre representa a la persona. Por tanto la falta de respeto que se comete contra el nombre, es una ofensa, una injuria, que se infiere a la persona.

A Dios, nuestro Padre, creador del mundo, omnipotente y eterno le debemos en todo momento suma reverencia y alta estimación. (Sobre «Yahvé», el nombre de Dios, véase n.º 1).

347

Deberes que tenemos para con Dios. 1.º Alabar el Nombre del Señor, porque El es santo y merece todo respeto y obediencia: *«Tu sólo eres santo, tú sólo Señor... Santo, Santo, Santo es el Señor del universo, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria...»* (Is. 6,3). Así alaban constantemente a Dios los ángeles en el cielo, y nosotros debemos unir nuestras alabanzas a las suyas, para desagraviarle por las blasfemias y ofensas que se cometen. 2.º *Invocar el Nombre del Señor*, darle culto y adorarle, y a esto nos invitan los profetas: *«Alabad a Yahvé, alabadle todas las gentes, alabadle todos los pueblos... Dadle la gloria debida a su Nombre»* (Sal. 39,2). 3.º *Dar ejemplo* para que otros no blasfemen.

348

El Nombre de Jesús. Este es el nombre dado al Señor,

cuando quiso aparecer en la tierra y hacerse hombre y nacer de la Virgen María. Jesús significa «Salvador». Este nombre lo hemos de invocar con particular devoción, y principalmente porque es el *más poderoso Nombre*, por el que podemos alcanzar todas las cosas. El que ruegue a Dios en este nombre, alcanza que sea escuchada su oración (Jn. 16,23). Por este nombre hicieron milagros los apóstoles y otros santos, como San Pedro cuando curó al ciego de nacimiento ante la puerta del templo, diciéndole: «*No tengo oro ni plata; lo que tengo te doy: En el nombre de Jesús, levántate y anda*» (Hech. 3) (Ved. n.º 98).

Con la invocación de este nombre podemos los fieles echar los demonios, como lo prometió Jesucristo (Mc. 16,17). «*No hay otro nombre debajo del cielo, en el que podamos ser salvos*» (Hech. 4,12). *En el nombre de Jesús se ha de doblar toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo*» (Fil. 2,10).

349

¿Cómo se puede deshonrar el nombre de Dios? Se puede deshonrar de estos cuatro modos: 1.º *Pronunciándolo sin respeto*, vg. cuando se emplea con ira, por chanza o burla, o de otra manera frívola e indigna, pues «*no dejará sin castigo al que tomare en vano su nombre*» (Ex. 20,7; Eclo, 23,10).

2.º *Blasfemándole*. «Blasfemar es decir palabras o gestos injuriosos contra Dios, la Virgen, los Santos y la Iglesia» (Ct. Nac.). Muchos, al blasfemar, indican su falta de cultura y educación... La blasfemia deliberada es la más grave ofensa al nombre santo de Dios. Es el lenguaje del demonio. En el A.T. había pena de muerte para el blasfemo (Lev. 24,16).

Debemos llamar la atención al blasfemo, diciéndole:

«¿Por qué ofendes a Dios que está sosteniendo tu vida?», y al oír blasfemar, para contrarrestar ese lenguaje infernal, digamos: «Alabado sea Dios».

San Jerónimo, oyendo a uno que blasfemaba, le respondió, y como le preguntaran por qué se metía con él, contestó: «Los perros ladran en defensa de sus dueños, y ¿me callaría yo cuando oigo blasfemar el santo nombre de Dios? ¡Podré morir, pero no callar!».

350

3.º *Haciendo juramentos ilícitos*, como sería jurar sin verdad, sin justicia, sin necesidad. El perjurio (el que jura en falso) contra la verdad, comete un gravísimo pecado. A Dios jamás se le debe poner por testigo de una cosa falsa. Dios castiga al que jura en vano (Eccl. 23,12-14), y Jesucristo dijo: «*Yo os digo que de ningún modo juréis..., sea, pues, vuestro modo de hablar: Sí, sí; no, no*» (Mt. 4,24 ss).

Notemos que «el que ha jurado hacer una cosa injusta no está obligado a cumplirla, antes bien, comete un nuevo pecado si cumple el juramento». El juramento falso siempre es pecado mortal, y jurar sin necesidad o sin motivo suficiente, es pecado venial.

351

4.º *Quebrantando los votos*. *Voto* es promesa hecha libremente a Dios, con la cual se obliga a una cosa buena y mejor que la contraria. Es un deber sagrado la guarda de los votos, siempre que sea posible, por la reverencia debida a Dios. La Escritura dice: «*Que hiciste algún voto a Dios, no tardes en cumplirlo; mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos*» (Dt. 23,21 s). El mundo moderno perdona muchos pecados, pero ninguna

sociedad culta mira bien a un hombre que maldice y blasfema de Dios.

352

3.º Mandamiento: Santificarás las fiestas

En el Antiguo Testamento el día de fiesta era el «sábado» (que significa «descanso»), el cual, por mandato de Dios, los israelitas debían santificar: «*Guardaréis el sábado, porque es cosa santa... Se trabajará seis días, pero el día séptimo será día de descanso completo, dedicado a Yahvé*» (Ex. 31,14 s).

Ahora en el Nuevo Testamento el día de fiesta para los cristianos es el «domingo», pues ya los apóstoles trasladaron la fiesta del sábado al día siguiente, al que nosotros llamamos *Día del Señor* o domingo, porque en ese día tuvo lugar la Resurrección del Señor, base de nuestra fe.

El Conc. Vaticano II lo dice así: «La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón «día del Señor», o «domingo» (SC. 106). Ya en la época apostólica los primeros cristianos se reunían en domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20,7-11).

353

¿Cómo se han de santificar los domingos y días festivos? Se han de santificar así: 1. *Oyendo el santo sacrificio de la Misa*, en el que se actualiza y perpetúa el sacrificio del Calvario, o sea, el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo y recordamos la Cena del Señor.

2. *Escuchando la palabra de Dios* con atención y do-

cilidad, pues por las lecturas bíblicas y su explicación se nos comunica la fe. Y para celebrar más dignamente el día del Señor (y lo mismo se diga de los días festivos), los fieles, deben: 1) *Participar activamente en la Misa*, o sea, no estar como meros expectadores (SC. 48). 2) *Comulgar* para unirse más estrechamente a Cristo, que se hace presente en la Eucaristía. 3) *Estar en el templo* con la debida atención y también con compostura y recogimiento.

Conviene también advertir que el domingo, como los días festivos, se han de santificar *no trabajando sin necesidad* en ellos, sobre todo en aquellos trabajos corporales o diversiones que distraigan más de las obras espirituales y nos impidan acercarnos a Dios (Ved núms. 207 y 208).

354

Todos debemos trabajar los seis días de la semana, porque el trabajo es una necesidad y una obligación, y a su vez una virtud; y debemos descansar el domingo o día festivo por ser también una necesidad y un bien en favor del hombre, porque se cansa y puede perder la salud, la alegría y la felicidad.

En domingo se puede trabajar, cuando hay causa justificadas, como los panaderos, si urge la necesidad y no se puede hacer el día anterior, y hasta no ir a Misa si hay que apagar un fuego entonces o evitar un daño que amenaza, o cuidar enfermos, si no hay otros que puedan hacerlo...

En este día estaría bien hacer más obras de caridad que en otros días, visitar enfermos, leer la Biblia u otros libros piadosos...

355

4.º Mandamiento: Honrarás a tu padre y a tu madre

Conviene advertir que en los tres anteriores y prime-

ros mandamientos, se nos manda amar a Dios, y en los siete siguientes (del 4 al 10) se nos manda amar a nuestros prójimos. Y nuestros prójimos son los más próximos o «cercaños» a nosotros, y entre éstos ocupan en primer lugar nuestros padres y hermanos, y luego nuestros amigos y conocidos, y también nuestros desconocidos y hasta nuestros enemigos y todos los hombres; y como todos somos hijos de un mismo Padre común que es Dios, todos debemos mirarnos como hermanos.

«Todo hombre es mi hermano». Si esta consigna, dada por Pablo VI, la tuviéramos todos en cuenta, el mundo sería un paraíso, pues no habría guerras, reinarían la paz y el bien y querríamos para los demás todo lo bueno que queremos para nosotros. Es el dicho de Jesucristo: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*.

356

¿Por qué debemos honrar a nuestros padres? Les debemos honrar porque, después de Dios, a ellos debemos la vida, porque representan a Dios y son lo que se sacrifican por nuestro bienestar temporal, por darnos el sustento corporal y la debida educación cristiana.

Verdaderamente honra a sus padres el que los ama, socorre, obedece y reverencia.

La Escritura Santa dice: *«De todo corazón honra a tu padre y no olvides los dolores de tu madre. Acuérdate de que le debes la vida. ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho por ti?»* (Eclo. 7,26).

«Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor (o sea, conforme a las enseñanzas o mandamientos de Dios), para que tengáis larga vida sobre la tierra» (Ef. 6,1-3).

357

Todos debemos honrar a los mayores en edad, digni-

dady gobierno. A las autoridades eclesiásticas les debemos respeto y obediencia en las cosas espirituales, y a las civiles en las temporales. A éstas tenemos también el deber de pagarles fielmente las contribuciones y fomentar todo lo que redunde en beneficio de la patria, y a ésta debemos amarla, defenderla, cumplir sus leyes y contribuir al bien común. (Sobre relaciones Iglesia-Estado, ver n.º 188).

San Pablo nos dice que debemos respetar las autoridades, porque toda autoridad está puesta por Dios, y hemos de rezar por ellas (Rom. 12,1-6; 1 Tim. 2,1). Podemos desobedecer a los superiores sólo en el caso que mandasen alguna cosa contraria a la Ley de Dios, porque «*es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*» (Hech. 5,29).

358

Deberes de los superiores. 1) *Los padres* deben instruir y educar bien a sus hijos en la religión católica y darles buen ejemplo de palabra y de obra.

2) *Los amos* deben tratar bien a los obreros, pagarles su justo jornal e inducirles a que cumplan con sus deberes religiosos.

3) *Las autoridades* deben contribuir al bien de la sociedad, castigando la maldad y dando en todo buen ejemplo a sus súbditos.

Los cristianos debemos cooperar con las autoridades para que en nuestra patria y nación reinen la justicia, la paz y la libertad verdadera. Y como el bien del pueblo depende en gran parte de los buenos gobernantes, todo ciudadano está obligado en conciencia a tomar parte en las elecciones de candidatos y votar a los más dignos y mejores.

5.º Mandamiento: No matarás

El 5.º mandamiento de la Ley de Dios *nos manda* querer bien a todos y perdonar a nuestro enemigos, y *nos prohíbe* hacer daño a la propia vida o a la de los otros con palabras, obras o deseos. El hombre puede quitar la vida a los animales, cuando los necesita para comer, porque éstos han sido creados para bien del hombre; pero no puede quitar la vida de un hombre, porque éste no ha sido creado para otro hombre, sino para Dios, único dueño de la vida de todos los hombres.

Todos tenemos derecho a la vida. La vida es un don de Dios. El, por tanto, es su autor, y por eso El ha dado este mandamiento: «No matarás». Nosotros, pues, no somos más que administradores de la vida que Dios nos ha dado. Y por eso debemos trabajar por conservarla para emplearla en hacer el bien, cuidar de la salud, evitar enfermedades, poniendo los medios convenientes: comida, higiene, medicinas ordinarias...; y por lo mismo se debe evitar la embriaguez, las drogas, comer cosas nocivas a la salud, poner en peligro la vida...

360

El 5.º mandamiento prohíbe expresamente: 1.º *El homicidio*, o sea, quitar la vida a otro hombre. 2.º *El suicidio*, o matarse uno a sí mismo. 3.º *El duelo*, o sea, exponer su vida o exponerse a cometer un homicidio. 4.º *La maldición*, el pedir o desear para sí o para otros algún mal o la misma muerte. 5.º *El escándalo*, incitar a otros a pecar por medio de palabras o de acciones.

El escándalo es un homicidio espiritual, pecado gravísimo, porque hace perder la vida de la gracia, mucho más

preciosa que la del cuerpo, y se comete mediante una acción o palabra menos recta u omisión, que conduce al prójimo a cometer el mal o le disuade de hacer el bien. El escándalo es un mal ejemplo que arrastra a otros al mal, vg. un padre, que blasfema, que se embriaga, que no va a Misa el domingo..., es ocasión de que sus hijos también blasfemen y no vayan a Misa...

El suicidio, como el homicidio es un pecado grave, porque la vida pertenece a Dios.

361

La vida es un don de Dios. Dios es el único propietario de la vida de los hombres. El tiene el supremo dominio sobre todos. Las preguntas hechas por el nazismo, y que hoy se repiten, deben reprobarse. Estas son:

– ¿Por qué vivir, si no quiero (*suicida*); –si no puedo (*incurable*); –si no sirvo (*subnormales*); –si ya di lo que podía (*anciano*), o –soy una carga para la sociedad (*criminales*)?

La eutanasia. Eutanasia (del griego *eu*=bien, y *thantos*=muerte) equivale a búsqueda de bien morir (!), y así vg. *matar adrede* con una inyección calmante del dolor o modo parecido, no es, como algunos se han atrevido a decir, una obra humanitaria, sino un verdadero crimen, es ir por caminos de ateísmo, es ir contra Dios, dueño de la vida y de la muerte.

362

La misión del médico es cuidar de la vida, no destruirla, y deben tener en cuenta que la revelación cristiana nos enseña que no hemos nacido en primer término para la tierra y el tiempo, como dijo Pío XI, sino para el cielo y la eternidad (Dz. 2245).

Dios es el autor de nuestra existencia, y si queremos morir con dignidad hay que vivir antes con dignidad, y si se sufre, hay que saber unir nuestros dolores, como nos enseña la fe, a los de Cristo Redentor, hay que saber rezar y saber llevar la cruz con resignación cristiana, diciendo al Señor: «Hágase tu voluntad». El cristiano debe recordar el dicho del Cardenal Villot: «Sin el consentimiento del enfermo, la eutanasia es un homicidio. Con su consentimiento es un suicidio».

363

Palabras del Conc. Vaticano II. «Cuanto atenta contra la vida –homicidio de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado–; cuanto viola la integridad de la persona humana, como por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución... Todo esto y otras cosas semejantes son infamias y, al mismo tiempo que inficionan la civilización humana, denigran más a quienes las practican que a quienes padecen la injuria, y son un grave insulto a la honra del Creador» (GS. 27).

364

¿Qué dice la Biblia del aborto? «Cuando en riña de hombres golpear a una mujer encinta y le acelera el parto, de modo que aborte, y el niño naciere sin más daños, el culpable será multado conforme a lo que imponga el marido de la mujer y según determinen los jueces; pero si resultase algún daño mortal, entonces dará vida por vida» (Ex. 21,22-23). En la versión griega de los Setenta,

se distingue claramente a niño o feto 'formado', o sea, con forma humana, y así aparece con mayor claridad la gravedad del aborto y el castigo del culpable.

También en el Exodo (23,7) leemos: «*No hagas morir al inocente y al justo, porque yo no absolveré al culpable de ello*». Según la Biblia la muerte de un inocente es un crimen, y si es un crimen monstruoso matar a un inocente, ¡quién más inocente que un niño antes de nacer! Dios ha dicho: «*No matarás*» (Ex. 20,13) ¡No matarás al hombre!

En la concepción ya está allí el hombre. El doctor Ramiro Rivera, presidente del Consejo General de Médicos de España ha dicho: «Para un médico es indiscutible que desde el momento de la fecundación tenemos un nuevo ser humano» (5-1-1983), y por tanto, matar al no nacido es igual que matar al niño nacido. Todo, pues, el que provoca un aborto es un asesino, y según la doctrina de la Iglesia, ésta en el Código de Derecho Canónico mantiene la excomunión para aquellos que provoquen el aborto voluntario.

365

Palabras de Juan Pablo II en Madrid (2-11-1982): «Quien negara la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad...».

«El aborto y el infanticidio son crímenes abominables» (G.51). «No matarás a tu hijo por medio del aborto, ni matarás lo nacido, porque todo lo formado, que ha recibido alma de Dios, si es muerto, será vengado, como muerto injustamente» (S. Clemente Romano).

¿Cuándo es permitido matar a otros? Sólo en estos tres casos:

1) *En caso de guerra*, siempre que ésta sea *justa*, cuando se trata de defender unos derechos legítimos. La guerra, como tal, está prohibida porque trae muertes, de solación y destrucción, y Dios quiere que todos vivan en paz.

Pablo VI en 1965 en la Sede de las Naciones Unidas abogando por la paz, dijo: «¡No más guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la Humanidad... Nunca más unos contra otros».

«Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la Humanidad, que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (GS. 80).

2) *En caso de legítima defensa*, si uno no tiene otro medio, para librarse de un injusto agresor. En este caso no se hace más que velar por la conservación de la propia vida.

3) *En la aplicación de la pena de muerte* dictada contra un criminal por la justicia pública, mientras constituye una amenaza a la paz y a la pública seguridad. Este mandamiento reprueba todo lo que ponga en peligro la vida o la salud, a no ser que lo exija el cumplimiento del deber: vg. un soldado en la guerra, el párroco o médico del contagio, etc.

La pena de muerte

¿Es lícito castigar con la muerte a un criminal, a uno

que perturba el orden público derramando sangre inocente?

Esta es una cuestión que se ha debatido en la actualidad, pero la realidad es, hablando imparcialmente, que existen mayores razones en pro de la licitud. La doctrina católica sobre la pena de muerte es clara y la humanidad, en conjunto, la ha tenido por lícita para crímenes graves y para aquellos que a sangre fría matan a otros.

Doctrina de Santo Tomás:

Santo Tomás de Aquino, apelando a los exigencias del bien común, dice: «Así como se amputa un miembro cuando resulta dañino para todo el organismo, así se debe eliminar del cuerpo social al delincuente que resulta gravemente atentatorio contra la vida de la sociedad». Y añade: «No vale apelar en este caso a la dignidad de la persona y a la caridad debida a todos los hombres, porque el hombre delincuente se ha apartado del orden de la razón y renunciado a su dignidad humana, de hombre naturalmente libre y autónomo en su existencia, cayendo en cierto modo en la servidumbre de las bestias» (2-2, 64, 2).

368

Doctrina de los Papas:

– *Inocencio III* en la profesión de fe que exigió a los valdenses, dice:

«De la potestad secular afirmamos que sin pecado mortal puede ejercer juicio de sangre, con tal que no se infiera la vindicta por odio, sino por justicia, no precipitada, sino prudentemente» (Dz. 425).

– *Pío XII* enseñó: «El poder público tiene facultad de privar de la vida al delincuente, sentenciando en expiación de su delito después que se despojó de su derecho a la vida» (A. A. S., 44).

Y antes *Pío XI* igualmente que *Pío XII* exceptúa del

principio de intangibilidad de la vida humana a quienes han cometido crímenes dignos de muerte. El criminal mismo se ha privado por su crimen del derecho a la vida; como consecuencia, el Estado le quita el bien de la vida.

369

Según el juicio de la Iglesia, la autoridad civil que impone la pena de muerte sólo está exenta de culpa grave bajo determinadas *condiciones*: si procede justa y cautamente «no con odio, sino por juicio, no incautamente, sino con consejo» (Dz. 425).

En la pena de muerte debe procederse con justicia.

Sólo puede imponerse por una acción culpable, que corresponde en su gravedad a la gravedad de la pena. (Según el A.T. debe derramarse la sangre de quien ha derramado sangre humana: Gén. 9,6).

Si se guarda justicia, la pena de muerte puede contribuir a que se afirme en los ciudadanos la convicción de que vige el orden moral, el cual está anclado, a la postre, en Dios; de ahí que San Pablo hable de la autoridad que lleva, la espada como que *está al servicio de Dios como vengadora de la ira divina contra el que practica el mal* (Rom. 13,4).

La afirmación de esta convicción parece tener buenos efectos para el bien común.

La Iglesia reconoce la legitimidad de la pena de muerte bajo las condiciones correspondientes, pero mira a su abolición, caso de que así no se dañe el orden público.

Cuando la ley prevé la pena de muerte, corresponde al espíritu del cristianismo solicitar el indulto del condenado, caso de que así no amenace daño para la sociedad. Ya en el A.T. reclamaba el rey para sí el derecho de indulto (2 Sam. 14,1-11).

Se debe proceder con cautela

– La pena de muerte sólo puede preverse como sanción de *crímenes graves* que dañan sensiblemente el bien común.

– Se reprueba dar muerte privadamente a los malhechores (Alejandro VII).

– La pena de muerte sólo debe pronunciarse cuando la culpa grave del acusado consta *ciertamente*, es decir, cuando se ha demostrado que es ciertamente el reo y ha cometido su crimen con grave culpabilidad. Con mera probabilidad, debe sentenciarse en su favor para evitar un error irreparable.

San Agustín considera autorizados para ordenar la muerte a los criminales a los que ejercen el poder público (De Civit. Dei I,21).

Objeciones para demostrar su ilicitud:

1.^a *El Decálogo* dice: «No matarás». A esto respondemos: Esta prohibición se refiere solamente a quitar la vida de un inocente, como se desprende de la visión total de la Sagrada Escritura, señaladamente del A.T.

2.^a *Es una ofensa contra la dignidad humana*. Se debe pensar, como dice Santo Tomás, que el malhechor ha sido el primero en rechazar esta dignidad.

3.^a *Con la ejecución se le quita al criminal la oportunidad de corregirse*. A esto puede replicarse que se podrá convertir ante la muerte inminente y que el interés de la comunidad en la eliminación del criminal prevalece sobre el interés por su corrección (Santo Tomás).

La autoridad civil puede tener la impresión de que, en determinadas circunstancias, muchos sólo *escarmientan*

por medio de la pena de muerte y que sólo así se puede mirar suficientemente por la *seguridad* pública.

Partiendo de esta consideración, Estados que habían abolido esta pena, han tenido que volver a ella en tiempos de necesidad extraordinaria.

Con el escarmiento por la pena de muerte se cuenta ya en el A.T. (Dt. 13,12), y también San Pablo alude a ella cuando dice de la autoridad civil: *Si haces el mal, teme; pues no en vano lleva la espada* (Rom. 13,4).

En consecuencia, la autoridad civil puede mirar la imposición de la pena de muerte como una especie de legítima defensa de la sociedad contra lo criminales o como una medida justificada y necesaria.

Puede tener también presente el fin de la *corrección*, si por corrección entiende el cambio interior del criminal; la experiencia habla de muchos condenados a muerte que se conmovieron y purificaron al saber la proximidad de su fin (Ved «Karl Hormann», Dic. de Moral).

372

4.^a *Puede temerse se cometa un error fatal e irreparable* por la sentencia y ejecución de un inocente (asesinato judicial). Ya dijimos que sólo debe imponerse precisamente en aquellos casos en que pueda excluirse toda incertidumbre.

5.^a *La pena de muerte es inhumana*. A esto se puede decir que aún es más dura, por su monotonía, la cadena perpetua. También la excesiva consideración al criminal puede significar inhumanidad contra sus víctimas.

6.^a *La pena de muerte es contradicción con el progreso de la cultura*. Habrá que reflexionar en qué consiste semejante progreso. Si su esencia está en el desenvolvimiento moral del hombre, habría de examinar si, en ciertas situaciones, no será la pena de muerte una ayuda im-

prescindible para el progreso (Véase «Karl Hormann»).

373

Reflexión final

El ideal sería que no hubiera penas de muerte ni cadena perpetua, pero es que la vida de tantos inocentes ¿no vale tanto o más que la del criminal que turba el orden público? Está bien que amemos a nuestros enemigos y devolvamos bien por mal, como algunos alegan, pero estas palabras de Jesucristo no obstan para el castigo de los criminales. El amar a todos, aún a los enemigos, es ley general de caridad, pero la virtud pide también justicia y cómo humanizar estas penas y qué correcciones y escarmientos deben darse para bien de la seguridad pública.

El Dios misericordioso y justo del N.T. es el mismo que el del A.T., y nos hace meditar mucho que en el A.T. estuviere establecido que el *que hiera mortalmente a otro, sea castigado con la muerte* (Ex. 21,12) e igualmente idólatra (Ex. 22,19; Lev. 20,1-5; Núm. 25,1-5), el blasfemo (Lev. 24,15), el profanador del sábado (Ex. 31,14), etc. Esto nos hace pensar en la gravedad de los pecados del criminal y de los que incluyen tales ofensas al Creador que nos ha hecho tales revelaciones. Dios ilumine a la autoridad pública que está puesta por El para que en cada caso sepa a la luz de la doctrina expuesta aplicar el castigo o la pena medicinal conveniente.

374

¿Cómo podría lograrse la unidad y la paz?

La unidad y la paz sólo pueden hallarla los hombres en Cristo, con la práctica de su doctrina, pues solamente

en El desaparecen las distinciones de raza, lengua, religión, clase social y sexo (Col. 3,10-11; 1 Cor. 12,13).

Las guerras, las contiendas y desavenencias que existen, nacen las más de las veces de la envidia, de la soberbia y de las demás pasiones que luchan en nosotros (Sant. 4, 1 ss), y no están dominadas.

Solamente cuando los hombres vivan el bautismo, la vida de gracia y practiquen los Mandamientos de la Ley de Dios, se unirán en Cristo, rechazando toda forma de injusta discriminación...

Nuestra preocupación por el bien del prójimo

Es un deber cristiano preocuparnos del bien corporal y espiritual del prójimo con palabras y con obras. Así nos lo recomienda el apóstol:

«No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (1 Jn. 3,18).

Jesucristo es el que nos ha enseñado a amar, perdonando, devolviendo bien por mal, rogando por nuestros enemigos... Obras son amores y no buenas razones..:

375

6.º Mandamiento: No adulterarás (Ex. 20,14).

No cometerás actos impuros

¿Qué se nos manda y se nos prohíbe en este mandamiento?

– *En este mandamiento se nos manda que seamos puros y castos en pensamientos, palabras y obras, o sea, no pensar, ni decir, ni hacer nada contra la castidad.*

– *Y se nos prohíbe todo aquello que pudiera manchar nuestra pureza, o la del prójimo, o sea, todo acto interno o externo de lujuria o apetito desordenado de deleites carnales, y por lo mismo prohíbe las cosas que provocan o*

inducen a la impureza: miradas torpes, adornos provocativos en la mujer, palabras u obras deshonestas y conversaciones también torpes.

Jesucristo y los apóstoles al hablar de la pureza la alaban y ensalzan, mientras que reprueban toda clase de impurezas:

Bienaventurados los limpios de corazón... (Mt. 5,8). La fornicación y cualquier género de impurezas ni siquiera se nombre entre vosotros... (Ef. 5,3-7). Os ruego, carísimos, que os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el mal (1 Ped. 2,11), quienes tales cosas hacen no heredan el reino de Dios (Gál. 5,19-21).

376

Los instintos o bajas pasiones

Desde los doce o catorce años ya muchos sienten los malos pensamientos y deseos torpes, que nacen de haber quedado viciada la naturaleza humana por el pecado original; mas los malos pensamientos o inclinaciones al mal, no son pecado, sino *el consentir* en ellas.

Nadie se debe dejar llevar de estos instintos o pasiones, que Dios ha dado para la generación, antes bien debe dominarlas, frecuentando los sacramentos, teniendo devoción a la Virgen, huyendo de ocasiones peligrosas; pues el hombre dotado de entendimiento y voluntad, ha de procurar que el alma mande y el cuerpo obedezca. Todos estamos obligados a respetar nuestros cuerpos, santificados por el bautismo (1 Cor. 6,15-20).

Lo sexual se ordena al matrimonio, pero todo acto impuro fuera del matrimonio es reprobado en la Biblia como pecado.

La virtud de la pureza se llama *castidad* y consiste en

el dominio de las fuerzas instintivas que Dios ha dado para la generación.

377

Los Santos Padres de la Iglesia ponderan también la belleza de la pureza como fuente de alegría, de dicha y de paz, haciendo ver como ella es honra de los cuerpos y ornato de las costumbres.

Todos debemos apreciar la virtud de la pureza, porque ella hace a los hombres semejantes a los ángeles, mientras que la impureza los hace esclavos del demonio, y porque el vencimiento de los pecados torpes proporciona salud espiritual al alma y salud corporal, mientras que la caída en ella acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal, y perturba el sistema nervioso. La pérdida de la pureza trae como consecuencia la pérdida de la fe...

378

¿Estamos obligados a guardar castidad?

Ciertamente lo estamos, porque todos debemos respetar nuestros cuerpos, que han sido consagrados por el Espíritu Santo, o sea, santificados por el bautismo, que nos une a Jesucristo y nos hace miembros suyos.

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar peca, peca contra su cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor. 6,15-20).

Los cristianos manifestamos el verdadero amor a Dios

y a los demás respetando nuestros cuerpos, que han sido consagrados por el Espíritu Santo.

Jesucristo nos dio ejemplo de perfectísima pureza. Entre la muchas acusaciones que le hicieron sus enemigos, nunca consintió que se le imputara nada impuro. Quiso nacer de una Madre, Virgen purísima. Tuvo por padre, a un varón justo y virginal. Tuvo sus predilecciones con San Juan, el discípulo virgen, y dijo: «*Bienaventurado los limpios de corazón...*» ...Muchas almas siguen su ejemplo.

379

La virginidad es una virtud por la que uno toma la resolución libre y voluntaria de abstenerse del matrimonio y de los placeres de la carne para entregarse con más plenitud al servicio de Dios y del prójimo. La virginidad es una entrega total del corazón a Dios por la consagración del amor.

Mientras el matrimonio nace del amor humano, del amor a otra persona, la virginidad nace del amor sobrenatural, del amor a Cristo, por quien se hace la mayor entrega y los mayores sacrificios.

Este es un tesoro de gran valor y un don especial de Dios, que no a todos es concedido, sino a los que lo desean con sinceridad y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin pide ayuda a Dios con fervor.

380

Sobre la educación sexual conviene tener presente que la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe publicó (29-12-1975), una *Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual*, que el educador ha de tener en cuenta, pues como en ella se dice «es importante que to-

dos tengan un elevado concepto de la virtud de la castidad, de su belleza y de su fuerza de irradiación. Es una virtud que hace honor al ser humano y que le capacita para un amor verdadero, desinteresado, generoso y respetuoso a los demás...».

En este documento queda expuesto con claridad que la unión sexual antes del matrimonio, las relaciones homosexuales y la masturbación son pecado grave.

El Concilio Vaticano II recomienda la educación sexual mientras sea *positiva y prudente* (GE. 1), o sea, discreta y oportuna, y a su vez sin forzamiento de imágenes que turben la mente.

La Biblia condena el adulterio, la fornicación, actos y deseos impuros...

(Véanse mis libros: «*Educación sexual*» y «*El niño y la educación*»).

Conclusión práctica. Ama mucho la pureza, porque esta virtud te ennoblece, respeta tu propia persona y la de los demás, no permitiendo ligereza alguna o tocamiento que te manche y desdiga de tu dignidad de cristiano.

Acuérdate siempre que Dios te ve, y no hagas nunca a solas ni delante de otros lo que no te atreverías a hacer delante de personas de bien.

381

7.º Mandamiento: No robarás (Ex. 20,15)

¿Qué nos manda y qué nos prohíbe este Mandamiento?

– *Nos manda* respetar los bienes ajenos, y *nos prohíbe* hacer daño al prójimo en sus bienes.

Hurtar o robar es quitar o retener una cosa ajena contra la voluntad de su dueño. Además del robo hay otras maneras injustas de aprovecharse de los bienes ajenos,

como son la usura (prestar dinero exigiendo un interés excesivo) y el fraude, no dando el justo peso o medida. La Escritura dice: «*La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa fiel le agrada*» (Prv. 11,1).

Toda la tierra con su fecundidad y abundancia y bienes y fuerzas, la puso Dios al servicio de todos los hombres (Gén. 1,28), para que con su trabajo, encontraran en ella los medios para el sustento necesario.

Todo hombre, pues, tiene derecho a poseer algunos bienes, de los que pueda usar y disponer para sí mismo, sin ser turbado en su disfrute por los demás. Esto es lo que llamamos «propiedad privada», y que es una consecuencia o extensión del derecho a la vida.

382

Propiedad privada. La Iglesia alaba la propiedad privada porque ella es estímulo para el trabajo... porque es un derecho de la ley natural, fruto del trabajo de legítima herencia, y porque además de mejorar la condición humana fomenta la paz.

Jesucristo no condenó la propiedad privada, sino sus abusos; y toda clase de avaricia y apego del corazón a los bienes materiales. (Léase Mt. 6,19-21).

«*Si las riquezas vienen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas*» (Sal. 62,11).

San Pablo nos recordó cómo debemos obrar: «*El que robaba, que ya no robe; antes bien, afánese trabajando con sus manos en algo de provecho, para poder dar al que tenga necesidad*» (Ef. 4,28). Y nos dice que el robo es un gran pecado: «*Ni los ladrones, ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios*» (1 Cor. 6,10).

383

Pecados contra el séptimo mandamiento. En la vida

social suelen cometerse contra el 7.º Mandamiento varios pecados, como son:

– No pagar el justo salario a los empleados y obreros. 2) No dar el debido rendimiento en el trabajo. 3) Servirse de la miseria privada o de la escasez pública para enriquecerse con injusta subida de precio. 4) No cumplir los deberes del cargo, permitiendo que se perjudique al prójimo o al bien común.

Contra estos abusos ya clamaron los profetas en su tiempo y también los apóstoles:

«¡Ay del que edifica su casa con injusticia, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, sin darle el salario de su trabajo!» (Jer. 22,13).

«¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término siendo los únicos propietarios...!» (Is. 5,8).

«Vosotros los ricos, llorad a gritos por las desgracias que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla... El jornal de los obreros, defraudado por vosotros, clama...» (Sant. 5).

384

Usemos bien las riquezas. El ideal sobre el uso de las riquezas lo encontramos en las enseñanzas de Jesucristo... El problema social, que ofrece sus dificultades no pequeñas, puede hallar su solución a la luz del Evangelio, que nos enseña el valor relativo de los bienes terrenos, la dignidad de todos los hombres ante Dios, sean ricos o pobres, libres o esclavos, y la doctrina del amor universal.

El punto central de la cuestión social, como dijo Pío XII, es una distribución más justa de las riquezas... y Pablo VI nos recordó que siendo una cuestión que se debe resolver «con justicia y caridad», deben los pueblos ricos o llamados «desarrollados», ayudar a los pobres, cuyos

habitantes padecen hambre y miseria... pero el mayor obstáculo, para resolver esta cuestión es el egoísmo, el creerse uno eterno aquí en la tierra en la que estamos solamente de paso. Jesucristo nos dice:

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6,33). (Véase encíclica *«Laborem exercens»* de Juan Pablo II).

La perfección cristiana. Una de las señales claras de perfección cristiana es el desprendimiento de las riquezas. Jesús así lo dice: *«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos»* (Mt. 19,21).

Conclusión práctica. Las riquezas pueden ser materiales y espirituales... Todos podemos dar al necesitado: dinero o instrucción religiosa. Piensa que lo que hagas a un pobre o necesitado material o espiritualmente es hecho al mismo Jesucristo (Mt. 25,40). Tú se desprendido, y ante todo fiel y honrado, no quites ninguna cosa por insignificante que sea...

385

8.º Mandamiento: No dirás falso testimonio contra tu prójimo ni mentirás (Ex. 20,16).

¿Qué nos manda y que nos prohíbe este Mandamiento?

El 8.º Mandamiento de la Ley de Dios nos manda decir la verdad y respetar la fama del prójimo, y a su vez nos prohíbe la mentira, la calumnia, la maledicencia o difamación, el falso testimonio, el juicio temerario y toda ofensa contra el honor y la fama del prójimo.

Los cristianos debemos ser leales y veraces con nuestras acciones y palabras, por ser una exigencia de la convivencia humana. Si se permitiese la mentira, la doblez y

el engaño se destruiría toda confianza en nuestra vida social en la que Dios quiere que convivamos pacíficamente los unos con los otros.

Jesucristo nos enseñó a decir siempre la verdad tal cual es: cuando es sí, decir sí, y cuando no, no (Mt. 5,37).

386

Pecados contrarios a la verdad

Estos son:

1.º *La mentira*, o sea, decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar.

«*El Señor abomina los labios mentirosos*» (Prov. 12,22). «*Despojaos de la mentira, hable cada uno verdad a su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros*» (Ef. 4,25). «*Es infamia en el hombre la mentira, que se halla siempre en los labios de los insensatos*» (Eclo. 20,26).

Notemos que no se debe mentir jamás, pero se puede alguna vez *ocultar la verdad* cuando se trata de *un secreto* de importancia o lo exige el deber de un cargo, vg. el párroco, el médico, el abogado, etc. Preguntados sobre el caso si lo saben, pueden decir a secas: «No sé nada», entendiéndose «para decirlo», y no pecaría.

2.º *La adulación* es un pecado que consiste en engañar a alguno haciendo falsos elogios de su persona o de otros, con el único fin de sacar provecho de esto.

«*Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios*» (Eclo. 7,6). «*El que adula a su prójimo tiende un lazo a los pies de éste*» (Prov. 29,5).

«El adulator es infaliblemente tu murmurador, pues no hay amor donde no hay verdad» (Gar-Mar). «Alegraos cuando os vituperen, y jamás cuando os alaben. Mira a los aduladores como enemigos los más peligrosos y detes-

tables» (Pitágoras). «La verdadera amistad suele tener reprensiones, pero nunca adulaciones» (S. Bernardo).

3.º *La hipocresía* es aparentar virtud o piedad con el fin de engañar. El hipócrita aparenta lo que no es. El Señor condenó a los hipócritas por boca de los profetas, y Jesucristo los amenaza con palabras terribles: «¡Ay de vosotros hipócritas... sepulcros blanqueados...» (Mt. 23).

387

Pecados contrarios a la buena fama

1.º *La murmuración y la detracción* es quitar o disminuir la fama o buen nombre de una persona ausente, descubriendo *sin justo motivo* sus pecados o defectos ocultos.

La murmuración nace de la envidia, vicio bajo y abominable. También es abominable el chismoso que cuenta a otro lo que de él han dicho, con ánimo de sembrar discordia.

«Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la maldición de muchos que vivían en paz» (Eclo. 28,15). «¿Has oído algo? Pues quede sepultado en ti, y no temas que no te hará reventar» (Eclo. 19,10).

2.º *La calumnia* es atribuir maliciosamente al prójimo culpas o defectos que él no tiene.

«No esparzas la maledicencia, y así nadie te afrentará. El que se goza en el mal será condenado, y el que lleva y trae chismes y cuentos está falto de sentido» (Eclo. 19, 6). «Haz para tus palabras balanza y pesas, y para tu boca puerta y cerrojos» (Eclo. 28,29).

Los que han perjudicado al prójimo en su fama están obligados a reparar en lo posible el daño causado.

3.º *El juicio temerario* es tener por cierto, sin suficientes razones, que el prójimo ha obrado mal.

No juzguéis y no seréis juzgados... ¿Cómo ves la paja

en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? (Mt. 7,1).

388

¿Cómo guardarnos de los pecados de la lengua

1.º No hablar nunca sin antes reflexionar.

2.º Considerar que Dios nos pedirá cuenta de las palabras ociosas (Mt. 12,36).

3.º Guardar el corazón libre del amor propio, de la envidia, del odio y de otras pasiones desordenadas.

El que guarda su boca, guarda su vida, el que mucho abre sus labios, busca su ruina (Prov. 13,3).

Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto (Sant. 3,2).

El buen hombre vale más que las riquezas (Prov. 22,1).

Obrad con buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran vuestra buena conducta en Cristo (1 Ped. 3,16).

Procura no hablar mal de nadie y echar a buena parte los actos del prójimo.

389

9.º Mandamiento: No desearás la mujer de tu prójimo (Ex. 20,17). No consentirás pensamientos ni deseos impuros

¿Qué nos manda y prohíbe este mandamiento?

Nos manda que seamos puros y castos en pensamientos y deseos, y nos prohíbe los pecados internos contra la pureza, esto es, los malos pensamientos y deseos (que son

pecado grave cuando hay complacencia voluntaria en ellos).

La mujer de tu prójimo entiéndase que es aquella con quien está unido en matrimonio.

Notemos que el 6.º Mandamiento prohíbe los pensamientos, palabras y obras en materia torpe, o sea, cosas deshonestas, ya solitariamente, ya en complicidad con cualquiera de los dos sexos, y el 9.º prohíbe hasta los pensamientos y deseos ocultos de impureza, es decir, en el 9.º Mandamiento de la Ley de Dios se prohíbe toda la materia contenida en el 6.º, pero cuando están de por medio personas casadas, esto es, cuando el que peca está casado o, si se halla soltero, comete el pecado torpe de pensamiento, palabra y obra con otra persona que está ligada en matrimonio. Esta nueva malicia proviene de la afrenta que con ello se haría a la fidelidad y santidad del matrimonio.

La Biblia dice: *Habéis oído que fue dicho: No adulterarás; pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón* (Mt. 5,27-28).

Conviene advertir que, aunque aquí se cite expresamente el pecado con la mujer, ha de sobreentenderse que también puede ser el cometido por ella con relación al varón.

El adulterio aparece como pecado muy grave en la Biblia: «*Los adúlteros no poseerán el reino de Dios*» (1 Cor. 6,9-10).

390

10.º Mandamiento: No codiciarás los bienes ajenos

Este mandamiento prohíbe el deseo de la hacienda ajena, sean casas, viñas, fruto, dinero y otras cosas pareci-

das. Y nos prohíbe también el deseo desordenado de riquezas y la envidia de los bienes ajenos; y nos manda conformarnos con los bienes que Dios nos ha dado y con los que honradamente podamos adquirir.

Dios no prohíbe el deseo de riquezas con tal que las deseemos obtener por medios lícitos y fines honestos.

«*La raíz de todos los males es la avaricia*» (1 Tim. 6,10). «*Mirad de guardaros de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda*» (Lc. 12,15).

No hay que apegar el corazón a las riquezas, y teniendo lo suficiente para vivir, como todo hay que dejarlo en este mundo, interesa que seamos desprendidos y saber dar a los necesitados, hacer obras de caridad...

San Pablo nos dice: «*Teniendo con qué comer y vestir, ya debemos estar contentos*» (1 Tim. 6,8). Y el salmista: «*Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón*» (Sal, 62,11).

Algunos avaros han dicho al ver templos magníficos y bellamente decorados y con objetos de oro destinados al culto, que ¿para qué tanto derroche? No hay que ser como Judas; debemos reconocer que al dar culto a Dios, demostramos que todo pertenece a El y El todo se lo merece, pues es como devolverle lo suyo y que lo mejor debe ser para El.

391

Conclusión

Conocemos ya los mandamientos de la Ley de Dios, mas no basta conocerlos, hay que cumplirlos. Muchos son los que no los cumplen. No asisten a la Santa Misa, no se confiesan, ni comulgan, ni ayunan, etc... porque dicen que son mandamientos de la Iglesia; pero es preciso

tener ideas fijas. Dios que dice: *No mates, no robes...* dice también *santifica las fiestas...* Dios instituyó la confesión y la comunión eucarística...

Y ¿qué hace la Iglesia? No hace más que aplicar estas leyes, vg. Dios dice «santifica las fiestas», y la Iglesia no hace más que «determinar el tiempo y el modo de santificarlas»... También sabemos que Jesucristo instituyó los sacramentos de la confesión y de la comunión, y ¿qué hace la Iglesia? Decir que todos los que se precian de ser católicos que se confiesen y comuniquen al *menos* una vez al año... y aconseja que se reciban con frecuencia estos sacramentos...

En último término la Iglesia ha sido fundada por Jesucristo, y es la encargada de gobernar a los fieles en su nombre, y por ser El su autor, por eso puede dar sus mandamientos para que mejor cumplamos la Ley de Dios. En consecuencia: Despreciar los mandamientos de la Iglesia, sería despreciar al mismo Jesucristo que la fundó, y por eso dijo a sus apóstoles y su sucesores: el Papa y los obispos y demás sacerdotes cooperadores:

El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia (Lc. 10,16).

LOS SACRAMENTOS

392

El culto que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural que debemos vivir, se reduce a la práctica de estos medios de santificación: *la gracia, los sacramentos y la oración*. De la «gracia» ya hemos hablado (ved. núm. 246 y siguientes). Ahora vamos a hablar de los dos principales medios que tenemos para alcanzar la gracia, que son: los sacramentos y la oración.

¿Quién instituyó los sacramentos y cuántos son?

Para entender la doctrina de los sacramentos conviene que sepamos que Jesucristo es la fuente de la vida, fuente de la gracia santificante, y que El vino a este mundo para que las almas tuviesen esta vida de la gracia (Jn. 10,10), y es el que ha querido comunicarla por medio de los sacramentos, y acomodarse a este nuestro modo de ser, y determinó que esa gracia se nos comunicase por medio de signos o señales sensibles, que significan y dan la gracia.

La Iglesia nos ha enseñado desde su fundación que Jesucristo instituyó siete sacramentos, para comunicarnos la vida sobrenatural o gracia divina que nos mereció en la cruz, y estos son la principal fuente de santificación y son

los canales por donde nos llega dicha gracia, y por medio de ellos se ve que profesamos nuestra fe y la hacemos notoria a la vista de los hombres.

393

Estos sacramentos (que son los del Nuevo Testamento y de los que se sirve la Iglesia para la santificación de los hombres) fueron instituidos por Jesucristo y son siete, ni más ni menos, según la definición solemne del Conc. de Trento.

Para los protestantes no hay más que dos sacramentos: el bautismo y la Cena del Señor; mas es necesario saber que en el siglo XIII (cuatro siglos antes de que apareciese el protestantismo) ya las sectas orientales separadas de la Iglesia Romana, tales como los monofisitas y nestorianos y bajo la influencia de la Teología Latina conservaban también el número septenario de los sacramentos, los que ellos ya implícitamente profesaban desde muchos siglos atrás y por tanto ésta es una doctrina que pertenece a la tradición antigua de la Iglesia.

394

Al ver que las sectas orientales concuerdan con la Iglesia Romana en admitir que son siete los sacramentos, esto nos lleva infaliblemente a la existencia de una fuente común a todos, cual tiene que ser la revelación por parte de Cristo y de los apóstoles.

Esto siete sacramentos son:

El 1.º Bautismo (Mt. 28,19; Mc. 16,16; Jn. 3,5).

El 2.º Confirmación (Hech. 8,17; 19,6).

El 3.º Penitencia (Jn. 20,23; Mt. 18,18).

El 4.º Eucaristía (Mt. 26,26; Lc. 22,19; 1 Cor. 11,24).

El 5.º Unción de los Enfermos (Mc. 6,13; Sant. 5,14).

El 6.º Orden sacerdotal (1 Cor. 11,25; 1 Tim. 4,14; 2 Tim. 1,6).

El 7.º Matrimonio (Mt. 19,6; Ef. 5,31-32).

395

3. *¿Qué es sacramento?* Sacramento es 1) un signo sensible, 2) instituido por Jesucristo, 3) para darnos la gracia.

Explicación:

1) *Es un signo sensible o señal exterior*, que vemos con nuestros ojos, vg. *el agua* que se derrama sobre la cabeza del que se bautiza, y las palabras que oímos al decir: *Yo te bautizo...*, son una señal sensible por la que se nos infunde *la gracia divina* en el alma y la limpia de todo pecado.

2) *Instituido por Jesucristo*, porque El es el autor de los sacramentos.

3) *Para darnos la gracia...*, es decir, por medio de las cosas sensibles de los sacramentos: *el agua* en el bautismo, *el crisma* con la imposición de manos en la confirmación..., se nos da la gracia o vida sobrenatural.

396

Elementos del sacramento. Todos los sacramentos constan de dos elementos: *cosas y palabras*, o como dicen los teólogos, de *materia y forma*. Por *cosas* entendemos ciertas sustancias materiales, como el agua, el aceite, el pan..., o ciertas acciones sensibles, como la ablución, la imposición de las manos, la crismación... Las *palabras* son ciertas frases o fórmulas que se acompañan al administrar los sacramentos, vg., como tenemos dicho, al derramar *el agua* en el bautismo sobre la cabeza del que se bautiza, se dicen estas palabras: «*Yo te bautizo, etc....*».

La Iglesia en el Concilio de Florencia dice: «Todos estos sacramentos se realizan por tres elementos: de las «cosas», como *materia*; de las «palabras» como *forma*, y de la «persona del ministro» que confiere el sacramento con intención... Si uno de ellos falla, no se realiza el sacramento» (Dz. 695).

En consecuencia: El sacramento es *signo eficaz de la gracia*, porque por medio de cosas sensibles junto con la forma o palabras que acompañan, significan, causan y dan la gracia o vida sobrenatural a cuantos dignamente los reciben.

397

¿Cómo producen la gracia los sacramentos? Los sacramentos producen la gracia por sí mismos, independientemente de la santidad o méritos del ministro, siempre que éste cumpla el rito y tenga intención de hacer lo que hace la Iglesia.

Todos los sacramentos dan o aumentan la gracia santificante... y sólo tres imprimen en el alma una señal o marca indeleble, que se llama *carácter sacramental*: el bautismo, la confirmación y el Orden sacerdotal, y por eso estos sacramentos solamente se pueden recibir una sola vez en la vida.

398

Sacramentos llamados de «iniciación cristiana» son estos tres: *El bautismo* que nos hace cristianos; *la confirmación*, que nos fortalece en la fe, y *la Eucaristía*, que es el alimento de los hijos de Dios.

Sacramentos de vivos y de muertos. Conviene saber que el bautismo y la penitencia son los sacramentos de *muertos* espiritualmente, porque se instituyeron para los

que están en pecado mortal original o personal, y por tanto, muertos en el alma. Los otros cinco se llaman «sacramentos *de vivos*», porque son para los que están ya en gracia de Dios. Por tanto el bautismo y la penitencia han de recibirse siempre con verdadera detestación del pecado, y los otros no se pueden recibir en pecado mortal. El que así lo recibiera cometería un gran sacrilegio.

399

Distinción en los sacramentos y su dignidad. Los sacramentos de la Nueva Ley no son iguales entre sí ni tienen la misma dignidad. Así se hizo constar en el Concilio de Trento (Dz. 846). El más digno de todos es *la Eucaristía*, por contener no sólo la gracia, sino al mismo autor de ella realmente presente, y el sacramento *del Orden* es el más excelente de todos ya que en este se confiere al hombre el poder de realizar las cosas sagradas y por ser necesario para que haya quienes gobiernen la Iglesia. Le siguen *la confirmación y el bautismo*, en los que el hombre queda consagrado de una manera muy especial al servicio de Cristo...

Y unos sacramentos son más necesarios que otros, y absolutamente necesarios como el bautismo y la penitencia... También cada sacramento además de la gracia santificante produce su gracia especial o *sacramental*, pues cada sacramento tiene su significación propia en conformidad con los diversos fines de cada uno de ellos; de lo contrario bastaría un solo sacramento.

400

1.º EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

¿Cuál es el primero y más necesario de todos los sacramentos?

1. El bautismo es *el primero* de todos los sacramentos, porque antes de él no se puede recibir *válidamente* ningún otro sacramento. (Por eso cuando se va uno a confirmar o casar... se exige la «partida del bautismo», para saber si está previamente bautizado).

2. El bautismo es *el más necesario* de los sacramentos, porque Jesucristo nos dice que sin él nadie puede entrar en el reino de los cielos (Jn. 3,5).

401

– Conviene notar que en la Biblia, entre otros textos, hay dos que hablan del bautismo:

1.º *El que creyere (el Evangelio) y se bautizare, se salvará* (Mc. 16,16). El bautismo se ha llamado «sacramento de fe», porque Cristo confió a su Iglesia el bautismo «juntamente con el Evangelio», al que debemos creer según el mandato misionero de Cristo.

Este texto se refiere a los adultos, y éstos necesitan como preparación para el bautismo tener fe, esto es, creer en la doctrina revelada por Jesucristo, y por tanto aceptar su persona, sus mandamientos, sus sacramentos y su Iglesia, y también ha de preceder la contrición de los pecados (Mc. 1,15).

A los que dicen que hay que atrasar el bautismo y no bautizar a nadie hasta que no sea adulto para que pueda creer en tales verdades, le diremos que se fijen en el texto siguiente y en la enseñanza de la Iglesia.

2.º «*Si alguno no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos*» (Jn. 3,5). Este texto se refiere no sólo a los adultos, sino a todos en general, niños y adultos, y por lo mismo la Iglesia se interesa porque el bautismo de los niños no se retrase mucho, porque «no conoce otro medio que el bautismo para asegurar a los niños la entrada en la bienaventuranza eterna»...

Los niños son bautizados «en la fe de la Iglesia», y su bautismo se apoya en la Biblia y en una tradición inmemorial de origen apostólico. Así lo afirman ya en el siglo III Orígenes, y en el IV San Agustín. (Véase «*Instrucción sobre el bautismo de los niños*», aprobada por Juan Pablo II el 10-X-1980).

402

Sacramento de fe. Notaremos que al bautismo, como hemos dicho, lo llamamos «sacramento de fe», porque en él se nos da el hábito de la fe, y porque en el adulto supone la fe o adhesión perfecta a la persona de Cristo y su doctrina.

En el bautismo se nos infunden como en *germen* en el alma la fe juntamente con la esperanza y la caridad. Estas virtudes van unidas con la gracia santificante; mas siendo adultos debemos procurar desarrollarlas en nosotros.

Como los niños no pueden hacer por sí mismos el acto de fe a la que se comprometen, los padrinos que representan al niño, hacen en su nombre la profesión de fe, y así lo quiere la Iglesia.

403

¿Qué es el bautismo? El bautismo es el sacramento por el que Jesús nos hace hijos de Dios y miembros de su Iglesia.

Explicación:

1) El *bautismo nos hace hijos adoptivos de Dios*. Conviene saber que todos los hombres nacemos con el alma manchada por el pecado llamado «original», porque lo heredamos de nuestros primeros padres, y tanto este pecado, como los personales, se quitan por el bautismo y

por él renacemos a la vida de la gracia y nos hacemos hijos de Dios.

El bautismo, pues, es un nuevo nacimiento a la vida sobrenatural por la que dejamos de ser esclavos de Satanás.

2) El *bautismo nos hace miembros de la Iglesia*, es decir, por él nos incorporamos a Cristo y a su Iglesia.

En los Hechos de los Apóstoles (2,38-41), leemos que los judíos, compungidos por la predicación de San Pedro, dijeron: «¿Qué hemos de hacer?», y él les contestó: «*Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados*». Y entonces se arrepintieron y se bautizaron unos tres mil y se hicieron cristianos incorporándose a la Iglesia de Cristo, Pueblo de Dios.

404

¿Qué necesitamos para pertenecer a la Iglesia y ser católicos prácticos? Necesitamos estas tres condiciones:

1.^a Estar bautizados, pues por el bautismo dejamos de ser paganos y nos hacemos cristianos. 2.^a Creer en Jesucristo y su doctrina, y 3.^a obedecer al Papa.

¿Qué conseguimos por el bautismo, o sea, que efectos produce? El bautismo nos da la gracia santificante, quita el pecado original y todos los demás que tuviere el que se bautiza, imprime carácter en el alma haciéndonos cristianos para siempre.

Explicación:

1) *Da la gracia santificante por la que nos hacemos hijos de Dios y herederos del cielo.*

2) *Perdona los pecados:* el original y todos los pecados personales (si es adulto el que se bautiza), y también la pena o castigo temporal y eterno debido por los pecados.

3) *Imprime carácter sacramental*, o sea, una marca o señal espiritual en el alma que no se borra jamás.

San Gregorio Magno dice: «Todos los niños recién nacidos llevan en sí el pecado original, y los adultos, además, sus pecados personales; mas todos estos pecados desaparecen en la pila bautismal, como una chispa de fuego en la inmensidad del mar».

– El bautismo nos recuerda y actualiza el misterio Pascual, o sea, el Misterio de la Pasión y Resurrección del Señor, haciendo pasar a los bautizados de la muerte del pecado a la vida de gracia o amistad con Dios.

Por el bautismo somos «vivificados y resucitados con Cristo» (Ef. 2,5.6).

San Pablo, en Rom. 6,4, y ss., nos dice gráficamente cómo somos sepultados por el bautismo y luego resucitados con Cristo.

Esto lo entenderemos sabiendo que «bautizar» significa «sumergir», y al meter la cabeza del que se bautiza en el agua, entra en ella como en un sepulcro, y al salir deja allí todos los pecados, y aparece limpio de todos resucitado a una nueva vida, la vida de Dios.

Todos nacemos con el alma manchada por el pecado llamado «original», porque lo heredamos de nuestros primeros padres, y tanto este pecado como los personales se quitan por el bautismo.

– Sólo la Virgen María, por estar destinada a ser Madre de Dios, fue INMACULADA, o sea, concebida sin pecado original.

405

¿Quién es el ministro del bautismo? El ministro ordinario del bautismo es el sacerdote; pero en caso de necesidad puede bautizar cualquier hombre o mujer que tenga uso de razón.

¿Y cómo se ha de bautizar? Derramando agua natural sobre la cabeza del que se bautiza, diciendo al mismo

tiempo con intención de bautizar: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y de Espíritu Santo».

¿A qué se obliga el que recibe el bautismo? A profesar la fe y a guardar la Ley de Jesucristo.

¿A qué se renuncia por el santo bautismo? Por el santo bautismo se renuncia para siempre al demonio, a sus obras y a sus seducciones.

¿Cuántas clases hay de bautismo? Hay tres clases de bautismo, a saber: Bautismo *de deseo*, que es un acto de perfecto amor de Dios con dolor de los pecados y deseo, al menos implícito de recibir el sacramento; bautismo *de sangre*, que es el martirio, y bautismo *de agua*, que es el sacramento.

¿Quiénes son los padrinos? Los padrinos son los que presentan a la Iglesia al que ha de ser bautizado, y si éste no tiene uso de razón hacen en su nombre la profesión de fe y las promesas del bautismo.

El día del bautismo podíamos llamarlo el día más grande de nuestra vida, porque en el bautismo Dios nos dio la gracia o vida divina, que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo y a su vez miembros de su familia que es la Iglesia.

Nuestro deber de cristianos es vivir siempre en gracia, o sea, en amistad con Dios.

406

Ejemplo de una niña que se bautizó a los siete años

Este ejemplo lo presencié el que esto escribe. Estuve en un pueblo misionando unos días en el que había varios niños y algunos mayores sin bautizar. Los reuní a todos y les hable así: No sé si en este pueblo recordaréis a niñas que iban con vestido blanco a hacer su primera Comunión, y dijeron que sí. Yo añadí: si se cae un borrón de tinta en ese vestido ¡qué feo lo pone! Igualmente si uno no estuviera bautizado o bien después de bautizado, día en que queda el alma limpia y bella, cometiera un pecado grave, vg. dijera una blasfemia, entonces este pecado es como el borrón de tinta que ensucia-ba al alma y estaría negra a los ojos de Dios.

Pues bien, para que el alma no permanezca negra, deben bautizarse los que no lo estuvieran, y confesarse los que la tienen manchada por pecados graves... Esto lo oyó la niña de siete años, y le impresionó tanto, que se salió de aquella reunión corriendo y se fue a su madre y le dijo: «Mamá, póngame la ropa maja, que yo quiero ser cristiana»..., y luego vino a mí la madre llorando con la niña por lo que ella le había dicho, y me dijo que la preparase para el bautismo.

Al día siguiente de estarla preparando, ya me dijo: «¿Cuándo me bautiza?» Yo le volví también a decir: «Ya te bautizaré», y ella, intranquila, replicó: «Siempre me dice: “Ya te bautizaré, y no me bautiza”...».

Al fin, a los pocos días la bauticé, y quedó muy contenta... y sucedió que al volver yo por aquel pueblo a los tres o cuatro meses, que celebraban una fiesta, llamé a todos los niños y de nuevo les hablé diciendo: «Mañana es la fiesta de este pueblo, y podéis confesaros para poder comulgar», y dirigiéndome a la niña bautizada, le dije: «Ahora puedes recibir otro sacramento, el de la penitencia, para que se te perdonen los pecados que tuvieras», y me contestó: «Padre, yo no tengo pecados, ¿cómo iba a pecar después de estar en gracia y ofender a Dios?»...

Esta respuesta me impresionó, porque vi lo mucho que estimaba el estar en gracia de Dios. ¡Ojalá todos la estimásemos así! Este es el camino de la santidad.

407

2.º EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION

Jesucristo instituyó el sacramento de la confirmación (así lo dicen los concilios de Lión en 1274, y después el de Florencia y el de Trento), y aunque los Evangelios no nos dicen el momento preciso de su institución, sabemos que los apóstoles lo recibieron de Jesucristo, porque ellos se nos presentan como *«ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios»* (1 Cor. 4,1) y no como autores. San Cipriano en el siglo III y San Jerónimo en el IV nos hablan de la administración de este sacramento...

¿Qué es la confirmación? La confirmación es el sacramento que nos aumenta la gracia del Espíritu Santo para fortalecernos en la fe y hacernos soldados y apóstoles de Cristo.

¿Qué efectos produce la confirmación, o qué es lo que nos da?

1.º *Nos da el Espíritu Santo con plenitud* y mayor eficacia para luchar por Cristo. Decimos «con plenitud», porque ya el Espíritu Santo se nos da en el bautismo, pues habita en el alma de todo cristiano (1 Cor. 6,19).

2.º *Nos da a su vez un aumento de gracia santificante*, recibida por primera vez en el bautismo, para fortalecer en el cristiano esa vida bautismal y así pueda más fácilmente vencer las pasiones o dificultades que halle en la profesión o ejercicio de su fe.

408

¿Cómo se le da al confirmado el aumento de la gracia?

Se le da por la imposición de las manos y la unción sagrada.

En los Hechos de los Apóstoles leemos que a los que habían recibido la Palabra de Dios y se habían bautizado, luego los apóstoles les imponían las manos para que recibieran el Espíritu Santo:

«Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo» (Hech. 8,17) (Véase también: Hech. 19, 5-6).

3.º *Nos da la gracia sacramental*, o sea, la propia y específica de este sacramento, que es la que fortalece al alma para confesar valiente y públicamente la fe ante los hombres y defenderla contra los enemigos de Cristo. (Léase Mt. 10,32-33).

El Concilio Vaticano II dice:

«Los confirmados se obligan con mayor compromiso

a difundir y defender la fe con sus palabras y sus obras como verdaderos testigos de Cristo» (LG. 11).

«Al apostolado están llamados todos los fieles por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación» (LG. 33).

409

4.º La confirmación nos da el «carácter» de soldados de Cristo. Este «carácter sacramental» es una señal indeleble que imprime en el alma del que lo recibe válidamente, en virtud de la cual el bautizado se hace «testigo y soldado de Cristo» y, como dice Santo Tomás, recibe la potestad de confesar públicamente y como «por oficio» la fe de Cristo. Y por ser el «carácter» una señal indeleble, este sacramento no puede repetirse.

«Testigo de Cristo» es el que de palabra y con su vida da testimonio a favor de Cristo y de su Evangelio, y lo confiesa públicamente sin avergonzarse de El (Lc. 9,26), y está dispuesto a dar su vida por El, si fuera preciso.

Muchos son los ejemplos de mártires que tuvieron valor para confesar y defender a Cristo: Juan Bautista, Esteban (el protomártir), María Goreti, etc.

El nuevo descenso del Espíritu Santo el día de la confirmación nos recuerda el milagro de Pentecostés, pues en él Dios derrama sobre los que se confirman mayores gracias y también sus dones con lo que quedan capacitados para el apostolado y servicio de la comunidad cristiana (LG. 33).

¿Cómo se debe recibir la confirmación? La confirmación se debe recibir en estado de gracia y conociendo las principales verdades cristianas.

410

¿Cómo se administra la confirmación? La confirma-

ción se administra mediante la imposición de las manos del Obispo, la unción con el santo Crisma y las palabras sacramentales: «*N. recibe por esta señal el don del Espíritu Santo*».

¿Cuántas cosas son necesarias para recibir la confirmación?

Son necesarias seis cosas:

– Tres *para la validez*: 1.^a Estar bautizado; 2.^a No estar confirmado; 3.^a Tener intención de recibir este sacramento, si es adulto.

– Tres *para la licitud*: 1.^a Estar en gracia de Dios; 2.^a Saber la doctrina según la edad; 3.^a tener padrino.

Advertencia:

Como en una catequesis preparatoria para recibir la Confirmación, se impone el hablar del Espíritu Santo (porque en este sacramento se nos da con plenitud), por eso puede verse lo más esencial que sabemos de El en los núms. 123 y sigts.

411

3.º SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

La penitencia puede considerarse como *virtud* y como *sacramento*. Como virtud, es una «detestación y dolor del pecado cometido con propósito de no querer pecar más»; pero aquí tratamos de la penitencia como «sacramento», rito instituido por Jesucristo en el que se perdonan los pecados cometidos después del bautismo por medio de la absolución sacramental.

Se llama también este sacramento *confesión* por ser necesario confesar los pecados para recibir el perdón (OT.5).

¿Qué es la penitencia? Es el sacramento que perdona los pecados cometidos después del bautismo.

Este sacramento de la penitencia lo instituyó Jesucristo después de su resurrección y antes de subir al cielo, y transmitió a los apóstoles y en ellos a la Iglesia (a los

obispos y sacerdotes) el poder de perdonar y retener los pecados, y de ejercer la misericordia de Dios con estas palabras:

Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuvieris, les serán retenidos (Jn. 20,23).

412

Necesidad de este sacramento. El sacramento de la penitencia es necesario para todo cristiano que haya cometido pecado mortal, y además por precepto de la Iglesia una vez al año, si se ha de comulgar, o en peligro de muerte, siempre que tenga conciencia de estar en pecado mortal. Es lo menos que se nos pide, al menos una vez al año, pero debiéramos hacerlo con bastante frecuencia, y aun teniendo sólo pecados veniales, porque la confesión nos ayuda a purificar el alma y a recibir gracias especiales.

413

Disposiciones del penitente

Un sacerdote o ministro de la Iglesia pronuncia eficazmente las palabras de la absolución cuando el pecador se dispone a recibir debidamente este sacramento. A este fin se requieren estas cinco cosas:

1.º *Examen de conciencia* (especialmente por los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y mediante este examen, reconocer sus culpas).

2.º *Contrición de corazón* (ésta se da, cuando conociendo el pecado, se aborrece y detesta).

3.º *Propósito de la enmienda* (formar la resolución de no volver a pecar y cambiar de vida).

4.º *Confesión de boca* (esto es, declarar con sinceridad y humildad los pecados mortales al confesor, y conviene decir también los veniales. El que se acerque al confesor sin ánimo de decir la verdad y ocultar pecados, es mejor que no se confiese, porque cometería un grave pecado de sacrilegio, y saldría del confesionario con un pecado más de los que tenía, es decir, su confesión sería nula).

5.º *Satisfacción de obra* (satisfacer a Dios por el mal que se hizo, o sea cumplir lo antes posible la penitencia impuesta por el confesor).

414

Lo más importante en la confesión es el dolor, porque sin dolor la confesión no sería válida. Conviene saber que los pecados mortales se pueden perdonar por un acto de perfecta contrición, con propósito de confesarse. Hay dos clases de contrición:

1. *Contrición perfecta* es un dolor o pesar sobrenatural o como un sentimiento o pena de haber ofendido a Dios por ser infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas.

Por este dolor de contrición perfecta, por nacer de la caridad, si uno hace propósito de confesarse cuando sea posible, se le perdonan en el acto sus pecados.

Conviene decir que el dolor no hace falta sentirlo, sino quererlo. Dios no mira los sentimientos, sino los propósitos.

2. *Contrición imperfecta o atrición* es un dolor de haber ofendido a Dios por temor a ser castigado con el infierno o por la misma fealdad del pecado.

La *atrición* nace del temor; mas la *contrición perfecta* nace del amor filial, y por eso por esta contrición se le perdonan los pecados antes de que uno se confiese.

Para confesarse uno bien hasta el dolor de atrición;

pero mejor y más seguro es llevar el de perfecta contrición. El dolor se ha de tener antes de que el confesor absuelva al pecador.

415

Advertencias:

1) Dios nos perdona siempre que nos acercamos a El con pena de haber pecado y con deseo sincero de no volver a pecar.

2) El sacramento de la penitencia lo recibimos cuando nos confesamos bien y recibimos la absolución.

3) Confesión es manifestar los pecados al confesor para recibir la absolución.

La confesión de boca trae origen de Jesucristo, pues El fue el que dio a los apóstoles y sucesores el poder de *perdonar y retener* los pecados.

4) El sacerdote en el confesionario representa a Jesucristo, que vino a salvar a los pecadores y por eso nadie se debe acercar a él con temor o vergüenza, sino con gran confianza en la misericordia de Dios que nos ofrece el perdón, y por tanto deberá confesarse bien, pues el que oculta o no confiesa por vergüenza algún pecado grave al confesor comete *un sacrilegio*, y es preferible, como ya queda dicho, no confesarse antes que confesarse mal.

En este sacramento nos perdona con gran misericordia y nos da su gracia o amistad divina.

5) No basta decir los pecados al confesor y retirarnos enseguida del confesionario.

Una vez dichos, hay que esperar a recibir la absolución, pues no quedan perdonados hasta que él no diga: «Yo te absuelvo...». Cuando el sacerdote dice: «*Yo te absuelvo*», es Cristo el que absuelve y perdona nuestros pecados.

Materia, forma, ministro y sujeto de la Penitencia

– *Materia* del sacramento de la penitencia, se considera como tal los actos de penitencia: contrición, confesión y satisfacción (D. 896).

– *Forma*, son las palabras de la absolución: *Yo te absuelvo de tus pecados...*

– *Ministro*, es el sacerdote que absuelve (y para esto tiene poder de jurisdicción).

– *Sujeto* es cualquier bautizado que haya cometido algún pecado mortal o venial.

¿Cómo confesarse?

Hay tres maneras de celebrar la confesión:

1.^a *Confesarse con confesión y absolución individuales*, como ha solido hacerse siempre.

2.^a *Confesión individual después de una liturgia o celebración penitencial comunitaria*, en la que una vez preparados, se acerca cada uno a su confesor, se confiesa, y recibe la absolución individual.

3.^a *Confesión con la absolución colectiva*, esto es, cuando sin confesión específica de los pecados, por la *urgencia del peligro* o por la *imposibilidad* de confesión individual se da la absolución colectiva, es decir, a todos de una vez, pero *queda la obligación de confesarse individualmente* cuando puedan.

Esta tercera forma no es válida si no hay necesidad urgente, y no se puede admitir ésta, fuera de las condiciones previstas por cada obispo, y siempre hay que tener en

cuenta que luego persiste la obligación de confesarse individualmente.

418

Palabras de la absolución

He aquí las que pronuncia el confesor sobre el penitente al acabarse de confesar:

«Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz.

Y YO TE ABSUELVO DE TUS PECADOS, EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO. AMEN.

Dad gracias al Señor, porque es bueno.

Respuesta: Porque es eterna su misericordia.

Perdonados son tus pecados. Vete en paz.

419

EL PECADO Y SU MALICIA

Hay diversas clases de pecados: *el pecado original*, con el que todos nacemos, y, como hemos dicho, se quita por el bautismo, y nuestros *pecados personales*, los cometidos después del bautismo, se nos perdonan por el sacramento de la penitencia. Importa, pues, mucho que sepamos qué es el pecado en sí y qué es el pecado original.

¿Qué es pecado?

San Juan nos da esta definición: «*El pecado es la transgresión de la Ley de Dios*» (1 Jn. 3,4). Pecado es oponerse a la voluntad de Dios que se nos manifiesta en

sus mandamientos. Si Dios te dice: «Ama a tu prójimo, no robes, santifica las fiestas, etc.», y tu respondieras: «No quiero», entonces cometerías pecado.

En consecuencia: Pecado es toda desobediencia a la ley de Dios.

El pecado puede ser mortal y venial. *Pecado mortal* es hacer, pensar o desear algo contra la ley de Dios en materia grave, y materia grave es: Matar, blasfemar, no asistir a Misa los domingos y días festivos, cometer actos impuros, etc. Se llama «mortal» porque causa la muerte al alma, al quitarle la gracia santificante, que es su vida sobrenatural.

Las condiciones del pecado mortal son: *Materia grave*, *plena advertencia* a la gravedad de lo mandado o prohibido, y *pleno consentimiento* de parte de la voluntad.

Pecado venial es la desobediencia a Dios en materia leve, como es una murmuración corriente o una mentira...; o en materia grave, pero sin plena advertencia o sin pleno consentimiento.

Cuando uno tenga la desgracia de caer en pecado mortal, lo que debe hacer es pedir perdón a Dios con un acto de contrición perfecta y hacer cuanto antes una buena confesión.

420

¿*Qué es el pecado original?* Es aquel con que todos nacemos heredado de nuestros primeros padres. Nuestros primeros padres fueron Adán y Eva, y de ellos descendemos todos los hombres (Hech. 17,26). Dios los colocó en un lugar delicioso, llamado «paraíso terrenal», y les concedió para ellos y para sus descendientes los dones de gracia, de inmortalidad, de estar libres de la concupiscencia o inclinación al pecado y del dolor.

El precepto que Dios impuso a nuestros primeros pa-

dres fue éste: *«De todos los árboles del paraíso puedes comer; pero del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, irremisiblemente morirás»* (Gén. 2,15-17)

El diablo (al que le sirvió de máscara la serpiente) tentó a nuestros primeros padres y pecaron, comiendo del fruto prohibido, y por este pecado que fue de *desobediencia* con raíz en la soberbia, (pues pecaron por querer ser como Dios), perdieron el don de la gracia y demás dones, quedando sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

421

El pecado original fue cometido personalmente por Adán y, por ser cabeza de la humanidad, se transmite a todos los hombres, sus descendientes por generación. Así lo dice el apóstol San Pablo:

«Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado» en Adán (Rom. 5,12).

Este pecado original y todos los personales que uno tuviera se quitan por el bautismo y entonces se nos da la gracia santificante o vida sobrenatural.

El pecado de nuestros primeros padres se llama «original», para indicar que no lo cometimos nosotros personalmente, sino que lo heredamos de Adán, «origen» del género humano.

La malicia de este pecado es muy grande por cuanto convirtió a este mundo en un valle de lágrimas, arrojando a nuestros primeros padres del paraíso terrenal. Todo pecado es una gran ofensa a Dios, y por sus efectos conocemos la malicia del mismo. Los ángeles por el pecado se convirtieron en demonios..., y nuestros pecados son a veces causa de grandes dolores y castigos...

El pecado es una ingratitud y una grande ofensa hecha a Dios nuestro Creador y Bienhechor que nos ha dado la vida y nos la conserva... El pecado exigió la muerte de su Hijo muy amado, pues Jesucristo vino a la tierra y quiso hacerse hombre para poder sufrir ofreciendo el sacrificio de su vida en la cruz para obtener el perdón de nuestros pecados y devolvernos la gracia y la amistad de Dios.... El pecado es causa de todos los males, y por eso Dios insiste hablándonos a cada paso en las Sagradas Escrituras que observemos con fidelidad sus santos mandamientos, y así nos dice:

«Mirad que hoy pongo delante de vosotros bendición y maldición: la bendición, si observáis los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios...; la maldición si no los observáis y os apartáis del camino que os prescribo...» (Dt. 11,26-27).

4.º EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

¿Qué es la Eucaristía?

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino.

Este sacramento fue instituido por Jesucristo. El Concilio Vaticano II nos lo dice así: «Nuestro Salvador en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre bajo los signos del pan y del vino» (SC. 47).

Para entender bien este misterio tenemos que reconocer que el mismo Jesucristo *prometió* la Eucaristía y *la instituyó*.

Promesa de la Eucaristía.

Esta tuvo lugar en la Sinagoga de Cafarnaún. Después de dar de comer a cinco mil hombres (sin contar mujeres ni niños, como dice el Evangelio), haciendo el milagro de la multiplicación de cinco panes y dos peces para que comieran todos, Jesús se apartó de ellos y muchos le siguieron hasta Cafarnaún, y entonces vuelto a ellos, les dice:

«Me buscáis por el pan que os he dado hasta quedar saciados; pero buscad el pan que dura hasta la vida eterna»... y en medio de su discurso, les dijo: *«Yo soy el pan vivo bajado del cielo, si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente y Yo lo resucitaré en el último día... Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida...».*

Algunos dijeron: *Duro es este discurso.* Creyeron que les iba a dar de comer su cuerpo y sangre como se da en el mercado...; mas El no retractó, sino que repitió: *En verdad, en verdad, os digo, que el que no come mi carne y bebe mi sangre no tendrá vida en él»...* (Ellos no entendieron que iba a dar a todos de comer su cuerpo y sangre de un modo sacramental, pero real).

424

Institución de la Eucaristía. La Misa.

Jesucristo, en la última Cena, cumplió lo que había prometido, cuando tomó el pan en sus manos y bendiciéndolo dijo a sus apóstoles: *Tomad y comed, ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros...* (Mt. 26,26).

Además de los apóstoles San Mateo, San Marcos y San Lucas, tenemos que también San Pablo nos refiere el hecho de la institución de la Eucaristía, y este apóstol nos lo dice así:

El Señor Jesús en la noche en que fue entregado, tomó el pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: ESTE ES EL CALIZ DE LA NUEVA ALIANZA EN MI SANGRE. Haced esto en memoria mía (1 Cor. 11,23-26).

Por estas palabras: ESTO ES MI CUERPO, esta es mi sangre, Jesucristo cambió el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre. Y por las palabras: HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA, dio a sus apóstoles y a todos los sacerdotes el poder de cambiar, como El, el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre.

Notemos también que Jesús dijo: Esto es mi cuerpo QUE SERA ENTREGADO POR VOSOTROS, y como (al día siguiente, el Viernes Santo, en que fue crucificado) no fue entregado otro cuerpo por nosotros en la cruz, ni derramada otra sangre que la de Jesús, síguese necesariamente que Cristo verdadero Dios y verdadero hombre se contiene en la Eucaristía.

Y como el poder de consagrar, o sea, de convertir el pan en el cuerpo de Cristo, y el vino en su sangre, fue concedido por El a sus apóstoles y por ellos transmitido a sus sucesores en virtud del mandato: HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA, síguese también que cuando ellos dicen: ESTO ES MI CUERPO, Cristo queda presente bajo las especies del pan... Y cuantas veces celebran la Eucaristía «anuncian la muerte del Señor hasta que El venga» (1 Cor. 11,26).

425

El sacrificio de la Misa

En el «Credo del Pueblo de Dios» se nos dice: «Cree-mos que en la Misa celebrada por el sacerdote, represen-

tante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es el sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares».

El sacrificio de la Misa es, pues, en sustancia el mismo que ofreció Jesucristo en el Calvario, porque en uno y en otro el mismo Jesucristo es *Sacerdote y Víctima*, con la diferencia que allí se ofreció por sí mismo de modo cruento, o sea, con derramamiento de sangre, y aquí se ofrece por medio del sacerdote de modo incruento bajo las especies de pan y vino.

426

El sacrificio de la Misa es esencialmente la representación y renovación, o mejor dicho actualización de la cruz, es decir, la Misa no es una imagen o representación, sino la verdadera realización de aquel único sacrificio de Jesucristo en la cruz.

El Concilio de Trento nos dice:

«El único sacrificio que Cristo ofreció de manera cruenta en la cruz se renueva y prolonga de manera incruenta en el altar y nos aplica los frutos de la redención».

Los protestantes dicen que el verdadero sacrificio debe ser cruento, y como el sacrificio de la cruz fue suficiente para redimirnos, no es necesaria la Misa o renovación de aquel sacrificio.

A esto diremos que el sacrificio de la Misa, aunque incruento, es verdadero sacrificio, y si bien es cierto que el sacrificio de la cruz bastó para redimirnos, pues es de valor infinito; sin embargo, el sacrificio de la Misa se actualiza y se perpetúa ahora no para adquirir los méritos o añadir eficacia alguna al del Calvario, sino *para aplicar-*

nos los méritos de la redención o fruto de aquel. No se trata, pues, de nueva propiciación, sino de *aplicación y distribución* de los frutos o gracias merecidas por Cristo en la Cruz.

En conclusión: El sacrificio de la cruz fue para hacer la redención, y el sacrificio de la Misa es para *aplicarla*. (Véase mi libro: «*Catequesis sobre la Santa Misa*»).

427

La Misa es sacrificio y sacramento

La Misa es ante todo un sacrificio; pero es sacrificio con Comunión de la Víctima sacrificada. Normalmente se da la Comunión en la Misa, o sea, a continuación del sacrificio.

Hay almas de buena voluntad, pero sin suficiente instrucción, que dicen que van a Misa por comulgar, y separan el sacrificio del sacramento. Tienen buena fe, pero les falta verdadera fe.

Conviene, pues, saber que la Misa es *sacrificio y sacramento*. Prácticamente son inseparables el sacrificio de la Misa y el sacramento; pero se distinguen.

En la virtud de las palabras de la consagración, Jesucristo se hace presente en la Hostia Santa, y *se ofrece al Padre* en satisfacción por nuestros pecados, y en el sacramento *se da a los fieles*.

Esto equivale a decir que primero es el sacrificio de la Misa que hace presente a Jesucristo en el altar, y sin sacrificio no habría comunión sacramental, ni Reserva, ni exposición ni bendición con el Santísimo.

Primero, pues, en la Misa está la consagración de ambas especies, que constituyen el centro y la esencia del sacrificio, y sigue la Sagrada Comunión que es un complemento en forma de banquete eucarístico.

Después de lo expuesto tenemos que darnos cuenta que Jesucristo instituyó la Eucaristía 1) para *ofrecerse* en el santo sacrificio de la Misa; 2) para *dárseos en alimento* en la comunión, y 3) para estar *siempre presente* con nosotros.

Todo esto equivale a decir que: SACRIFICO, PRESENCIA REAL y COMUNION, son tres aspectos de este maravilloso misterio, obra del poder, del saber y del amor de Dios.

- Como SACRIFICIO es la Santa Misa.
- Como PRESENCIA REAL es el Santísimo.
- Como COMUNION es la recepción de la Eucaristía.

Pasaremos ahora a decir unas palabras sobre la Misa y la Comunión.

428

¿Qué es la Santa Misa?

La Santa Misa es el sacrificio del cuerpo y la sangre de Jesucristo que se ofrece a Dios por ministerio del sacerdote en memoria y renovación del sacrificio de la cruz.

La Misa es sacrificio porque en ella Jesucristo se ofrece como víctima en reconocimiento de la Suprema Majestad de Dios y reparación de nuestros pecados.

Partes fundamentales de la Misa

Las partes fundamentales de la Misa son dos: *la liturgia de la Palabra* y *la de la Eucaristía*, y están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto (SC. 56).

1.º *Liturgia de la Palabra*. En esta primera parte Dios habla a su pueblo, pues las lecturas bíblicas que se hacen del Antiguo y del Nuevo Testamento son «palabra de Dios escrita».

En la «homilía» que sigue a continuación también Dios nos habla por medio de su Iglesia, o sea, de sus ministros, los cuales explican el contenido de la palabra de Dios, ayudándonos así a comprenderla mejor y a aplicarla a nuestras vidas.

2.º *Liturgia de la Eucaristía.* Esta comienza cuando el sacerdote representa a Dios el pan y el vino, mas el momento principal es cuando Cristo *se hace presente* sobre el altar, al pronunciar el sacerdote las mismas palabras de Jesús en la última Cena:

ESTO ES MI CUERPO...

ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE...

Con estas palabras dichas por el sacerdote en la consagración, se renueva el sacrificio de la cruz, y damos gracias a Dios por el don de la redención y del mismo sacrificio.

Después de ofrecer los fieles el sacrificio juntamente con Jesucristo y con el sacerdote, reciben el cuerpo y la sangre del Señor como alimento de la nueva vida (Lit. 55).

Nosotros podemos presentar al Señor en el Ofertorio de la Misa juntamente con el sacerdote celebrante nuestra vida con nuestras obras y sufrimientos: estudio, alegrías, tristezas, descanso y trabajo...

429

Palabras de la Consagración

Muchos son los Padres de la Iglesia que nos hablan de las palabras de la consagración, o sea, del poder omnipotente de la palabras de Cristo. He aquí como se expresan algunos:

1) *San Ireneo, lib. 4 adv. haer:*

«El pan sobre el que se pronuncia la invocación de

Dios no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía».

2) *San Ambrosio, De sacr. 4,4,14:*

«¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo? Por la consagración. Pero, ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús. Porque todo lo demás que se dice anteriormente, la alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes y los demás, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. Así que es la palabra de Cristo la que obra el sacramento».

3) *San Cirilo de Jerusalén, Catec. 4,1:*

«Habiendo pronunciado el mismo Jesucristo y dicho del pan: “Esto es mi cuerpo”, ¿quién se atreverá a ponerlo en duda? Habiendo El mismo asegurado y dicho: “Esta es mi sangre”, ¿quién se atreverá a titubear y decir que no es su sangre?».

La transustanciación

La víspera de su muerte, Jesús tomó el pan y pronunció sobre él estas palabras: «*Esto es mi cuerpo*». Si «esto» antes era pan y ahora es el cuerpo de Cristo, síguese que ha habido el cambio de una cosa en otra, conversión de la realidad misma del pan en su cuerpo y la conversión de la realidad misma del vino en su sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades (o accidentes) del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos.

Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia de una manera muy apropiada «transustanciación» (*Credo del Pueblo de Dios*).

¿Por qué la Iglesia reserva en el Sagrario las hostias consagradas?

La Iglesia las reserva porque «en las hostias consagra-

das que quedan después de la celebración del sacrificio de la Misa, nuestro Señor está allí presente» (Encíclica *Mysterium fidei*). Y se reservan en el Sagrario para la comunión de los enfermos y para la adoración de los fieles.

Cristo resucitado prolonga así su sacrificio y su presencia en medio de su pueblo, como un nuevo tabernáculo.

430

Elementos de la Eucaristía

La Eucaristía o Santísimo Sacramento tiene, como todo Sacramento, *Materia y forma*:

- *La Materia* es el pan de trigo y el vino de uva.
- *La forma* son las palabras de la consagración: Esto es mi cuerpo; esta es mi sangre, o este es el cáliz de mi sangre...
- *Ministro de la consagración* es todo sacerdote válidamente ordenado, y *ministro de la distribución* de la Sagrada Comunión es también el sacerdote (y el diácono, y en caso extraordinario, para evitar profanaciones, etc., el simple cristiano).
- *Sujeto*, es una cualquiera persona bautizada, aunque se trate de un párvulo (D. 933).

431

La Sagrada Comunión

¿Qué es la Sagrada Comunión? La Sagrada Comunión es recibir al mismo Jesucristo bajo las especies de pan y vino.

Debemos tener presente que a Jesucristo le recibimos en la Comunión para que sea alimento de nuestras almas, nos aumente la gracia y nos de la vida eterna.

Las condiciones para comulgar, son cuatro:

1.^a *Estar en gracia de Dios*, o sea, limpios de pecado mortal. El que comulga en pecado mortal comete un horrible sacrilegio.

2.^a *Buena intención*, saber a quien vamos a recibir.

3.^a *Fe viva*, fervor, humildad y modestia. No acercarse al altar por rutina, vanidad o respeto humano.

4.^a *Guardar el ayuno eucarístico*, o sea, no haber comido ni bebido nada desde una hora antes de comulgar. El agua no rompe el ayuno.

432

¿Qué ha prometido Jesús a los que comulgan? Les ha prometido la vida eterna, porque dice: «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día*» (Jn. 6,54).

¿Qué dice San Pablo sobre la comunión indigna? San Pablo dice: «*Quien come el pan y bebe el Cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación*» (1 Cor. 11,27-29).

Todo el que se encuentre en estado de gracia y tenga recta intención (guardando el ayuno eucarístico) puede comulgar todos los días.

433

5.º EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

¿Qué es la Unción de los Enfermos?

La Unción de los enfermos es el sacramento de quie-

nes se encuentran en los últimos momentos de su vida.

– Este sacramento alivia el alma y el cuerpo del cristiano gravemente enfermo.

– El tiempo de recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez (SC. 73).

Institución de este sacramento

Aunque las palabras alusivas al sacramento de la Unión de los Enfermos las hallamos en la carta del apóstol Santiago, él no lo instituyó, sino que lo proclamó por haberlo instituido Jesucristo, como todos los otros sacramentos, según tenemos demostrado. He aquí las palabras del apóstol:

¿Enferma alguno de vosotros? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiese cometido le serán perdonados (Sant. 5,14-15).

434

¿Qué hacía Jesucristo ante los enfermos?

Jesucristo cuando iba predicando el Evangelio, curaba a los enfermos que le presentaban, a veces con una sola palabra, como hizo con el leproso: *Quiero, sé limpio* (Mc. 1,40-42), o con la imposición de las manos (Lc. 4,40).

Los apóstoles recibieron también la misión de curar enfermos con la simple imposición de las manos (Mc. 16,18) y otras veces los ungían con óleo y luego sanaban (Mc. 6,7-13).

Jesús curaba a unos enfermos en primer lugar *espiritualmente* y luego corporalmente (Lc. 5,20). Cuando un

enfermo esté en pecado, se le debe aconsejar que se arrepienta primero de sus pecados y se confiese para ponerse en amistad con Dios, y luego podrá pedir con mayor confianza la salud corporal.

435

Elementos de la Unción de los Enfermos

1. *Materia*, la unción del crisma sobre la frente que se hace con la imposición de las manos...
2. *Forma*, la oración que pronuncia el sacerdote.
3. *Ministro*, el sacerdote ministerial.
4. *Sujeto*, todo cristiano que, habiendo llegado al uso de la razón, se halle gravemente enfermo.

436

Efectos de la Unción de los enfermos

Según la doctrina de la Biblia y de los Concilios Vaticano II y de Trento, los efectos que se derivan de este sacramento, son:

- 1) *Borra los pecados* (entiéndanse los veniales y también los mortales cuando el enfermo ya no los puede confesar, si de ellos tiene dolor).
- 2) *Alivia y conforta* el alma del enfermo, disponiéndole para la visión de Dios.
- 3) *Ayuda al enfermo* a soportar las penas y molestias de la enfermedad y a resistir con mayor facilidad las tentaciones del demonio.
- 4) *A veces da la salud del cuerpo* si conviene para la salud del alma.

Este sacramento debe recibirse en gracia.

Palabras del sacerdote al administrar la Unción

El sacerdote al hacer la Unción sobre la frente y las manos del enfermo, traza con el dedo pulgar una cruz, y dice:

Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.

Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

Después de la Unción, si las circunstancias lo permiten, el sacerdote le da la Comunión del Cuerpo de Cristo como *Viático*, para que le sirva de fortaleza y como compañero en el tránsito de esta vida a la otra dichosa y eterna.

6.º EL SACRAMENTO DEL ORDEN SACERDOTAL

¿Qué es el Orden sacerdotal?

El Orden sacerdotal es el sacramento por el cual algunos cristianos son elevados a la dignidad de ministros de Dios.

Hay dos clases de sacerdocio: el *común* y el *jerárquico*.

1. *El sacerdocio común* es el que reciben todos los fieles por el sacramento del bautismo, que los incorpora a Cristo y a la Iglesia.

2. *El sacerdocio ministerial o jerárquico* es el que re-

ciben solamente *algunos* de entre los mismo fieles por medio del sacramento del Orden, que le da una potestad de consagrar, perdonar pecados, etc., de que carecen los simples fieles.

439

Institución del sacerdocio ministerial

Jesucristo instituyó este sacramento con el que se consagran los ministros del Señor, y lo instituyó al decir a sus apóstoles y sucesores estas palabras: *Haced esto en memoria mía* (Lc. 22,19; 1 Cor. 11,25; Conc. Trento).

Los poderes que les dio, y que ahora se confieren a los que reciben el sacramento del Orden, son:

- 1) El poder de *efectuar* (cosa que no puede hacer el simple fiel) y *ofrecer* el sacrificio.
- 2) El poder de *perdonar los pecados* (Jn. 20,23), y
- 3) El poder de *predicar oficialmente el Evangelio* a todas las gentes (Mt. 28,29; Mc. 16,15).

Dios concede estos poderes sacerdotales *para el servicio* del pueblo cristiano, y así lo dice el Concilio Vaticano II, al exponer cómo los seglares tienen el derecho de recibir de los sagrados pastores «ante todo los auxilios de la Palabra de Dios y de los sacramentos» (LG. 37).

440

Elementos de este sacramento

1. *Materia*, la imposición de las manos.
2. *Forma*, la oración o palabras que la acompañan.
3. *Ministro*, el obispo válidamente consagrado.
4. *Sujeto del Orden*, sólo todo varón bautizado, y no las mujeres «por el ejemplo registrado en las Sagradas Es-

crituras de Cristo quien escogió solamente entre los hombres a sus apóstoles y la práctica constante de la Iglesia (desde los apóstoles) que ha imitado a Cristo al escoger solamente a los hombres...» (Pablo VI).

441

Los ministros de Dios y su consagración

Los ministros de Dios son: El Papa, los obispos, los presbíteros y los diáconos, que dedican su vida al culto de Dios y a atender las necesidades del pueblo de Dios.

Son consagrados por la «imposición de las manos y oración o invocación del Espíritu Santo». En los Hechos leemos:

Los constituyeron presbíteros en cada Iglesia, por la imposición de las manos, orando y ayunando, y los encomendaron al Señor, en quien habían creído (14,22).

Según este texto y estos otros: 1 Tim. 4,14; Tito, 1,5; tenemos:

- 1) Que Cristo hizo sacerdotes a sus apóstoles,
- 2) Que los apóstoles consagraron a otros por la imposición de las manos; es decir, a través de los apóstoles, sus sucesores los obispos, recibieron la misma consagración y misión que ellos habían recibido de Cristo.
- 3) Y a través de los obispos la reciben los presbíteros... Desde los apóstoles hasta nuestros días se viene transmitiendo la potestad sacerdotal «por la imposición de las manos y la invocación del Espíritu Santo» (CD. 1).

442

La vocación sacerdotal

Dios llama a algunos fieles para que sean sus sacerdo-

tes o ministros del altar, y van al seminario, unos de pequeños, otros de mayores, y de estos muchos son de condición humilde, hijos de obreros y otros después de tener estudios de bachillerato o universitarios...

Ser sacerdote es ser «otro Cristo», es continuar su misión en la tierra para salvar almas, es predicar el Evangelio, perdonar y consagrar en su nombre.

Esta es una gran gracia y es una dignidad sublime que no todos comprenden.

Los sacerdotes o presbíteros *«son tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere para que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados...»* (Heb. 5,1; PO. 3).

Pidamos todos por las vocaciones sacerdotales. Envía, Señor, operarios a tu mies *«porque la mies es mucha y los trabajadores pocos»*...

Advertencia:

Respecto a los *diáconos*, hemos de decir que éstos reciben la imposición de manos «para el ministerio», y pueden administrar solemnemente el bautismo, distribuir la Eucaristía, bendecir el matrimonio, instruir a los fieles, etc.

443

7.º EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

¿Qué es el matrimonio?

El matrimonio es el sacramento que santifica la unión del hombre y la mujer y le da la gracia para que vivan en paz y críen hijos para el cielo.

Y según el Vaticano II: Este sacramento (que representa la unión de Cristo con la Iglesia) es «una comuni-

dad de vida y de amor, que se establece sobre la alianza (o contrato) de los esposos, es decir, sobre su *consentimiento* personal e irrevocable» (GS. 48).

¿Cuándo fue instituido el matrimonio?

El matrimonio fue instituido por Dios nuestro Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y a Eva para que viviesen *siempre* juntos en mutuo y fiel amor (Gén. 2,18-24).

Entonces dijo Dios:

Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne (Gén. 2,24).

Jesucristo santificó el matrimonio elevándolo a la dignidad de sacramento. Dios, pues, es el que quiere *la unidad* de la familia humana.

El matrimonio es fundamentalmente *uno* (de un hombre con una sola mujer) e *indisoluble*, o sea, unidos para siempre.

444

Jesucristo condena el divorcio

Cuando los fariseos le preguntaron a Jesús, tentándolo, si es lícito repudiar a su mujer, le dijo claramente:

Quien repudiare a su mujer, y se casare con otra, comete adulterio contra aquella, y si la que repudió a su marido, se casa con otro, comete adulterio (Mc. 10,6-12).

Tanto en este texto como en San Lucas (16,18) y en San Pablo (1 Cor.7,10-11) se nos habla claramente de la indisolubilidad del matrimonio. De aquí que la excepción referida por San Mateo (5,32): «*excepto por caso de fornicación*» o «*por causa de adulterio*» (Mt. 19,4 ss), deben

tomarse las palabras «fornicación» (*porneia* en griego) y la de «adulterio» (por referirse al matrimonio llamado *zanut* por los rabinos, que era ilegal), en el sentido de *concubinato o unión ilegítima*.

Y en este caso el que rompe esa unión ilegal (por no existir verdadero matrimonio) y se casa con otro no comete adulterio; mas el que está unido legítimamente a su mujer, no debe separarse, porque cometería adulterio: «*Lo que Dios unió que no lo separe el hombre*» (Gén. 2,24).

«En este *no lo separe el hombre*, dice Juan Pablo II, está contenida la grandeza esencial del matrimonio y, al mismo tiempo, la unidad moral de la familia».

445

La procreación y educación de los hijos

Este es el fin primario del matrimonio, y los casados pudiendo tener los hijos posibles (que serán su corona y su gloria) deberán no impedirlo y ponerse de acuerdo al decidir sobre el número de hijos sabiendo conjugar armónicamente la paternidad responsable con la generosidad.

El acto procreador no es sólo bueno, sino santo, siempre que se lleve a cabo según su sentido natural, pues todo acto impuro fuera del matrimonio es pecado, y «como el acto del matrimonio está por su misma naturaleza destinado a la generación de la prole, quienes en su ejercicio lo destituyen adrede de esta su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometen una acción intrínsecamente torpe y deshonestas» (*Pío XI Casti connubii* y *Pío XII* y Juan XXIII hablan en el mismo sentido).

«Si para espaciar los nacimientos existen serios motivos, derivados de las condiciones físicas o psicológicas de los cónyuges, o de circunstancias exteriores, la Iglesia en-

seña que entonces es lícito tener en cuenta los ritmos naturales, inmanentes o funciones generadoras, para usar del matrimonio sólo en los períodos infecundos, y así regular la natalidad sin ofender los principios morales» (Pablo VI. Enc. Humanae vitae; 16).

446

Fines del matrimonio. Los fines del matrimonio son: la procreación de los hijos y su educación, y también el fomentar la ayuda mutua y el amor entre los esposos, y huyan de la fornicación, teniendo el marido su mujer y la mujer su marido.

El acto matrimonial para tener hijos, obliga gravemente y en justicia, cuando uno de los esposos lo pide seria y razonablemente, y tal caso debe realizarse buscando los fines del matrimonio, o sea, realizarse o perfeccionarse los esposos mediante el amor, confianza, fidelidad o el deseo de los hijos.

Un vicio contra el matrimonio es la esterilización artificial directa, o sea, el buscarla como medio o como fin para hacer imposible la procreación, sea con píldoras u otros métodos. Esto es un grave pecado.

Conviene saber que la píldora no siempre evita tener hijos y es perjudicial a la salud de la madre y a su equilibrio físico y psicológico.

La esterilidad indirecta, o sea, la que se realiza con píldora u otros anticonceptivos, es permitida si se hace no con miras a impedir la concepción, sino sólo por indicación médica como remedio necesario a causa de una enfermedad.

447

En consecuencia. Procuren los padres, si es posible,

no impedir el tener más hijos. Cierta día me dio pena oír a un párroco que atendía a varios pueblos, (y con él que hablaba de la catequesis y primeras comuniones de los niños) esta exclamación: En mis pueblos iya no hay niños! Cada vez hay menos. Hay familias que el egoísmo las ha llevado a conformarse con uno o dos hijos para que toquen a mayor herencia el día de mañana y en su ancianidad se han visto solos y terminan perdiendo las herencias materiales que soñaban, y Dios quiera que por apegarse a lo material no pierdan la herencia espiritual y eterna.

A muchos matrimonios había que decirles: ¿Dónde están los hijos que Dios destinaba a ver la luz del día? ¿No será un gran crimen arrojar a la nada seres llamados a la vida eterna? Padres de familia, pensadlo para no ser responsables ante Dios, pues os puede llegar el día de veros abandonados en vuestra vejez...

448

Elementos de este sacramento

1. *Materia*: el derecho mutuo sobre los cuerpos, manifestado por el consentimiento.

2. *Forma*, el consentimiento matrimonial.

3. *Ministro*, son los propios contrayentes, pues el sacerdote que asiste no es más que un testigo autorizado por la Iglesia.

4. *Sujeto*, son los mismos contrayentes.

El amor mutuo de los esposos ha de ser imagen viva del amor que une a Cristo con la Iglesia, por la que Cristo se ha sacrificado hasta dar su vida. Así lo dice San Pablo (Ef. 5,25).

Los que se casan tienen que amarse mucho teniendo por modelo el amor y la unión de Cristo con la Iglesia. Este amor de Cristo a su Iglesia es un amor puro y casto,

y así debe ser el de los esposos... y el de los que entablan relaciones. Cuando las relaciones son castas es más estable el matrimonio.

449

Consejo a los jóvenes. Si Dios no te llama a la vida religiosa y empieza a agradarte un chico, chica..., es natural; pero se limpia, que tus relaciones sean castas, que no tengas que llorar. «El amor viene de Dios» y amor «auténticamente» es querer el bien de otro y no amarme a mí solamente.

Evita el matrimonio de interés, de conveniencia o de pasión. Los esposos deben unirse ante todo con ligaduras de amor espiritual, que ni el tiempo ni el espacio pueden romper.

El que no es fiel a Dios, no espere que te sea fiel a ti. Cumple siempre tu deber religioso. «La familia que reza unida, vive y permanece unida».

Antes de que te cases, mira bien lo que haces. El matrimonio no tiene noviciado, como lo tiene la vida religiosa, y una vez contraído, no puede volverse atrás pues es indisoluble.

Y por lo mismo, los ya casados, si sobrevienen causas graves, deberán reflexionar mucho antes de pedir la separación y ver medios de saberse amar y soportar y enmendar, procurando acomodar el carácter del uno al otro, y así evitar los grandes males que le sobrevendrían a ellos y a los hijos (Véanse mis libros: «Preparación para el matrimonio» y «El divorcio y el aborto»).

Los esposos son libres para hacer entre ellos un pacto mutuo, o sea, para darse el sí matrimonial, pero, una vez dado, se establece un vínculo que depende únicamente de Dios, que quiere poner a salvo los bienes que El ha encerrado en la familia, y estos son: el amor, la educación y

protección de los hijos, la dignidad humana y el bienestar de la familia.

450

La vida religiosa

Hay algunas almas que renuncian al matrimonio, mas esta renuncia no debe ser por fines egoístas, sino por un amor sobrenatural y de entrega al servicio de Dios y del prójimo. Las que se dedican a llevar una vida religiosa, lo suelen hacer con los votos de castidad, pobreza y obediencia.

¡Cuánta labor apostólica están haciendo las religiosas consagradas a Dios en hospitales, asilos de ancianos o enseñanza en los colegios..., y hasta en los claustros con su oración y sacrificios en favor del mundo pecador!

¡El que se sienta capaz de este don, adelante!

PARTE COMPLEMENTARIA DE LA RELIGION

Esta parte es complementaria de las anteriores por las materias que se expresan en ella: virtudes cristianas, pecados capitales, enemigos del alma, las bienaventuranzas y los novísimos. Dejo para el final del libro el tratado de la oración por las preces y oraciones que deben saberse, y aunque ya figuran en todos los Catecismos, no estará mal ponerlas también en una Enciclopedia de todos los tratados de religión.

451

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Hay siete virtudes principales: tres llamadas *teologales* porque dicen relación *inmediata* a Dios, y son *la fe, la esperanza y la caridad*, y las otras cuatro llamadas «*cardinales*» (del latín *cardo*=quicio) porque alrededor de ellas giran las muchas *virtudes morales*, como la puerta sobre sus goznes o quicios, y son: *Prudencia, justicia, fortaleza y templanza*.

La mayor de todas las virtudes en orden a la perfección y la más excelsa, como nos dice San Pablo, es la ca-

ridad (1 Cor. 13), y así es por ser la que más une íntimamente con Dios, y porque es la única que permanece eternamente en el cielo, ya que la fe desaparece al ser sustituida por la visión de Dios y lo mismo la esperanza. De la fe ya hemos hablado (Ved. núms, 215 y sigts).

452

La esperanza es una virtud por la que esperamos de Dios, con firme confianza, el cielo y las gracias necesarias para alcanzarlo. Vivimos con esta esperanza porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido y porque El es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1,1). «*Esta es la promesa que El nos hizo la vida eterna*» (1 Jn. 2,25).

La caridad es la virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios por sí mismo sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios, y debemos amarle porque es infinitamente bueno (Ved núms. 335-337).

453

La primera virtud cristiana en cuanto que *es fundamento* de la vida sobrenatural, es la fe, porque todas las virtudes e incluso la caridad presuponen la fe, pues, como dice San Ambrosio: «La fe es el fundamento sólido de todas las virtudes». Si en realidad yo no tengo fe, ¿cómo he de esperar en Dios y amarle? Si yo no creo en Dios, ¿cómo puedo esperar en El? Y ¿cómo podré guardar la humildad y ser casto, si no creo que Dios nos impone estas virtudes con expreso mandamiento, y nos reserva castigos en caso de infracción?

Las virtudes morales

Estas son las que se derivan de las llamadas «cardina-

les» y se vienen a reducir a las siguientes: *Obediencia, paciencia, Magnanimidad, castidad, virginidad, mansedumbre, clemencia, modestia, humildad, penitencia...*

Como todas estas virtudes las tengo tratadas en el libro titulado: LAS VIRTUDES CRISTIANAS, remito a mis lectores a él.

454

PECADOS CAPITALES

¿Qué es el pecado? «El pecado es la transgresión de la ley de Dios» (1 Jn. 3,4). Hay siete pecados o vicios que llamamos «capitales», porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados, y el jefe de todos ellos es la soberbia.

1) Soberbia

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos.

El orgullo es el vicio opuesto a la virtud de la humildad, el cual es la señal más evidente de reprobación (S. Greg. Magno).

Del orgullo nace el desprecio de los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores (S. J. Crisóstomo).

Como el orgullo es el principio de todos los crímenes, es también la ruina de todas las virtudes. El orgullo es el primero en la senda del pecado y el último en la del arrepentimiento (San Bernardo).

No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males (Tob. 4,14). Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia (1 Ped. 5,5).

El orgulloso cree saber hasta lo que ignora..., no quiere recibir lecciones ni consejos...; es terco...; por estas razones hay pocas esperanzas de verle convertido. El orgullo hace su propia voluntad, y la humildad hace la voluntad de Dios...

Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error (S. Agustín).

De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo (Filomeno).

El orgullo es el complemento de la ignorancia (Fontenelle).

Cuando el orgullo va delante, la vergüenza y el perjuicio siguen detrás (Luis XI de Francia).

La mayor necedad del hombre es la soberbia... Y sentir ser despreciado del mundo es ser más soberbio que el mundo (Quevedo).

El orgulloso se conoce por cuatro señales: 1. El orgulloso cree no deber a nadie lo que posee... 2. Cree no deberlo más que a su propio mérito... 3. Se vanagloria de lo que tiene... 4. Desprecia a los demás, y desea que todos sepan que tiene mucho.

Mientras el orgullo da origen a las discordias y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia.

2. Avaricia

La avaricia es un pecado capital, fuente de muchos pecados... y causa de desavenencias. La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos...

Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro (San Agustín).

El que quiera ser rico en Dios no amontone dinero para sí; antes, al contrario, distribuya a los pobres el que posee... ¿Quién es el verdadero rico? El que nada desea. ¿Quién es el verdadero pobre? El avaro (San Beda).

(El avaro en su locura), amontona tesoros e ignora para quien los reúne (Sal. 39,7). Dejará sus riquezas a extraños y no le quedará más que el sepulcro (Salm. 49,11). Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda (Lc. 12,15).

458

La caridad une a los hombres, el egoísmo los separa (Aparisi). La avaricia hace ocioso al hombre, la liberalidad lo hace amable (Boecio).

Monstruo ordinario es la avaricia de los viejos. «El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitre que vuela alrededor de su cadáver» (Séneca).

Se desprendido. «La codicia rompe el saco», y «quien más tiene más quiere» (Refrán). ¿Para quién amontonas? Job dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá» (1,21).

¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes, sino en dominar tu codicia (Epicuro). Piensa que

la Escritura Santa nos revela que la avaricia es un pecado grave, por cuanto «ni los avaros poseerán el reino de Dios» (1 Cor. 6,10).

459

3. Lujuria o impureza

La lujuria es un apetito desordenado de deleites carnales. Este es un pecado torpe que envilece, degrada y esclaviza. La pérdida de la pureza trae la pérdida de la paz y de la alegría, la ceguera espiritual, la incredulidad y el olvido de Dios.

San Pablo dice: Andad en el espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne... Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría... embriagueces..., quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios (Gál. 5). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación (1 Cor. 6,15-18).

El que se entrega a la impureza, se verá en la vergüenza; la podredumbre y los gusanos serán sus herederos..., y su alma será separada del libro de la vida (Eclo. 19,3).

El más espantoso castigo que ha experimentado el mundo, es el diluvio; y ¿qué atrajo el diluvio de la tierra? La impureza de los hombres. Toda carne estaba corrompida, y para la tierra del vicio impuro, Dios envió el diluvio de agua... (Gén. 6).

460

¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Gomorra la lluvia de fuego y azufre? La impureza... Aquellos grande pecados impuros clamaban al cielo (Gén. 19,24).

Se impone la lucha contra la impureza, porque mien-

tras ésta esclaviza, la pureza ennoblece y eleva. Las almas puras son amables, alegres y caritativas. Esta virtud exige huir de las ocasiones peligrosas y reclama la mortificación de los sentidos.

El que empieza a entregarse al vicio de la impureza, empieza también a alejarse de la fe (S. Ambrosio). Este pecado «aleja al hombre infinitamente de Dios» (Santo Tomás). El hombre impuro en vez de espiritualizar su cuerpo, materializa el alma (S. Agustín).

¿Qué queda a los lujuriosos después de haber satisfecho la pasión? La vergüenza, la confusión y el arrepentimiento. Se impone el ser hombre de carácter, hombre de fuerza de voluntad para levantarse y no volver a caer en el pecado, y esto lo conseguirán queriendo y luchando y frecuentando los sacramentos para que Dios les auxilie con su gracia.

461

4. Ira

La ira es un apetito desordenado de venganza. La ira es una fiera que puede domarse. La ira origina disputas, calumnias, blasfemias, maldiciones, y lleva sobretodo a la maldad, a la venganza, al homicidio.

La ira destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma (S. Gregorio M.).

No verás a un hombre a quien haya dominado la ira que después no condene altamente su proceder... Piensa que no es dueño de sí mismo el que injuria, sino que está loco, y no te molestarán los insultos (S. J. Crisóstomo).

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón. Plutarco invita al hombre

enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta; viendo que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará.

462

Platón dijo: El hombre sabio y cuerdo se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las causas de la ira, son: la pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo...

A la ira hemos de oponer la paciencia y la mansedumbre, virtudes que nos hacen amables a Dios y a los hombres. «La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15,1). La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos (Eclo. 6,5).

El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira comete locura (Prov. 14,29). El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15,18).

Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios (Ecl. 7,8). La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30,26).

463

5. Gula

La gula es un apetito desordenado de comer y beber. Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez...

La Escritura Santa nos dice: Los excesos de las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce la có-

lera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37,33).

Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho.

Sueño tranquilo es el del estómago no cargado, se levanta por la mañana dueño de sí.

Dolor, insomnio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31,19-24).

464

La gula destruye el cuerpo y el alma (S. Jerónimo). En la medida que se va acercando uno a la vejez, está bien tener en cuenta el dicho: «La salud no está en el plato, sino en la suela del zapato». Hay, pues, que ser sobrios en las comidas y mover el cuerpo, no apoltronarse y estar ocupado en algo.

El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios (Eclo. 19,22). Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desordenes la embriaguez; no será sabio quien se entregue a ella (Prov. 20,1).

465

Mientras la gula es madre de la lujuria, la sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Tengamos presente el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir».

Interesante es también este dicho de un filósofo: «Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis dos convidados: el cuerpo y el alma.

Acordaos de que lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo que dáis a vuestra alma, durará siempre». (Véase «Embriaguez» y «Sed sobrios»).

6. Envidia

Envidia, es un pesar del bien ajeno, «es el odio por la felicidad de los demás» (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; y de ella nacen el odio, la ira y la venganza... Ejemplo: Caín..., los hermanos de José...

No tengas envidia del malvado ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios no hablan más que para dañar (Prov. 24,1-2). La envidia es carcoma de los huesos (Prov. 14,30).

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. 2,24). «La envidia es invención de Satanás» (S. J. Crisóstomo). El envidioso tiene los ojos enfermos; todo lo que es brillante y hermoso, le ofende y le daña; está agitado, atormentado por la gloria y la virtud de los demás.

467

La envidia es raíz de todos los males, el manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios... (San Cipriano).

No habites en lugar donde ves que otros te tienen envidia, porque allí no aprovecharás (Abad Poemen). Una de las venganzas de la envidia consiste en «alabar a otro» (Gar-Mar).

Preguntaron a Sócrates qué es lo que es dañoso a los buenos y atormenta a los malos, contestó: «La felicidad de los malos es dañosa a los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta a los malos con la envidia».

La envidia es una gran enfermedad, y hay que destruirla con la dulzura y la caridad, con el desprecio de la

gloria y de los bienes temporales y el deseo de los bienes eternos. San Agustín dice: «Grande es el hombre que doma la envidia por medio de la caridad».

468

7. Pereza

Pereza es un caimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de reposo. El agua que se estanca no corre, se corrompe... La ociosidad es madre de todos los vicios.

El perezoso es un ser inútil. ¿Para qué sirve tu vida? Es la higuera estéril del Evangelio, que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas...

Ve, oh perezoso a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?... (Prov. 6,6-11).

La ociosidad enseña muchas maldades (Prov. 33,29). El perezoso se hace indigno de la existencia, y como al árbol sin fruto hay que decir: «¿Para qué ocupar terreno en balde?».

469

Hay tres modos de no hacer nada: 1.º Estar ocioso. 2.º No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3.º Hacer mal lo que se hace.

La pereza trae la ignorancia... ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (S. Crisóstomo).

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad

será el día del descanso y premio eterno. «Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos».

La historia del perezoso se refleja en estas palabras «quiere y no quiere». Los que se limitan a decir «querrían» son los que en realidad no quieren, porque no ponen los medios para serlo. ¡Cuántos santos «en futuro», pero pecadores en realidad! «El hombre recogerá lo que haya sembrado» (Gál. 6,7-8).

470

Ejercitemos la caridad cristiana

Voy a terminar este pequeño trabajo recordando la «obra de misericordia». Sabido es que el cristiano tiene por mandamiento principal el amor, y no sólo el amor a Dios, sino también el amor al prójimo. Notemos que la caridad tiene estos dos campos íntimamente unidos entre sí: amar a Dios sobre todas las cosas y amar en Dios y por Dios al prójimo como a nosotros mismos.

Dios ha dejado en la tierra miseria para que haya en ella hombres misericordiosos (San Agustín).

Deber, pues del cristiano es ejercer la caridad y la misericordia. Notaremos también que no es lo mismo *caridad* que *misericordia*. La caridad es un concepto más amplio, es amor a Dios y al prójimo; la misericordia se dirige al prójimo.

471

Las obras de caridad que los hombres practican para socorrer al prójimo en sus miserias y necesidades son las llamadas «obras de misericordia».

Las siete obras de misericordia espirituales son:

1.º *Enseñar gratuitamente* el Catecismo y cualquier estudio al que no sabe.

2.º *Dar buen consejo* a los equivocados, a los que van por mal camino, aconsejar el bien moral...

3.º *Corregir al que hierra*. Los padres y educadores deben hacerlo por justicia a sus niños, pero los amigos y todos debemos hacerlo por caridad. Si te advierte alguno tu falta, dale las gracias, y no te enfades, pues el enfado debe ser contra ti que eres el culpable...

4.º *Perdonar las injurias*. Siempre hay que perdonar. Recuerda la petición del Padrenuestro: «Perdona nuestra ofensas, como también nosotros perdonamos...»

5.º *Consolar al triste*, al que se ve despreciado, al calumniado, al que ha perdido un ser querido o su fortuna...

7.º *Rogar a Dios por los vivos y los muertos*. Es obra muy cristiana y una gran limosna espiritual...

472

Las siete obras de misericordia corporales son:

1.º *Visitar a los enfermos*, en los hospitales, en su domicilio, a los pobres especialmente, y ayudarles si es preciso con medicinas o como se pueda.

2.º *Dar de comer al hambriento*, o darles dinero para comprar alimento...

3.º *Dar de beber al sediento*. Esto se nota en países como el Oriente, por ser muy grande el calor y se siente una sed abrasadora...

4.º *Redimir al cautivo* o poner fianza para que un preso salga de la cárcel.

5.º *Vestir al desnudo*, al que no tiene traje para vestirse con decoro o defenderse del frío...

6.º *Dar posada al peregrino* o buscarle albergue, viéndole necesitado...

7.º *Enterrar a los muertos.* Tobías es modelo de esta obra de misericordia. Incluye también velar a los difuntos y asistir a sus funerales...

473

Estas obras se llaman de «misericordia» porque de suyo, no se deben de justicia. Ejemplos: Si uno tiene que pagar una deuda o salario debidos, el educar a sus hijos, el enseñar de los maestros, etc., estas son obras de *justicia*, y el que las hace está obligado a hacerlas; mas para otros el dar limosna o hacer las obras dichas es cosa libre, pero está bien hacerlas por *caridad*, y sobre todo cuando hay casos a los que no llega la justicia.

El Santo Maestro Juan de Avila decía: «Hoy se ponderan mucho las obras de misericordia corporales y nada las espirituales. No hay ojos para ver los daños del alma. Peor es ver a un hombre en pecado que verle muerto de hambre y de sed, desnudo y enfermo. Las verdaderas miserias son el pecado, y las otras sin él, no lo son.

Amemos a quienes nos odien o hagan mal. Haz bien y no mires a quien. Odiemos el pecado, pero amemos al pecador. El venerable *Libermann* se encontró un día por la calle de París con un hombre, que se paró delante de él y a modo de latigazo le lanzó estas palabras: «¡Ah cura, si supieras cuánto te odio!». *Libermann* le contestó con suavidad: «Amigo, si supiese usted cuanto le amo».

474

LOS ENEMIGOS DEL ALMA

Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne. Estos tientan y hacen mal a los hombres, porque tienden a seducirnos e incitarnos a quebrantar los manda-

mientos de Dios y a pecar privándonos de la gracia santificante.

La tentación es una sollicitación o incitación al pecado; pero la tentación no es pecado. Sólo puede serlo cuando uno consiente en ella y se complace en el mal con advertencia y voluntad.

Dios permite que seamos tentados: para probar nuestra fidelidad, para conservarnos en la humildad y para acrecentar nuestros méritos.

Para vencer las tentaciones hemos de orar y resistirla desde el principio. «*Velad y orad para no caer en la tentación*» (Mt. 26,41). *Medios* para vencerlas: evitar las ocasiones malas, invocar los santos nombres de Jesús y de María, hacer la señal de la cruz, actuarse en la presencia de Dios...

Tengamos siempre presente que «*fiel es Dios que no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, sino que de la misma tentación nos hará sacar provecho para que podamos sostenernos*» (1 Cor. 10,13).

475

¿Quién es el mundo?

Por «mundo» unas veces se designa al universo creado (cielos y tierra), otras veces los hombres a los que Dios ama (Jn. 3,18); pero aquí entendemos por *mundo* a los hombres malos y perversos, de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12,31); y *mundo* también son las cosas que hay en la tierra: el dinero, el honor, la diversión, etc.

Entendemos así el *mundo*, el cristiano debe vivir en el mundo sin ser del mundo, y despreciar las cosas del mundo que arrastran al pecado; hay que saber *supervalorarlas*...

Los amantes del *mundo* son ciegos e insensatos; pre-

fieren lo transitorio a lo estable, lo mortal a lo eterno, la tierra al cielo...

476

¿Quién es el demonio?

El demonio es un ángel que pecó y fue condenado para siempre. Es llamado «diablo, Antigua Serpiente, Satanás».

Los demonios por envidia tientan a los hombres sugiriéndoles malos pensamientos y tentándoles por medio del mundo y de la carne.

Dios permite también que hagan a veces males corporales, como a Job; pero el hombre es libre para pecar o no pecar.

– *Pío XII* dijo: «El demonio es el enemigo oculto, astuto, instigador de todo mal...» (12-10-1952).

– *Pablo VI* dijo también: «Es el enemigo número uno..., ser oscuro, perturbador, que siembra errores e infortunios en la historia humana»; y dijo además tener la sensación de que «a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios» (29-6-1972).

El demonio es como el perro atado por una cadena; no morderá, no te vencerá si no te acercas a él. En la tentación haz la señal de la cruz y lo harás huir de ti. (Ved n.º 236 y 240).

477

¿Quién es la carne?

La carne es nuestro mismo cuerpo con sus pasiones e inclinaciones torpes; y se le debe vencer con la gracia de

Dios y con nuestro propio esfuerzo, con mortificaciones y vencimiento.

El cuerpo y el alma han de ser atendidos y tenidos a raya para que no se desmanden.

LAS BIENAVENTURANZAS

478

¿Cuántas y cuáles son las bienaventuranzas? –Las bienaventuranzas son ocho:

1. *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*

2. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

3. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

4. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.*

5. *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

6. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

7. *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*

8. *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y digan con mentira, todo género de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa... (Mt. 5).

En los capítulos 5, 6 y 7 de San Mateo tenemos el llamado «Sermón de la Montaña» (el pronunciado por Jesús

en una colina cercana a Cafarnaún) y es como el programa fundamental de su predicación.

El exordio de este sermón son las ocho «Bienaventuranzas», que señalan el camino a seguir o condiciones que han de tener todos para entrar en el reino de los cielos, ofrecido como premio.

479

El «Sermón de la Montaña»

Se llama así este sermón, porque Jesús predicó las «bienaventuranzas» en un monte a las multitudes allí reunidas; y encierra lo principal de su doctrina. El empieza llamando «dichosos» a los que el mundo llama «desgraciados»; y sin embargo el mundo reconoce dentro de sí que tiene razón Jesús, pues todas las desdichas que azotan al mundo presente, tienen por causa el no practicar las «bienaventuranzas».

Todos hemos de merecer el cielo, y de aquí las bienaventuranzas que hay que practicar para conseguirlo.

1.^a *Bienaventurados los pobres en el espíritu.* Estos son los no apegados a las riquezas de este mundo, los desprendidos, los verdaderamente humildes, los que, reconociéndose hechura de Dios, a El atribuyen cuanto poseen, pues saben que no tienen nada que no hayan recibido de Dios, prefiriendo siempre los bienes espirituales a todo lo terreno.

Ellos reconocen su propia miseria y pecado, y lo bueno lo atribuyen a Dios; y si no tienen riquezas materiales, aceptan resignados su estado de pobreza. El quicio de la pobreza está en apoyarnos en solo Dios, y todo lo demás son complementos...

2.^a *Bienaventurados los mansos:* Los verdaderamente humildes y pacientes, los que no se irritan, los que saben

aguantar, sufrir y esperar. De ésto es la verdadera Tierra prometida, o sea, la posesión del reino de los cielos.

3.^a *Bienaventurado los que lloran* los pecados e injusticias propias y ajenas, y se privan de placeres terrenos aun moderados.

4.^a *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, esto es, de rectitud, de verdad y de santidad.

5.^a *Bienaventurados los misericordiosos*, los que socorren al pobre en sus necesidades corporales y espirituales, y usan de misericordia y de benignidad aun con los extraños.

6.^a *Bienaventurados los limpios de corazón*, los que no admiten el menor pecado, ni la menor imperfección y son del todo mortificados en sus pasiones, obrando siempre con sencillez y rectitud.

7.^a *Bienaventurados los pacíficos*, los constructores de la paz, los que la procuran ya en sí mismos, ya en los demás. La paz es bienestar y concordia, y por eso hemos de estar dispuestos a limar asperezas, a que desaparezcan las divisiones y rencillas, a fomentar la caridad, o ceder algo de nuestra parte, dentro de los límites de la verdad.

8.^a *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*, esto es, los que sufren por la defensa de lo que es justo y santo, por los intereses de Dios, de su religión y sus ministros, por el triunfo de la virtud.

LOS NOVÍSIMOS

480

Los novísimos son las *postrimerías* o *lo último* que Dios asigna a cada ser humano. Pablo VI dijo: «De los novísimos hablan pocos y poco», mas conviene tenerlos muy en cuenta, y pensar en ellos, como nos amonesta la

Sagrada Escritura: «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás» (Eclo. 7,40).

«Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria».

1. *La muerte.* La muerte es común a todos los hombres, y es una consecuencia del pecado (cfr. Rom. 5,12). Consiste en la separación del alma y del cuerpo. Con la muerte se termina el tiempo de merecer.

La Liturgia de la Misa de Difuntos nos consuela y anima a vivir con la esperanza en el cielo al decirnos:

La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo.

San Pablo nos dice: *No estéis tristes como los que no tienen esperanza (1 Tes. 4,13). Con la muerte pasamos a la inmortalidad (S. Cipriano). El cristiano muda la vida presente por otra mejor.*

2. *El juicio.* Hay dos clases: *uno particular*, que tendrá lugar después de la muerte (cfr. Heb. 9,27) en el que Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras (cfr. Mt. 25,34), y al fin del mundo habrá un *juicio universal*, cuando Cristo venga a juzgar a vivos y muertos, y se ratificará la sentencia públicamente.

481

3. *¿Existe el infierno?* No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe, verdad revelada muchas veces en la Sagrada Escritura, tantas veces en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los saduceos y materialistas antiguos como los racionalistas y modernistas de hoy, lo niegan, pero es sin duda porque quisieran que no existiera por temor a ser castigados por sus crímenes.

Nadie, dicen los ignorantes, han venido del otro mundo a decirnos que existe el infierno. Y se equivocan, por-

que vino Jesucristo, el Dios hecho hombre, que nos habla claramente de él en el Evangelio, y un día dirá a los impíos: *«Apartaros de mí, malditos, al fuego eterno... y éstos irán al suplicio eterno»* (Mt. 25,41 y 46).

Notemos que el infierno es eterno, pues Jesucristo nos habla de un suplicio eterno y de fuego eterno. Y en el Apocalipsis leemos: *«el diablo que lo extraviaba... será arrojado en el estanque de fuego y azufre... y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos»* (20,10).

482

Algunos dicen: No puede ser eterno el infierno, porque no se comprende la naturaleza de un fuego eterno. A esto diremos; No lo entenderemos, dice San Agustín, San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia con Santo Tomás, pero es un fuego real, instrumento de la justicia divina, que atormenta «de un modo admirable y verdadero», fuego que arde, pero no consume las víctimas, como la zarza de Moisés que ardía sin consumirse.

Añaden: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Respondemos: Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y le blasfema y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

483

Un ejemplo gráfico. Aunque bastan las palabras de Jesucristo para demostrar la existencia del infierno, veamos un ejemplo, que merece crédito:

El Padre Baldinucci, italiano (y este ejemplo consta en el proceso de su beatificación), predicando en la dióce-

sis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en otoño el vendabal arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causó gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

484

¿Existe el Purgatorio? El Purgatorio existe, porque así nos lo da a entender la Escritura Santa cuando nos habla de sacrificio ofrecido por los pecados de los muertos, y dice: «*Santo y saludable es el rogar por los difuntos para que sean absueltos de sus pecados*» (2 Mac. 12,42). Ahora bien, como esto sería cosa superflua e inútil rogar por ellos si sólo hubiera cielo o infierno, síguese la existencia del Purgatorio.

La Tradición de la Iglesia y la Liturgia desde los primeros siglos no ha cesado de rogar por los difuntos y ofrecer por ellos el sacrificio de la Misa.

Añadamos a esto la doctrina de los Concilios, especialmente el de Trento en el que esta definida su existencia (Dz. 983).

La razón también nos dice existe, pues sabemos que en el cielo no entra nada manchado (Apoc. 21,27) y sólo pueden ir a él las almas limpias de toda culpa y pena; por otra parte, al infierno sólo van quienes mueren en pecado mortal.

Por tanto, los que mueren con pecados leves o no han satisfecho en esta vida por sus penas temporales, como no pueden ir al cielo ni al infierno, según lo dicho, irán al Purgatorio, lugar de purificación para poder luego entrar en el cielo.

El limbo de los niños

Hoy algunos lo han negado, pero los teólogos en general dicen que hay un lugar especial donde van las almas de los niños que mueren sin el bautismo, y que este lugar se llama *limbo de los niños*.

Esto se funda en las palabras del Señor, que dice: *Si alguien no renaciere del agua y del Espíritu Santo (por medio del Bautismo), no podrá entrar en el reino de los cielos* (Jn. 3,5).

Si en el cielo no entra nada manchado, ¿dónde irán las almas de los niños que mueren con el pecado original si no existe el limbo?

Los teólogos dicen que por no tener estos niños culpa personal gozarán de una *felicidad natural*, y no tendrán dolor ni tristeza por verse privados de la visión de Dios, porque en realidad no tenían derecho a ella.

De hecho tenemos que es de fe (y en este sentido lo dicen los Concilios II de Lyon y el de Florencia) que las almas de los que salen de esta vida con pecado original están excluidas de la visión beatífica de Dios.

¿Existe el cielo o vida eterna?

San Agustín al hablar del cielo dice: «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestra mirada al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (Lib. de Civit).

El cielo es morada de Dios y de los santos que parten de este mundo. El cielo es el premio eterno que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman en esta

vida, y El llama «bienaventurados» a los pobres, a los que lloran y les toca sufrir en esta vida, y los anima diciéndoles: *«Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo»* (Mt. 5,12). *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en él»* (Hech. 14,21).

El cielo es un estado de felicidad inenarrable. El hombre con sus fuerzas naturales no puede comprenderla: *«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (2 Cor. 12,4)... ¡Cuántas cosas bellas hemos visto, en la naturaleza, en las grandes ciudades, cuánta hermosura en el firmamento!... y, sin embargo, a pesar de tanta maravilla como hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo, que consiste en la posesión perfecta de todo bien y en la carencia absoluta de todo mal...

«En el cielo ya no tendrán hambre ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni dolor» (Apoc. 7,16; 21,4).

En el cielo tampoco podrán pecar los bienaventurados, porque su voluntad se halla de tal modo confirmada en el bien por una íntima unión de caridad con Dios, que le es moralmente imposible apartarse de El por el pecado.

La felicidad del cielo es de una duración eterna: *«Los justos irán a la vida eterna... y los impíos al suplicio eterno»* (Mt. 25,46) (Véase mi libro: *«¿Existe el infierno?»*).

*Yo ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo que morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?*

Los enemigos del alma son tres: mu
 ¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me
 encanto?
 ¡Loco debo ser, pues no soy santo!

Fray Pedro de los Reyes

SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO

487

Señales escatológicas

Escatológico (del griego *esjatós*=último) significa las últimas cosas que han de suceder. A cada hombre sucederán los novísimos (de los que hemos hablado anteriormente). *Novísimo* (del latín *novissimus*, superlativo de *nuevo*) significa también *lo último*, *lo postrero* que ha de suceder a cada uno. Por eso dice la Escritura: «*Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás*» (Eclo. 7,40).

Antes de hablar de las señales precursoras de la segunda venida de Jesucristo, hablemos algo de ésta, si el mundo al fin de los tiempos continuará en su forma actual y de la resurrección de los muertos.

Los católicos al rezar el Credo afirmamos diariamente este dogma: Jesucristo subió a los cielos y «desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». El Conc. Vaticano II dice: «Hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de todos los ángeles (Mt. 25,31), de sus discípulos: unos peregrinan en la tierra y otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados» (Lg. 49).

La Escritura nos dice claramente que Jesucristo volverá. He aquí el testimonio de los que le vieron subir al cielo: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese*

Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como lo habéis visto subir al cielo» (Hech. 1,11).

Y vendrá de esta manera y de modo inesperado: *«Como el relámpago que sale de oriente y brilla hasta el occidente así será la venida del Hijo del hombre... y vendrá con gran poder y majestad» (Mt. 24,27-30).*

«Velad porque no sabéis cuando llegará vuestro Señor. Estad preparados porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre» (Mt. 24,42-44).

488

¿Continuará el mundo en su forma actual? Al fin de los tiempos el mundo no continuará en su forma actual, ni será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor, pues, como dice San Jerónimo: *«No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en otros mejores».*

Vendrán los tiempos de la *restauración de todas las cosas* (Hech. 3,21), y el universo entero será renovado con el género humano (Ef. 1,10; Col. 1,20; 2 Ped. 3,10,13), y una vez *renovado el género humano*, el universo, según los apóstoles, ha de servir de escenario a la vida humana, porque la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre (Rom. 8,19) y porque *vendrán nuevos cielos y nueva tierra en los cuales habitará la justicia* (2 Ped. 3,13).

El reinado universal de Jesucristo ha de venir, pues *«conviene que El reine»* y que *«se forme un solo rebaño bajo un solo pastor»*, que aún no ha llegado, y caerán entonces sus enemigos a sus pies, y le quedarán sometidas todas las potestades diabólicas, y se cumplirán las profecías (Sal. 72,11 y 17; Zac. 14,9; Dn. 2,44)...

Yo creo firmemente en *un milenarismo sobre la tierra* (y si a alguno no le agrada la palabra *«milenarismo»*, dí-

gase época maravillosa de paz» de mil o miles de años), que tendrá lugar después de la muerte del Anticristo y a raíz del juicio universal de naciones, y a ello contribuirá el estar encadenado o reprimida la acción de Satanás. Entonces los judíos convertidos usufructarán su conversión, se multiplicará la fe y tendrá un triunfo definitivo la Iglesia de Jesucristo. (Véase mi *«Nuevo Testamento explicado»* en el cap. 20 del Apocalipsis).

489

La resurrección de los muertos. Resurrección es lo mismo que «vuelta a la vida» o a la unión del cuerpo y el alma. En nuestro Credo decimos: «Creo en la resurrección universal de la carne», y en el Símbolo «Quincunque» se nos habla de la resurrección universal de este modo: «Cuando venga el Señor, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos» (Dz. 40), y esto parece indicar que hasta entonces permanecerán nuestros cuerpos en la sepultura.

Todos los hombres, buenos y malos resucitarán *«los que hicieron buenas obras para la vida eterna; pero los que las hicieron malas, resucitarán para la condenación»* (Jn. 5,29). Nuestra resurrección es una consecuencia de la resurrección de Cristo (1 Cor. 15,12,20-30), y Cristo nos enseñó no sólo la resurrección de los justos, sino también la de los impíos (Lc. 14,14; Mt. 5,29 s; 10, 28; 18,8).

Señales precursoras de la segunda venida de Cristo

490

1) La predicación del Evangelio por todo el mundo

Jesús nos dice: *Será predicado este Evangelio del reino*

en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mt. 24,14). Los apóstoles cumplieron con el mandato de Cristo.

Esta frase no significa que haya de venir en seguida el fin, una vez predicado el Evangelio. De hecho, San Pablo afirma su propagación en el mundo entero (Col. 1,6,23; Rom. 10,18), y él registra su predicación universal «*en todo el mundo*» (Rom. 1,8) como un hecho consumado. La fe de los romanos era celebrada en todo el mundo, del cual Roma venía a ser la capital. No creo que esto sea una hipérbole. Una cosa es que haya sido predicado y otra muy distinta *es que haya sido aceptado*.

Además actualmente nadie ignora que por la prensa, la radio y la televisión, y antes ya por el Concilio Vaticano II con la reunión de todos los obispos del mundo y ahora por la predicación constante de Juan Pablo II en todas las partes de la tierra, la noticia del Evangelio ha llegado a todas las naciones.

491

2) La apostasía

San Pablo nos asegura que antes de la nueva venida del Señor tendrá lugar la apostasía (2 Tes 2,3), esto es, la defección religiosa, apartamiento de la fe o seducción llevada a cabo por los falsos mesías o profetas, que lograrán extraviar a muchos (Mt. 24,4s).

Cuando Cristo venga, apenas encontrará fe en la tierra (Lc. 18,8).

«El misterio de iniquidad ya está obrando» desde el principio, en forma oculta de cizaña, y lo peor es que los apóstatas en gran parte quedan dentro de la Iglesia e infectan a otros (2 Tim. 3,1-5; Gál. 5,9).

Actualmente se nota la infiltración de la apostasía por

todas partes, y a ellos contribuye la actitud de muchos cristianos que van cediendo terreno en la defensa de las verdades dogmáticas y se van acomodando a la manera de pensar del mundo racionalista, siguiendo teorías que matan la fe.

492

3) La aparición del Anticristo

La apostasía de la fe está en relación de dependencia causal con la aparición del Anticristo:

Antes ha de venir la apostasía, y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo (2 Te. 2,3).

El Anticristo se presentará con el poder de Satanás, obrará milagros aparentes para arrastrar a los hombres a la apostasía de la verdad y precipitarlos en la injusticia y la iniquidad (2 Te. 2,9-11).

El Anticristo ya está en el mundo como *idea*, y no es improbable que aparezca como *persona* en los últimos tiempos y que encante todas las fuerzas del mal, y como tal persona determinada y que será instrumento de Satanás aparece en San Juan y San Pedro.

La Didakné nos habla de la aparición del «seductor del mundo» (16,4).

¿Cómo será el triunfo del Anticristo? Dios le permitirá hacer guerra a los santos, o sea, a los cristianos, y hasta logrará cierto triunfo aparente sobre ellos, pero cuando parezca que todo está perdido, aparecerá Cristo en su venida y lo matará con el «aliento de su boca» (lo que indica la facilidad con que lo vencerá) y quedarán humilladas todas las fuerzas del mal (Apoc. 13,7; 2 Te. 2,8).

4) La conversión del pueblo judío

Esta aún no ha llegado, pero llegará conforme a las Escrituras. Dios agrupará a este pueblo, que ha vivido errante entre los demás pueblos de la tierra, y lo juntará en su patria de origen, y es cosa que en nuestros días se va verificando. La reunificación de Israel es obra de Dios como tengo demostrado en mi libro «Israel y las profecías». Citemos ahora algunas:

«Así dice Yahvé, el Señor: He aquí que yo sacaré a los hijos de Israel de entre las naciones a donde fueron y los recogeré de todas partes y los llevaré a su tierra. Y haré de ellos una sola nación...» (Ez. 37,21 s; 26, 10-11).

«Yo los plantaré en su propio suelo, y no volverán a ser arrancados de la tierra que Yo les he dado, dice Yahvé, tu Dios» (Amó 9,15).

«Al fin de los tiempos se convertirán y buscarán a Yahvé, su Dios» Os. 3,4-5), y *«los reunirá en su pueblo y usará con ellos de misericordia* (2 Mac. 2,7).

494

San Pablo anuncia la conversión en masa del pueblo judío (Rom. 11,25-27); nos revela un «misterio»: *«cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, entonces todo Israel será salvo»*. ¿Qué quiere decir la frase *«hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado»*? Quiere decir que cuando haya entrado en la Iglesia el número señalado por Dios, entonces todo Israel se convertirá, y ¿qué número de gentiles es éste? Los que El ha determinado llamar o escoger *«para formar entre ellos un pueblo fiel y consagrado a su nombre»* (Hech. 15,14).

La cuestión del número de gentiles que ha de entrar

en la Iglesia para que se conviertan los judíos no es la totalidad de los gentiles existentes en la actualidad o de los siglos futuros, porque así no se ve que pueda llegar el día que «todo Israel sea salvo», ya que está profetizado que habrá buenos y malos hasta el fin del mundo (Mt. 13,24-30; 36-43). Cuando Cristo venga apenas habrá fe (Lc. 18,8) y será general el descreimiento y la burla como en los tiempos de Noé y Lot (Gén. 7,7; 19,25; 2 14493

4) La de Noé y Lot (Gén. 7,7; 19,25; 2 Ped. 3,3). Entonces la maldad resfriará la caridad de la muchedumbre (Mt. 24,10 s), y existirá la apostasía y el misterio de iniquidad (2 Tes. 2,1-5), y por eso vendrá el juicio de naciones o el gran castigo de éstas anunciado por los profetas.

De lo dicho inferimos que la frase «plenitud de los gentiles» equivale a ésta: «Cuando la fe llegue a su plenitud», porque ya no entren más gentiles en la Iglesia. Por eso San Jerónimo, previendo la pérdida de la fe del pueblo gentil dijo que «si por el delito de los judíos la salud pasó a los gentiles, por la incredulidad o pérdida de la fe de los gentiles volverá a los judíos» (Rom. 11,20-22), y ahora ¿quién no ve cómo se va perdiendo la fe en las naciones llamadas católicas?...

495

Cumplimiento de una profecía. Hay varias profecías relativas a Israel y una de ellas que parece estarse cumpliendo es ésta: la dicha por Jesucristo el domingo de Ramos desde el monte de los Olivos: «Vendrá una gran calamidad sobre esta tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre las naciones, y *Jerusalén será hollada por gente extraña hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*» (Lc. 21,23-24).

La cólera descargada contra Israel tiene estos tres efec-

tos: muerte por la espada, deportación e instalación de sus enemigos en Jerusalén hasta el cumplimiento de los tiempos de las naciones. Los dos primeros se realizaron el año 70 de nuestra era cuando fue sitiada Jerusalén por los ejércitos romanos al mando del emperador Tito, y el tercero que se inició entonces ha durado hasta mediados de junio de 1967.

Flavio Josefo nos habla en su libro «La guerra judaica» de la cifra de un millón cien mil judíos que perecieron en dicho asedio, y de noventa y siete mil que fueron llevados cautivos o dispersos por las naciones.

Ahora al caer Jerusalén en manos de los israelitas se ha logrado su sueño de conquistarla.

Desde que Jesucristo pronunció esta profecía, Jerusalén ha sido hollada por los gentiles hasta nuestros días. ¿Qué sucederá ahora?

Notemos que Jerusalén ha estado bajo los pies de los gentiles hasta nuestros días, o sea, hasta que los judíos la han tomado, que es el llamado «tiempo de las naciones». ¿Qué significa esta expresión? Esta es una nueva era que va a comenzar.

Estamos sin duda al final de la etapa de los últimos tiempos que serán seguidos del llamado «Juicio de las naciones» (en los que Dios enviará un gran castigo debido al descreimiento o falta de fe) y de la conversión del pueblo judío.

Las palabras dichas de Jesucristo hacen referencia a estas otras del profeta Ezequiel (30,3): «*Vociferad: ¡Desdichado día! Porque se acerca el día del Señor, el día de tinieblas que será el tiempo de los gentiles!*». Este tiempo, llamado también «tiempo de las naciones» es aquel en que apenas habrá fe en el mundo y los hombres se vayan alejando de Dios, o como comenta el escriturista Fillion «es el tiempo en que Dios se propone estallar su cólera contra todo el mundo pagano».

5) La nueva venida del profeta Elías

De este profeta sabemos que fue arrebatado al cielo (2 Rey 2,11), y lo misterioso de su desaparición tiene su relación o semejanza con Enoc (Gén. 5,24; Eclo. 44,16; 49,16; Heb. 11,5).

De Enoc y Elías se dice que no han muerto y que vendrán al fin de los tiempos y se opondrán al Anticristo. Algunos los identifican con los testigos del *Apocalipsis* (Cap. 11).

Jesucristo dijo: *Elías, en efecto, vendrá primero y restablecerá todas las cosas* (Mc. 9,12), esto es, Cristo es el que hará por su medio la restauración al llegar los tiempos señalados (Hech. 3,21; Efes. 1,10).

¿No vino ya Elías? No ha venido, y contra los que se apoyan en Mt. 17,22, para decir que Elías ya vino en la persona del Bautista, tenemos estos asertos de Malaquías y del Eclesiástico:

Yo mandaré a Elías el profeta —dice el Señor— antes que venga el día del Señor grande y terrible (Mal. 4,5-6).

Elías vendrá para aplacar la cólera antes del día del Señor... y restablecer las tribus de Jacob (Eclo. 48,9-10).

Estas expresiones «antes del día del Señor» y del «día grande y terrible» nos manifiestan que Elías no ha venido, sino que vendrá, pues se refieren en las Escrituras a la segunda venida de Cristo, y por tanto, Elías aparecerá entonces. Además, ¿cuándo han sido restablecidas las tribus de Jacob? Aún no ha llegado su hora.

Por otra parte, cuando Jesús dijo: *Elías ha venido ya y el ángel anunció que el Bautista precedería al Mesías con el espíritu y el poder de Elías* (Lc. 1,17) claramente nos dieron la clave para decir con San Gregorio Magno: «Juan Bautista era Elías en espíritu, mas no en persona».

El precursor de la primera venida de Jesucristo fue el Bautista, y el precursor de la segunda venida será Elías. Esto lo confirma la frase de Cristo: «El que tenga oídos para entender, que entienda». Después de decir que Juan era Elías que había de venir, nos hace ver en ella un sentido oculto y más elevado, y a admitir que Elías en persona aparecerá entonces.

6) Además de las señales expuestas, *otras grandes calamidades precederán la venida del Señor* (Mt. 24,29...).

497

¿Cuál es el momento de esta venida del Señor?

Los hombres lo desconocen. Jesucristo lo dejó incierto al decir: *Cuanto a ese día o a esa hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre* (porque como Maestro no habrá recibido la misión de revelarlo), *sino sólo el Padre* (Mc. 13,32) (Ved n.º 120).

Esta venida queda en lo oculto en cuanto al tiempo; y lo cierto es que vendrá de improviso y como ladrón en la noche (1 Tes. 5,12; 2 Pdr. 3,8-10;...) aunque no falten señales que indiquen su aproximación.

Dios quiere que estemos en todo momento preparados, porque ha de venir por sorpresa.

LA ORACION

498

¿Qué es la oración?

Oración es hablar con Dios, tratar íntimamente con El, amarle, suplicarle, pedirle bienes y darle gracia por los beneficios recibidos... Es además «elevación de la mente a Dios», es despegar el alma de la tierra y elevarla hacia El.

San Dionisio Aeropagita comenta: «La oración es un vuelo de la mente, para darnos a entender, que no se ha de hacer con ansias ni con suspiros y visajes, ni volcando los ojos con otros semejantes afectos del cuerpo, sino con la mente. Y adviértase que por esta palabra *mente* entendemos la parte superior del alma, con la cual *entendemos y amamos las cosas eternas*».

499

Oración vocal y mental. La «vocal» es la que expresa con palabras los sentimientos del alma, vg. es vocal cuando rezamos el Padrenuestro y el Avemaría. Y es «mental» la que hacemos con el espíritu y el corazón, sin recu-

rrir a palabras. La oración vocal puede hacerse rutinaria, si no atiende uno a lo que dice y se contenta con sólo pronunciar palabras. Si cuando hablo «estoy, como dice Santa Teresa, entendiendo lo que digo y viendo que hablo con Dios con más advertencia que en palabras que digo, juntas están oración mental y vocal».

La oración mental puede y debe preceder a la vocal, para que ésta no sea rutinaria, pues conviene «rezar con advertencia», «pensar y entender qué hablamos y con quien hablamos...».

500

¿A quién oramos? Nosotros oramos a Dios, que todo lo puede, a El que es eternamente feliz, pues no necesita de nada ni de nadie. Ninguna criatura es capaz de aumentar o disminuir la felicidad de Dios. Dios es «el que es» el Ser por esencia, el Ser eterno, que siempre ha existido por sí mismo. Es el sumo Bien que no necesita de nosotros, pero nosotros somos los que necesitamos de El y por eso le rogamos con nuestras oraciones. Como el sol no necesita de la luz, porque él la reparte, así Dios no necesita de nosotros, porque cualquier cosa que le pudiéramos dar, según dice San Agustín, la recibimos de El. Nosotros, como hechura de Dios, de El dependemos y a El como Bienhechor acudimos en demanda de auxilio.

501

Presencia de Dios. Al orar debemos actuarnos en la presencia de Dios. Dios, que es nuestro Padre, está en el cielo, en la tierra y en todas partes. El es inmenso. *¿A dónde huir de su presencia?* No hay lugar en la tierra donde no esté Dios (Jer. 23,23). «*Dios no está lejos de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y existimos*»

(Hech. 17,27). Dios está a nuestro lado y nos ve y nos oye... «*El que formó el ojo, ¿no va a ver? El que plantó el oído, ¿no va a oír?...* El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe cuán vanos son (Sal. 94,3-11)... Por estar Dios en todas partes, en todo lugar podemos orar y dirigirnos a El.

502

Ejemplos de oración y su necesidad

Jesucristo oró. Notemos que Jesucristo es Dios y es también hombre, y como hombre, que apareció en la tierra, nos dio ejemplo de oración y nos estimula a nosotros a orar con frecuencia. En los Evangelios se nos dice que Jesucristo se levantaba muy temprano e iba a orar a un lugar desierto (Mc. 1,35). Otras veces se iba a un monte para orar (Mc. 6,46) y allí *pasaba toda la noche orando a Dios* (Lc. 6,12). Mientras oraba, se transfiguró ante sus apóstoles (Lc. 9,28). Siempre que quería obrar milagros, oraba antes. Oró en el Huerto de los Olivos, oró en la cruz, y toda su vida fue una vida de oración... El nos enseñó a orar, rezando *el Padrenuestro*, y nos pidió que orásemos por todos y por nuestro enemigos... El ejemplo de Jesucristo nos habla ya de la importancia de la oración; mas El «No oró porque lo necesitase, sino para nuestra enseñanza».

503

Los santos oraron. Al ser Pedro arrojado en una cárcel y cargado de cadenas, la Iglesia no cesó de orar por él (Hech. 12,5). San Esteban oró por sus enemigos cuando le apedreaban y, es un modelo para todos los cristianos.

También leemos en los Hechos de los Apóstoles que

todos los primeros cristianos oraban constantemente (1,14). Y *en cuanto a nosotros*, decían los apóstoles, nos dedicaremos a la oración (6,4).

San Pablo, escribiendo a los Colosenses, les dice: «*Oramos sin cesar por vosotros*» (1,3)... En fin, todos los patriarcas, todos los profetas, todos los Santos de la Antigua y de la Nueva Ley han sido hombres de oración...

504

Necesidad de la oración. La oración nos es muy necesaria, porque Jesucristo nos dice: «*Pedid y recibiréis...*» (Mt. 7,7). «*Es preciso orar siempre y no desfallecer*» (Lc. 18,1)... «*Vigilad y orad para no caer en la tentación*» (Mt. 26,41)... La oración es necesaria para obtener la gracia y porque sin la gracia santificante no hay salvación... También es necesaria para el apostolado, porque «con lo natural no haremos nada sobrenatural»...

Los Santos nos hablan con frecuencia de la necesidad de la oración, y así San Alfonso María de Liguori dice: «El que ora se salva, el que no ora se condena», y San Juan Crisóstomo: «La oración es para el hombre lo que el agua para los peces... lo que el alma para el cuerpo...». «El que no ora es como una ciudad sin fortificaciones ni defensas que está cercada y hasta llena de enemigos... La oración nos libra de mil males...

505

Tres maneras de oración

Oración jaculatoria o de pensamiento «es un breve, presto y repentino vuelo de la mente a Dios», es decir, es un dirigirse con frecuencia a Dios haciendo actos de amor, de petición, de acción de gracias, vg: «*Dios mío, os*

amo; Dios mío, misericordia; os doy gracias...; hágase tu voluntad; Señor tu sabes lo que necesito, ayúdame»... Uno puede hablar así frecuentemente con Dios.

La Iglesia repite con frecuencia: *Dios mío, ven en mi auxilio, Señor, date prisa en socorrerme*. Esta palabra, por ser poderosa, dice San Simón de Rojas, nos la presenta el Abad Isaac por arma defensiva para todos los encuentros del enemigo, diciendo así. Si eres tentado de ira o de impaciencia, si la gula te aflige o la ambición te da cuidado, si la sensualidad te molesta o la clausura te causa tedio, siempre dirás: «*Dios mío, ven en mi auxilio...*» Esto se lo puedes decir y sobre ello reflexionar: «*cuando estés en casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes...*» (Dt. 6,7). Uno que se acostumbre a actuarse en la presencia de Dios y hablarle como a un amigo bueno, rico y poderoso..., se pasará fácilmente el día en oración y obtendrá grandes beneficios.

506

2.^a *Oración de meditación*, no es otra cosa que un levantamiento de la mente y espíritu a Dios, tomado de asiento y con reposo, a diferencias de la oración jaculatoria, que es vuelo breve y repentino del alma a Dios. En la «meditación» entran el entendimiento y la voluntad, pero, como dice San Ambrosio: «no basta que ocupemos el entendimiento en Dios conociéndolo y creyéndolo, sino que debemos también ocupar la voluntad amándolo...

El fin principal de la meditación no es saber verdades, sino amarlas, ocupando más la voluntad en amar virtudes y aborrecer vicios, vg. si meditamos la Pasión del Señor, hemos de procurar aborrecer los deleites y sensuales pasatiempos y amar la penitencia y la mortificación, más que no agudezas de las penas y dolores del Salvador.

Igualmente, si consideramos la malicia del pecado y penas eternas que merece, se ha de mover la voluntad al deseo de padecer penas en esta vida que vayan satisfaciendo por las culpas... Y si meditamos sobre los beneficios recibidos de Dios, inclinar la voluntad a amar a Dios con espíritu agradecido, etc...

507

3.^a *Oración de contemplación* «es un altísimo encumbradísimo vuelo de la mente a Dios, el cual va buscando conocer, amar y adorar a Dios, su hermosura, su sabiduría, su bondad, sus perfecciones y divinos atributos... La contemplación lleva una íntima unión con Dios por amor... Grande es esta ciencia de la contemplación y via unitiva con Dios, que a veces termina en éxtasis o cierta trasfiguración... Esta unión amorosa con Dios suele verificarse en lo secreto del alma, a solas, y sin ruido de palabras... y en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso sino en Dios... y todo esto se viene a alcanzar con el trabajo de las virtudes y asperezas de la vida con la imitación de Jesucristo que nos dice: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida»*».

La verdadera santidad debe llevarnos a imitar la vida de Jesús, andando por los caminos que El anduvo, de humildad, mortificación, paciencia, castidad, pobreza, obediencia, misericordia, mansedumbre...

508

¿Es fácil la oración?

La oración es facilísima; está al alcance del pobre y del rico, del ignorante y el sabio, del niño y del anciano. Todos pueden orar fácilmente. Se puede orar en todos los

tiempos y lugares... Quien tenga corazón, tiene lo suficiente para orar. Basta dar el corazón a Dios: nada más exige...

De hecho oramos de alguna manera todos. Ora el niño cuando pide el pecho de su madre, ora el pobre cuando pide una limosna al rico... y siendo todos pordioseros y necesitados de salud, de virtud y de ciencia y de tantos bienes materiales y espirituales, ¿por qué no recurrir a Dios tan rico y omnipotente que es el que puede ayudar a todos?

509

La oración es fácil, porque se puede orar a todas horas, de noche y de día..., y porque Dios, que siempre está presente, se halla dispuesto a escucharnos y a auxiliarnos... y permite fácilmente que nos acerquemos a El. Como dice San Juan Crisóstomo: «La Corte y los oídos de los príncipes o reyes dan acceso a pocas personas; pero la audiencia y los oídos de Dios están siempre abiertos a todos»...

510

La oración es fácil, porque puede ser corta, y sin embargo efficacísima. El *padrenuestro*, que es la más hermosa, la más rica y más perfecta de todas las oraciones, y las comprende todas, es una oración corta que todo el mundo sabe.

¿Cuál fue la oración del ciego de nacimiento? *Señor, que vea* (Lc. 18,41). ¿Cuál fue la del leproso? *Señor, si tu quieres, puedes curarme* (Lc. 5,12). Y la del publicano: *Apídate de mí, porque soy hombre pecador...*, y la de la cananea: *Ten piedad de mí* (Mt. 15,22), y las de los após-

toles al punto de naufragar: *Señor, sálvanos que perecemos* (Mt. 8,25)...

¿Quién no puede orar así al Señor mediante una frase o jaculatoria corta? Ante una tentación o necesidad puedo decirle: *Señor, ayúdame...* Al empezar el trabajo: *Todo por Ti, Dios mío...* etc...

511

¿Es posible orar en todo momento?

Jesucristo nos dice: «*Es preciso orar siempre y no desfallecer*» (Lc. 18,1). Y el apóstol San Pablo inculcará la doctrina del Señor diciendo: «*Orad sin intermisión*» (1 Tes. 5,17)... A esto, algunos dirán: ¿cómo es posible orar siempre y sin interrupción? Esto es imposible. Mis trabajos y ocupaciones me lo impiden. Mas esto es un error. El Santo Venerable Beda nos da en dos palabras la solución de todas las objeciones que pudieran hacerse contra la oración perseverante: «El que hace todas sus acciones según Dios, ora siempre», es decir, el que obra siempre bien ora siempre.

Según San Ambrosio, «el justo ora siempre, porque aun cuando su alma no está en oración, su obras interceden y sustituyen la oración; aun durmiendo, sus obras, que brillan ante Dios, interceden también en el cielo».

Hasta el pecador que se halla en pecado mortal ora siempre desde el momento que desea ardientemente romper sus cadenas y salir del pecado, orando y ofreciendo a Dios sus esfuerzos y sus oraciones actuales para alcanzar la gracia de convertirse.

512

También hemos de decir con San Basilio: «El que se

porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración». Y como dijo Pío XII: La oración es la respiración del alma, y así como cuando comemos y dormimos estamos respirando, y ipobres de nosotros si no fuera así!... Si dejamos de respirar, moriríamos..., pues bien, la comida y el sueño podemos convertirlos en oración.

Así, al despertar, al levantarnos, ofreced a Dios vuestro primer pensamiento y todo el día, y aquel día será una continuada oración para vosotros.

Id al trabajo: empezadlo ofreciéndolo a Dios, y vuestro trabajo será una continua oración. Si coméis, ofreced a Dios vuestro alimento, y todas vuestras comidas serán oraciones.

Si tomáis un útil recreo, acostumbraos a hacerlo ante Dios, y todos vuestros recreos serán oraciones. Recomendad a Dios el descanso que habéis de tomar, y vuestro descanso y vuestro sueño será una oración...

513

Poder de la oración. Ejemplos del A. Testamento

1) Cuando Dios comunicó a Abraham que iba a destruir a Sodoma y demás ciudades de la Pentápolis, se interpuso Abraham y le dijo que si por amor a diez justos que hubiera en aquella ciudad, no los iba a perdonar, y el Señor le contestó que en atención a los diez justos perdonaría a todos sus habitantes, pero el resultado fue que por no haber encontrado en Sodoma diez justos que orasen, por eso perecieron todos (Gén. 18).

2) *Moisés* por la oración aplacó al Señor y no castigó, como se propuso, a su pueblo, reo del enorme crimen de idolatría (Ex. 32).

3) Otro día, cuando Moisés levantaba las manos en alto y oraba a Dios, vencía el pueblo de Israel a los ama-

lecitas, y por el contrario, cuando las bajaba, el enemigo era el vencedor (Ex. 17,12).

514

Condiciones para orar

1.º Una buena disposición para orar es la *lectura* especialmente de la Biblia.

2.º *Orar con atención*, o sea, recogidos en nosotros mismos, estando atentos para evitar lo más posible las distracciones... La oración es una elevación del alma a Dios, y por consiguiente, si mientras oramos la imaginación se ocupa de la tierra, de la familia, de los negocios, del trabajo, de las criaturas, etc., ¿se levanta el alma hacia Dios? Tal acto no es una oración.

Se quejan algunos de que no consiguen lo que piden mas no es Dios el que se niega a conceder; nosotros somos los que no queremos recibir. ¿Pedimos alguna gracia o favor a los hombres de la manera que oramos? *Oráis*, dice el apóstol Santiago, no recibís, porque pedís mal (4,3).

515

3.º *Con humildad*, porque «Dios oye la oración del humilde y no la desprecia» (Sal. 102,18). «La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar hasta Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada» (Eclo. 35,21). Recordamos la oración del publicano: «Ten compasión de mí, que soy pecador». Por su humildad salió justificado del templo, y no así el soberbio fariseo... A la humildad añadamos la *compunción*, porque «Dios no rechaza al corazón contrito y humillado» (Sal. 51,18).

4.º *Con fe y confianza.* La oración supone la fe, pues sin fe no se oraría; pero se necesita una fe firme y viva, como la hemorroisa: *Alguien me ha tocado*, dijo entonces Jesucristo. ¿Cómo que alguien te ha tocado si todos te apretujan? No, replicó el Señor, «alguien»... esto denota que ella le toco con fe.

5.º *Con perseverancia.* Así nos lo dice Jesucristo: «*Es preciso orar en todo momento y no desfallecer*» (Lc. 18,1). El que es constante en llamar a la puerta conseguirá, os lo aseguro, todo lo que necesite... (Lc. 11,8).

Ante todo hemos de orar *en nombre de Jesucristo*, porque El nos dice: «*Lo que pidiéreis en mi nombre lo haré*» (Jn. 14,13), «no siempre al momento, dice San Agustín; las gracias se difieren algunas veces, pero no se niegan». Todas las oraciones que la Iglesia dirige a Dios, las dirige en nombre de Jesucristo: Os pedimos estas gracias —dice— *por nuestro Señor Jesucristo*. Jesucristo es nuestro Redentor y Mediador ante el Padre.

6.º También hemos de orar con un corazón puro, porque la oración que parte de un alma casta, pura y sin mancha, es infinitamente agradable a Dios; es omnipotente; *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt. 5,8)... La castidad de Judit, unida a su oración, salvó a su pueblo judío de una ruina inevitable...

También es muy importante tener en cuenta que para que la oración sea escuchada y oída, debe salir de un corazón exento de odio y lleno de caridad... «Nadie, dice S.J. Crisóstomo, sea bastante audaz para orar, queriendo conservar el odio en el corazón». Cada vez que el hombre

rencoroso pronuncia las siguientes palabras: *Perdónanos como nosotros perdonamos...* pronuncia su condenación. Su oración es nula y ultrajante.

PRECES Y ORACIONES

Que han de saberse de memoria

De todas las oraciones, la más excelente es el Padrenuestro, que enseñó Jesucristo a los apóstoles. Las principales oraciones a la Virgen son el Avemaría y la Salve.

Gloria al Padre, al Hijo,
y al Espíritu Santo.

Como era en el principio,
ahora y siempre,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Padre nuestro

Padre nuestro que estás en el cielo
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Acto de Contrición

¡Señor mío Jesucristo!

Dios y hombre verdadero,
Creador, Padre y Redentor mío:
por ser Vos quien sois,
bondad infinita,
y porque os amo sobre todas
las cosas.
Me pesa de todo corazón
de haberos ofendido;
también me pesa
porque podéis castigarme
con las penas del infierno.
Ayudado de vuestra divina gracia,
propongo firmemente nunca
más pecar,
confesarme y cumplir la penitencia
que me fuere impuesta. Amén.

Yo confieso

ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra
y omisión
por mi culpa, por mi culpa,
por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María,
siempre Virgen;
a los ángeles, a los santos
y a vosotros, hermanos,
que intercedais por mí
ante Dios nuestro Señor, Amén.

Tomad, Señor, y recibid

mi libertad, mi memoria,

mi entendimiento y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer.

Vos me lo disteis,
a Vos, Señor, lo torno.

Todo es vuestro.

Disponed de ellos a vuestra
voluntad.

Dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta.

Amén.

Actos de fe, esperanza y caridad

Creo en Dios Padre;
creo en Dios Hijo;
creo en Dios Espíritu Santo;
creo en la Santísima Trinidad;
creo en mi Señor Jesucristo,
Dios y hombre verdadero.

Espero en Dios Padre;
espero en Dios Hijo;
espero en Dios Espíritu Santo;
espero en la Santísima Trinidad;
espero en mi Señor Jesucristo,
Dios y hombre verdadero.

Amo a Dios Padre;
amo a Dios Hijo;
amo a Dios Espíritu Santo;
amo a la Santísima Trinidad;
amo a mi Señor Jesucristo,
Dios y hombre verdadero.
Amo a María Santísima,
Madre de Dios y Madre nuestra.
Y por amor a Dios
amo a mi prójimo como

a mí mismo.
Amén.

Bendición de la mesa

Bendícenos, Señor, y bendice
estos alimentos, que por tu
bondad vamos a tomar. Amén.

El Rey de la Gloria nos haga
partícipes de la mesa celestial.
Amén.

Acción de gracias

Te damos gracias Señor,
por todos los beneficios.
Tú que vives y reinas
por los siglos de los
siglos.
Amén.

Para después de la comunión

Puedes rezar estas jaculatorias:
Alma de Cristo, santifícame,
Cuerpo de Cristo, sálvame,
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Del maligno enemigo, defiéndeme,
En la hora de mi muerte, llámame
y mándame ir a Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos.
Amén.

A Jesús Crucificado

Miradme, ioh, mi amado y buen Jesús!, que, postrado en vuestra santísima presencia os ruego y suplico, con el mayor afecto de mi alma, imprimáis en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados, y propósito de la enmienda; mientras, con el mayor afecto y dolor, voy considerando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de Vos, ioh, buen Jesús!, el profeta David: «Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mi huesos».

ORACIONES A LA SANTISIMA VIRGEN

Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo;
bendita tu eres entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre,
Jesús.

Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Angelus

«El ángel del Señor anunció a María:
-Y Ella concibió por obra del Espíritu Santo».
Dios te salve, María, llena eres de gracia...

«He aquí la esclava del Señor;
-Hágase en mí según tu palabra».
Dios te salve, María...

«Y el Verbo se hizo hombre:
-Y habitó entre nosotros».

Dios te salve, María,...

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar las promesas
de Jesucristo.

Oración: Derrama, Señor, tu gracia
sobre nuestros corazones;
y al reconocer, por el anuncio del ángel,
la Encarnación de tu Hijo Jesucristo,
conducidos por su pasión y cruz,
lleguemos a la gloria de su resurrección.

Regina Coeli (en tiempo pascual)

-Reina del Cielo, alégrate. ¡Aleluya!
-Porque Aquel que llevaste dentro de Ti. ¡Aleluya!
-Ha resucitado, según dijo. ¡Aleluya!
-Ruega a Dios por nosotros. ¡Aleluya!
-Gózate y alégrate, Virgen María. ¡Aleluya!
-Porque verdaderamente ha resucitado el Señor. ¡Aleluya!

ORACION. Oh, Dios, que por la Resurrección de tu Hijo Jesús has llenado el mundo de alegría, te pedimos que por medio de su madre la Virgen María, alcancemos la alegría de la vida eterna. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Bendita sea tu pureza

y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea

en tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada, María,
te ofrezco en este día
alma, vida y corazón.
Mírame con compasión.
No me dejes, Madre mía,
por tu pura concepción
sin pecado concebida, Amén.

Dios te salve,

Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra;
Dios te Salve.
A ti llamamos
los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando
en este valle de lágrimas.
¡Ea!, pues, Señora,
abogada nuestra,
vuelve a nosotros,
esos tus ojos misericordiosos;
y después de este destierro
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima, oh piadosa,
oh dulce siempre Virgen María!
Ruega por nosotros, santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar
las promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Dios te salve, María,

Hija de Dios Padre.

Dios te salve, María,
Madre de Dios Hijo.
Dios te salve, María,
Esposa del Espíritu Santo.
Dios te salve, María,
Templo y Sagrario
de la Santísima Trinidad.
Dios te salve, María,
concebida sin mancha
del pecado original
desde el primer instante
de tu ser natural. Amén.

ROSARIO A LA SANTISIMA VIRGEN

*Por la señal..., etc. Acto de contrición:
Señor mío Jesucristo..., etc.*

LUNES Y JUEVES

Misterios Gozosos del Santísimo Rosario

Primer misterio: La Encarnación del Hijo de Dios.
Padre Nuestro, diez Ave Marías y Gloria.
2.º La Visitación de Nuestra Señora a Sta. Isabel.
3.º El Nacimiento del Hijo de Dios.
4.º La presentación del Niño Jesús en el templo y Purificación de Nuestra Señora.
5.º El Niño Jesús perdido y hallado en el templo.
Puede concluirse con la Letanía.

MARTES Y VIERNES

Misterio Doloroso del Santísimo Rosario

Primer Misterio: La Oración de Jesús en el Huerto.

Padre Nuestro, diez Ave Marías y Gloria.

2.º Los azotes que padeció el Señor, atado a la columna.

3.º La Coronación de espinas.

4.º Jesús con la Cruz a cuestas.

5.º La Crucifixión y Muerte del Señor.

Puede concluirse con la Letanía.

DOMINGO, MIERCOLES Y SABADO

Misterios Gloriosos del Santísimo Rosario

Primer Misterio: La Resurrección del Señor.

Padre Nuestro, diez Ave Marías y Gloria.

2.º La Ascensión del Señor a los cielos.

3.º La Venida del Espíritu Santo.

4.º La Asunción de Nuestra Señora a los cielos.

5.º La Coronación de Nuestra Señora por Reina de cielo y tierra.

Puede concluirse con la Letanía.

LETANIA DE NUESTRA SEÑORA

Señor ten piedad

Señor, ten piedad

Cristo ten piedad

Cristo ten piedad

Señor, ten piedad

Señor ten piedad

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos

Cristo escúchanos

Cristo escúchanos

Dios, Padre celestial

Ten misericordia de nosotros

Dios, Hijo Redentor del mundo

Ten misericordia de nosotros
Dios, Espíritu Santo

Ten misericordia de nosotros
Trinidad Santa, un sólo Dios

Ten misericordia de nosotros
Santa María

Ruega por nosotros
Santa Madre de Dios
Santa Virgen de la Vírgenes
Madre de Cristo
Madre de la Iglesia
Madre de la divina gracia
Madre purísima
Madre castísima
Madre intacta
Madre incorrupta
Madre inmaculada
Madre amable
Madre admirable
Madre del Buen Consejo
Madre del Creador
Madre del Salvador
Virgen prudentísima
Virgen digna de alabanza
Virgen poderosa
Virgen clemente
Virgen fiel
Espejo de justicia
Trono de sabiduría
Causa de nuestra alegría
Vaso espiritual
Vaso venerable
Vaso insigne de devoción
Rosa mística
Torre de David

Torre de marfil
Casa de oro
Arca de la alianza
Puerta del cielo
Estrella de la mañana
Salud de los enfermos
Refugio de los pecadores
Consoladora de los afligidos
Auxilio de los cristianos
Reina de los Angeles
Reina de los Patriarcas
Reina de los Profetas
Reina de los Apóstoles
Reina de los Mártires
Reina de los Confesores
Reina de las Vírgenes
Reina de todos los Santos
Reina concebida sin mancha original
Reina elevada al Cielo
Reina del Santísimo Rosario
Reina de la paz

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.
Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.
Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.
Ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de alcanzar la promesas de
Jesucristo.

OREMOS: Te rogamos, Señor Dios, que nos concedas
a nosotros, tus siervos, gozar de perpetua salud de alma y
cuerpo, y por la gloriosa intercesión de la bienaventurada

Virgen María seamos librados de la tristeza presente y disfrutemos de la eterna alegría. Por Cristo Nuestro Señor. Así sea.

Oración de la mañana

¡Dios mío y Señor mío! Os doy gracias por haberme creado, redimido, hecho cristiano y conservado la vida. Os ofrezco mis pensamientos, palabras y obras de este día, a honra y gloria vuestra. No permitáis que os ofenda y dadme fortaleza para huir de las ocasiones de pecar.
(*Un Padrenuestro*).

Oración de la noche

¡Dios mío y Señor mío! Os doy gracias por los beneficios que hoy me habéis concedido. Os pido perdón de todas las faltas que he cometido durante este día; me pesa de todo corazón de haberos ofendido y propongo firmemente nunca más pecar, ayudado de vuestra divina gracia.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, con Vos descansen en paz el alma mía.

Oración del Angel de la Guarda

Angel de mi guarda
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día.
No me dejes solo,
que me perdería.

¡Oh Señora mía!

¡Oh Madre mía!

Yo me ofrezco enteramente a Vos;
y en prueba de mi filial afecto,
os consagro en este día:
mis ojos, mis oídos, mi lengua,
mi corazón;
en una palabra, todo mi ser.
Ya que soy todo vuestro,
Madre de bondad, guardadme y defendedme
como cosa y posesión vuestra. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos,

Santa Madre de Dios.
No desoigais nuestras súplicas
en nuestras necesidades,
antes bien,
líbranos siempre de todos los peligros,
¡Oh Virgen gloriosa y bendita! Amén.

Acordaos,

¡oh piadosísima Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido
a vuestra protección
implorando vuestra asistencia
y reclamando vuestro socorro
haya sido abandonado de Vos.
Animado con esta confianza,
a Vos también acudo,
¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!,
y aunque gimiendo bajo el peso de mis

pecados me atrevo a aparecer
ante vuestra presencia soberana.
No desecheis, ¡Oh Madre de Dios!,
mis humildes súplicas,
antes bien,
inclinad a ellas vuestros oídos
y dignaos atenderlas favorablemente.
Amén.

EL PADRE NUESTRO EXPLICADO

El *Padre Nuestro* es la oración más excelente, y recibe el nombre de «oración» del Señor u «oración dominical», porque N.S. Jesucristo nos la enseñó.

Esta oración en forma breve, sencilla y clara es la más perfecta, la más sublime y ventajosa de todas por dos razones principales: 1.^a porque su autor es Jesucristo, la Sabiduría eterna; la 2.^a porque encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, *para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma, para nosotros y para los demás* (Gaume).

El *Padre nuestro* contiene siete peticiones: Las tres primeras; «Santificado sea tu nombre», «Venga a nosotros tu reino», «hágase tu voluntad...», miran al honor y al servicio que debemos a Dios, y las otras cuatro: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy», «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos...», «no nos dejes caer en la tentación», «mas líbranos del mal», miran a nuestra utilidad y comprenden todas nuestras necesidades...

Padre nuestro que estás en el cielo.

Estas palabras preceden a las siete peticiones, y son introductorias a esta bella oración.

1) *La palabra Padre* nos recuerda principalmente la primera persona de la Sma. Trinidad, y a ella nos dirigimos, sin excluir al Hijo y al Espíritu Santo.

Decimos Padre *nuestro* y no Padre *mío*, porque Dios es Padre de todos los hombres, y nos recuerda esta palabra «Padre» a su vez que todos somos hijos de Dios, al que debemos dirigirnos con filial respeto, amor y confianza. Al ser Dios Padre de todos, síguese que todos los hombres somos hermanos, y estamos obligados a orar unos por otros y amarnos como hermanos y a socorrernos mutuamente. San Ambrosio dice: *Cada uno ora por todos, y todos por cada uno* cuando rezamos el Padre nuestro... ¡Cuán dulce es poder llamar a Dios *Padre nuestro*...!

Dios, dice Santo Tomás, es llamado *Padre*: 1.º porque es el creador del universo, según la palabra de Jesucristo: *Te alabo, Padre, como señor del cielo y de la tierra* (Mt. 11,25); 2.º porque nos ha adoptado como hijos, dándonos el espíritu de adopción de los hijos de Dios, *espíritu en el cual clamamos: Padre, Padre* (Rom. 8,15); 3.º porque nos ha instruido, según las palabras de Isaías: *El Padre dará a conocer a sus hijos la verdad* (33,19); 4.º porque nos corrige, pues castiga al que ama, y se complace en él como en su hijo (Prov. 3,11-12).

2) *Que estás en el cielo*. Estas palabras nos recuerdan que, si bien Dios está presente en todas partes, con preferencia habita en el cielo, donde *le hemos de ver un día cara a cara* (1 Cor. 13,12); que no somos más que peregrinos en esta tierra, y *que nuestra verdadera patria es el cielo* (Heb. 13,14); y que en la oración debemos desprender nuestro corazón de las cosas de la tierra y levantarlo al cielo...

1.ª petición: Santificado sea tu nombre

Pedimos en ella que el santo nombre de Dios nunca sea deshonrado ni blasfemado, sino que cada vez más conocido, amado y ensalzado por todos los hombres. Por

nombre hemos de entender al mismo Dios, su honra, su grandeza, su dignidad, su bondad, su gloria, su providencia...

Que todos le alaben, le amen, le den gracias, le teman... Nuestro fin próximo es éste: procurar en este mundo la honra y la gloria de Dios, o sea, amarle y servirle... (y lo lograremos no pecando, santificándonos).

2.ª petición: Venga a nosotros tu reino

Pedimos ver establecido el reino de Dios en la tierra, es decir, que la santa Iglesia se extienda siempre más entre las naciones; que Dios reine por su amor y por su gracia en el corazón de todos los hombres; que todos alcancemos algún día el reino de los cielos, o sea, la propia salvación o último fin.

3.ª petición: Hágase tu voluntad

Pedimos aquí que todos los hombres cumplamos con tanta fidelidad y alegría la voluntad de Dios en la tierra, como la cumplen los ángeles y santos en el cielo.

La voluntad de Dios —dice San Pablo—, *es vuestra santificación* (1 Tes. 4,3). La voluntad de Dios se nos declara en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, en las inspiraciones de la gracia y en las disposiciones y permisiones de la divina Providencia...

Cumplir la voluntad de Dios es querer lo que El quiere, obedecer su ley...

4.ª petición: Danos hoy nuestro pan de cada día

En esta petición suplicamos a Dios nos conceda todo lo que cada día necesitamos para la vida de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Para el cuerpo: alimento, vestido,

habitación, etc.; para el alma: la palabra de Dios, la Comunión..., o sea, la vida de la gracia.

5.ª petición: Perdona nuestras ofensas, como...

Nuestras ofensas son nuestros pecados, por los que injuriamos infinitamente a Dios. Si queremos que Dios nos perdone, debemos perdonar. *Si vosotros* —dice Jesucristo— no perdonáis a los hombres (las ofensas que cometen contra vosotros), tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados (Mt. 6,15) (Véase parábola del siervo despiadado Mt. 18,23-25).

6.ª petición: No nos dejes caer en la tentación

Notemos que no pedimos que nos libre Dios de la tentación; pues por sí misma la tentación no es pecado, y el mismo Jesucristo permitió que el diablo le tentase, lo que pedimos es no caer en ella, o al menos nos conceda las gracias necesarias para resistir a ellas y vencerlas. El Señor nos amonesta: *Vigilad y orar para no caer en la tentación* (Mt. 26,41).

7.ª petición: Y líbranos del mal

Este mal, el mayor de todos, es el pecado... También ese mal, según el texto, es el *maligno*, es decir, el enemigo malo o demonio, que es el que instiga constantemente al mal... En esta petición se incluye la preservación de los males del cuerpo o enfermedades, y de los males del alma (el pecado y la eterna condenación).

Amén

Esta palabra final expresa el ardiente deseo que tene-

mos de que Dios nos oiga, y la firme esperanza de que nos oirá.

Conviene que recemos el Padre nuestro con la debida pausa, de suerte que se puede meditar cada palabra o frase y guardarla en el corazón.

INDICE ALFABETICO DE MATERIAS

A

- Aborto, 364
- Abraham, relato bíblico, 243
- Acción católica, 195
- Adivinación, 339
- Adulación 386
- Alma espiritual e inmortal, 229
- Angel de la Guarda, 242
- Angeles, 230 y sigts.
- Anticristo, 492
- Anunciación del ángel, 135
- Apostasía, 341 y 491
- Apóstoles (antes y después de Pentecostés) 129 y 159
- Arcángel San Miguel, 235
- Arcángel San Gabriel, 237
- Arcángel San Rafael, 238
- Ascensión de Jesucristo, 117
- Asunción de la Virgen, 142
- Autenticidad de los Evangelios, 80
- Autoridad de los Evangelios, 78
- Avaricia, 457

B

- Balaam (relato bíblico), 244
- Baldinucci (el Padre), 483

Bautismo, 403
Bautismo y sus clases, 405
Biblia, ¿qué es?, 68
Biblia, ¿de qué trata?, 90
Biblia y los 10 mandamientos, 343
Bienaventuranzas, 478
Blasfemia, 349
Budismo, 306

C

Calumnia, 387
Caridad, 452
Caridad (obras de misericordia) 470
Carne (como enemigo del alma), 477
Castidad, 378
Cicerón, 292
Cielo o vida eterna, 486
Cismáticos, 179
Comunión, 431
Comunión de los Santos, 204
Conceptos materialista de Religión, 293
Conciencia, 326
Concilios universales, 213
Comparación religiones, 398
Confesión (maneras de celebrarse), 417
Confirmación (sus efectos), 407
Conocimiento de Dios, 6, 84-86
Confucionismo, 301
Consejos evangélicos, 196-199
Contrición perfecta e imperfecta, 414
Corazón de Jesús, 108
Conversión pueblo judío, 493
Cosas adversas, ¿por qué suceden?, 21-23
Creación mundo y hombre, 3-4 y 225-226
Creemos los misterios ¿por qué?, 218-219
Cristianismo, fundado por Jesucristo, 318
Cristianismo, religión incomparable, 299
Culto a la Virgen y a los santos, 343

D

Deberes para con Dios, 347
Deberes de los superiores, 358
Demonio, 236 y 476
Díaconos, 452
Dios, su nombre, 1
Dios, su existencia, 2
Dios, creador, 3-4 y 225
Dios, único, 7
Dios, espíritu, 8
Dios, invisible, 9
Dios incomprensible, 11
Dios inescrutable, 12
Dios eterno, 13
Dios Uno y Trino, 14 y 126-127
Dios infinitamente feliz, 16
Dios inmenso, 17
Dios inmutable, 19
Dios todo lo sabe y lo ve, 20
Dios providente, 24
Dios, su poder, 27
Dios permite el mal ¿por qué?, 25
Dios, el Señor, el Altísimo, 31-33
Dios todo bondadoso, 34
Dios infinitamente justo, 37-38
Dios paciente y misericordioso, 39-43
Dios inf. santo y perfecto, 44-45
Dios veraz y fiel, 46-47
Dios nos prueba y remunera, 48-50
Dios (su ira y venganza), 51-52
Dios distinto del mundo, 53-54
Dios es luz, 55-57
Dios, nuestra vida, 58-60
Dios nuestro modelo, 61-62
Dios nuestro fin, 63-67
Dios es amor - nombres, 67
Divorcio, 444
Doctores de la Iglesia, 210-212
Doctrina del mérito, 281
Dogma católico, 223

Doctrina de la gracia, 245
Dolor, 25-26; 106 y 420, 49
Dones del Espíritu Santo, 130-131
Duelo, 360

E

Ecumenismo, 175
Educación sexual, 380
Elías, su venida, 497
Enemigos del alma 474
Encarnación (misterio), 136-137
Envidia, 466
Era cristiana, 89
Esperanza, 452
Espíritu Santo, 123-125
Escándalo, 360
Espiritismo, 339
Eucaristía, 423
Eutanasia, 361
Evangelio ¿qué es?, 72
Evangelio escrito, 76
Evangelio, su autenticidad, 80
Evangelio (predicado en todo el mundo), 490
Evolucionismo, 228

F

Fe cristiana, 214 sigts.
Fe dogmática y fiducial, 271
Fe (la norma de nuestra), 216
Fenomenología hecho religioso, 291
Fin del hombre, 63-67
Fundamento de nuestra fe, 216
Fundamento bíblico «consejos evangélicos», 199
Fundamento bíblico culto de los santos, 345
Fundamento de la Iglesia, 152

G

Gracia, 246
Gracia actual, 248
Gracia habitual, 258 y sigts.
Gracia santificante (sus efectos), 267
Grandeza de Dios, 29-30
Guerra (como tal está prohibida), 366
Gula, 463

H

Hecho religioso, universal, 292
Herejía, 341
Hijo de Dios, 95
Homicidio, 360
Hipocresía, 386
Hinduismo, 302

I

Iglesia ¿qué es?, 148
Iglesia (necesita del Esp. Santo), 132
Iglesia, su fundamento, 152
Iglesia, su tiempo histórico), 160
Iglesia perseguida, 166
Iglesia (sus notas), 169
Iglesia católica y las secta, 173-174
Iglesia cismática, 174
Iglesia visible e infalible, 176-177
Iglesia (condiciones para pertenecer a ella), 179
Iglesia misionera, 186
Iglesia sociedad perfecta, 187
Iglesia-Estado, 190
Iglesia docente y discente, 192
Iglesia, pueblo sacerdotal, 193
Iglesia y los laicos, 194
Iglesia y los religiosos, 196
Iglesia y la santidad, 200

Iglesia peregrinante, purgante y celeste, 203
Idolatría, 338
Inmaculada Concepción, 138
Infalibilidad del Papa, 180
Infidelidad, 341
Indiferencia, 342
Impureza, 459
Infierno, 481
Integridad de los Evangelios, 83
Instintos o bajas pasiones, 376
Ira, 461
Ira y venganza de Dios, 51-52

J

Jerarquía, 167
Jesucristo ¿quién es?, 90 y sgts.
Jesucristo ¿que dice de si mismo?, 101
Jesucristo (y la ciencia racionalista), 102
Jesucristo (¿qué dicen los Evangelistas?), 99
Jesucristo (¿qué dicen de él Judas, Pilato?), 100
Jesucristo, Hijo de Dios, 95
Jesucristo, su mandamiento, 335
Jesús y los fundadores de religiones, 323
Jesús (nombre de), 98 y 348
José (San), 148
Juicio divino, 480
Juicio temerario, 387
Judaísmo o relig. mosaica, 313
Juliano el apóstata, 104
Juramento, 350
Justificación, 268-279

L

Laicos o seglares, 194
Lectura de la Biblia, 71
Lectura del Evangelio, 103
Lengua, 388

Ley de Dios, 325
Libertad, 327
Limbo de los niños, 485
Lujuria, 459

M

Mahoma, su doctrina, 316
Magisterio de la Iglesia, 181
Magia, 339
Mandamientos Ley de Dios, 330
Mandamiento 1.º, 335
Mandamiento 2.º, 346
Mandamiento 3.º, 353
Mandamiento 4.º, 355
Mandamiento 5.º, 359
Mandamiento 6.º, 375
Mandamiento 7.º, 381
Mandamiento 8.º, 385
Mandamiento 9.º, 389
Mandamiento 10.º, 390
Mandamiento de Jesús, 335
Maldición, 360
María, la Virgen, 133 y sigts.
Mandamientos de la Iglesia, 206
Merecer por otro, 285
Mérito de justicia..., 281
Médico, su misión, 362
Marxismo, 342
Matrimonio, sus fines, 443
Muerte, 480
Muerte y resurrección JC., 113
Milagro, ¿qué es?, 220
Misa, 425-428
Misterio ¿qué es?, 217
Misterio de la Encarnación, 136-137
Misterio de la Redención, 106
Misterio Trinidad, 126 y 14
Motivos de credibilidad, 220
Moral católica, 324

Mundo, 475

N

Nacimientos de Jesucristo, 93
Naturaleza de Jesuc., 96-97
Naturaleza divina, 95-96
Nombre de Dios, 1 y 67
Nombre de Jesucristo, 98 y 348
Notas Iglesia, 169 sigts.
Novísimos, 480

O

Obras buenas ¿podemos realizarlas?, 247
Obras del justo ¿son pecaminosas?, 384
Obras de misericordia, 470
Oración, 487 y sigts.
Oraciones diversas ???
Origen del Evangelio, 75
Origen del mal, el dolor, 25-26
Orden sacerdotal, 438

P

Padrenuestro explicado (final libro)
Padres de la Iglesia, 210, 212
Pablo ¿quién fue?, 158
Panteísmo, 54
Pascua de Resurrección, 89
Pasión de Jesucristo, 105, 108
Papa o Romano Pontífice, 168
Pecado ¿qué es?, 419
Pecado original, 420
Pecados opuestos 1.º Mandamiento, 43
Pecados contra la fe, 341-342
Pecados capitales, 454
Pedro. De Pedro a Juan Pablo II, 155, 157

Pena de muerte, 367
 Penitencia (virtud y sacramento), 411
 Pereza, 468
 Persecuciones emperadores romanos, 163
 Plutarco, 292
 Poligenismo, 227
 Poder de Dios, 27-29
 Profecía ¿qué es?, 220
 Profecías acerca de Jesucristo, 92
 Profecía cumplida, 495 y 104
 Propiedad privada, 382
 Propiedades de la fe, 222
 Primado de Pedro, 154
 Predestinación, 255
 Protestantismo, 173-274; su doctrina, 184, 247, 271
 Providencia de Dios, 24
 Pruebas y persecuciones, 163
 Pueblo judío, su conversión, 493
 Purgatorio, 484
 Predicciones de Jesús, 221

R

Reconciliación con Dios, 245
 Reencarnación, 340
 Relaciones Iglesia-Estado, 190
 Religión, sus clases, 286-290
 Religión mosaica, 313
 Religión verdadera, 321
 Religiones existentes, 300
 Renán, 81 y 102
 Resurrección de Jesucristo, 112 sigts.
 Resurrección de los muertos, 489
 Reparación por el pecado, 109-110
 Revelación divina, 84-87
 Riquezas (hacer buen uso), 384
 Rousseau, 81 y 102

S

Sacerdocio ministerial y común, 193

Sacramentos, 392, 395
 Sacramentos «iniciación cristiana», 398
 Sacramentos de vivos y muertos, 398
 Sacramento del bautismo, 400
 Sacramento confirmación, 407
 Sacramento penitencia, 411
 Sacramento Eucaristía, 423
 Sacramento Unción de enfermos, 433
 Sacramento Orden sacerdotal, 438
 Sacramento Matrimonio, 443
 Santificación dominos..., 353
 San José, 143 y sigs.
 San Gabriel Arcángel, 237
 San Miguel, 236
 San Rafael, 238
 San Antonio Abad, 249
 San Francisco Borja (cambio) 249
 Santidad ¿en qué consiste?, 200
 Santos ¿por qué los honramos?, 344
 Sacrilegio, 340
 Sectas diversas, 173-174
 Séneca, 292
 Simonía, 340
 Soberbia, 454
 Suicidio, 360
 Superstición, 339
 Sufrimiento, 49

T

Tentación, 474
 Testigos de Jehová, 173
 Tiempo histórico de la Iglesia, 160
 Tradición Sagrada, 88-89
 Trinidad (misterio de la), 126-127 y 14

U

Unción de los Enfermos, 423
 Unión de las tres Iglesias, 205

Unión de los cristianos, 175
Ultimos tiempos, 487 y sigts.

V

Venida de Elías, 497
Venida del Espíritu Santo, 121
Venida 2.^a de Jesucristo, 119 y 487
Verdad de los Evangelios, 82
Verdades de fe, 224
Vida, don de Dios, 361
Vida Religiosa, 450
Vida primeros cristianos, 162
Virgen María, 133 sigts.
Virginidad, 379
Virginidad de María, 139
Virtudes cristianas, 451-453
Vocación sacerdotal, 442
Voluntad salvífica de Dios, 453
Voto ¿qué es?, 351
Votos castidad, etc., 197

INDICE GENERAL

de los temas expuestos en este libro

	Págs.
PRESENTACION	3
DIOS y sus atributos, 1-67	5
LA BIBLIA, 68-71	36
LOS EVANGELIOS, 72-83	38
LA REVELACION DIVINA, 84-87	44
LA SAGRADA TRADICION, 88-89	46
JESUCRISTO, 90-120	49
EL ESPIRITU SANTO, su venida, 121-132	69
LA VIRGEN MARIA, 133-142	76
SAN JOSE, 143-147	81
LA IGLESIA DE JESUCRISTO... EL PAPA... Tiempo histórico de la Iglesia, notas, etc... 148-209	84
SANTOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA, 210-213	119
CONCILIOS UNIVERSALES, n.º 263	122
FE CRISTIANA, 214-224	123
CREACION DE LOS HOMBRES Y DE LOS ANGE- LES, 225-244	130

DOCTRINA DE LA GRACIA, 245-285	149
LA RELIGION... y las diversas religiones, 286-323	176
LA MORAL CATOLICA. MANDAMIENTOS DE DIOS, 324-391	205
LOS SACRAMENTOS, 392-450	250
PARTE COMPLEMENTARIA	
- Las virtudes cristianas, 451-453	293
- Pecados capitales, 454-469	295
- Obras de misericordia, 470-473	304
- Los enemigos del alma, 474-477	306
- Las bienaventuranzas, 478-479	309
- Los Novísimos, 480-486	311
SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO	317
Señales escatológicas y precursoras, 487-497	317
LA ORACION, mental y vocal, su necesidad, etc., 498-517	327
Preces y oraciones, el Rosario, el Padre nuestro explicado	338